
TODAS
LAS MENTIRAS
DE
ÁGATA
BELMONTE
CARMEN ARTEAGA
B

Todas las mentiras de Ágata Belmonte

Carmen Arteaga

Para Juan, por creer en mí con una seguridad absurda
y por contar los peores chistes del mundo.
Por favor, no dejes de hacer ninguna de las dos cosas

Prólogo

OBITUARIO

Adiós a la estrella más brillante: Ágata Belmonte.

El mundo ha perdido un poco de luz. Ágata Belmonte, la actriz que iluminó la pantalla con su talento, carisma y belleza, ha fallecido el 14 de junio de 2010, a la edad de setenta y dos años.

Desde su primera aparición en el cine, dejó claro que no encajaba en moldes, sino que estaba hecha para romperlos. No solo actuaba, vivía cada personaje, nos hacía sentir su alegría, su dolor, su pasión. Caímos rendidos ante su belleza indomable y su voz profunda y rota. La Gata, como se la conoció popularmente por sus ojos penetrantes y rasgados, encarnó el máximo exponente del glamour, desde España hasta Hollywood. Fue musa de una generación, abrió el camino a otra y dejó una huella imborrable en la historia del cine y de la música.

Nacida en 1938, poco se sabe de su vida fuera de los focos. Conocemos sus grandes éxitos en taquilla y sus canciones, sin embargo, ¿alguien llegó a conocer a la verdadera Ágata Belmonte? Su mirada ha quedado impresa en nuestro recuerdo, en las películas y en las revistas, pero su vida personal siempre estuvo envuelta en un halo de misterio.

Con ella se entierra no solo una parte de España, sino aquellos detalles de su vida que nunca conoceremos. Quizá es así, y solo así, como se forjan las leyendas.

Hoy nos quedan sus películas, su voz, su mirada inmortal. Pero más allá de eso, nos deja el recuerdo de una mujer que nunca tuvo miedo de brillar.

La vida termina, pero para las leyendas como Ágata Belmonte no existe la palabra «fin».

1

El efecto Ágata

Podría haber afrontado el día de hoy con una copa.

O dos.

Quizá me harían falta cinco, para ser sincera, pero mi organismo no está acostumbrado al alcohol y temo sus posibles efectos sobre mi filtro cerebro-boca. Además, empezar a beber a las once y media de la mañana es un indicio de ser alcohólica.

«Tirarte a un desconocido en el almacén sucio de un bar a esa misma hora podría considerarse un indicio de ser ninfómana», comenta mi cerebro. ¿Ves por qué no bebo? Alguien debe encargarse de que mis pensamientos internos sigan siéndolo.

En cualquier caso, no pienso disculparme con nadie (ni conmigo misma) por mantener relaciones sexuales con un desconocido un martes a media mañana. Ni por hacer estas cosas como todo hijo de vecino: el fin de semana, de madrugada y tras salir de un bar, no en el bar en sí.

Hoy es una excepción, y la necesito. El sexo me sirve como vía de escape, para desconectar, para no pensar. Ah, y el que me está metiendo ahora mismo la lengua hasta la glotis no es tan desconocido. Se llama Fran y trabaja en este bar como camarero. Lo sé porque he visto a un cliente acercarse a la barra donde yo estaba

sentada hace escasos minutos, saludarlo por su nombre con confianza y, a continuación, soltarle un berrido como el pastor a las vacas para pedir un cortado.

Los besos de Fran son impacientes y al mismo tiempo demasiado largos. Siento su lengua aspirarme la boca mientras pasa las manos con ansia sobre mi cuerpo, como si quisiera estar en todas partes a la vez, aunque sin llegar a posarse en ningún punto concreto para darme tiempo a disfrutarlo.

Si lo piensas, el sexo (el buen sexo) tiene poco de improvisación y mucho de ensayo, por instintivo que sea. Y cuando dos cuerpos no se conocen, resulta torpe y muy diferente a las coreografías sincronizadas que nos venden en las películas.

Debo admitir que el chico le está poniendo ganas. Es joven, rondará los veinticinco años, lo cual significa que le llevo casi una década, que, a su vez, es más o menos el tiempo que lleva besándome. Paso la mano por su pelo corto y rubio, tiro de él fuerte y consigo separar nuestras bocas. Juro que mi dentista hurga menos en mis dientes cuando me hace una limpieza. Por suerte, a Fran Lengua Loca le pone también el toque agresivo y me mira con un claro brillo de deseo en esos ojos azules. ¿O son verdes? La luz del almacén es demasiado pobre para distinguir el color.

A pesar de eso, puedo apreciar que es bastante mono en conjunto, y también algo bajito. Esto último no es novedad. Yo soy alta y, con los *pumps* de ocho centímetros de tacón que se me han caído al suelo con tanto restregón, sobrepaso el metro ochenta. Tampoco es que la altura suponga un problema entre nosotros, ya que estoy apoyada en la pared y sentada con las piernas abiertas sobre una torre de cajas de Bitter Kas.

En fin, tampoco nos engañemos, no he venido aquí buscando romanticismo. Solo me acerqué a la barra de un bar cualquiera de Madrid hace veinte minutos con la intención de tomar un café, hacer tiempo y desear mentalmente que pasase lo más rápido posible y pudiera irme al aeropuerto para volver a casa. El volumen del televisor, colocado al fondo del local y anclado en el rincón superior de la pared, estaba lo bastante alto como para que resultara imposible ignorar al corrillo de tertulianos que participaba en un programa especial destinado a comentar el tema del día, de la semana y del mes. En mi intento de ignorarlos, desvié la mirada y sorprendí al camarero observándome las piernas sin el menor disimulo mientras recogía unas tazas sucias. Ni siquiera puedo decir que tonteáramos, para eso tendríamos que habernos molestado en emplear la sutileza.

Fran me preguntó si quería quedar cuando él saliera de trabajar y yo le respondí en un impulso cutre de película: «¿Por qué esperar?». Sin pensárselo él tampoco, sacó una llave del bolsillo con disimulo y acompañó el gesto con una sonrisa descarada. Cuando salió de la barra, lo seguí hasta este cuarto polvoriento, y aquí estamos, porque es evidente que sus hormonas no desaprovechan ninguna oportunidad y yo necesito, insisto, dejar de pensar en el día de hoy.

La puerta está cerrada, aunque el batiburrillo de voces que forman los clientes se oye a la perfección desde aquí. ¿La gente no tiene trabajo?

—Vamos a tener que darnos un poco de prisa, morena —me apremia quitándome las medias el que no se sabe mi nombre.

Me mentalizo para vivir una experiencia sexual corta y decepcionante, puede que incluso dolorosa, pero entonces Fran

aparta mis bragas, coloca la mano donde debe y empieza a frotar con precisión. No sé si acierta por pura suerte o porque sabe lo que está haciendo, pero me da igual, comienzo a disfrutar por fin.

Cuando estoy lo bastante húmeda, Fran Dedos Mágicos (ahora se llama así) se desabrocha los pantalones y saca un condón del bolsillo. Tengo claro que no soy la primera que se sube a esta pila de cajas. Ahogo un grito cuando se mete dentro de mí con determinación y comienza a moverse sin perder un segundo. Cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Lo acompaño adaptándome al ritmo de sus embestidas y agarrándolo del cuello. El calor se condensa entre nosotros y noto cómo el sudor empieza a rizarme los pelitos rebeldes de la nuca que se escapan de mi coleta.

Me toco para acelerar un poco el proceso y Fran me agarra de la pierna. Más bien, la engancha y la levanta para profundizar aún más. Tanto, que parece que estemos ensayando un ejercicio de gimnasia rítmica para unas Olimpiadas porno. Tanto, que se pasa de enérgico y provoca el sonido más terrorífico del mundo: el de la poliamida, la viscosa y el elastán rasgándose.

—¡¡No!! ¡¡No!! ¡¡Mi vestido!!

Fran sigue a lo suyo a pesar de mis protestas, así que me veo obligada a apartarlo de un empujón para examinar el daño.

—No, no, no —farfullo sin cesar palpando la zona de la cadera—. Tiene una raja enorme.

—Es solo un vestido, y así es más sexy —se ríe él.

«Ojalá se te hubiera roto a ti esa camisa de poliéster, o mejor aún, la polla», me entran ganas de chillarle. Porque no, no es solo un vestido. Es mi *little black dress* de Alexander McQueen. Y antes de que me tomes por una pija insufrible, déjame aclarar que no es el

dinero lo que me duele perder; compré este vestido rebajado al setenta por ciento en el outlet de Bicester Village, a cuarenta minutos en tren de Londres. Tampoco es el vestido más bonito de mi armario. Negro, sin adornos, cuello barco, de corte simple y de lo más recatado. Bueno, ya no tanto…

Lo que pasa es que le tengo muchísimo cariño. Es la primera prenda de alta costura que me compré. Al menos, la primera que pude pagar con mi propio dinero.

Fran carraspea para hacerse notar.

—Mmm, ¿seguimos o…?

No sé si estoy a punto de pegarle o de echarme a llorar, porque, en este instante, no manejo demasiado bien las emociones. Decide por mí el camarero con bigote que abre la puerta de sopetón. El estupor por habernos pillado le dura muy poco y enseguida desvía la mirada hacia un lado y resopla.

—¡¿En serio, Fran?! ¡¿Otra vez?! —Lo que yo decía…—. Haz el favor de meterte el rabo en los pantalones y sal a atender a los clientes, que tengo la barra hasta arriba.

Mientras Fran recompone su uniforme, yo bajo como puedo hasta el suelo. Lo del vestido no tiene solución, así que me vuelvo a poner las medias; despacio, para no romperlas también. Lo último que deseo es alargar la escenita que tenemos montada, pero, por otro lado, me niego a salir de aquí como Alaska en los ochenta.

Cuando termino, cojo el bolso y salgo del almacén. Enfilo el estrecho pasillo que me lleva de vuelta a la sala principal y me ajusto la coleta. Al regresar a la barra decido terminarme el café. No me apetece nada, pero necesito introducir algo en mi estómago vacío. Me cuesta tragarlo, está frío y tiene un sabor horrible a

torrefacto. Se me había olvidado lo malo que es el café en este país. Y lo sabía, porque tuve que servir muchísimos. De los dieciocho años a los veintitrés me dediqué a dar tumbos trabajando como camarera en cualquier lugar donde buscaran mano de obra barata de la que aprovecharse para emborrachar a los guiris de sol a sol.

De vuelta al trabajo, Fran apoya las palmas en la barra y me guiña un ojo.

—Pues lo tuyo sería un euro con veinte, morena.

«Cuánta elegancia la tuya, Fran». Fran el Rata es su nombre definitivo.

Saco la cartera del bolso y pongo el dinero sobre la barra con un golpe seco. Me giro para largarme, doy un par de pasos en dirección a la salida y me detengo. Mis propios pies se niegan a colaborar. Tomo una bocanada de aire, aunque no sirve de mucho. El bar está lleno y alguien ha debido de quedarse con la parte de oxígeno que me corresponde.

La tele sigue encendida y la mayoría de los clientes miran hacia ella, casi hipnotizados. Es el efecto Ágata. Lo consigue incluso después de haber dejado de respirar.

El programa recoge las imágenes grabadas hace escasa media hora de un coche fúnebre recorriendo la Gran Vía de Madrid. Escoltado por la policía, se ha detenido un minuto en la plaza de Callao, donde una pantalla gigante lleva toda la mañana emitiendo *La vida en una canción*, una de las películas más taquilleras de la historia del cine español. A continuación, ha seguido su camino por las calles de la capital hasta finalizar en el Centro Cultural de la Villa, lugar en el que se ha instalado la capilla ardiente en homenaje a Ágata Belmonte.

«España está hoy de luto —comenta la presentadora del matinal —, y son muchos los que han querido acercarse a mostrar su cariño al mito, a la leyenda, a la actriz y cantante con ojos de gata. Es el cálido adiós a la artista más querida de este país, quien falleció ayer a los setenta y dos años a causa de un cáncer de pulmón».

Un momento para la debida pausa dramática televisiva.

«Hoy, 15 de junio de 2010, Ágata Belmonte, la Gata, ya no está con nosotros. Pero sus películas y también su voz, inconfundible donde las haya, serán eternas en nuestros corazones».

Un amago de vómito me sube hasta la garganta y me lo trago. Salgo del bar con toda la dignidad que me permite mi vestido roto y, en cuanto pongo un pie en la calle, me cubro media cara con las gafas de sol. Tengo un funeral al que asistir.

No solo ha muerto la artista más querida de este país; también la persona que más odio en el mundo.

2

Los recuerdos enterrados

La ceremonia privada en honor a Ágata Belmonte comienza a las doce en punto y durará unos cuarenta minutos, según el e-mail que me envió ayer una tal Salomé, quien se presentó como su asistente personal. La capilla ardiente permanecerá abierta hasta las seis de la tarde y, desde allí, trasladarán el féretro al cementerio, donde descansará en el panteón familiar junto a sus padres y a su hermana Isabel. Mi madre.

¿Podría impedirlo? Supongo que no, no tengo ni voz ni voto en su última voluntad. Lo cual es lógico. Ni siquiera sabía que estaba enferma.

El sol luce en un cielo sin nubes, calentando sin compasión a la multitud que se agolpa tras las vallas que la policía ha colocado en la plaza de Colón a modo de dispositivo de seguridad. Algunos portan flores, otros ondean fotos de una Ágata joven y despampanante. Una belleza mediterránea con una boca generosa pintada de rojo y al borde de una sonrisa, pero privándote del gesto de tal forma que te impide apartar la mirada.

Todos se han reunido aquí hoy para venerarla como en una procesión de Semana Santa. Es lógico. Resulta fácil adorar a un

mito. Lo construyes a tu gusto, lo idealizas y nunca te traiciona porque, por suerte, no llegas a conocerlo.

Acelero el paso y me coloco la mano en la raja del vestido antes de bajar las escaleras que conducen a la entrada del centro cultural y pasar delante de una nube de periodistas gritones. No me apetece enseñarles las bragas a los paparazzi que interpelan a todo bicho viviente, atentos a cualquier pormenor con el que rellenar minutos de espacio televisivo.

Me quito las gafas al llegar a la puerta y un vigilante de seguridad me frena y me pide el DNI para poder acceder al recinto. El corazón se me acelera mucho más de lo normal y siento el pulso palpitándome en las sienes. Mi estómago también tiene algo que aportar a la causa y me da un latigazo.

«No vomites ahora, Malena. Atraería una atención innecesaria».

Si te estás preguntando qué hago aquí, cuando está claro que preferiría que me atropellara un autobús de la EMT, no sabría dar una respuesta concreta. Quizá mi educación de colegio religioso y todo aquello de la caridad cristiana me caló más de lo que pensaba. Quizá a una pizca de mi ser le entristece que alguien que ha pasado toda su vida rodeada de gente no cuente ni con un solo familiar de su propia sangre en su despedida. O quizá solo vengo a asegurarme de que mi tía está realmente muerta y así poder pasar página de una vez. Lo de que Ágata Belmonte será eterna siempre lo he sentido bastante literal.

Me coloco tras la cola de gente que se dirige a la sala donde se va a celebrar la ceremonia, en la que participarán sus amigos, personalidades destacadas como el alcalde o la ministra de Cultura y artistas de distinta fauna. No reconozco a casi nadie al entrar. Llevo

doce años viviendo en Londres, por lo que no estoy muy puesta en cuanto al faranduleo nacional. También influye lo de ir caminando sin levantar la vista de los zapatos.

El murmullo de la sala no cambia ante mi presencia y resulta un alivio que nadie repare en la sobrina perdida. No me interesa llamar la atención en este circo en el que ni siquiera soy la payasa. Carezco de personaje con el que actuar, porque no es mi lugar. Por eso voy vestida por completo de negro, me he peinado con una simple coleta y mi maquillaje es discreto. No llevo pendientes ni pulseras, trato de ser invisible. De hecho, podría pegarme a una pared y mimetizarme con ella.

El recinto es oscuro y parece acompañar en el luto a los presentes. Hay un centenar de sillas, casi todas ocupadas ya, mirando hacia un escenario cuyo centro lo preside el féretro, iluminado bajo una luz cenital amarillenta que recuerda a la de una iglesia y rodeado por dos filas de tres cirios con sus respectivos candeleros. Lo complementa un reclinatorio de madera a los pies para quienes deseen acercarse a orar.

No me sorprende que el féretro esté cerrado. Cada mañana, Ágata pasaba más de una hora sentada frente a su tocador antes de salir del dormitorio, y en los rodajes se encargaba ella misma de su maquillaje. No hablamos ni una sola vez en los últimos dieciséis años, pero estoy segura de que jamás dejaría su delicado y preciado rostro en manos de alguna maquilladora mortuoria para su última actuación frente al gran público.

La asistente personal de mi tía comentó algo en el e-mail sobre reservarme un sitio en primera fila. Me coloco en la última, bien lejos de los focos (los reales que alumbran el féretro y los figurados), y

tomo asiento. Camuflada en un mar de trajes y vestidos sobrios, me siento un poco más a salvo, las piernas dejan de temblarme y el aire vuelve a entrar casi con normalidad en mis pulmones. Lo hace, eso sí, acompañado de un olor cálido y especiado que pertenece al hombre que acaba de sentarse a mi izquierda, en el extremo de la fila.

Viste un traje negro de sarga firmado por Armani, camiseta blanca y unas sneakers Gant del mismo color que restan formalidad al conjunto. Se pasa la mano por el pelo negro y denso, con capas que se ondulan a la altura de las orejas, y, acto seguido, se gira hacia mí. Ojos rasgados de color castaño, nariz prominente, cejas gruesas, labios absurdamente simétricos y una mandíbula sin pizca de barba, pero tan marcada como si se la hubiera diseñado un dibujante de cómics. Pero, a pesar de contar con rasgos tan masculinos, no ha terminado de perder el punto aniñado.

¿Es guapo? No del todo.

¿Atractivo? Demasiado.

«Vamos a ver, Malena, ¿no has tenido bastante con el camarero? ¿Quieres rajarte la otra mitad del vestido y hacerlo chaleco? Sexo mañanero en un bar es una cosa; sexo en un velatorio es para mirárselo».

—Hola, soy Leo —se presenta con una voz profunda y extiende la mano en mi dirección con un ademán elegante.

Se la estrecho. Es cálida en comparación con la mía. Claro que hasta una escultura de hielo posee mayor temperatura corporal que yo en este momento. Y su tez es mucho más morena. Parece recién aterrizado de unas vacaciones en Saint-Tropez.

Dudo un momento antes de responder y darle mi verdadero nombre.

—Malena.

—Tus ojos son oscuros como el olvido / tus labios apretados como el rencor.

—¿Perdona?

—Malena canta el tango con voz de sombra / Malena tiene pena de bandoneón… —Me dedica una sonrisa soñadora—. Tienes el nombre de mi tango favorito.

—Ah, sí… Ya.

Debe de bordear la treintena, aunque su gusto musical casa más con el de un jubilado.

—He sido poco original. Te lo habrán dicho muchas veces.

—No te creas.

Llevo años sin escuchar la letra de ese tango. Ágata me lo cantó alguna vez mientras viví en su casa, aunque yo prefería escucharla cuando hacía suyo el «Over the Rainbow» de Judy Garland.

Un escalofrío me pone la piel de gallina y aprieto los dientes. Me molesta la facilidad casi insultante con la que se despiertan los recuerdos, dado el tiempo que me costó enterrarlos. Aunque no sea la comparación más oportuna en este escenario.

—¿La conocías? —me pregunta el muchacho en un intento educado de alargar la conversación.

—Ehm, un poco. Pero hacía mucho que no nos veíamos —añado con rapidez—. ¿Y tú?

—Aunque me gustaría creer que sí, no lo sé. —Se deja caer en el respaldo—. ¿Alguien llegó a conocer de verdad a Ágata Belmonte?

María Asunción. Ese era su verdadero nombre. Yo crecí llamándola tía Ágata, pero no tengo ni idea de cómo surgió su nombre artístico. Y sí, llegué a conocerla bien. Ojalá no lo hubiera hecho. De no ser por ella todavía tendría una familia.

Los ojos del desconocido aterrizan en mi muslo y acto seguido levanta esas cejas oscuras y contundentes.

—¿Has sufrido un accidente o te ha atacado alguna fan enloquecida de las que están fuera? A partir de los setenta se vuelven incontrolables.

Suelto una carcajada cuyo eco reverbera por toda la sala. Es de puro nervio, aunque no voy a explicárselo a las septuagenarias que se inclinan hacia delante en nuestra fila para mirarme mal. Me tapo la boca con la mano y el del chiste despliega otra sonrisa, entre desvergonzada y encantadora. De esas que enganchan y luego te llevan de cabeza a terapia cuando dejan de suministrártelas.

—¿Actor? —adivino.

—¿Lo parezco?

—¿Eres de los que contesta siempre con preguntas?

—Se supone que así las conversaciones son más interesantes. —Coloca el tobillo izquierdo sobre la rodilla contraria y suspira—. ¿No te parece?

—Sí que eres actor. Todos tenéis… esa pose.

Entrecierra los ojos hasta que parecen dos rendijas.

—¿Qué pose?

—Como si os estuvieran apuntando con una cámara todo el tiempo. Dais la sensación de estar relajados, aunque también alerta. Cómodos en vuestra piel, pero no del todo, por si tenéis que cambiarla en cualquier momento.

—Deduzco que conoces a muchos actores.

—Más de los que me gustaría —admito con una mueca—. Pero el mundo del espectáculo no me va.

—Espero que eso no te condicione y vaya a definir nuestra relación.

—¿Relación? —Levanto las cejas—. ¿Intentas ligar en un funeral?

—Esto no es un funeral, más bien un homenaje. —Se acerca a mí y su olor potente me inunda—. Y si estoy ligando contigo o no, depende de lo que te parezca a ti.

—Inapropiado, en cualquier caso.

—No sé yo… Estar aquí nos recuerda que seguimos vivos y que debemos aprovechar nuestro tiempo al máximo.

La risa se me escapa por la nariz.

—Confirmado, sí que eres actor. Esa frase es de serie mala.

—Au. —Se echa hacia atrás en la silla y se lleva la mano al pecho con gesto doloroso. Trato de no reírme para no seguirle el juego.

Se humedece el labio inferior y se toma su tiempo para volver a hablar. No tiene prisa, porque es de los que sabe que vas a quedarte escuchando lo que sea que tiene que decir.

—Fui actor —admite por fin— durante unos cinco minutos. No era lo mío.

«¿Y qué es lo tuyo?», estoy a punto de preguntarle gracias a la curiosidad que me despierta, que, de paso, me ayuda a olvidarme un poco de dónde estamos. Pero entonces un hombre al que le brilla muy fuerte la calva se acerca al atril que descansa en el centro de la sala y da comienzo a la ceremonia.

A través del micrófono nos informa de que algunos asistentes quieren pronunciar unas palabras. El alcalde es el primero en salir y

ofrecer un discurso largo y protocolario sobre la relevancia de la difunta en el panorama artístico de este país y fuera de él. Con sesenta y ocho películas en su currículum de actriz, algunas de ellas estrenadas en Europa, Estados Unidos, Hispanoamérica, India y Egipto, y cinco discos de oro como cantante, ni siquiera yo me atrevería a rebatírselo.

Después le toca el turno a Alejandro Miralles, el famosísimo director de cine, quien nos cuenta lo mucho que adoraba a Ágata y cuya conexión especial los unirá eternamente. Trabajaron juntos muchas veces y supongo que lo de drogarse en fiestas también los unió bastante. Tras él sale Roma Dávalos y eso sí me sorprende. Roma era a mi tía lo que las sandalias son a los calcetines blancos. Incompatibles. Antagonistas. Enemigos mortales.

Roma es actriz y la némesis oficial de Ágata. Sus ojos azules enormes y su corte pixie rubio platino (ahora lo lleva teñido de rojo fuego o puede que sea una peluca de alta calidad) también han sido icónicos. Ágata irradiaba sensualidad en pantalla, o al menos esa era la parte de ella que se encargaban de explotar los directores. Roma resultaba más pícara, incluso divertida, sin perder atractivo.

Se disputaron algunos papeles y trabajaron juntas en una sola película. Suficiente para la prensa, que se encargó de alimentar las hostilidades entre ellas hasta convertir lo suyo en una enemistad legendaria.

Lo cierto es que mi tía detestaba a Roma, pero eso tampoco dice mucho de la buena mujer, ya que Ágata era una histriónica con una necesidad patológica de ser el centro de atención a la que le molestaba cualquiera que pudiera hacerle sombra en la gran función que era toda su vida.

Roma gesticula mucho con las manos mientras habla con confianza sobre la difunta. Afirma que fue una grandísima actriz, algo que solo está dispuesta a reconocer porque ya está en el ataúd y no puede oírla. Con ello arranca unas risas tímidas de los asistentes. Recuerda que, por mucho perfume que usara, siempre olía a minipuros habanos Romeo y Julieta. Ágata juraba que tenían aroma de miel, vainilla y café, pero Roma tuerce la nariz y asegura que, cada vez que encendía uno, era como respirar en un establo, y yo estoy de acuerdo. Comenta también que, además de una celebridad, mi tía era una persona cercana y bastante normal. «Excepto cuando viajaba, porque llevaba maletas como para vestirse durante las cuatro estaciones, la muy inconsciente», añade.

Su discurso se alarga más de diez minutos, levanta algunas risas entre el público y se mueve todo el tiempo entre la fina línea que separa el cariño de la burla.

Comprendo la burla en su caso; sin embargo, no tengo ni idea de cómo y cuándo surgió el cariño.

Cuando termina, le toca el turno al exmarido de Ágata. El corazón se me acelera tanto al ver a Miguel acercarse al micro que me despego del respaldo y la pierna izquierda me empieza a temblar. No creí que fuera a aparecer. Mi tía lo vetó de su vida hace mucho tiempo. Y con ello, de la mía, en contra de mi voluntad y sin darme explicaciones.

Se aclara la garganta antes de comenzar. Los años no han hecho mella en él, más allá de las canas que le salpicaban el pelo la última vez que lo vi y ahora lo cubren por completo. Unas cuantas arrugas le aportan serenidad y le regalan una madurez benevolente, como

suele ocurrirles a los hombres guapos. Conserva el porte elegante y la sonrisa tranquila.

Miguel echa los hombros hacia atrás y proyecta la voz al hablar, sin dejar de controlar en todo momento la entonación, el volumen, el tono y la cadencia, modulándolos a su antojo, de la misma forma que solía hacer cada noche en el teatro.

Los recuerdos se agolpan en mi cabeza, se amontonan unos encima de otros y terminan resbalando hasta mi pecho para aplastarlos con su peso.

Trago saliva y se me atasca en la garganta. Respirar deja de parecer natural.

Una mano agarra la mía y coloca ambas sobre mi rodilla descontrolada. El movimiento cesa de inmediato. Los dedos de Leo, el chico sentado a mi izquierda, se entrelazan con los míos. Soy incapaz de mirarlo, pero agradezco el gesto apretando su mano. O aferrándome a ella como si fuera el borde de un barranco. Es posible que mi agradecimiento acabe lesionándolo.

No atiendo ni escucho el discurso de Miguel, porque estoy haciendo un gran esfuerzo por respirar y no desmayarme, pero seguro que es dulce y compasivo, como él.

En cuanto acaba y vuelve a su sitio, echo un vistazo a la mano de Leo, todavía unida a la mía. Me fijo en su reloj. Son las doce y media, en diez minutos esta pantomima habrá terminado y yo podré largarme para no volver. Sin remordimientos.

—Y, por último —anuncia el calvo del atril que da paso a las intervenciones—, dirá también unas palabras la sobrina de Ágata: Malena.

No sé si ahogo un jadeo o él me ahoga a mí.

—¿Qué? —musito sin fuerza en la voz. El aire se me queda atrapado en algún punto entre el pecho y la garganta, y siento una presión insoportable en las costillas.

Niego y parpadeo varias veces. No, esto no está pasando de verdad. Es una pesadilla y voy a despertarme, como siempre.

—¿Malena? —insiste el hombre paseando la mirada por los asistentes—. ¿Malena Aguilar?

Un murmullo surge en la sala y las cabezas empiezan a moverse de un lado a otro, buscándome.

—No, no, no. Yo no… —Agacho la mirada—. No puedo. No quiero.

La garganta se me seca, la sangre me inunda las mejillas y las siento arder como si acabaran de darme un bofetón. La pierna vuelve a temblarme y le manda un aviso a todo mi cuerpo para que se sume también.

Leo se inclina y se acerca a mi oído.

—Respira —me susurra con tono suave antes de soltarme la mano.

Se levanta de la silla, se ajusta la chaqueta del traje y sale de la fila, acaparando la atención. Todos lo observan mientras camina con tranquilidad hacia el centro de la sala y se sitúa delante del atril. Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y empieza a hablar de Ágata sin que le flaquee ni un poco la voz.

—¿Y ese chico quién es? —pregunta con el ceño fruncido la señora de mi derecha.

—¿No lo sabes? —susurra la que está sentada a su otro lado—. ¿No te suena de las fotos de las revistas?

Ella niega con la cabeza, tan perdida como lo estoy yo. La otra mujer esboza una sonrisa ladina y adornada con un diente

manchado de carmín rosa antes de soltar:

—Es el amante de Ágata.

3

El *toy boy*

El tal Leo (si es que ese es su verdadero nombre) está hablando desde el atril, pero yo aún puedo notar el tacto de su mano sobre la mía, calmándome. Mierda, no quiero saber dónde ha tenido puestas las manos ni lo que ha hecho con ellas.

«Basta, cerebro, no tomes ese desvío».

Necesito emplear mis escasas reservas de energía para salir disparada nada más el tipo termine y la ceremonia llegue a su fin. Ya he desperdiciado unos cuantos recursos neuronales calculando la diferencia de edad que lo separaba de mi tía. Cuarenta años, como mínimo. Lo que significa que, cuando él nació, ella ya había empezado a teñirse las canas. Que nadie fuera a sospechar que Ágata Belmonte podía envejecer como el común de los mortales.

En cuanto da por finalizado su discurso improvisado (o puede que no tanto, puede que lo tuviera todo ensayado y estudiado), me levanto del asiento con la misma rapidez que un topo sale de su madriguera. Él me mira fijamente desde la distancia y alza la mano para detenerme. Seguro que ha sabido quién soy desde el principio. Perfecto, porque yo también sé quién es él: un cabrón aprovechado. Y no me interesa nada de lo que quiera decirme.

Los asistentes dejan sus asientos y comienzan a esparcirse por la sala. El amante comienza a serpentear entre trajes oscuros para llegar hasta mí. Me escabullo y salgo correteando hasta el pasillo. Sin mirar atrás y sin tropezar siquiera. Mira, al menos tengo una cosa que agradecerle a Ágata, quien compraba zapatos de tacón con la misma facilidad con la que yo voy al súper a por leche y poseía una colección alucinante. A mis trece años ya usábamos el mismo número y me enseñó a caminar con ellos con la misma confianza con la que una actriz pisa la alfombra roja.

El corazón se me acelera cuando oigo a mi espalda una voz llamándome por mi nombre. Es femenina, pero, aun así, desconfío y no me detengo. No sé nada de la vida de Ágata en los últimos años, tal vez se cansó de comprar zapatos y empezó a coleccionar amantes de todos los géneros.

La mujer me alcanza cuando estoy a punto de salir por la puerta. Me pega un suave toque en el hombro y no me queda más remedio que darme la vuelta. Antes de mirarla a la cara bajo la vista hasta sus zapatos. Por muy experta que yo sea en el arte de correr con tacones sin hacerme un esguince, ella ha sido más inteligente al ponerse unas bailarinas.

—Perdona, tú eres Malena, ¿verdad? —me pregunta con unos ojos castaños muy vivos—. Te he reconocido por las fotos.

¿Fotos? ¿Qué fotos? Da igual. No voy a preguntar. Solo quiero irme de una puta vez. Esto empieza a parecer un truco de escapismo que sale mal.

—Soy Salomé, la asistente personal de tu tía. Hablamos ayer por e-mail.

—Ah, sí. Ehm… Te acompaño en el sentimiento.

Parpadea tan sorprendida que se le mueve hasta el flequillo color caramelo. Lo lógico sería que ella me diera el pésame a mí. No obstante, deduzco que ha perdido su trabajo, y yo… Yo no he perdido nada.

—Gracias. Igualmente. Tu tía era una persona muy, muy especial —tercia con una sonrisa de lo más afable que acentúa la redondez de sus mejillas.

—Sí que lo era, sí.

Estiro las comisuras para que mi comentario no suene despectivo, pero me sale mi sonrisa espeluznante de muñeca antigua. Es la misma que le pongo a Mery, mi mejor amiga, socia y compañera de piso, cuando me obliga a beberme uno de sus batidos detox de kiwi, apio y col.

—Perdóname por la confusión —dice apurada de repente—. En tu contestación al correo que te envié di por hecho que te parecía bien decir unas palabras.

Al responder, creí que me estaba limitando a confirmar mi asistencia. Lo cierto es que no recuerdo haber leído ese e-mail hasta el final. El primer párrafo, donde se me comunicaba el fallecimiento de Ágata, ya me dejó en shock. Tuvo que ser Mery la que me preguntó si tenía intención de asistir al funeral. Me lo repitió unas cinco veces hasta que conseguí mover la cabeza en un asentimiento mudo. Después se encargó de comprar el billete Londres-Madrid, a mí me temblaban demasiado las manos.

Es lo que ocurre con la muerte, esperada o no. Nunca pierde la capacidad de sorprenderte.

—No te preocupes, Salomé, es solo que… No me parecía apropiado.

No tengo nada bueno que decir sobre Ágata. Y de haber algo, quedó sepultado bajo todo lo malo. En cualquier caso, su asistente personal debería habérselo imaginado. Desconozco hasta dónde llegaba su nivel de confianza, pero teniendo en cuenta que mi tía no disponía de mi número de teléfono para ponerse en contacto conmigo, podrá hacerse una idea de nuestra nula relación.

—Yo estaré por aquí hasta las seis, por si puedo ayudarte en algo —me indica con extrema amabilidad—. Y si necesitas que te lleven al cementerio, puedo…

—Me voy ya —la corto más brusca de lo necesario—. Tengo que volver a Londres.

—Oh. —El gesto le cambia y arruga la frente—. Pensé que te quedarías unos días.

¿Me está juzgando? Es posible. Quizá Ágata le habló alguna vez de mí. Tal vez le contó lo ingrata que había sido. O ni lo necesitó. Ella deslumbraba a quienes la rodeaban. Lo malo es que, cuando te deslumbran, eres incapaz de ver lo que hay detrás de esa luz.

—Bueno, supongo que no habrá problema en que hables por teléfono con su abogado. Le diré que te llame.

—¿Para qué?

—Eres la heredera de Ágata.

—Espera. —Se me escapa una risa incrédula—. ¿Me ha dejado algo?

Aparte de traumas psicológicos.

—Te lo ha dejado todo.

—No puede ser.

Salomé frunce aún más el ceño.

—Malena, tú eres… —Se detiene y su rostro se contrae en una mueca triste—. Eras su única familia.

—Pero yo no quiero nada.

—Estás en tu derecho de renunciar a la herencia, por supuesto, pero eso mejor lo discutes con el abogado. De momento, te voy a dar las llaves de su casa. —Abre su bolso y las saca con un tintineo —. Ágata me contó que viviste con ella un tiempo, así que recuerdas dónde está, ¿verdad?

Me las tiende y doy un paso atrás, como si me estuviera ofreciendo un fardo de cocaína para esconderlo entre la ropa de mi maleta.

—No las quiero, gracias. Me quedo en un hotel.

—Como quieras. —Suspira antes de volver a guardarlas—. Tienes mi número de teléfono en el correo que te mandé, por si te lo piensas mejor o por si tienes cualquier duda.

Le doy las gracias de nuevo con prisa y, ahora sí, huyo como una sombra.

—Espera, espera, vamos por partes: ¡¿Ágata tenía un *toy boy?*! *Holy shit!* —grita Mery por teléfono, porque ella nació en un pueblo de Soria, pero los tacos los pronuncia en inglés. Cree que suenan mejor.

—No me lo recuerdes, por favor —le pido mientras sostengo la BlackBerry entre la mejilla y el cuello para meterme la mitad de la camisa por dentro de los vaqueros.

Mi pobre vestido yace en la maleta, abierta sobre la cama del hotel.

—Se llama Leo Peretti —me informa mi amiga, a la que le ha faltado tiempo para buscarlo en Google—. Y se da un aire a Benicio

del Toro. Más joven, claro. Y sin las ojeras marcadas ni ese aire de criminal que te acuchillaría en un callejón por veinte libras y el reloj. La verdad es que está bastante bueno.

—Suele ser un requisito cuando tu trabajo consiste en seducir y engañar a mujeres.

—Ya sé que le guardas un rencor ancestral a tu tía, pero tienes que reconocer que se lo montaba bien. Literalmente.

—Ag, cállate —protesto y ella se ríe.

Tras una ardua investigación de dos minutos en varias revistas online de cotilleos mientras come crudités de zanahoria, Mery llega a la conclusión de que la historia entre mi tía y su amante (le prohíbo que la catalogue como «romance») era bastante reciente, ya que las primeras fotos del tal Leo saliendo de casa de Ágata son de hace solo cinco meses.

Después sigue hablando durante un rato de lo fuerte que es todo lo que ha pasado hoy y yo la escucho mientras me muevo por la habitación para terminar de guardar mis cosas. Esa es nuestra dinámica habitual. Cuando le cuento mis problemas a mi mejor amiga, empleo las palabras justas y es ella la que se encarga de analizarlas y darles forma. Es como mi traductor de Google emocional. No necesito ir a un psicólogo teniéndola en mi vida. Además, el primero (y último) al que fui me soltó tras tres sesiones que era un muro y no podía ayudarme.

Por suerte para mí, Mery ha sido bendecida con el don de la paciencia infinita y un humor poco fino pero que siempre me hace reír. Y que no te engañen sus ojos azules redondísimos y su rostro angelical. Es un Nenuco con la visión empresarial de Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada*. Esto último también para disgusto de sus

padres, dos espíritus libres que, al cumplir su hija la mayoría de edad, decidieron rechazar el capitalismo, vender su casa y dedicarse a viajar por el mundo en una caravana.

Los únicos vestigios que le quedan a Mery de su educación hippy son el vegetarianismo y el amor por la naturaleza. Si por ella fuera, dormiríamos todas las noches en el jardín que no tenemos bajo las estrellas que no se ven en el cielo contaminado de Londres.

—¿Cuándo piensas ir a casa de Ágata? Sé que no va a ser fácil —pregunta con un tono más prudente, y me la imagino jugando con las puntas de su media melena color rubio fresa.

—La única casa a la que pienso ir es la nuestra —confirmo cerrando la cremallera de la maleta—. Vuelvo a Londres.

—Espera, ¿cómo que vuelves? ¿Ahora?

—No tengo intención de ir al cementerio. Creí que podría, pero no. En todo caso, ya he cumplido. Me voy al aeropuerto y cambio el billete que tenía para mañana por el primer vuelo disponible.

—¿Y qué piensas hacer con la herencia?

—Nada, no la quiero.

—Porque no quieres nada que venga de ella.

—Exacto.

Oigo un suave suspiro al otro lado de la línea.

—Pero es que Ágata ya no está. Y te ha dejado una casa.

—Y yo te repito que no la quiero. Es que ni de broma, vamos. Ni de coña.

—No has heredado el imperio del narcotráfico*. It's a bloody house*. *A freakin mansion!* Y no me lo niegues, que acabo de verla en el *¡Hola!* Ni siquiera tienes que vivir en ella, solo venderla.

—No me avisó de que se moría, Mery, ¿y me deja su casa? No tiene sentido.

—¿Habrías ido a verla? Si te hubiera llamado para decirte que se moría.

Abro la boca para responder un rotundo «sí», pero la voz no me sale. Porque dudo, porque no estoy segura. La odié tanto que no sé si dejé espacio para nada más.

La ira es sencilla. Pica, pero no duele, y te da una espada y un escudo para defenderte. En cambio, la tristeza te deja vulnerable y desarmada. Se cuela hasta los huesos y echa raíces. No me gusta tratar con ella.

—Genial, ahora soy una hija de puta.

—Una hija de puta no se cruzaría medio Londres para comprarme mi falafel favorito cuando tengo una mala regla y solo me apetece morirme en el sofá. Una hija de puta tampoco me escucharía quejarme de lo gilipollas que soy cada vez que me pillo por algún capullo que no me merece, sabiendo de sobra que voy a volver a hacerlo. Yo no viviría con una hija de puta ni me habría casado empresarialmente con ella. Mal, eres maravillosa, y te quiero, pero ahora mismo estás demasiado alterada. Porque odias que Ágata te siga afectando, que tenga esa capacidad incluso después de muerta. Lo entiendo, te lo prometo. Pero tampoco tiene sentido que te niegues a aceptar por puro orgullo lo que ella consideró que te pertenece.

Aparto la maleta y me siento en el borde de la cama. Cruzo una pierna sobre la otra y me coloco el pulgar y el índice entre las cejas, en el punto exacto donde comienzan siempre mis dolores de cabeza.

—Vas a tener que convencerme de otra forma. Mi orgullo mueve montañas.

—¿No era la fe?

—De eso no tengo, así que solo me queda el orgullo.

—Entonces voy a apelar a tu lado práctico y dejaré que tome la palabra mi vena empresarial. —Puedo visualizar esa vena. Mery tiene la piel blanquísima, más que yo aún, y, cuando se altera, para bien o para mal, se le dibuja en la frente como un río—. ¿Sabes en todo lo que podríamos invertir? Tengo cientos de ideas que no podemos llevar a la práctica por falta de pasta.

—Nos va bien —gruño.

—Pero nos podría ir mucho mejor. Podríamos abrir nuestra propia tienda en lugar de vender a través de otros. ¿En qué parte de Madrid está la casa?

Le especifico la ubicación y ahora soy yo la que suspira al oírla teclear a toda velocidad en el ordenador de nuestra oficina, un semisótano situado en el barrio de Hackney, al este de Londres, que también sirve como atelier desde que se nos ocurrió arrancar nuestra firma de moda hace cinco años, con mucha más ilusión que dinero, claro.

Hace dos, levantamos del suelo los colchones que usábamos para dormir y los trasladamos siete calles más arriba, al piso/caja de zapatos que pudimos alquilar gracias a nuestros sueldos como socias. Lo celebramos brindando con sidra en vasos de plástico y estábamos tan entusiasmadas que casi ni nos importó darnos cuenta el mismo día de la mudanza de que íbamos a compartir piso con una rata gigante. Decidimos llamarla Alvin, porque pensar en una ardilla con sudadera reptando tras la pared nos daba menos grima.

—Cinco mil euros cuesta el metro cuadrado en esa zona —apunta Mery—. Con la crisis inmobiliaria de España y los precios cayendo podrías tardar un poco en venderla, pero sacarás un pastizal de todas maneras. No solo terminaríamos de despegar; volaríamos, Mal. Y te sobraría para vivir tranquila el resto de tu vida.

—No puedo quedarme aquí. No puedo dejarte sola con todo el trabajo y los marrones de la empresa.

—La empresa no se va a caer porque estés fuera unos días. Nuestra marca se llama Malena & Co, ¿te acuerdas? Malena y otra gente. Yo soy *otra gente*.

Mery y yo somos socias, recayendo en mí la parte creativa de la firma. O lo que es lo mismo, me encargo de conceptualizar, diseñar, crear las prendas que vendemos y supervisar el proceso de costura. Cuando no teníamos un duro, también fui modista, costurera y hasta modelo de mis propios diseños. Esto último en contra de mi voluntad. «Venga, Mal, si eres perfecta como modelo. Las piernas largas y la cara de mala leche ya las tienes de serie», me vacilaba Mery antes de disparar con la cámara.

Ella se encarga de hacer sostenibles y viables económicamente mis diseños. Negocia con los proveedores, se preocupa de que no nos estafen y hasta se encarga de coordinar toda la parte comercial y de marketing, que a mí se me da de pena. De no ser por ella, creo que no sería capaz de vender ni una chaqueta. Ni siquiera a alguien que acabara de perder todas sus pertenencias en un incendio.

—Además —continúa—, ¿cuánto tiempo llevas sin tomarte unos días de vacaciones en condiciones? No me respondas, que te lo digo yo: cinco años.

—He cogido días sueltos. El año pasado fui a París.

—Para ir al *front row* de la Semana de la Moda. Era trabajo, así que no cuenta. Tú te quedas al cargo de todo cuando tengo que cruzar medio mundo para visitar a mis padres, que no tienen ni código postal. Yo también puedo hacerlo por ti. ¿O es que no te fías?

Tardo unos segundos en responder. No porque no tenga clara la respuesta, sino porque me cuesta un poco verbalizarla.

—Eres la única persona en este mundo de la que me fío.

—Pues entonces hazme caso. Habla con el abogado de tu tía, acepta la herencia y vende la casa por unos cuantos milloncejos. Mientras, puedes aprovechar el tiempo para relajarte un poco y hacer turismo.

Chasqueo la lengua con fastidio.

—Viví aquí cinco años, Mery.

—Sí, pero no has vuelto desde los dieciocho. La gentrificación habrá hecho de las suyas y Madrid habrá cambiado mucho. Pasea, ve a algún bar de milenials que también sea una tienda de bicis, donde te cobren un ojo de la cara por una red velvet ramplona y un smoothie, que a ti te parecerán tirados de precio porque vives en el *fuckin London*. Date algún capricho, un masaje en un spa o ve a cenar a un japonés carísimo. Ah, ah, recuerda lo de los milloncejos —insiste en cuanto intuye que he abierto la boca para protestar—. Descubre la ciudad con otros ojos, Mal. Inspírate.

Las dos sabemos que me vendría fenomenal. En los cinco años que llevamos sosteniendo Malena & Co (y unos cuantos antes, cuando imaginaba prendas diseñadas por mí sobre alguna pasarela y a mujeres probándoselas en las tiendas) no he sentido el abandono de la inspiración —palabra que odio con toda mi alma, por cierto. Tan volátil, tan indefinida—. Siempre he creído más en la constancia,

en la fuerza de voluntad a la hora de crear y en cosas tangibles como pegar tu culo a la silla durante catorce horas y levantarte solo cuando te duele y estás orgullosa del resultado. O cuando la vejiga está a punto de explotarte. Ambas cosas me suceden con frecuencia.

Sucedían. En los últimos meses nada fluye como debiera y la oscuridad ha empezado a teñir mis diseños de una forma tan explícita que Mery ha empezado a llamarme Malena Addams. Lo hace a modo de broma y para quitarle hierro al hecho de que mi próxima colección se está retrasando un poco.

—¿Tú crees que en Madrid, donde ya hace un calor infernal a mediados de junio, me voy a inspirar? Solo voy a transpirar. Llevo puesta una camisa de seda y lo único que se me ocurre es quitármela con el resto de la ropa y quedarme en bolas. Eso no va a hacer mucho por el negocio.

—Tal vez sí, ¿quién sabe? Desnúdate, siéntete libre y paséate por la habitación del hotel. O mejor aún, por tu nueva mansión. Tiene bastante más encanto que un semisótano inglés con una ventana por la que solo se ven los pies de la gente.

Me echo hacia atrás y me dejo caer en la cama. Lo único que me apetece ahora mismo es volver a casa y recuperar mi vida. Despertarme como cada mañana, pasar por mi panadería favorita (camino de nuestro triste semisótano) para comprar un bollito de beicon y huevo y comérmelo despacio mientras atravieso London Fields, empapándome de la fauna urbana que habita Londres y de su *street style*, en el que se entremezclan zapatos Oxford y gabardinas clásicas con vestimentas mucho más alternativas y atrevidas.

Pero la vida tendrá que esperar un poco, puesto que Mery tiene razón, por mucho que me moleste. Y al menos una de las partes del binomio que formamos debe pensar fríamente. Yo soy incapaz, porque cuando se trata de Ágata solo siento calor. Del que te fulmina y te llena de rabia sin pasar antes por un estadio intermedio.

Tras prometerle a Mery que me voy a tomar un pequeño descanso y colgar, deshago la maleta y vuelvo a colocar la ropa en el armario para evitar arrugas. Dos pantalones, uno vaquero y otro de pinzas en color arena; un vestido roto (con todo el dolor de mi alma), tres camisas de vestir y tres tops informales. Cuando viajo siempre llevo más ropa de la que voy a necesitar. Porque una nunca sabe qué percances puede sufrir por el camino o qué herencias envenenadas la esperan a la vuelta de la esquina para impedirle volver a casa.

Lo de pasearme en bolas no me seduce mucho y ponerme el pijama a las dos de la tarde tampoco, así que opto por desvestirme y cubrirme con el albornoz. No tengo las llaves de la casa de Ágata, pero, en cualquier caso, necesitaría mentalizarme mucho antes de poner un pie en sus dominios. El día que me fui juré que no volvería.

De momento, me suelto el pelo y decido darme una ducha. El agua siempre me ayuda a despejarme y a aclarar las ideas.

Un par de golpes suenan en la puerta cuando estoy a punto de entrar en el baño.

—¿Sí? —pregunto en voz alta.

—Servicio de habitaciones.

Frunzo el ceño. No he pedido nada. De hecho, estaba planteándome salir a comer después de la ducha. Seguro que ha sido cosa de Mery. Nada más colgar se las habrá ingeniado para llamar al hotel y convencer a alguien de que me suban lo más caro

de la carta. Se preocupa mucho por mí y yo siempre protesto y le digo que no lo necesito. Es cierto, aunque, en el fondo, me gusta que lo haga. Sentirse cuidada es un lujo.

Me ajusto el cinturón del albornoz, voy hasta la puerta y la abro con una sonrisa educada que se desvanece en cuanto unos ojos castaños me escanean de arriba abajo.

Mierda. El *toy boy.*

4

Muerta para mí

—No —pronuncio la negativa más rotunda de la historia.

—Malena, escúchame un momento.

—No me apetece.

El *toy boy* coloca las manos en las caderas con un gesto que resultaría sexy si el tipo no me diera asco.

—Ni siquiera sabes lo que vengo a decirte.

—Es que me da igual.

Trato de cerrar la puerta y me lo impide colocando su manaza en el canto.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Quieres que llame a la policía?

O también podría darle un rodillazo en los huevos e inutilizar su instrumento principal de trabajo.

—Lo que quiero es que me escuches un momento. Necesito hablar contigo de algo importante.

Como resulta inútil y muy cansado forcejear con una puerta de hotel y el cuerpo de casi metro noventa que la sostiene, dejo de empujar y la abro del todo.

—Ahórratelo. —Tengo que levantar un poco la barbilla para mirarlo a los ojos—. Todas mis respuestas para ti van a ser «no».

—Vale, en ese caso… ¿De verdad quieres dejarme fuera de tu habitación? —Arquea la ceja y remata el gesto con una sonrisa torcida—. Te sienta bien el pelo suelto, por cierto. Y alborotado, en plan leona.

—¿En serio, *toy boy*?

Niega con la cabeza y suspira.

—No deberías creerte todo lo que cuentan, y menos aún si la fuente es una revista del corazón.

—Una revista, no. Unas cuantas.

—Resulta halagador que te hayas tomado la molestia de informarte sobre mí, pero todo lo que quieras saber estaré encantado de contártelo en persona y con una copa de vino. ¿Qué te parece si tu pelo salvaje, tú y yo salimos a cenar esta noche? No me importa si decides presentarte con ese albornoz. También te queda bien.

Intenta ponerme nerviosa y no pienso darle la satisfacción de incomodarme. Además, llevo bragas bonitas bajo el albornoz. No me preguntes por qué, pero siempre me han aportado seguridad. Son poderosas, como una armadura secreta.

—Ese es tu rollo, ¿verdad? El de tipo encantador y un poco descarado. —Entrecierro los ojos—. Salimos a cenar, bebemos unas copas de vino y me haces creer que soy la mujer más fascinante del universo.

—Bueno, lo de ser fascinante tendrás que demostrarlo. No puedo ser tan facilón en nuestra primera cita.

Esta vez sonríe sin reprimirse y se le marca un hoyuelo. Solo uno, porque si tuviera dos las consecuencias serían devastadoras y la genética fue consciente de ello.

—Siento decirte que los amantes no se heredan.

—¿Insinúas que quiero camelarte?

—Si solo lo estoy insinuando es que no he sido lo bastante clara. Creo que no tuviste tiempo suficiente para engañar a la pobre ancianita y conseguir que te incluyera en su testamento, así que ahora vienes a intentarlo con la sobrina ingenua. Sé listo y confórmate con lo que te diera ella en su momento, porque de mí no vas a sacar nada.

Parpadea y su gesto se endurece por primera vez.

—Para empezar, nunca consideré a tu tía una pobre ancianita y dudo que alguien pudiera engañarla. Era una de las mujeres más inteligentes que he conocido. Y a ti no te conozco todavía, pero dado el rumbo que está tomando nuestra conversación me basta para suponer que no confías demasiado en nadie —asegura taladrándome con esos ojos rasgados y enmarcados por unas pestañas cuya longitud yo no conseguiría ni con dos capas de rímel—. No, no intento engañarte. Vengo a traerte un mensaje de Ágata. Ocho mensajes, para ser exacto.

—¿De qué me hablas? —Frunzo el ceño—. ¿Qué mensajes?

—Malena, no soy el amante de tu tía ni un *toy boy*. Soy realizador de documentales. He pasado los últimos seis meses junto a tu tía grabando su historia. En ocho cintas, concretamente. Y eres tú quien, después de verlas, debe decidir si compartirlas o no con el mundo.

Parpadeo como un millón de veces.

—¿Es una broma o qué?

—Ojalá —suelta un bufido involuntario—, pero hablo en serio. No puedo vender la historia de Ágata ni puede emitirse sin tu

consentimiento. Tampoco estoy autorizado a editarla sin que le des el visto bueno. Tú tienes la última palabra. Y como imagino que sigues sin creer nada de lo que te digo y necesitas pruebas…

Lleva la mano hacia atrás y la cuela por la cintura del pantalón. Mi mente, peliculera y con tendencia a la catástrofe, interpreta que todo esto forma parte de una trampa mortal y que va a sacar una pistola con silenciador para dispararme en la frente. No obstante, el pánico repentino desaparece en cuanto me doy cuenta de que lo único que lleva guardado son unos folios arrugados y sujetos con una grapa. Como mucho, podría hacerme un cortecito con ellos.

—Este es el contrato que firmamos. Si el documental llega a emitirse, tú también te llevarás una parte de los beneficios.

Me lo tiende y echo un vistazo a la primera hoja de cuatro, en la que aparece el nombre de Ágata (el real), el de Leo y el mío, mezclados con un montón de palabrería legal y cláusulas.

—No entiendo a qué viene nada de esto.

—Ágata dejó una nota al final. Quizá te aclare algo.

Busco la última página y, en efecto, hay unas palabras escritas de su puño y letra.

> Sé que soy la antagonista de tu película. En ocasiones, hasta lo he sido de la mía. Pero déjame contarte mi historia, Malena. Sin filtros ni censura ni mentiras. Después podrás decidir quién soy. Mereces saber lo que hay de verdad tras las razones por las que me odias. Algunas me las gané a pulso y otras…, otras quiero creer que no tanto. Puede que una de ellas sea peor incluso de lo que crees, pero me arriesgaré.
>
> ÁGATA

P. D. Además, cuando recibas esto ya estaré muerta y en el infierno, así que llevo cierta ventaja.

De golpe, siento como si el peso de mi cuerpo fuera demasiado y a la vez dejo de notarlo. Mis ojos ya no enfocan las letras, la cabeza se me va hacia atrás y las piernas dejan de sostenerme. Me siento flotar.

Pero no es así. La sensación es en realidad mucho más brusca y desagradable: me desplomo y alguien me impide golpearme la cabeza contra el suelo.

—Te tengo —me susurra Leo al oído. Distingo un leve rastro de su colonia: pimienta y ¿cardamomo? A continuación, de su garganta sale un sonido agónico, como si estuviera intentando mover un saco de cemento a pulso. Yo debo de ser el saco.

Intento caminar por mí misma para llegar hasta la cama, pero él tiene que ayudarme porque me he quedado sin fuerzas y la habitación da vueltas como un tiovivo fuera de control. Me ayuda a tumbarme sobre el colchón y en cuanto mi cabeza toca la almohada cierro los ojos.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿O que te vea un médico?

—No hace falta, solo estoy cansada.

—Y muy pálida.

Abro un ojo y lo veo a los pies de la cama, con el pelo un poco despeinado y gesto muy serio.

—Se nota que ya no intentas seducirme.

—Al menos las facultades mentales las conservas.

Da media vuelta y cuando creo que se va a marchar por fin va hacia el minibar para sacar una lata de Coca-Cola.

—Aunque no soy ningún *toy boy*, no estoy en contra de que me utilices… Pero mejor cuando no parezca que vayas a desmayarte. —Se sienta a mi lado y escucho el clac de la lata al abrirse—. Bebe.

«No acepto órdenes», me entran ganas de responder, pero contengo la lengua en el último segundo, porque él se está comportando como un ser humano decente y yo me encuentro fatal. Dejo que me ayude a incorporarme despacio, acepto la bebida y le doy un trago. Las burbujas me pican en la boca y ascienden por la nariz. A los pocos segundos me viene una arcada, así que respiro hondo y consigo frenarla. Doy otro par de sorbos pequeños y le devuelvo la lata a Leo para poder tumbarme de nuevo.

Dios, la cabeza me pesa como si fuera plomo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Ayer, en el desayuno, justo antes de recibir el e-mail de Salomé.

—Estoy bien. No necesito que me cuides. Puedes irte.

Se levanta de la cama solo para volver a llevarme la contraria. Se acerca al teléfono de la mesita de noche y llama al servicio de habitaciones. Encarga un solomillo de ternera al punto con patatas fritas, un sándwich club y una tarta Sacher.

—Para no ser un *toy boy,* ya te estoy pagando los caprichos —le digo en cuanto cuelga. Puede que me falle el cuerpo, pero el sarcasmo, jamás.

—Es para compartir. Yo todavía no he comido. Y en un gesto de buena voluntad, voy a invitarte. Pagaré en recepción cuando me vaya.

—Que es ya mismo.

—No pienso salir de aquí sin asegurarme de que comes algo y no pierdes el conocimiento.

—Estoy tumbada en una cama, perder el conocimiento tampoco sería tan grave. A no ser que intentes aprovecharte de mí.

Como ves, mi mente transita por los caminos más escabrosos.

—Puedes quedarte tranquila. Cuando se trata de sexo, es imprescindible que ellas estén siempre conscientes por dos motivos. El principal es que no soy un monstruo. Y el segundo tiene más que ver con lo mucho que me pone que griten mi nombre.

Aunque me encantaría responder a eso, el cansancio me vence y cierro los ojos. Los abro de golpe cuando llaman a la puerta. Veo a Leo caminar hacia ella y, mientras vuelvo a situarme en el tiempo y el espacio, puedo apreciar qué bien le cae el pantalón. Desde un punto de vista estético, nada más. También oigo la tele de fondo. Los periodistas siguen hablando del monotema: Ágata.

Leo le da propina al camarero en la puerta y mete él mismo el carrito en la habitación. Se detiene frente a mí y sonríe.

—Al final sí que vamos a tener nuestra primera cita. Y tú vas en albornoz.

—Cállate.

—Yo me callo si tú comes. Ese es el trato.

Levanta una tapa y descubre el plato de solomillo con patatas. El olor inunda la habitación y mi estómago ruge en respuesta.

—Vale, la carne para ti.

Mi debilidad momentánea provoca una situación surrealista: acabamos sentados en el borde de la cama, comiendo juntos y viendo la tele.

Desde luego hoy no es el mejor día para ir a casa de Ágata. Las cámaras están presentes y un montón de gente se ha acercado hasta la entrada para llevar flores y velas. Algunos están escribiendo

mensajes con rotulador en el muro color crema que bordea la finca. Genial, me tocará pintarlo. Si es que accedo a quedarme la casa. Rechazarla no solo sería cuestión de orgullo, también tiene algo de instinto protector hacia mí misma. El dinero resuelve problemas, sí, pero causa otros. Y solo la gente que ha tenido mucho puede asegurar que no da necesariamente la felicidad.

Para ser sincera, vivir en un coche porque no tienes dinero para pagar un alquiler, tampoco. Lo sé porque he experimentado los dos extremos y considero que la felicidad se basa en el equilibrio. Ese que valoro muchísimo y pierdo hasta de manera literal cuando se trata de Ágata.

—¿Te ayudo? —me pregunta Leo cuando me ve pelearme con un sobre de kétchup.

—Soy capaz de abrir un sobre.

Ya supone suficiente humillación que me haya rescatado como a una damisela victoriana, así que termino rompiendo el sobre con los dientes y esparzo el kétchup sobre las patatas fritas.

Él me mira y levanta la comisura derecha.

—¿Qué?

—Tú te bastas y te sobras. Entendido, leona.

—Quedamos en comer y callar.

—Ya, pero si vamos a pasar tiempo juntos, podríamos conocernos un poco, ¿no te parece?

—Antes has dicho que no tenías intención de engañarme —le recuerdo—. A ti te da igual conocerme, te mueve el interés y solo estás aquí porque quieres hacer un documental. Y no, no vamos a pasar tiempo juntos.

—Mis intereses son de lo más variado, pero ya hablaremos de eso porque no estás muy receptiva ahora mismo. En cualquier caso, ¿no tienes curiosidad por ver las cintas de Ágata?

No llego a responder porque Leo aparta la mirada y se la devuelve a la tele al oír su nombre en boca de la presentadora del programa.

«¿Quién es realmente Leo Peretti? —pregunta esta dirigiéndose a cámara—. ¿Quién es ese hombre?».

Acto seguido suena la banda sonora de *Pasión de gavilanes*, acompañada de un montaje con la cara de Leo y el cuerpo semidesnudo de un actor de culebrón.

—Qué cutres son. —El aludido se chupa el pulgar con tranquilidad; parece ser que estas cosas no le quitan el apetito—. No parezco un gavilán. No me pongo aceite en los abdominales. Ni siquiera tengo abdominales. Aunque los sombreros sí que me favorecen.

«¿Qué relación lo unía a Ágata Belmonte? Se le ha visto muy cerca de la actriz durante los últimos meses. ¿Se trataba de una simple amistad o había algo más? —continúa la presentadora con un tono sugerente y morboso—. Nuestros compañeros de *Rumore Rumore* lo saben todo y esta noche se lo contarán. A partir de las diez. No se lo pierdan».

Chasqueo la lengua.

—Es increíble. Todavía no la han enterrado y ya están haciendo chistes.

Leo coge el mando y apaga la tele.

—Olvídate de ellos. Siempre andan buscando carnaza.

—¿La prensa sabe algo de las cintas que grabaste con Ágata?

—Nos encargamos de hacerlo todo con discreción y en su casa. Justo por eso hemos dado de qué hablar. —Niega con la cabeza y

termina sonriendo—. A tu tía le hacía gracia que pensaran que estábamos liados. También me dejó muy claro que no tenía ninguna oportunidad con ella.

—Casi sería mejor que fueras su amante. Esto es más retorcido si cabe.

—Malena, escucha…

—No, Leo, mejor escúchame tú. Deja de perder el tiempo conmigo.

—Pero…

—La respuesta es la misma que te he dado cuando has llegado. No. No tengo ninguna curiosidad. No quiero saber nada de Ágata ni de su historia. Llega tarde. Hace mucho que está muerta para mí.

5

La casa del terror

Prefiero el té al café, pero esta mañana he vuelto a optar por el segundo y me tomo el agua sucia a la que se atreven a llamar «cortado» de un solo trago, casi como si fuera un chupito. Si bien no es un gesto muy elegante, mi organismo reclama un chute de cafeína para seguir funcionando. En realidad, es el tercero, y solo son las once de la mañana.

Apenas he dormido en toda la noche. Cada vez que conseguía relajarme durante unos minutos, mi sistema nervioso se encargaba de despertarme de golpe con un espasmo muscular en el brazo o en la pierna, como si mi instinto de supervivencia lo avisara de un peligro inminente para que saliera huyendo. No sería la primera vez, pero ya no tengo dieciocho años y me niego a que, después de tanto tiempo, Ágata domine mis estados de ánimo y mis pasos. Tengo treinta y cuatro años, soy una adulta funcional (más o menos: ¿quién lo es del todo?) y lo único que debo hacer es alargar la mano y coger las llaves que Salomé ha dejado sobre la mesa. No debería costar tanto.

Ella sostiene con ambas manos su taza de té verde frente a mí y me mira con ojos amables y tranquilos, sin inmutarse por el ruido

atronador de la máquina de café que inunda el local en el que hemos quedado.

—Me alegro mucho de que me llamaras.

Si no lo hubiera hecho yo, se habría encargado Mery. Ya me ha visualizado nadando en una piscina de monedas de oro como Tío Gilito.

—Soy consciente de que no hablabais, Malena, pero Ágata te tenía muy presente.

Me extraña. Nunca se molestó en buscarme después de que me largara de su casa, así que no veo por qué iba yo a ocupar sus pensamientos. Por otro lado, Salomé y yo no nos conocemos y, por tanto, no tiene motivos para inventarse algo así. Por la breve conversación que hemos mantenido en los diez minutos que llevamos aquí sentadas ya ha demostrado ser extremadamente amable y me ha hecho un montón de preguntas sobre mi trabajo, el cual parece fascinarla. Creo que es de esas personas que sienten unas ganas constantes de complacer a los demás. Tal vez hasta el punto de mentir.

—¿Cuánto tiempo trabajaste con Ágata? —me intereso con la intención de desviar el tema de conversación de mí hacia ella.

Se apoya en el respaldo de la silla sin soltar su taza, echa la vista hacia arriba y suspira.

—Once años. Conocí a Ágata en Barcelona, en el hotel donde yo trabajaba como camarera de piso. Tenía que limpiar su habitación y ella se estaba maquillando sentada frente al espejo. Le dije que volvería más tarde, pero insistió en que hiciera lo mío y empezó a hablar sin parar. Que a aquella mujer tan famosa le interesara yo, que no era nadie, y me preguntara cosas me pareció casi un sueño

—dice ilusionada—. Terminé contándole toda mi vida, desde mi divorcio hasta mis dolores de artrosis, que no sabía si me dejarían mantener mi trabajo durante mucho más tiempo. Cuando acabé de limpiar la habitación y ella de maquillarse, me ofreció trabajo como su asistente personal. Al principio, ni siquiera creí que hablara en serio.

—Yo sí. Era así de impulsiva.

Y generosa. Y caprichosa. Era muchas cosas y al mismo tiempo podía ser todo lo contrario.

—Acepté, aunque no por el sueldo… Me dio la sensación de que le vendría bien tener compañía. Creo que se sentía un poco sola.

«Nada que no se ganara», pienso. Pero no considero oportuno mencionarlo y manchar el recuerdo de alguien que está claro que fue importante para esta mujer.

—Me recuerdas un poco a ella —comenta con un tono nostálgico.

Me río con incredulidad. Vale, ahora sí estoy segura de que miente.

—Ágata y yo ni siquiera parecíamos familia. Me lo dijeron muchas veces.

Y cuando no lo verbalizaron, tampoco hizo falta para ser yo consciente. Cada vez que me presentaba como su sobrina había un parpadeo de sorpresa en los gestos ajenos y, a continuación, falta de reconocimiento al mirarnos a ambas. Como si yo fuera una oportunidad perdida al no haber sido bendecida con la gracia ni la belleza apabullante de mi tía.

Donde Ágata tenía curvas redondeadas como un reloj de arena, mi cuerpo dibuja líneas rectas y ángulos marcados. Mientras ella era menuda como una muñeca, al igual que mi madre, yo parezco un

monigote con piernas y brazos demasiado largos, porque heredé la constitución de mi padre. El pelo oscuro y cobrizo de Ágata era suave y ondulado; el mío, de un castaño convencional, es rizado, algo encrespado y solo se deja dominar con la plancha. Sus ojos eran marrones, salpicados de motas verdes y amarillas. Y felinos. De ahí que la apodaran la Gata. Los míos, de un marrón vulgar, son más grandes y apagados.

Ella era la obra de arte definitiva y yo un primer boceto. Ella era a quien perseguían los focos y la luz en general. Yo me encontraba más a gusto resguardada en la sombra que proyectaba a su paso.

Aunque parezca mentira, aquello no supuso un duro golpe para mi autoestima. Como Ágata me dijo una vez: «Da igual como seas: guapa, fea, alta, baja, delgada o gorda. Pero si te sientes insegura respecto a tu cuerpo, no te tratarás bien a ti misma. Y si no te tratas bien, eres manejable. Ese es un error que ninguna mujer debe permitirse».

—No me refiero a un parecido físico —me aclara Salomé posando la taza en la mesa con delicadeza—. Es esa forma de levantar la cabeza, tan segura, tan elegante. Creía que era un gesto único en Ágata, pero tú también lo tienes.

No le falta razón y, sin embargo, solo soy capaz de responder con una sonrisa tensa de labios apretados. He pasado muchos años alejada de mi tía, sin saber, sin querer recordar. Algunas veces sentí la tentación de buscarla. Estaba a la distancia de un tecleo en Google, pero siempre me echaba atrás en el último momento. Fingir que no existía era lo más seguro, y lo menos doloroso. De hecho, no sentir nada era lo mejor.

Salomé saca de su bolso una tarjeta y me la entrega. Contiene los datos de contacto del abogado de Ágata. También me da la clave de seguridad de la alarma de la casa, un número de teléfono al que llamar si necesito a alguien de confianza que se encargue de la limpieza y, por último, me aconseja que vaya a última hora de la tarde si quiero evitar a fans y periodistas.

—Si tienes cualquier duda, puedes llamarme sin problema. Y supongo que ya está. Eso es todo —concluye con una nota triste en la voz y veo cómo se le humedecen los ojos al momento. Apreciaba a Ágata, no hay duda.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto con verdadero interés.

No es que me sienta responsable de Salomé ni nada parecido, pero me cae bien y, bajo capas y capas de desconfianza hacia la raza humana en general, todavía me late un corazón.

—He conseguido otro trabajo. Seré la asistente de Roma. Durante años intentó que dejara a tu tía y me fuera con ella. Aunque sé que en el fondo solo lo hacía para chincharla —afirma con una risita, como si aquello fuera una broma privada entre ellas—. De hecho, estoy segura de que es un favor hacia Ágata y de que ella se lo pidió. Le estaré eternamente agradecida. Tengo sesenta y dos años y no terminé ni el bachiller. Ella sabía lo difícil que me resultaría encontrar un trabajo donde no me destrozara la espalda y las manos.

Una vez que me queda claro que Salomé preside el club de fans de Ágata Belmonte, cojo las llaves de la casa, me las guardo en el bolso y me despido de ella. Sus esfuerzos por humanizar a mi tía no han llegado a arañar la gruesa capa de desapego con la que me barnicé años atrás, pero me alegro de que ella vaya a estar bien.

Al salir de la cafetería, aprovecho la comodidad de mis *peep toes* planos para dar un largo paseo por el centro de Madrid. Visito algunas tiendas en Fuencarral y me siento a comer en una terraza de Chueca, donde recuerdo lo alto que reímos los españoles y lo maravillosas que son las croquetas de jamón ibérico y la tortilla de patata poco cuajada.

El calor empieza a notarse en el ambiente, pero no me resguardo. No todos los días se presenta la oportunidad de escapar del clima londinense. Ya no se trata de la lluvia, no tan abundante como su fama predica, sino del perpetuo manto de nubes grises que cubre la ciudad. Hasta cuando el sol consigue escapar de su prisión, su luz es contenida, igual que el carácter inglés. Aquí se desparrama por los edificios y entre los árboles, inundándolo todo de una claridad radiante, como una carcajada de luz.

Después de comer y tomarme otro café —que me provocará diarrea casi con total seguridad—, doy otro paseo. Paso de largo por las grandes boutiques de lujo de Serrano y serpenteo por las calles de alrededor, en busca de tesoros escondidos en pequeños locales.

A lo largo de la tarde, recibo varios mensajes de Leo, en los que me pide por favor que me piense bien lo del documental. No tengo ni idea de cómo ha conseguido mi número de teléfono, pero tampoco se lo pregunto, porque eso daría pie a una conversación. Lo cierto es que no necesita contestación por mi parte. Se las apaña muy bien él solito para hablar, e incluso coquetear, sin mi intervención.

Todavía no le he contado nada a Mery de su propuesta. Encontraría la manera de enredarme para escuchar a Ágata contarme su historia, hacer las paces con su espíritu y, ya que

estamos, sanar a mi niña interior. Su poder de persuasión me asusta. Una vez hasta me convenció para teñirme de rubio platino. Muy mala idea. Un tipo borracho en un bar me llamó Legolas y me pidió un autógrafo.

En cualquier caso, mi tía llega tarde y yo no tengo ninguna intención de que me cuente su historia. Que alguien muera no lo redime automáticamente ni lo hace menos egoísta de lo que fue en vida.

A eso de las siete vuelvo al hotel, me doy una ducha para quitarme de encima el sudor (tanto sol es lo que tiene también) y pasadas las ocho y media cojo un taxi para ir a casa de Ágata. Tardo más de veinte minutos en llegar, ya que está situada en una exclusiva urbanización residencial al norte de Madrid, de esas que cuentan con club de golf, su propio centro comercial y un montón de zonas ajardinadas, diseñadas para envolverte en una ilusión verde y hacerte olvidar que estás respirando el mismo aire contaminado que todos los demás en esta ciudad.

Le pido al taxista que se detenga a unos cien metros de la casa y continúo a pie para poder comprobar de lejos si todavía hay alguien merodeando alrededor. Llámame paranoica, si quieres. Seguro que no es lo más raro que hago de aquí a mi regreso a Londres, donde dejé casi toda mi ropa y el noventa y nueve por ciento de mi estabilidad emocional.

Avanzo despacio por la acera impoluta de la misma carretera flanqueada por robles enormes que tuve que recorrer cada día durante cinco años para ir a un colegio que detestaba, plagado de uniformes grises y chavales privilegiados cuyo pasatiempo favorito entre clase y clase consistía en leer en voz alta las revistas que

publicaban mentiras (y alguna que otra verdad) sobre la vida de mi tía.

Por suerte, al girar la esquina compruebo que la calle donde se encuentra la casa está envuelta en silencio. No se ve ni se oye nada procedente de las viviendas vecinas. Todas se encuentran separadas por jardines y muros enormes que las convierten en auténticas fortalezas con piscina.

Lo que sí me encuentro al llegar a la entrada son todas las flores y velas que han ido dejando ayer y hoy los admiradores de Ágata. Estoy segura de que cualquiera de ellos se moriría por entrar y cotillear sus cosas, mientras que mi cabeza mantiene una lucha con mis pies sobre la idea de dar media vuelta y huir a toda velocidad, como debería hacer cualquier protagonista inteligente de película de miedo. Al fin y al cabo, estoy ante mi propia versión de la casa del terror.

Alzo la vista y bajo un cielo todavía azul alcanzo a ver el tejado de terracota y una pequeña franja color crema de la planta superior, con las ventanas blancas y sus contraventanas verdes. Mi mente compone el resto y dibuja la galería con arcadas y el camino de piedra que conduce a la entrada.

Nada más colocarme frente a la puerta, los treinta grados de la calle se evaporan y siento un frío súbito recorrerme los brazos. Meto la llave en la cerradura y antes de atreverme a girar la muñeca para abrir me repito tres veces mentalmente que puedo hacer esto.

—Hola, ¿vives aquí?

Me giro hacia la voz que ha formulado la pregunta y me encuentro de frente con un hombre de unos cincuenta años, calvo y de gesto

afable. Viste vaqueros rectos y claros, un polo gris demasiado ajustado, y carga con una mochila negra colgada de un solo hombro.

—Perdona, ¿y tú eres…?

—Ah, sí, discúlpame. Qué mala educación por mi parte. —Niega con gesto apurado—. Soy Ramón. Mi mujer y yo éramos vecinos de Ágata y también profundos admiradores suyos —me aclara.

Dejo salir un poco el aire que he retenido sin darme cuenta.

—Sí, era una gran actriz —respondo de manera automática.

—Disculpa que te haya abordado así. Te he visto aquí y no lo he pensado. —Desvía un segundo la vista a la cerradura, donde aún cuelgan las llaves, y me dedica una sonrisa comedida—. ¿Erais familia? ¿Su sobrina tal vez?

—Ehm, pues…

La puerta se abre desde dentro con un tirón brusco y muy sonoro.

—¡La concha de tu madre, Ramón!!

Reconozco esa voz de inmediato, aunque tardo un poco más en asimilar la estampa que tengo delante.

Leo en bañador.

Leo en bañador y cubierto con un batín de seda color burdeos.

Leo en bañador, cubierto con un batín de seda y armado con un recogehojas de piscina.

Semejante imagen me distrae un par de segundos y no me doy cuenta de que el vecino amable no lo es tanto, ya que acaba de sacar una Canon de su mochila y nos apunta con ella.

—Leo, ¿vas a quedarte en la casa ahora que Ágata ya no está? —Foto, foto, foto—. ¿Vas a vivir aquí con ella? —Foto, foto, foto—. ¿Estáis juntos? —Foto, foto, foto.

Leo da un paso adelante para agarrarme de la muñeca, tira de mí con rapidez hacia dentro, dejándome solo un segundo para recuperar las llaves, y cierra la puerta mientras el tipo sigue disparando a toda pastilla. Sin soltarme, me arrastra unos cuantos metros por el camino de piedra hasta que decide detenerse.

—Es un paparazzi —señala la evidencia.

—¡No me digas! —Me deshago de su mano y doy un paso hacia atrás—. Y tú un okupa, por lo que veo.

Entrecierra los ojos con esa expresión somnolienta que parece acompañarlo todo el tiempo, como si acabara de despertar de una siesta. Hasta el simple hecho de parpadear parece costarle un esfuerzo titánico y necesita hacerlo a cámara lenta. Si yo tratara de imitarlo, daría la impresión de que sufro un ataque de ciática.

—Tengo llaves, tu tía me las dio. Te estaba esperando. Sabía que al final aparecerías. Y un okupa no te limpia la piscina, por cierto —levanta el recogehojas en el aire como si fuera el rey Tritón empuñando su tridente—, que es lo que estaba a punto de hacer cuando te he oído hablar con ese reportero. De nada por quitártelo de encima.

—¿Quitármelo de encima? —respondo indignada—. ¡Si ha sido culpa tuya! No iba a contarle nada, pero gracias a ti nos ha hecho un montón de fotos. ¿Y quién se pone a limpiar una piscina a las nueve de la noche?

—Alguien que quiere darse un baño. ¿Te apetece?

—No, y haz el favor de ponerte ropa decente.

—¿En serio esto te incomoda? —Se abre un poco más el batín para colocar la mano libre en la cadera.

—Ese modelito de mansión Playboy no causa el efecto que tú te crees.

—¿Qué más da? Es solo piel, Malena —declara clavándome esa mirada intensa que ha debido de practicar y perfeccionar desde la adolescencia frente al espejo del baño—. A mí me interesa mucho más lo que hay debajo.

—Lo que hay debajo es tejido adiposo.

Una carcajada limpia le rompe la pose y un mechón negro de su melena de *latin lover* renovado le cae con gracia sobre la frente.

—Me gustas.

—Lo dudo.

—Cena conmigo y sales de dudas —declara con confianza y a la vez como si nada.

—No. Y estás empezando a parecer un poquito acosador.

—En realidad, eres tú quien ha venido hasta mí.

—Esta es mi casa.

—Pues yo no te veo muy cómoda en ella.

—Será por tu minipolla asomando por el bañador —miento, pero agacha la mirada para comprobarlo y aprovecho el momento para alejarme y caminar hacia la casa.

—Se me ocurren muchas cosas que responder a eso, pero voy a tener que sacrificarlas para comportarme como un profesional, porque tú y yo tenemos que hablar de cosas serias.

Me giro hacia él.

—Tú no has sido serio en tu vida, ya te lo digo yo.

El brillo divertido de su mirada desaparece. Se ve que he tocado hueso y eso me intriga un poco, pero decido no complicarme más la vida. Me centro en mi objetivo: echar un vistazo a la casa y

comprobar cuántas toneladas de muebles y ropa tengo que sacar para poder venderla lo más rápido posible.

—Deja las llaves en la entrada antes de irte, por favor —le pido como despedida.

—Malena —me llama con esa voz perezosa y a la vez contundente cuando estoy a punto de abrir la puerta. Suspiro con cansancio y me doy la vuelta de nuevo—. Ve a tu antigua habitación. —Arqueo la ceja—. Yo no soy aquí el importante. Lo eres tú.

6

La idiota manipulable

En cuanto cierro la puerta, el silencio inunda el vestíbulo. Sube desde el brillante suelo blanco con vetas grises, se desliza por las paredes color hueso y se columpia en la lámpara de araña de nueve brazos. Respiro hondo, casi esperando notar aquella mezcla de tabaco y flores, y reprimo el impulso de volver a abrir la puerta para largarme.

Doy un par de golpecitos con la punta del zapato en el mármol. Nunca me ha gustado el silencio. Habla demasiado. Y lo primero que hace es susurrarme mi último recuerdo de Miguel.

Está parado justo donde estoy yo, sujeta su maleta con una mano y a mí con la otra mientras lloro y le suplico que no me deje aquí y me lleve con él. Lo siguiente son los gritos de Ágata llenando el vestíbulo, su mano agarrándome con fuerza del brazo para apartarme de su marido y el sonido final de un jarrón que se estrella contra la puerta, rompiéndose en pedazos una vez que él desapareció tras ella.

«Bienvenida, Malena, a la casa donde perdiste los últimos resquicios de tu infancia, de donde saliste huérfana, sola y aterrada por tu futuro, pero con la esperanza de que cualquier cosa sería mejor que lo que tenías dentro de estas paredes».

Me obligo a moverme rápido y me dirijo a la derecha, donde se encuentra el salón, la estancia más grande de la casa y en la que cabría mi piso enterito. Presidido por una gran chimenea, era el lugar donde Ágata organizaba fiestas para celebrarse a sí misma. Me extraña no reconocer la mayoría de los muebles, ya que muchos suponían un orgullo para ella.

No hay ni rastro de las cortinas moradas de terciopelo que contrastaban con las paredes en tonos crema, las sillas Luis XV, los espejos con molduras doradas, la alfombra persa, el jarrón de porcelana de Meissen y las piezas de colección que contaban historias en cada rincón. Y si no lo hacían, mi tía se encargaba de pasearse por la estancia con sus extraordinarios vestidos y narrárselas a todo aquel que quisiera escuchar. Resultaba increíble la cantidad de duques, jeques y embajadores que, según ella, le habían ayudado a decorar la casa sin obtener nada a cambio.

Tan solo puedo rescatar de mi memoria el viejo reloj de bronce que descansa sobre la chimenea, las figuritas de cerámica y el jarrón mexicano pintado a mano, cuyas flores de colores ya han comenzado a marchitarse sobre una mesa de comedor blanca con sillas de estilo minimalista. Los sofás, de un suave color arena, no destacan. Nada lo hace. Los muebles, de líneas rectas y colores neutros, reflejan sobriedad y una falta de artificio que no casa con Ágata. Asumo que en algún momento de su vida se le pasó la fiebre barroca y decidió pasarse al lujo silencioso.

Cruzo el salón y me detengo un momento en la biblioteca. Sigue oliendo a libros y al cuero del sofá acolchado. A diferencia del salón, no ha cambiado ni un poco. Aquí me pasaba las horas haciendo los deberes mientras Miguel leía sentado junto a la lámpara que

sostiene la pequeña mesa de café. También se dedicaba a escuchar música en el tocadiscos, siempre con los ojos cerrados. «Las cosas más bonitas de esta vida hay que hacerlas con los ojos cerrados. Así se sienten más», me decía con una leve sonrisa, si bien interrumpía esos momentos para ayudarme con los problemas de matemáticas. La mayoría de los libros que llenan las estanterías son suyos. Cuando se marchó, jamás volvió para llevárselos.

Echo un vistazo rápido al resto de la planta baja, compuesta por cocina, comedor, un cuarto de estar, una pequeña sala de cine, la bodega (que ya no lo es tanto porque está vacía; tal vez Ágata consiguió acabar por fin con todas las reservas de alcohol de la ciudad), el cuarto de lavado y la zona que pertenecía al servicio, formado por dos asistentas encargadas del mantenimiento de la casa y una cocinera que se ocupaba de alimentarnos a todos.

La suela de mis zapatos chirría sobre el mármol cuando subo la escalera y llego a la planta superior. Al menos el molesto sonido amortigua el del latido desbocado de mi corazón. Puedo oírlo a cada paso, como si tuviera dentro del pecho un herrero golpeando un trozo de metal al rojo vivo.

La planta superior consta de un pasillo largo que distribuye seis habitaciones, cada una con su baño completo. Todas las puertas permanecen cerradas y, aun así, noto que mi estómago se tensa al mirar la del dormitorio que ocupaban mis padres; primero juntos, luego solo mi madre y, después, ninguno de los dos.

Camino hasta el fondo, hasta el dormitorio de Ágata. Irónicamente, es el único lugar de esta casa del que no quiero salir corriendo. Abrir la puerta supone aterrizar en un cuento de hadas (hadas con una seria adicción a las compras) y en un santuario de

lujo y encanto clásico donde cada detalle está pensado para hacer sentir a su ocupante como una reina.

Las cortinas francesas de seda color marfil dejan traspasar sutilmente la luz, resaltando los tonos blancos y dorados de las paredes, cubiertas de un papel pintado con aves exóticas y ramas llenas de flores. Junto a la ventana, hay un espejo con bombillas incrustadas pegado a una mesa de mármol a modo de tocador, cubierta con cajas de maquillaje negras y un frasco de Red Door, de Elizabeth Arden, cuyo olor a rosas y melocotón puedo recrear sin necesidad de abrir el frasco.

Una sonrisa involuntaria aparece en mi cara al ver la silla de terciopelo gris en la que tantas veces me senté para tratar de parecerme un poco a Ágata. Siempre utilizaba los productos bajo su estricta y experta supervisión. Mi tía era católica, pero creía más en los milagros del Touche Éclat de Yves Saint Laurent que en los de la Biblia.

En el centro de la habitación hay una cama king size, presidida por un cabecero tapizado con capitoné azul marino, adornada con almohadones de plumas, cojines color mostaza y un edredón de satén blanco. A ambos lados, mesitas de noche con lámparas de cristal tallado. A la derecha, un baño con bañera de hidromasaje completa la estancia y frente a la cama, unas puertas dobles de madera maciza conducen a la auténtica joya de la casa.

Me acerco hasta el vestidor, abro las puertas, pulso el interruptor y el espacio se ilumina como si se tratara de un plató de cine. Su lugar sagrado.

Seis módulos abiertos cubren tres paredes y su interior se organiza con una precisión casi militar. Paso las yemas de los dedos

con cuidado por la colección de vestidos y trajes de todos los colores imaginables, excepto el negro. Ágata lo aborrecía y nunca lo usó fuera de un plató. Mi corazón vuelve a acelerarse, esta vez en el buen sentido. Chanel, Valentino, Elio Berhanyer, Carolina Herrera, Óscar de la Renta, Balenciaga… Todos los grandes se exponen aquí y cuelgan bien separados en las barras, mientras que los Louboutin, los Manolo Blahnik y compañía se alinean en repisas iluminadas.

En el centro de la estancia resalta una pequeña isla de mármol blanco con joyeros y bandejas de terciopelo. Aunque no me detengo a abrir ninguno, recuerdo a la perfección los collares de diamantes, las pulseras de zafiros y los anillos de esmeraldas que vestían también la piel de Ágata, incluso en aquellos días en los que no salía de casa.

Este vestidor es el sueño de cualquier diseñador de vestuario. ¿Qué digo? Es mi sueño también. Y nadie puede negar que mi tía tenía estilo. Ya no hablo de gastarse dinero en un Chérie de Dior, sino del instinto a la hora de vestir. Porque la ropa la llevas o te lleva ella, y hay una gran diferencia. Ágata Belmonte sabía jugar con la moda y hacerla suya. La usaba como arma, para enviar mensajes y también para divertirse. Podía ser chic, una *bonne vivante*, una *femme fatale* y adaptarse según las circunstancias o decidir según su estado de humor. Su vestuario era como ella: impredecible.

Salgo del vestidor y del dormitorio y me quedo quieta en medio del pasillo durante unos segundos. Son tan largos que empiezo a echar en falta una gemela siniestra para que esto parezca una secuencia de *El resplandor*. Sin el papel horrendo de las paredes, claro. Al menos las del piso superior lucen con un tono avellana cálido. Ahora que lo pienso, me hubiera encantado tener una

hermana para compartir este momento. Alguien que, además de robarme la ropa, me entendiera con una simple mirada y se tomara la molestia de cogerme la mano con fuerza ahora mismo para susurrarme: «Déjalo, Malena. No hace ninguna falta que entres ahí».

Pero como no hay nadie a mi lado para retenerme, doy un paso detrás de otro y me coloco frente al dormitorio de mis padres. Agarro el pomo. Está frío en comparación con mi mano, que ha empezado a sudar. Abro la puerta y esta se queja con un chirrido largo y agonizante para aportar un poco de dramatismo sonoro a la escena.

Echo un vistazo rápido a la cama de matrimonio, llena de cojines, y a la butaca con mesita auxiliar que termina de llenar el espacio. Me aproximo al baño, enciendo la luz y me quedo a un paso de la puerta. Se nota el toque floral del ambientador; sin embargo, desaparece enseguida. Lo sustituye el olor metálico de la sangre. Impregna el aire y es tan denso que cuesta respirarlo.

Una secuencia, grabada a fuego en el fondo de mi mente, se reproduce al momento.

«El silencio roto por el goteo del grifo. La bañera, a rebosar, y el cuerpo desnudo de mi madre sumergido en el agua teñida de rojo. Corro hacia ella y tiro de sus brazos, que se desangran desde las muñecas por los dos cortes verticales con los que se las ha abierto. Mechones de pelo negro largo se pegan a sus mejillas y le cubren la piel pálida y fría. El agua se derrama por el suelo, yo resbalo sobre él con mis zapatillas y caigo de rodillas mientras grito y trato de sacar su cuerpo pesado y sin vida de la bañera».

Cada paso de vuelta al pasillo me retumba en el pecho. Doy un portazo para cerrar el viaje mental a mis quince años y, a

continuación, me doblo sobre mí misma. Apoyo las manos en las rodillas hasta que noto las hendiduras de los huesos y abro y cierro la boca tan rápido y fuerte que atrapo el aire a dentelladas.

Aun así, no entra del todo en mis pulmones.

El pulso me late en los oídos y un dolor punzante me atraviesa las sienes, haciéndolas palpitar. Me tambaleo un poco hasta lograr agarrarme a algo sólido, la barandilla de la escalera, que me sirve para recuperar el equilibrio. Me concentro en respirar una y otra vez por la nariz. No quiero manchar el suelo con el contenido de mi estómago.

Unos minutos más tarde, cuando ya me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes, decido que he tenido suficiente prueba de que el pasado hay que dejarlo donde estaba, porque revivirlo solo sirve para sufrir dos veces.

Llevo quince minutos en esta casa y ya he experimentado lo más cercano a un ataque de pánico. No tengo necesidad de pasar por esto ni de poner en riesgo mi salud mental. Mi ansiedad y yo tenemos un trato: vivimos desde hace años en el mismo edificio, pero en apartamentos separados. A veces, coincidimos en el ascensor, sobre todo de madrugada, pero eso es todo.

Decidido. Venderé la casa con todos los muebles. Los regalaré. También la ropa y las sábanas. Los próximos dueños pueden quedarse hasta con el papel higiénico si quieren. Me da igual. Contrataré a una empresa para que se encargue de todo y listo. Porque cada vez tengo más claro que, para mí, la felicidad consiste simplemente en no recordar.

No obstante, hay alguien empeñado en que desobedezca a mis propios pensamientos y sube por las escaleras en este instante. Va

vestido con unos vaqueros azul índigo y una camiseta verde salvia. Al menos ya no parece el hijo mimado de un narcotraficante colombiano.

En realidad, su padre es Francesco Peretti, un aclamado director de cine italiano que reside en España con su mujer y sus tres hijos. Leo tiene dos hermanas. Me lo ha chivado Mery hace un rato en un mensaje. Ha añadido unas cuantas fotos de él tomadas por los paparazzi y el texto: «¿Cómo de inapropiado sería que le preguntes por sus tarifas?». En algún momento tendré que aclararle el asunto del *toy boy*.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta al llegar al último escalón.

—No lo sé, supongo que debí de invadir algún país en otra vida y lo estoy pagando en esta reencarnación.

—¿Has entrado ya en tu habitación?

—No.

—Tu tía me avisó de que eres cabezota. Aunque lo dijo de otra forma. Te llamó…

Da golpecitos en la barandilla y se muerde el labio inferior tratando de recordarlo.

—Rabuda —respondo por él.

—¡Eso! —Chasquea los dedos—. Nunca lo había oído.

—Le gustaba ponerse gallega de vez en cuando… También solía decirme que era un *toxo*.

—Vas a tener que traducírmelo.

—Es una planta de flores amarillas y espinas. Se usa para describir el carácter de una persona arisca. Aunque en los días buenos, suyos y míos, me llamaba *toxiño*, que significa que sigo siendo igual de borde, pero que, a veces, también dan ganas de abrazarme.

Me sorprendo a mí misma con una sonrisa que consigue ablandar un poco mis espinas figuradas.

—Entra, Malena.

—Leo…

—Entra, por favor. Y si luego decides que no quieres saber nada de las cintas de Ágata ni de mí, lo respetaré y te dejaré tranquila.

Miro hacia la puerta en cuestión y chasqueo la lengua.

Puto Leo. Lo conozco desde hace medio minuto y ya es como un minidemonio en mi hombro que se asegura de que tomo malas decisiones. Y lo peor es que, por su culpa, si me voy ahora, me pasaré toda la noche tratando de adivinar qué es tan importante que deba ver en mi antigua habitación. Si me preguntas, apostaría a que Ágata la convirtió en un segundo vestidor.

—Vale, muy bien. —Me muevo con paso rápido—. Acabemos con esto de una vez y así podré deshacerme de ti.

Al abrir la puerta y encender la luz, me doy cuenta de que he acertado solo en parte. La habitación está llena de ropa. Seis maniquís vestidos y dispuestos en dos filas ocupan la parte central, como si fuera el escaparate de una tienda. El resto de las prendas cuelga en burros con ruedas pegados a las paredes. Lo más sorprendente es que no se trata de la ropa de Ágata; es la mía. Desde mis primeros diseños hasta los últimos.

En la pared cuelgan marcos de fotos con artículos de periódicos y revistas de moda sobre Malena & Co. Algunos (los más recientes) son a página completa y aparecemos Mery y yo. Mi sonrisa se nota un poco forzada, más aún en comparación con la de ella, cálida y a la vez profesional. Otros son simples destacados de un párrafo, cuando apenas nos conocía nadie.

—Nunca te perdió la pista —comenta Leo, de brazos cruzados y apoyado con un hombro en el marco de la puerta—. Me enseñó esta habitación la primera vez que estuve aquí. Me dijo que tenías talento y que, en parte, era gracias a ella.

La risa se me escapa por la nariz.

—Por supuesto, el fruto de mi trabajo y de noches sin dormir durante años es mérito de Ágata.

Tampoco debería extrañarme. Los críticos de cine aseguraban que hasta en sus primeras películas se merendaba a las actrices principales.

—Compró tu primera colección.

—¿Ella fue la compradora anónima?

—Sí.

Leo se refiere a un desfile para diseñadores emergentes en el que participé en los inicios de mi carrera. Fue mi primer contacto real con el mundo de la moda. Esa misma noche, nada más terminar, me avisaron de que una compradora había adquirido la colección completa, algo poco habitual. Era mi primera muestra como diseñadora profesional y Mery y yo no nos lo podíamos creer. Chillamos de felicidad como locas y después intentamos conseguir el contacto de la compradora para hablar con ella, pero su única condición había sido permanecer en el anonimato.

De todas las bromas que hice al respecto sobre aquella mujer misteriosa (algunas graciosas y otras macabras), jamás se me pasó por la cabeza que hubiera sido Ágata.

—No lo entiendo. Eso fue hace cuatro años. Nosotras no hablamos desde hace más de quince. No me llamó ni una sola vez.

Leo arquea la ceja y se acerca hasta mí.

—Tú a ella tampoco, ¿no?

—¿Qué pasa, os hicisteis mejores amigos? Te comió la cabeza, ¿verdad? Te llevó a su terreno. Claro que sí, era cautivadora, y como actriz no se le puede poner ni un pero.

—Nunca tuve la sensación de que actuara conmigo.

—Ya, bueno, sus mejores representaciones las dejaba para los de casa. Pero eso ya deberías saberlo porque a ti ya te ha contado su historia, ¿no? ¿O se reservó las mejores partes?

—Me contó muchas historias, pero todavía tiene que contártelas a ti. —Se mete las manos en los bolsillos delanteros y se encoge de hombros—. Te lo he dicho, Malena, yo no soy importante. Solo un medio para un fin.

—Claro, porque tú no sacas nada con esto. Los dos sabemos que aquí yo soy el medio para tu fin.

—¿Soy un idiota manipulable o un interesado? Por ir aclarando insultos.

—Puede que ambas cosas.

Asiente despacio con la cabeza.

—Mientras lo decides, ¿tanto daño te haría ver la primera cinta?

Sí, definitivamente, es un interesado. Y aquí la única idiota manipulable soy yo, porque lo siguiente que hago, en lugar de ser inteligente y mandarlo a la mierda de una vez por todas, es abrir la boca para decir:

—Vamos.

7

Delante de la cámara

Muchas actrices odian verse protagonizando sus propias películas. A Ágata Belmonte le ocurría todo lo contrario. Adoraba contemplarse en su propia sala de cine, acondicionada en casa y compuesta por dos filas de cuatro butacas de madera y terciopelo rojo cada una, un juego de seis estantes al fondo con más de trescientas películas en DVD, una pantalla blanca que cubre casi toda la pared frontal y un proyector con el que Leo está trasteando en este instante.

Mientras termina de conectar el cable de su cámara al proyector y otro a los altavoces, me limito a esperar, sentada en primera fila, con una pierna cruzada sobre la otra y un gesto de indiferencia mal fingida que Ágata no dudaría en corregirme si estuviera aquí. Pasé incontables horas en esta sala viendo películas (en especial *El mago de Oz,* mi favorita, aunque ya no sea capaz ni de escuchar su banda sonora) y engullendo palomitas a puñados junto a ella. En realidad, las palomitas solo las comía yo. Mi tía solía alimentarse de halagos y whisky.

Cuando veíamos alguna de sus películas, se dedicaba a contar anécdotas del rodaje, a desgranar las motivaciones de su personaje como si fuera real y a explicarme cómo los silencios y la gestualidad podían resonar mejor que un buen diálogo, más si cabe si se trataba

de uno malo. Porque Ágata era consciente también de haber participado en malas películas, y no las consideraba errores como tal. Argumentaba que eran baches inevitables en cualquier trayectoria larga, aunque sospecho que, al mismo tiempo, disfrutaba viéndose como la única superviviente (también para la crítica) de barcos que naufragaban artísticamente.

Fuera como fuese, defendía sus interpretaciones con orgullo, con contadas excepciones. La escena del bofetón (no escrito ni previsto en el guion de *La fiera de Triana*) que le propinó a Ricardo Molina, uno de esos galanes varoniles y aparentemente sin sentimientos del cine clásico, era una de ellas. «Debería haberle atizado más fuerte», comentaba arrepentida siempre y con un brillo hostil en la mirada. Puede que a él la rojez en la mejilla le durara solo un par de minutos, pero ese gesto de improvisación escénica se convirtió en marca perpetua de Ágata Belmonte. Yo fui testigo de cómo algunos fans muy motivados reclamaban el típico autógrafo y acto seguido le suplicaban que los abofeteara. Ella echaba la cabeza hacia atrás y se reía en respuesta, aunque nunca les daba el gusto.

A mí sí, sin necesidad de pedírselo. El mismo día que cumplí dieciocho años y me fui de esta casa me cruzó la cara como regalo y despedida.

—Ya está todo listo —me avisa Leo y se sienta a mi lado—. Pero ten en cuenta que lo que vas a ver no está editado. Faltan música y fotos. —Se pasa el pulgar por la ceja con cierta inquietud—. Además, habría que intercalar su entrevista con otras a sus amigos, directores, actores, periodistas y demás.

—Tranquilo, James Cameron, soy consciente de lo que es un bruto de cámara.

Y mi intención es que lo siga siendo. No estoy aquí para producir un documental con Leo ni para allanarle el camino. La única razón que me mantiene sentada en esta butaca es haberme enterado de que fue Ágata quién compró mi primera colección. Aquello me dio la confianza suficiente para seguir adelante con mi sueño y dedicarme a una profesión tan creativa como complicada. Ella me dio una oportunidad y voy a corresponderle de la misma forma.

—Al principio estaba un poco nerviosa —me explica Leo.

—¿Nerviosa? ¿Ágata Belmonte? —Frunzo el ceño—. ¿Delante de una cámara?

—No era un papel, sino su vida.

Y con solo esa frase vuelvo a replantearme mis ganas de salir huyendo.

Leo no me da la ocasión. Enciende la pantalla y el estómago me da un latigazo al verla. Ya no soy capaz de apartar la mirada. Está sentada en la misma butaca que ocupo yo, iluminada por un único haz de luz que cae de forma sutil sobre su pelo oscuro, ahora muy corto, y su rostro marcado por el tiempo.

Los demás asientos se pierden en la penumbra, creando un contraste que enmarca su presencia casi de un modo divino. El enfoque es un plano americano y la muestra desde las rodillas hacia arriba, lo que permite captar tanto la expresión de su rostro como su figura, enfundada en un pantalón *palazzo* amarillo mantequilla y una blusa con estampado *paisley* en tonos rosados.

Noto un pinchazo en la garganta al darme cuenta de que su cuerpo apenas llena la mitad de la butaca. La enfermedad la había consumido y se había llevado por delante esas curvas que enloquecieron a todo el país.

No obstante, su barbilla alta, sus piernas cruzadas con elegancia y su postura erguida mientras espera contradicen la fragilidad física que la envuelve.

—¿Lista, Ágata? —le pregunta Leo fuera de cámara.

Ella se coloca una mano en la parte alta del vientre y toma aire fuerte, como solía hacer antes de un ensayo o de rodar una secuencia, pero un ataque de tos le dobla el cuerpo. Eleva la mano para agarrarse el pecho y con la otra, adornada por un anillo Cartier de oro rosa, le hace un gesto a Leo para que no se le ocurra acercarse. El momento se alarga de forma agónica y necesito apartar la vista unos segundos de la pantalla. Finalmente, se agacha por sí misma, coge un botellín de agua del suelo y bebe.

Es extraño volver a verla por muchos motivos, pero lo más raro de todo es saber que ya no está y, aun así, esperar que salga de esa pantalla y se siente a mi lado.

Una vez recuperada, Leo le dice que puede comenzar cuando quiera. Como si nada hubiera pasado, Ágata apoya el codo en el reposabrazos de madera y se roza la barbilla con dos dedos.

—Esto resultaba más fácil en mi cabeza —admite unos segundos después mientras se toca su pendiente verde en forma de lágrima.

—¿Qué tal si le voy haciendo preguntas? —sugiere él—. Tengo unas cuantas.

Ella aparta la mano del pendiente y le dedica un gesto indolente pero afirmativo.

—Se han contado muchas historias sobre Ágata Belmonte y usted no ha desmentido ninguna.

—Si me hubiera dedicado a desmentir todo lo que han dicho los medios sobre mí, no habría tenido tiempo de rodar ni la mitad de

mis películas. Y sería una pena, porque estoy fantástica en todas. Además, a veces hasta tienen gracia las tonterías que se inventan.

—¿Nunca le ha importado pagar el precio de la fama? Que se cebaran con su divorcio, que especularan sobre adicciones o que comerciaran incluso con sus tragedias familiares.

Cuando mira a Leo fuera de cámara, me fijo en que sus ojos castaños siguen conservando la fiereza de la mujer y el brillo particular de la estrella de cine.

—¿No es lo que estás haciendo tú ahora, querido?

—Si piensa así, ¿por qué estamos aquí?

—A las actrices se les exige que sean vulnerables y estén al tanto de sus emociones, pero también deben tener la piel dura para aguantar las críticas, no solo a su trabajo sino a su persona, aunque casi nadie intente conocerlas de verdad. La mayoría de las veces, la persona sobre la que hablaban no era yo —afirma tajante—. Soy la única que puede hablar por mí, y por eso estoy aquí. Por otra parte, saber que te estás muriendo es una forma rápida de reorganizarte las prioridades.

—De acuerdo, pero no me ha respondido del todo. ¿Le afecta todo lo que se ha dicho sobre usted?

—Muchas cosas dolieron en su momento. Pero, visto con el tiempo, solo hicieron mella un puñado. —Estira los dedos con elegancia y echa un vistazo a su anillo. Se lo piensa bien antes de levantar la mirada otra vez—. Mi sufrimiento es un privilegio que solo he concedido a unos pocos. De no ser así, habría muerto mucho antes.

Hay cierta serenidad en su tono que me pone el vello de punta.

—¿Siempre quiso ser actriz?

—Sí y no.

—Esa respuesta es muy gallega.

—Es lo que soy. Nací en Ferrol, en una noche muy fría de enero. «Sin llorar», decía siempre mi madre. Hasta creían que estaba muerta.

—Cuesta creer que Ágata Belmonte llegara al mundo sin hacer ruido.

—Hay que saber escoger los momentos para causar impacto. Nací en 1938, en plena guerra, así que, por mucho ruido que hubiera hecho, nadie me habría prestado atención. Todos andaban ocupados intentando que no los mataran o no morirse de hambre. Y, por cierto, no me llamaron Ágata Belmonte, sino María Asunción Catalina Isidora Eulalia Castro Piñeiro. Nací con bastantes más nombres que kilos de peso —se ríe—, buscando la protección de los santos.

—¿Cree que la han protegido?

Frunce los labios, pintados de un tono rosa muy suave que le sienta bien, pero que no me acostumbro a ver en una mujer que redefinió el rojo hasta el punto de que se le puso su nombre a una edición limitada de barra de labios de ese color.

—Sobreviví al alcohol, a los ansiolíticos y a los años ochenta en general. Eso casi podría considerarse un milagro. Y, respondiendo a tu pregunta, ser actriz supuso una salida de la pobreza para mí. Al menos al principio. Después le cogí el gusto y llegué a amar muchísimo mi profesión.

—Habla usted en pasado. ¿Ya no la ama?

—No creo que se pueda seguir amando lo que acabas haciendo por obligación. —Suspira con cansancio—. Amar requiere libertad.

—¿Tiene eso algo que ver con que rechazara el Goya de honor el año pasado?

—El insulto de honor, querrás decir —lo corrige arqueando una ceja—. Hay muchas formas de hacer pagar a una actriz por ser guapa. Negarle los premios es una de ellas. Que te los quieran entregar cuando consideran que ya no lo eres es solo otra forma de insultarte. Además, cuando empiezan a rendirte homenaje es como si te dieran empujoncitos hacia la muerte.

—Pues no hablemos de la muerte… Es cierto que dicen de usted que ha sido la actriz más guapa de la historia de este país. —Ágata hace una mueca evidente de disgusto. Su intención es que se le note—. Entiendo que le molesta que ensalcen su belleza antes que su talento.

—No, lo que me molesta es que digas que he sido la actriz más guapa de este país y omitas México y buena parte de Latinoamérica.

—Entonces está orgullosa de ello —confirma Leo con una sonrisa que intuyo en su voz.

—¿No debería?

—Creo que puede estar más que orgullosa de su carrera, pero diría que su belleza es obra de la genética. Se lo puso fácil en este sentido.

Se incorpora un poco en la butaca y levanta un dedo a modo de advertencia.

—La belleza es un arte también, un oficio, así que no la subestimes —puntualiza—. Y a mí nadie me puso nada fácil, querido. Te aseguro que no dirías lo mismo de haberme visto cuando era niña. Un *espantallo* con brazos de alambre y mucha cabeza. Y mi

cara, todo cejas. Fea como un pecado —resume—. Incluso nací con una pierna más corta que la otra.

—No se nota. Y nunca he oído a nadie mencionarlo.

—Se me da bien guardar secretos. Con el tiempo, me encargué de que nadie pudiera apartar la vista de mi cara. Pero como te decía, no siempre fue así…

8

PRIMERA CINTA

De mi infancia recuerdo sobre todo el negro. En las botas de mi padre, siempre junto a la puerta, manchadas de pintura oscura y del óxido de los barcos que reparaba en el astillero; y en el luto de mi madre después de que él muriera en un accidente, tras chocar su grúa contra la cubierta de un acorazado. Todos sus vestidos caían por debajo de la rodilla y carecían de adornos, al igual que su pelo, recogido cada día en un moño simple y tirante salpicado de hebras blancas. Se llamaba Josefina, aunque la conocían como Fina. Un nombre acorde a su cuerpo, delgado como una hoja.

Por las noches la veía arrodillarse a los pies de su cama, rodeada por la luz mortecina de una vela, para rezar el rosario durante veinte minutos. Al terminar, siempre pedía el descanso eterno para mi padre. Una vez le pregunté por él, ya que murió cuando yo tenía siete años y esa imagen de sus botas en la puerta, junto con el olor a sudor de sus camisas, era lo único que quedaba en mi memoria. Inocente de mí, esperaba por parte de mi madre una historia romántica de cortejo, igualita a esas que me montaba en la cabeza al ver los carteles de colores vibrantes y con ilustraciones pintadas a mano que colgaban en la fachada del cine. Pero sus respuestas solían ser cortas y secas, como si hablar le supusiera un esfuerzo

que mejor podía dedicar a tareas más apremiantes. Solo dijo que mi padre la había tratado bien y siguió limpiando los platos en el barreño. Fue entonces cuando deduje que eso era lo máximo a lo que podía aspirar una mujer.

A mis doce años, al mirar a mi madre (ella por aquel entonces tenía treinta y tres) veía a alguien mucho mayor. Con el tiempo comprendí que su envejecimiento prematuro no se debía solo al luto de su ropa, a las ojeras profundas ni a las arrugas que aparecieron en su frente demasiado pronto. No se trataba de algo físico, sino de su mirada. Había algo apagado en sus ojos y siempre presente. Resignación.

«*Se chove, que chova*». Si llueve, que llueva. Nos conformamos con lo que hay, venía a decir. Era su respuesta para casi todo.

Vivió sin plantearse nada, sin desear nada. No tenía sueños porque a su alrededor no cabían. Los aplastaba la necesidad antes de que pudieran ser el brote de una simple idea. Sus días consistían en empujar una respiración detrás de otra mientras se ocupaba de alimentarnos a mi hermana y a mí con su trabajo de costurera. Subsistíamos a base de caldo con grelos, patatas picadas y un pellizco de unto. Los días de fiesta comíamos huevos gracias a la caridad de nuestros vecinos, cuyas gallinas correteaban por el patio común.

En el colegio, las monjas apenas nos enseñaban a leer y escribir, se empeñaban en que las niñas aprendiéramos labores útiles y propias de nuestro género, como bordar y coser. Yo lo odiaba, me revolvía en la silla y me quejaba en alto, porque estaba harta de coser mandiles en casa y mi propia ropa: oscura, carente de brillo, sin alma.

Cada vez que la hermana Dolores me llamaba la atención en clase, me advertía que en el infierno tenían un asiento reservado para las contestonas como yo. «Si lo sabe, es porque usted ya ha estado allí, ¿no?», respondí un día, haciendo gala de mi reputación y provocando las risas de mis compañeras. Con ello me gané a mi público y se me aceleró el corazón. También me llevé una bofetada, pero mereció la pena.

A mi hermana, dos años menor que yo, la trajo Dios al mundo para equilibrarme, supongo. Yo siempre le decía que nosotras éramos una y que ella era mi mejor mitad. Mi madre lo corroboraba cada vez que las monjas me castigaban o si volvía a casa bien entrada la noche tras desaparecer durante horas, y añadía: «Si hubiera parido dos como tú, se me habrían acabado los santos a los que rezar».

María Isabel Antonia Josefa Benedicta (Isa) tenía una voz suave que salía en susurros. Era tímida, frágil como una pestaña y demasiado sensible para el mundo áspero de la posguerra. Cuando estábamos en casa, saltaba de la silla cada vez que se oía un cañonazo proveniente de los ejercicios de artillería de los militares. También sufría lo suyo cuando los vecinos sacrificaban a sus gallinas. Al escuchar el crac de sus cuellos partirse, cerraba los ojos y se echaba a llorar en mis brazos. Yo la sujetaba y le acariciaba el pelo mientras rezaba por dentro para que nos tocara una tajada con la que llenarnos el estómago.

Isa tenía una melena lustrosa con tintes azulados bajo la luz del sol, la piel blanca como la leche fresca, los ojos verdes como un prado y los labios del color de las sandías. Parecía una muñeca, delicada y perfecta. Mi pelo, oscuro tirando a caoba, era bonito, pero

mi aspecto resultaba mucho menos refinado y armónico que el suyo; como si mis rasgos no hubieran terminado de encajar del todo en mi cara. Me sobraban cejas y me faltaba piel con la que rellenar las mejillas, aunque eso también se debía a que tenía por costumbre darle parte de mi comida a Isa.

También llamaba la atención por otro motivo indeseado. Si caminaba demasiado, y lo hacía a menudo, yendo de un lado a otro para entregar la ropa que cosíamos en casa, me asaltaba una leve cojera, ya que nací con una pierna un poco más larga que la otra.

Eso no me impedía escaparme y perderme de vez en cuando por la ciudad. Sustituir el clac-clac-clac constante del pedal de la máquina de coser y el chic-chic-chic de la aguja entrando y saliendo de la tela por el bullicio de la calle era una necesidad que tiraba de mí ya desde niña, por mucho que tuviera que hacerlo con una pierna dolorida.

Paseaba por los barrios de clase alta, me imaginaba viviendo en casas de tres alturas, con balcones y galerías acristaladas de madera pintada en blanco, inspiradas en las que cubrían la popa de los barcos. Casas con amplias salas de estar, comedores formales y hasta bibliotecas. Me paraba a contemplar los escaparates de los salones de belleza y de las joyerías y visitaba tiendas de perfumes, perseguida siempre por el rabillo del ojo de las dependientas, que me consideraban una intrusa.

Mi rincón favorito de la ciudad se situaba en la plaza de Galicia. El teatro Jofre reunía a lo más granado de la sociedad en conciertos, obras de teatro y zarzuelas, y yo tenía una entrada imaginaria a pie de calle para verlos desfilar. Observaba en silencio, desde una distancia prudencial, pero sin perder detalle, a las mujeres que, al

llegar la noche, cambiaban las chaquetas y las faldas sobrias por vestidos largos de seda o terciopelo en tonos vibrantes como el burdeos, el azul marino o el verde esmeralda, adornados con encajes o bordados y acompañados de guantes y bolsos de mano.

Mi sueño (a diferencia de mi madre, yo sí iba a tener uno) comenzó en ese teatro. Ocurrió cuando creí enamorarme por primera vez, a mis trece años y medio. Joaquín tenía dos más, era alto, rubio y sus ojos del color de las aceitunas se fijaron en mí la primera vez que fui a su casa para llevar la ropa que su madre nos había encargado coser. El cosquilleo en el estómago fue nuevo, distinto a la sensación de hambre que normalmente me acompañaba y mucho más agradable.

Un mes después me pidió salir y quedamos una tarde de junio en calle Real, después de que yo acabara con todos mis recados. Aparecí nerviosa, sudando (a pesar de que corría la brisa y estábamos a quince grados) y odiando mi ropa. Mi vestido bonito, el único que no parecía diseñado para que me enterraran con él, llevaba flores pequeñas estampadas, pero, de repente, me parecía demasiado infantil, así que me puse una sencilla falda plisada azul marino y una blusa blanca de algodón.

Joaquín sonrío con timidez al verme y me dijo que estaba muy guapa. Aquella frase me impactó, no solo porque me lo dijera el chico que me gustaba, sino porque era la primera vez que alguien se refería a mí con ese término. Siempre me habían considerado un trasto, respondona o directamente mala, pero nunca guapa. Mientras caminábamos uno al lado del otro, era yo quien rompía los silencios y hablaba sin cesar, porque Joaquín resultó estar muy nervioso también, con la diferencia de que él lo disimulaba mucho

peor. Solté unas cuantas tonterías y le hice reír, y aquella sensación me burbujeó en el vientre y subió por las costillas hasta robarme un poco el aliento.

Nos sentamos en un banco de la plaza de Armas mientras algunos marineros la cruzaban y unos niños correteaban cerca. Podría haber pasado por allí el papa, que yo solo tenía ojos para Joaquín y él para mí. Nos acercamos y nos rozamos los meñiques con disimulo y con la sensación de estar haciendo algo prohibido. El estómago se me encogió y los labios me empezaron a cosquillear esperando un beso que sabía que no iba a llegar, puesto que las muestras de afecto de ese tipo en público eran impensables.

Joaquín lo arregló dándome un beso rápido y casto en la mejilla que me pareció lo más excitante que me había pasado en la vida. Nuestra sonrisa cómplice desapareció tan rápido como llegaron sus amigos. Eran cuatro y se acercaron hasta nosotros entre risas. Al pararse me dedicaron una mirada fugaz, como si no mereciera atención por más de dos segundos, y uno de ellos le soltó a Joaquín: «¿Qué narices haces con Cara de Bruja?».

No era la primera vez que se burlaban de mi aspecto, así que ya solo me molestaba hasta cierto punto. Lo doloroso fue verlo a él agachar la cabeza para, unos segundos después, levantarla y sonreír. Ese gesto de complicidad con ellos y de traición hacía mí me estranguló la garganta y lo que quedaba de mi niñez, o lo que fuera aquello. En ese momento descubrí que es verdad lo que dicen de que el primer amor nunca se olvida. Al menos, la sensación. Jamás pude arrancarme del pecho el gesto avergonzado de Joaquín y la humillación que me hizo sentir.

Me levanté de aquel banco y empecé a caminar tan rápido que tropecé con mis propios pies. No me caí, pero mi pierna decidió aullar de dolor en ese momento y me puse a cojear un poco. El eco de las risas me acompañó mientras me alejaba, así como sus gritos de *meigas fora*, brujas fuera.

Apreté los dientes hasta llegar al teatro, me dejé caer en el suelo, apoyé la espalda en una columna y me eché a llorar. No quería volver a casa en ese estado porque mi madre no lo iba a entender. Isa sí lo haría, demasiado quizá. Se pondría más triste que yo al verme y tendría que acabar consolándola. Así que me desbordé sola y lloré hasta que las sienes me palpitaron por el esfuerzo.

Una mujer me encontró, oí el repiqueteo de sus tacones antes de levantar la mirada y ver su rostro enmarcado por la luz del sol. Pelo rubio, ojos azules y sonrisa preciosa. Me pareció un ángel, aunque por aquella época muchos la hubieran tildado de engendro de Satán. Se presentó como Rosa, me dijo que era actriz y que aquella misma noche iba a actuar en una obra. Acto seguido me hizo levantarme del suelo y me pidió que la acompañara.

No sabemos qué momentos nos definen hasta que echamos la vista atrás, casi al final de nuestra vida. Ese fue uno de los más importantes. El cobarde de Joaquín me hizo un favor aquel día sin saberlo. Entré en el teatro con Rosa y fuimos directas a su camerino. Una habitación sencilla con sillas, taburetes y una mesa pegada a un espejo rodeado de lucecitas del que no era capaz de apartar los ojos.

Me pidió que me sentara en uno de los taburetes frente al espejo y se colocó a mi lado. Con delicadeza, me apartó los mechones que se me habían pegado a las mejillas de tanto llorar y me limpió la

cara con un algodón empapado en un tónico que olía a flores y ropa recién lavada. A continuación, me levantó un poco la barbilla con el dedo índice y estudió mi rostro durante unos segundos. No con el desagrado ajeno al que estaba acostumbrada, sino analizándolo con interés.

Tras unos segundos, eligió una barra de todas las que había dispuestas sobre la mesa y se tomó su tiempo para pintarme los labios con ella. Al terminar, me pidió que me mirara al espejo y nuestras miradas se encontraron en él.

Parpadeé por la sorpresa. Aquellos no eran mis labios, se los había robado a una actriz de Hollywood.

—No muchas saben todavía por aquí lo que el rojo puede hacer por una chica —susurró en tono confidente y me guiñó el ojo—. Definitivamente es tu color.

Quise darle las gracias, pero estaba tan fascinada con su belleza y con cada uno de sus movimientos, seguros pero pausados, que era incapaz de articular palabra.

—Y ahora, cabeza alta y hombros atrás. —Hizo el gesto sin dejar de mirarse al espejo y yo la imité—. Y pase lo que pase, nunca agaches la mirada o le estarás dando al mundo un mensaje equivocado.

Levanté la barbilla con brío.

—¡Eso es! Aprendes rápido.

Sonrió y se me aceleró el corazón.

—Y ahora el último detalle. —Se quitó los pendientes y me los dio. Eran discretos, en forma de lágrima y de un color verde increíble—. Póntelos.

Esa mujer podría haberme pedido que me arrojara delante del tranvía y lo hubiera hecho con gusto.

—¡Son preciosos! —exclamé tras ponérmelos y mover la cabeza de un lado a otro para que bailaran un poco en el aire.

—Son de una piedra llamada ágata. Quédatelos.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué? No, señora, no puedo hacer eso.

Me los quité con rapidez para devolvérselos. Si mi madre me veía aparecer con ellos en casa pensaría que los había robado.

—Lo que no puedes hacer es llamarme señora. Soy señorita, y claro que te los vas a quedar. —Cubrió mi mano con la suya para cerrarme los dedos—. Te los estoy regalando.

Su piel era muy suave, a diferencia de la de mi madre, y olía muy bien.

Yo no quería los pendientes. Bueno, sí, porque jamás había poseído nada tan brillante y colorido. Pero, sobre todo, quería que Rosa me adoptara en ese momento y me llevara con ella muy lejos.

Como mis sueños tardarían un poco más en cumplirse, me quedé con los pendientes y los guardé toda la vida como el mayor de los tesoros. Valdrían para mí mucho más que todas las joyas que compré a lo largo de los años. Y fueron muchas.

—Quiero ser igual que usted —dije sin poder refrenarme.

No me refería a ser actriz en concreto. Anhelaba ser guapa como ella, oler como ella, moverme como ella.

—¿Cómo te llamas?

—María Asunción. Pero me llaman Asun.

Chasqueó la lengua y torció el gesto.

—No, no funcionará… A partir de ahora te llamarás Ágata. Porque eres bonita y dura, como la piedra de tus pendientes. Y estoy segura de que también serás una actriz famosa.

Sé que su intención en aquel momento solo pasaba por consolar y animar a una niña. Pero nunca hay que subestimar el poder del rojo en los labios ni tampoco el de las palabras. Porque yo la creí.

Tres años más tarde no me había convertido en actriz, pero lo parecía. Ni el pintalabios ni carísimas cremas de noche ni ningún cosmético en general harían tanto por mí a lo largo de mi vida como la pubertad. Fue la encargada de hacer crecer mis pechos, de redondearme la cintura y de obrar lo que las amigas de mi madre consideraron a la entrada de la iglesia un domingo cualquiera: un pequeño milagro con mi cara. Aprender a depilarme las cejas también ayudó. A su vez, colocarme un alza en el zapato izquierdo corrigió mi problema en la pierna, dejé de cojear y empecé a mover las caderas con gracia.

A los dieciséis años, mi apariencia física se había reconciliado conmigo de tal manera que ya no solo no me insultaban por ella, sino que me perseguían por motivos opuestos. Poseía unos ojos rasgados de apariencia exótica, pómulos prominentes, labios gruesos y una melena oscura y abundante. Atributos que hacían girar cuellos y despertaban sonrisas masculinas desvergonzadas, a las que yo solía corresponder con una más descarada aún.

Todavía conservaba la suficiente inocencia como para pensar que aquello era un privilegio. La belleza puede serlo, y también

convertirse en una maldición. Porque nunca depende de una misma, sino de los ojos que te miran y, sobre todo, de cómo te miran.

Lo que no había cambiado desde la primera y última vez que hablé con Rosa eran mis ganas de largarme de la ciudad. No solo aumentaron, sino que terminé por detestar lo que tiempo atrás me había gustado.

Ferrol estaba dominada por las murallas blancas que rodeaban los astilleros y parecía prohibirte que te asomaras al mar. Al mundo. Daba igual lo mucho que me paseara por los mejores barrios o cuánto pegara la nariz a los escaparates de las mejores tiendas, la sensación de aprisionamiento se fue haciendo cada vez más grande dentro de mí. Me aplastaba las costillas como una manta de tristeza del mismo color que el gris plomizo bajo el que caminaba cada mañana para ir al trabajo. La miseria me calaba los huesos más que el algodón la ropa los días de lluvia, que no eran pocos.

Además de seguir ayudando a mi madre con la costura, servía en una casa como empleada doméstica de un matrimonio amable con una hija demasiado mimada y chillona, que me trataba como si fuera su esclava y de la que solía vengarme tirándole del pelo con más fuerza de la cuenta al trenzárselo.

Durante los dos años que me dediqué a limpiar aquella casa, de amplias habitaciones y grandes muebles que atraían el polvo cual imanes, puse a prueba el dicho de «no es más rico quien más tiene, sino el que menos necesita». Que se fueran a contarle ese cuento a alguien cuya prenda mejor cosida no fuera el mandil que usaba para fregar y cocinar. Ricos eran quienes tenían agua corriente y no tenían que preocuparse por la disentería.

Y aunque los señores fueron siempre amables conmigo, hasta cuando me daban sus sobras sentía estar aceptando caridad y que lo que era bueno para mí era lo mismo que acabaría en la basura si no lo aceptaba. No podía permitirme rechazarla ni ser desagradecida, pero, en el fondo, odiaba aquella situación con toda mi alma.

Mi humor mejoraba los jueves por la tarde, cuando ensayaba con el coro. Solíamos actuar en pequeños eventos donde podía despuntar y desplegar mis dotes artísticas. Tenía mi propio estilo, algo diferente para el gusto estándar de la época. Yo no cantaba como si la voz me saliera a chorro de la garganta; la mía era grave, sin llegar a ser dura, con un timbre aterciopelado que acariciaba en lugar de estallar y siempre dejaba con ganas de más. Al menos eso habían resaltado una vez en una columna del periódico local y yo me lo creía a pies juntillas.

El segundo momento clave que marcaría mi rumbo artístico se dio en las fiestas de San Xoan. Mientras cantaba «A Rianxeira» me di cuenta de que había un hombre con sombrero de fieltro entre el público que no me quitaba ojo. Estaba acostumbrada a las miradas, furtivas o descaradas, y a los halagos de dudoso gusto. Pero aquel hombre no era como los que me gritaban que les gustaba más que medio pollo asado o que se casarían conmigo para sacarse pronto el carnet de familia numerosa. Él me miraba con los ojos entrecerrados, como si estuviera calculando algo o tomando una decisión importante.

Nada más terminar la actuación, se me acercó con su traje bien planchado, se quitó el sombrero y me hizo una especie de reverencia muy formal con la cabeza. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás, lo que hacía muy poco por disimular sus entradas, y lucía un

bigote bien recortado. Se presentó como Julio Belmonte, me contó que estaba de paso en la ciudad por negocios y empezamos a hablar. Cuando me ofreció un caramelo de menta no pude evitar fijarme en que tenía las uñas más limpias que había visto nunca, así como unas manos que no conocían el trabajo físico.

El señor Belmonte poseía don de gentes y se notaba que le gustaba manejar la conversación. Además de considerarse un cinéfilo empedernido, gestionaba una empresa dedicada al procesamiento y distribución de conservas y productos enlatados, asunto del que hablaba con mucha menos pasión. Me aseguró que nunca había conocido a nadie con mi presencia escénica y me colmó de halagos, por lo que no me costó mucho entrar al trapo.

Aquella misma noche se ofreció a ser mi padrino artístico. Tuvo que aclararme el concepto y explicarme que su objetivo consistía en convertirme en una estrella del cine y la canción. Pero, para ello, tendría que formarme primero en Madrid.

Quedé fascinada y estoy segura de que los ojos me hicieron chiribitas. Allí estaba mi oportunidad. Un billete de salida.

El pecho se me hinchó de aire y de ilusiones, que se me escaparon por la boca cinco segundos después, cuando me di cuenta de que era imposible. No el hecho de triunfar, de eso siempre me vi capaz, sino irme de la ciudad. Tenía dieciséis años, vivía bajo la tutela de mi madre y necesitaba su consentimiento, cosa que no iba a darse ni en mis mejores sueños.

Las únicas alternativas con las que contaba una joven en 1954 para independizarse consistían en meterse a monja (poco compatible con la carrera de actriz) o casarse, que solo suponía cambiar una cárcel por otra.

Me obligué a ser sincera, porque las mentiras tienen las patas cortas y las mías no daban tanto de sí como para subirse a un tren rumbo a la capital. Sin embargo, mi negativa solo sirvió para que el señor Belmonte se reafirmara más en su decisión y prometiera presentarse en mi casa al día siguiente por la mañana con el objetivo de convencer a mi madre.

Antes de que llegara, ya me había arrodillado ante ella, suplicándole que me permitiera ir a Madrid, pero no había pronunciado palabra, ni a favor ni en contra. Ni siquiera rompió su silencio tras escupirle de malas maneras que lo último que quería era pudrirme en aquella ciudad. En nuestra casa solo se manifestaba la maldita máquina de coser.

A las once en punto de la mañana, el señor Belmonte cumplió su promesa y llamó a la puerta. Treinta segundos después se sentó en una silla de nuestra oscura salita frente a mi madre. La madera crujió con fuerza y temí por unos segundos que las patas no sostuvieran el peso de aquel hombre. No era corpulento, pero destacaba en la habitación, como aquel espejo lleno de lucecitas del camerino de Rosa. El señor Belmonte era un mueble de lujo en medio de la nada.

Se quitó el sombrero y lo posó sobre la mesa camilla que tapaba el brasero. Mi madre apenas le había dedicado un «buenos días», así que, avergonzada por su falta de cortesía, le ofrecí una infusión de achicoria, ya que el café no nos lo podíamos permitir.

—Con gusto —respondió él con amabilidad y asintió de forma elegante con la cabeza.

Mientras me acercaba a la cocina, miré de reojo el crucifijo que colgaba de la pared y recé por un milagro. Empecé a preparar la

infusión y, por primera vez, me alegré de vivir en una casa minúscula y así poder oír su conversación.

—Tiene usted una hija asombrosa, doña Fina. Única, me atrevería a decir. Y canta como los ángeles —comentó el señor Belmonte con total seguridad.

—¿Qué quiere de ella? —terció seca.

—Quiero que vaya a Madrid. Quiero apadrinarla artísticamente y convertirla en la estrella que puede llegar a ser, nada más y nada menos. Es un diamante en bruto. Solo tenemos que pulirlo.

Me di cuenta de que hablaba en plural, incluyendo a mi madre en la ecuación. Ella también se percató enseguida.

—Yo no puedo ir con ella a Madrid, y, como usted comprenderá, no va a irse sola. Con todo el potingue que se pone en la cara puede que no lo parezca, pero solo tiene dieciséis años.

Julio Belmonte suspiró y yo me olvidé de la infusión y de la cortesía para volver y entrar en tromba en la estancia.

—Mamá, por favor —supliqué de nuevo y se me notó demasiado la desesperación.

Él se dio cuenta y la aprovechó.

—Su hija está deseando ir. Es una gran oportunidad para ella y dudo que vuelva a tener una parecida. Intento ser su amigo, doña Fina.

Digamos que en esto último mintió.

—Necesitará clases, que la enseñen a leer y escribir decentemente, y dinero para sus gastos.

—Es usted dura negociando.

—Dura es la vida, y es usted quien ha dicho que mi hija es un diamante. *Amiguiños sí, don Julio, pero a vaquiña polo que vale* —

remató.

Abrí los ojos por la sorpresa. Ni se había inmutado al decir aquello. Claro que jamás había visto a mi madre impresionada por nada ni nadie. Se mostraba inalterable hasta cuando se hacía sangre al pincharse con la aguja.

Por su parte, el señor Belmonte sonrió y asintió.

—De acuerdo, ¿qué le parece esto? Asunción se alojará en mi casa, conmigo y con mi esposa. Cubriré los gastos que sean necesarios, le asignaré un tutor para que le enseñe a leer y escribir como Dios manda, y recibirá clases de canto e interpretación.

Mi madre levantó un poco la barbilla y se limitó a observarlo. El silencio se extendió por la sala y yo apreté los puños para no chillar ni subirme por las paredes. ¿Es que a ella no le importaba mi futuro?

Lo entendí mucho más tarde, como casi todas las cosas importantes en mi vida. Cuando no te preocupa perder algo, tienes todo el poder sobre ese algo. Y por eso mi madre fue capaz de invertir las tornas en aquel momento.

Julio Belmonte rompió el silencio tras unos segundos eternos al aclararse la garganta. Se frotó las manos. Por primera vez parecía tenso.

—Espero que entienda que confío plenamente en el talento de su hija y le prometo que la trataré como si fuera la mía.

Mi madre habría sido una buena mánager. Sabía tan bien como yo que él tenía razón en una cosa: la oportunidad no llamaría a la puerta dos veces. Ya suponía casi un milagro que aquel hombre estuviera en nuestro salón.

Finalmente aceptó la propuesta y el señor Belmonte se fue de nuestra casa con la promesa de encontrarnos un mes después en

Madrid.

Mi madre, una mujer humilde y sin acceso a la educación, que limpiaba de rodillas y remendaba toda nuestra ropa para ahorrar hasta la última peseta, se había metido en el bolsillo a un hombre de mundo, a un ricachón. Nunca estuve tan orgullosa de ella como en ese momento. Por desgracia, puede que esa fuera la primera vez. Los hijos tendemos a ser injustos y desagradecidos.

Durante el mes que estuve preparando mi viaje, me ayudó a confeccionar un vestido para actuar. Fue también la única vez en mi vida que cosí cantando de felicidad.

El día que me fui de casa, un 22 de julio de 1954, le di un abrazo muy fuerte y ella me correspondió con un par de palmaditas de cariño. No podía pedirle más. Creo que estaba demasiado cansada hasta para sonreír. Y yo sabía que todo su amor estaba en ese vestido que no nos podíamos permitir, en el poco dinero que llevaba cosido dentro de la propia ropa y en ese adiós.

—Van a intentar aprovecharse de ti. Que no se te olvide —me advirtió en la estación mientras esperábamos el tren.

—¿Quiénes?

—Todos.

No lo tomé muy en cuenta. Debería haberlo hecho. Antes que madre era mujer.

Isabel no paraba de llorar cuando la abracé para despedirme. Le limpié las lágrimas de las mejillas, me tragué las mías y le sonreí.

—Recuerda que, por lejos que me vaya, somos una. ¿Y tú eres…?

—Tu mejor mitad —dijo entre hipidos.

—Os escribiré. Tendrás que leerle tú las cartas a mamá —le dije mientras le agarraba las manos con fuerza—. Y volveré, Isa, te lo

prometo.

Esa fue mi primera mentira. Al menos, de las mentiras que importan.

9

Cerrar un capítulo

El vídeo se corta y la pantalla queda en negro.

—¿Qué ha pasado?

—Ha terminado la primera cinta.

—¿Y ya está?

—¿Te parece poco? —pregunta Leo alzando esas cejas espesas y de lo más expresivas.

—Que admita ser una mentirosa no me sorprende y que lo deje en alto al final del vídeo para crear efecto dramático, tampoco. Es muy de su estilo.

—¿Y del resto? ¿Nada que decir?

Tamborileo con los dedos sobre el brazo de la butaca.

—Lo que he visto solo me dice que sus orígenes fueron humildes, cosa que ya sabía porque le encantaba presumir de que salió de la nada, que los chavales pueden ser unos auténticos cabrones y que el bullying existe desde siempre. Ah, y que también le debe su apellido artístico a un tipo rico. No sé —me encojo de hombros—, esperaba algo más… revelador.

Lo que no llego a reconocer es que lo prefiero así. Aparte del shock inicial que me ha provocado el estado físico de Ágata unos

meses antes de morir, no me ha revuelto en otro sentido. Decido considerarlo un pequeño triunfo por mi parte.

—Es solo el principio. Quedan siete cintas —me recuerda convenientemente Leo.

—Pues vamos a ver la siguiente.

—Ya… Eso… —Aparta la mirada y se pasa el pulgar por la ceja—. Eso no va a poder ser ahora mismo.

—Llevas desde ayer en plan acosador para que las vea… ¿y ahora me dices que no?

—Vale, en primer lugar, tienes que dejar de acusarme de cosas que estén tipificadas como delito. Solo intento hacer mi trabajo. En segundo lugar, me encantaría ver la segunda cinta. Todas las cintas cuanto antes —recalca—, pero no las tengo.

Frunzo el ceño.

—Si las grabaste tú.

—Y nunca salí de esta sala con ninguna de ellas. Se las entregaba a Ágata nada más terminar. Lo estipula el contrato que te di —explica con una mueca que evidencia su disgusto con los términos.

Niego con la cabeza y acompaño el gesto con media sonrisa.

—Pensaba que montarías el documental y lo venderías sin su consentimiento si al final yo me negaba. Te caló y no se fiaba de ti.

—No se fiaba de nadie. —También es verdad—. Y puedo entenderlo… No por mí, claro —se apresura a aclarar y se lleva la mano al pecho—. Yo podría venir con garantía, como los electrodomésticos.

—Sí, seguro… ¿Quién tiene las cintas?

—Roma. Ella te las entregará, pero no todas a la vez. Eso también lo pone en el contrato que no te has leído. Cada vez que acabes

una, podrás pedirle la siguiente.

Una risa incrédula me raspa la garganta.

—¿Qué es esto, un videojuego en el que tengo que ir desbloqueando pantallas o cómo va la cosa?

—Algo parecido, sí.

—Espera, ¿lo dices en serio?

Emite un suspiro con un deje de frustración.

—Fueron sus condiciones, no las mías.

Mi pequeño triunfo se evapora. Una oleada de ira me arrasa la piel y se lleva por delante mi pensamiento de hace un minuto escaso. Me revuelve, claro que me revuelve. Porque Ágata siempre lo consigue. Hasta en la tumba es capaz de traer de vuelta a la niña rota y a su versión adolescente y hostil posterior.

Respiro hondo para serenarme, aunque no sirve de mucho.

No, no se lo voy a consentir. Hace mucho que no soy esa cría.

—No me interesan sus condiciones. —Me levanto de la butaca—. Buenas noches, Leo. Ya sabes dónde está la puerta.

Abandono la sala con rapidez, cruzo la planta baja y salgo al jardín con intención de tomar un poco de aire fresco. Por un momento olvido que el aire de Madrid no es muy fresco en junio. Ha anochecido y me cubre un cielo negro sin estrellas. Flota en el ambiente el olor dulce de las flores mezclado con el aroma artificial del cloro de la piscina, ya iluminada con las luces subacuáticas.

Me quedo parada cerca de la fila de tumbonas de color beis y sus sombrillas a juego, a una distancia prudencial del agua. Solo me falta caerme y que Leo aparezca por arte de magia para rescatarme, cual vigilante de la playa. Me cruzo de brazos y aprieto fuerte las manos contra el pecho para ver si consigo que dejen de temblarme.

Tomo aire por la nariz y me concentro en contemplar el jardín. Apenas ha cambiado en estos años.

El camino de piedra refleja la luz de las farolas que lo iluminan con sutileza. Las losas pulidas serpentean por el césped como una arteria que delimita los distintos espacios: el jardín de rosas blancas, la zona de árboles frutales, los parterres de plantas aromáticas y el banco de hierro forjado que descansa bajo arcos a modo de túnel cubiertos con hiedra. Este último era el rincón favorito de Ágata. Antes de la hiedra, lo decoraban unos espectaculares racimos de glicinias de color violeta. Desaparecieron tras la muerte de mi madre.

Un nudo empieza a formarse en mi garganta y aparto la vista. La dirijo hacia mi derecha, donde se encuentra el porche de verano, compuesto por un sofá, sillones de ratán y una gran pérgola que cubre una mesa alargada de estilo toscano, con sillas adornadas con cojines en tonos tierra. Pero es casi más de lo mismo. Los recuerdos resbalan y se desatan como un simple lazo de raso.

Me traen a la mente las noches en las que Ágata montaba fiestas al aire libre con sus amigos. Yo solía pasarlas en mi habitación, dando vueltas en la cama sin poder dormir a causa de la música alta, los chapuzones y las carcajadas. Eso sí, al día siguiente debía reinar un silencio sepulcral en casa para no despertar a la bella durmiente, que solía amanecer a eso de las tres de la tarde con (oh, sorpresa) una jaqueca horrible. Para entonces, el personal de limpieza, que actuaba casi como el servicio secreto, ya se había encargado de hacer desparecer cualquier evidencia del delito: colillas aplastadas en el suelo, cristales de vasos rotos en el borde de la

piscina, restos de cocaína en la mesa e incluso algún invitado rezagado que había dormido la mona en una tumbona.

Oigo unos pasos aproximándose a mi espalda. Solo puede ser Leo, ya que mis fantasmas, de momento, no han tomado forma corporal. Lo curioso es que ya reconozco su manera de andar: lenta pero medida.

—¿Me cuentas qué es lo que te pasa? —pide detrás de mí.

—¿Te explico la mitad de mi vida? —replico con tono afilado.

—Si quieres, me encantaría.

Me doy la vuelta y veo el reflejo azulado del agua bailando en su rostro, acompañado de media sonrisa.

—De hecho, te vendría muy bien. ¿Escondes un micro por ahí?

—No, pero —levanta las manos, se echa un vistazo a sí mismo y me devuelve una mirada intensa— estoy dispuesto a que me cachees.

Pongo los ojos en blanco.

—He hecho lo que me pediste y sigo sin querer saber nada de ella. Dijiste que lo respetarías y me dejarías tranquila, así que ¿por qué no te vas?

Su gesto insinuante desaparece y suspira.

—Porque estás todo lo contrario a tranquila y no quiero dejarte así.

No esperaba esa respuesta. Y menos aún que pareciera sincera.

—Mira, Leo, lo siento por ti, pero no tengo ganas de seguirle el juego a Ágata, el que quiera que sea. No lo hacía ni cuando estaba viva.

—Lo entiendo, pero que te afecte tanto…

—No me afecta —lo corto—. Lo hacía cuando era una niña. Esa niña ya no existe.

A mi mentira se le notan enseguida las costuras. Apenas los dos segundos que tarda Leo en bajar la vista y fijarse en la tensión de mis brazos, que termina en mis uñas clavadas con fuerza en dos puños apretados.

—Esa niña te sigue doliendo, así que, de alguna manera, todavía existe. Te guste o no, la historia de Ágata forma parte de la tuya. Es tu familia. Tu única familia. Es normal que te importe.

—¿Y se puede saber por qué te importa tanto a ti? No haces esto por dinero.

—¿Crees que no lo hago por dinero? —Parpadea con fuerza por la sorpresa—. ¿Ya no te parezco lo peor? Es todo un avance en nuestra relación.

—No te emociones, mi opinión sobre ti no ha cambiado —le advierto, aunque su mirada de preocupación durante un segundo me ha despistado—. Pero no es el dinero lo que te mueve. Ya lo tienes. —Entrecierra los ojos esperando una aclaración y señalo sus vaqueros con un movimiento de cabeza—. Tom Ford. Trescientas cincuenta libras, como mínimo. Unos cuatrocientos euros.

—¿Quién dice que no son falsos?

—Yo distingo una imitación a la legua. Y hablando de imitar… Tu padre es director de cine.

Aprieta los labios con tensión antes de responder.

—Mi padre no tiene nada que ver con esto.

—Las familias son complicadas, ¿verdad? —replico con tonito.

—Yo cuento historias. Es a lo que me dedico, nada más.

—¿Cuántos documentales dices que has dirigido?

—El de tu tía sería el segundo.

—Ah, entonces lo que de verdad te importa es hacerte famoso y Ágata es la vía rápida.

Echa la cabeza hacia atrás para ahogar un gemido de frustración. He conseguido sacarlo un poco de sus casillas, lo cual no parece sencillo. En realidad no pretendo cabrearlo, es solo que un poco de pelea verbal con Leo me está ayudando a distraerme de todo lo demás.

—Malena, cualquiera que se dedique a esto querría contar su historia. Por mucho que te pese, Ágata Belmonte era una estrella.

—Gracias por la información, pero he escuchado tantas veces esa frase que ya me parece la letra de una canción. Yo no viví con una estrella, sino con la realidad, y no brillaba tanto como todo el mundo cree.

Sus cambios de humor constantes, tener que asegurarme de que no se ahogara con su propio vómito (algo que nunca me agradeció porque para ello tendría que haber sido capaz de recordarlo), nuestras discusiones constantes, los reproches, la ira desbordándonos… Y si no hablábamos porque estábamos enfadadas, quedaba nuestra forma de mirarnos, como si ambas fuéramos un recordatorio para la otra de todo lo que habíamos perdido.

Joder, y yo no soy así. Al menos no quiero serlo otra vez. No me gusta en lo que me convierto cuando estoy cerca de Ágata. Y ahora la encuentro por todas partes.

Enfrentarme a ella a través de una pantalla no solo significa reabrir viejas heridas, sino también cargar un arma y contar solo con la posibilidad de disparar contra mí misma.

—Malena, hay cosas sobre tu tía que no sabes.

Ahí está de nuevo, tirando la caña con el anzuelo.

—¿Cómo os conocisteis?

Se sienta en la tumbona que tiene a su lado, se recuesta y cruza las manos bajo la nuca. Se encuentra demasiado cómodo en esta casa. A lo mejor debería vendérsela a él.

—Fue mera casualidad.

Arqueo una ceja en respuesta.

—Oye, si no vas a creer ni una palabra de lo que te digo, ni me molesto en contártelo.

—Vale… —Dejo salir un suspiro largo y me siento en la tumbona de al lado, en una posición bastante menos relajada que la suya—. Te escucho.

Coincidimos en la premier de una película, hace algo más de seis meses. Yo andaba buscando financiación para un proyecto, pero no me estaba yendo muy bien con los asistentes, así que salí un rato del cine a tomar el aire y a replantearme mi discurso. Encontré a Ágata al pie de las escaleras, sola, mirando a la nada y sosteniendo entre los dedos un puro muy fino. No lo había encendido, así que me acerqué a ella, saqué un mechero del bolsillo y le ofrecí fuego. Apenas me dirigió una mirada rápida de reojo.

—Tentador, pero mejor no. —Hizo un ademán con la mano y me guardé el mechero—. Esto es lo que me va a matar y prefiero mantenerlo a raya.

—Entonces, ¿por qué lo lleva?

—Por costumbre. Siempre es difícil deshacerse de lo que a una le hace daño.

—¿Esa frase es suya o de alguna de sus películas?

—Querido, dispongo de suficiente arsenal en la vida como para no tener que tomar prestado lo que digo —comentó molesta y con ello conseguí que me mirara por fin—. ¿Eres actor? Me resultas familiar. Aunque ahora salen actores hasta de debajo de las piedras y, francamente, la mayoría son bastante olvidables.

—No soy actor, soy realizador de documentales. Me llamo Leo Peretti. Encantado de…

—¿Peretti? —Parpadeó fuerte—. ¿Eres familia de Francesco Peretti?

—Soy su hijo.

—Por eso me sonaba tu cara. Te pareces muchísimo a tu padre.

—Eso dicen.

—¿Eres tan bueno como él?

—No, aunque aspiro a trabajar lo suficiente para que llegue el día en el que nadie sienta la necesidad de compararnos.

Levantó la barbilla y frunció los labios en un movimiento sutil. Sentí que me estaba estudiando. O más bien diseccionando, dada la fuerza de su mirada.

—¿En qué clase de documentales trabajas?

—Ahora mismo, en uno sobre el cambio climático.

Aprovechando la oportunidad que me brindaba la casualidad comencé a explayarme con mi discurso sobre sus efectos devastadores ya no solo en el medio ambiente, sino a nivel social y económico en todo el planeta.

—Querido, no gastes más saliva —me cortó y se guardó el puro en el bolsillo de su abrigo largo azul marino, ajustado con un cinturón que acentuaba su delgadez—. Has llamado mi atención por un segundo, pero me perdiste en cuanto dijiste «cambio climático».

—Pues eso es un problema, porque he venido aquí esta noche buscando a gente que me dé dinero para hablar precisamente de eso. —Me pasé la mano por el pelo con cierta inquietud—. ¿Algún consejo que pueda venirme bien ahí dentro?

—Sí, que abandones. No vas a convencer a nadie. Estamos en medio de una crisis económica, lo único que le preocupa a la gente ahora mismo es llenar la nevera y llegar a fin de mes. Y respecto a la panda de productores viejos y privilegiados de ahí dentro a los que quieres convencer, te aseguro que no les importa ningún futuro que no sea el suyo.

—Quizá les interese si un tsunami se traga su casa de la playa.

La risa que le provocó mi argumento terminó en un ataque de tos. Hacía bastante frío y le ofrecí mi brazo.

—¿Me permite que la acompañe?

—Gracias, pero no hace falta.

—Puede que a usted no, pero si yo entro con la mujer más guapa de toda la fiesta captaré la atención de unos cuantos. No me vendría mal.

—Tienes tu encanto, pero los prefiero rubios —dijo con esa mezcla suya de indolencia y descaro.

Me llevé una mano al corazón.

—No sé si voy a ser capaz de soportar tanto rechazo esta noche.

Me miró como diciendo «te tengo calado», aunque terminó sonriendo.

—No pienso volver a entrar —me avisó—. Las fiestas eran lo mío, pero ¿qué quieres que te diga? Me muero del aburrimiento, y ya tengo bastante con morirme a secas —soltó y, antes de que yo pudiera asimilar sus palabras, me preguntó—: ¿Me acompañas?

—¿A dónde?

—A darles algo de qué hablar a los de ahí dentro. Y a todos.

Leo se incorpora en la tumbona y apoya los pies en el suelo hasta quedar frente a mí, con sus rodillas y las mías casi rozándose.

—Aquella misma noche me planteó que la grabase y no se me pasó por la cabeza negarme. —Se encoge de hombros—. Puede que Ágata no se fiara de nadie, pero confió en mí de alguna manera, y por eso estoy aquí, intentando convencerte de que veas esas cintas, con la esperanza de que me dejes contar su historia.

Me tenso de nuevo en el sitio y él lo nota.

—Malena, independientemente de mí y de mi documental, tienes la oportunidad de cerrar un capítulo de tu vida. Uno importante.

Echo un vistazo a mi alrededor y suspiro con el cansancio acumulado de más de una década.

—Esas cintas… ¿Harán que la vea de otro modo?

—Sí.

—¿Para bien o para mal?

Por primera vez, sé que es sincero cuando responde:

—No estoy seguro.

10

El turno de Roma

Nunca pensé que volvería a poner un pie en casa de Ágata, pero menos aún me imaginé en el ático dúplex de su némesis, sentada en un sillón de patas arqueadas y tapizado en color frambuesa que debió de pertenecer a algún rey francés daltónico.

La entrada al salón la presiden dos columnas blancas decoradas con capiteles coronados con hojas de acanto. Los muebles, que abarcan más o menos todo el espectro del color (con una clara predilección por el dorado), están rematados con todo tipo de conchas, hojas y flores, y compiten en protagonismo con exuberantes helechos y plantas exóticas frondosas que parecen haber brotado del suelo después de que alguien haya tirado los dados en plan Jumanji.

Roma Dávalos no solo abraza el exceso, se ha casado con él y tienen hijos. En concreto, cinco angelitos que me miran fijamente desde el altísimo techo y flotan semidesnudos en un cielo pintado de color celeste con nubes vaporosas.

Descruzo las piernas y poso el pie sobre la alfombra blanco marfil de pelo largo para calmar el hormigueo, que me llega ya hasta la pantorrilla. Es una sensación molesta y conocida que suele

extenderse también por mis manos en épocas de estrés, y hay pocas cosas en esta vida que me estresen más que Ágata.

Son las doce y media de la mañana y llevo aquí esperando más de cinco minutos a que Roma regrese con la segunda cinta que mi tía dejó para mí. Tal vez ande buscándola en su cámara acorazada secreta o quizá se haya entretenido dando de comer a algún tigre de Bengala que posea por mascota.

Vale, estoy exagerando, pero es que, por muy familiar que me resulte el concepto del lujo, se me escapa desde hace años. Voy a cumplir los treinta y cinco en cuatro días, comparto un piso de sesenta y dos metros cuadrados y hubo una época, no muy lejana, en que Mery y yo utilizábamos la tabla de planchar como mesa de comedor.

Estoy segura de que a mi amiga le fascinaría este salón. Es la detallista de las dos, la que compra flores sin motivo concreto y tropecientos objetos de decoración diminutos en mercadillos con la intención de alegrar nuestra casa y suplir la falta de luz.

Yo me dedico a adornar a la gente; ella, la vida en general.

En cualquier caso, y para ser justa, Roma parece ser una mujer de gustos excéntricos, pero no creo que se dedique al tráfico ilegal de especies. El único animal que he visto por el momento se encuentra al lado de la ventana, enmarcado por la luz del sol como si fuera el mesías de las aves. Se trata de un loro azul que se balancea en una percha dentro de una jaula estilo colonial y que no deja de repetir con sorprendente claridad: «Maldita lisiada».

El animal sigue increpando hasta que oigo los pasos cortos y rápidos de Roma por el parquet del pasillo. Aparece en el salón con la cinta en la mano y extiende los brazos con un gesto teatral, muy a

lo diva. Como si estuviera siendo recibida por una gran audiencia en un homenaje a toda su carrera. De hecho, no sé si se tomara como una ofensa que no me levante y aplauda.

Hoy lleva una peluca castaña de corte bob a la altura del mentón con flequillo recto que me recuerda al estilo de Anna Wintour, y viste un caftán de seda con estampado floral cuyas mangas drapeadas en cascada bailan a su enérgico ritmo.

Se sienta frente a mí en un sofá rococó que parece duro e incomodísimo y me entrega la cinta.

—Aquí tienes, reina.

—Gracias.

—¿Qué te apetece tomar? Puedo pedir que nos preparen café o té. O algo un poco más fuerte, si nos hace falta.

Coge una campanilla de bronce de la mesita que tiene al lado (juro por Dios que tiene una campanilla), pero la freno antes de que la haga sonar y aparezca en el salón un mayordomo inglés de gesto imperturbable, por seguir con los tópicos.

—No quiero nada.

La voz me sale seca sin pretenderlo y ella parpadea fuerte con sus pestañas larguísimas. Se hace un momento de silencio incómodo que enseguida rompe el loro gritando «estoy *embarasada*». Trato de enmendar mi brusquedad y sonrío señalando su caftán.

—Es una pieza impresionante.

—¿Esta antigualla? ¿Te gusta? —Se pasa las manos por la seda de los hombros—. Para ti.

—No, no —levanto las manos—, no pretendía…

—Tranquila, tengo por lo menos otros cinco del mismo estilo en el armario. Me los dieron cuando protagonicé *Viaje al salvaje Oriente*.

Uno de ellos me lo regaló el rey de Marruecos.

Aunque ahora mismo necesito ver con urgencia su armario, reprimo las ganas y voy directa al asunto.

—Roma…, ¿te importa si me llevo ya el resto de las cintas y así no tengo que molestarte más veces?

—No me molestas, cielo. Me encanta tener compañía. —Apoya el codo en el respaldo dorado, cruza una pierna sobre la otra y empieza a menear el pie en el aire—. Pero fue Ágata quien me pidió que lo hiciéramos de esta forma y yo voy a respetar la voluntad de esa perra, aunque sea lo último que haga.

Ahora soy yo la que parpadea.

—Oh, no me mires así. Eso es lo más suave que le decía a tu tía. —Hace un aspaviento con la mano para restarle importancia—. Las amigas de verdad siempre se insultan a la cara.

—¿Cómo es posible que…? —Niego con la cabeza porque no sé ni cómo formular la pregunta—. Recuerdo un día en casa, yo estaba viendo una de tus películas y ella entró en el salón. Cuando se dio cuenta de que eras tú, se enfadó muchísimo y apagó la tele. Solo le faltó echarle agua bendita al aparato mientras lo exorcizaba. —Roma sonríe como si le hubiera contado una anécdota encantadora—. Me sorprende mucho que ahora guardes sus secretos.

Su sonrisa se vuelve tibia y suspira sin dejar de balancear el pie. Creo que esta mujer es incapaz de quedarse quieta un segundo. Tal vez por eso pesa poco más de cincuenta kilos.

—Al principio, competíamos. Era nuestra manera de relacionarnos porque no nos enseñaron otra. Nos gustara o no, resultaba bastante rentable para ambas. Además, la prensa rosa era experta

inventándose historias sobre nosotras. Llegaron a insinuar que éramos dos amantes despechadas, y que de ahí venía el odio mutuo.

—El odio vende más que la amistad, ¿no? Que el amor en general.

«La felicidad es aburrida», oí decir a Ágata en una ocasión. Hablaba con Miguel sobre la serie de turno que estaba rodando y comentaba el hecho de que hubieran separado a su personaje del protagonista masculino ante la evidente pérdida de audiencia.

—Por desgracia es así —confirma—. Y en este mundillo conoces a mucha gente, más de la que podrás recordar, pero la soledad es muy real, aun estando acompañada. Porque nunca puedes llegar a saber con seguridad si los demás se acercan a ti por quién eres de verdad o por lo que representas. Ágata y yo éramos rivales, pero al mismo tiempo nos enfrentábamos a lo mismo. A las miradas de admiración, a la envidia y a los hombres que creían tener derecho sobre nuestros cuerpos solo porque insinuábamos algo de piel en pantalla. No conozco a ninguna actriz que en algún momento de su carrera no haya sido ninguneada, insultada, utilizada u odiada.

—Entiendo lo que dices, pero ella siempre pareció feliz despertando tantísima atención. De hecho, que se la quitaran era lo que más le disgustaba.

—Porque le aterraba pasar desapercibida. Que la olvidaran con la misma facilidad con la que la habían adorado. Su carrera representaba casi toda su vida y, en cierto modo, lo era. Para tu tía no había disfraz, actuar era como arrancarse la piel, y le dolía. Las actrices como ella suelen necesitar terapia como para tres vidas. En cambio, las actrices como yo… —Mira a su alrededor con esos ojos que van a juego con el cielo del techo y se encoge de hombros—. En fin, adoro el dinero, me casé conmigo misma y adopté a Clark Gable,

un loro obsesionado con las telenovelas mexicanas. Pero, aparte de eso, soy bastante equilibrada.

—¿Y cómo lo consigues? Me vendría bien algún consejo —bromeo, o no del todo.

—Para mí siempre se trató de un trabajo, y no me lo traía a casa. Quizá por eso Ágata era mejor actriz que yo, aunque negaré haberlo dicho hasta la sepultura. —Lo remata levantando el dedo a modo de advertencia—. Poseía un talento salvaje, de esos que no se pueden aprender ni enseñar. Pero la verdad es que, aun sin saberlo, me hacía mejor actriz. Me esforzaba por competir con ella, por quitarle papeles. Lo conseguí una sola vez y para mí fue una enorme satisfacción poder darle en los morros.

—Eso puedo entenderlo. —Me devuelve la sonrisa cómplice y me guiña un ojo. Me gusta Roma—. Tú… ¿has visto las cintas?

—No, no me hace falta, conozco toda la historia. Los últimos años los viví junto a ella, y los anteriores me los contó.

—¿Cómo fue…? El final, me refiero. ¿Tuvo algo de… paz?

Me siento ridícula en cuanto la frase sale de mis labios, pero ya está dicha, y lo cierto es que a una parte minúscula de mí le importa la respuesta.

—Hace algo más de seis meses vino a casa a tomar café y a criticar mis últimas adquisiciones en pelucas. Ella y yo participábamos en una competición histórica por ver quién se mantenía más delgada, porque, como actrices, nos enseñaron que la gente tenía que amar nuestros cuerpos y que, para ello, nosotras debíamos castigarlos —relata, un tanto asqueada por sus propias palabras—. Me fijé en que había perdido peso muy rápido y le

pregunté qué dieta milagrosa estaba siguiendo. Me respondió que la más infalible: cáncer.

Deja salir el aire del pecho con pesadez. Yo me quedo muda y hasta el loro, que hace unos segundos chillaba «escuincla babosa», tiene la cortesía de permanecer en silencio.

—Los últimos años llevó una vida mucho más tranquila que la que tú conociste y compartiste con ella. Dejó de beber, aunque no de fumar, y no paró de trabajar casi hasta el último momento. Se suponía que nosotras íbamos a cumplir los cien años. Mala hierba, ya se sabe… Nos sentaríamos en una villa frente al mar al final de nuestras vidas y criticaríamos a todo el mundo como dos viejas zorras amargadas. Pero no pudo ser. —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Y no voy a mentirte, los últimos momentos fueron difíciles, como casi todo en su vida.

Me doy cuenta de que Ágata era su Mery, y yo no puedo ni quiero imaginarme la vida sin mi mejor amiga.

—Lo siento, Roma. Siento mucho tu pérdida.

—No puedo hablar por ella, Malena, pero creo que, si su intención era que vieras esas cintas una a una, era porque quería darte tiempo para que la conocieras de verdad y para asimilar ciertas cosas. Os perdisteis buena parte de historia la una de la otra.

Agacho la mirada.

—No es fácil.

—Lo sé, cielo. Con Ágata nunca lo era.

Trago saliva antes de responder:

—No solo me refiero a ella.

Roma se inclina hacia delante y posa su mano sobre la mía. Sus venas azuladas y prominentes resaltan aún más. Tiene la piel suave

y fina como la seda de mar y arrugas en los nudillos y alrededor de las articulaciones.

—Niña, eres demasiado joven para haber perdido tanto.

Siento un pinchazo en la garganta y parpadeo para alejar las lágrimas antes de que se les ocurra salir. El pasado es de lo más traicionero. Vive agazapado en un rincón de la mente. Es como un depredador esperando para atacarte por la espalda cuando te crees a salvo. Entonces te da un zarpazo y vuelve a esconderse.

—Sé que apenas me conoces, más allá de mis fabulosas actuaciones, por supuesto. Y soy consciente de que la única idea que tienes de mí ha sido formada por los insultos que escupía por la bocaza la vieja chocha de tu tía. Pero era mi mejor amiga, y tú eres su familia. Por lo tanto, eres importante para mí. —Me aprieta la mano. Sus dedos están más fríos que los míos, aunque el gesto me reconforta. Y eso que no soy amiga de las manifestaciones físicas—. Cualquier cosa que necesites aparte de las cintas: hablar, desahogarte, criticar a Ágata durante una tarde entera… Estoy aquí.

—Te lo agradezco —respondo con sinceridad—. Y creo que voy a tomarte la palabra y a empezar por pedirte que me enseñes tu armario.

Ahoga un grito como respuesta, levanta los brazos entusiasmada y se pone en pie de inmediato. No me queda más remedio que sonreír.

Roma es excéntrica como Ágata, y como solo pueden serlo las actrices icónicas, pero, al mismo tiempo, hay diferencias evidentes entre ellas. Mi tía siempre pisaba con fuerza al entrar en una habitación. Medía metro sesenta y poco, pero se hacía más grande a cada paso que daba. O tal vez se las arreglaba para que el resto se hiciera más pequeño ante su presencia. De cualquier forma,

conseguía que fueras incapaz de apartar la vista de ella. Roma es, más bien, como una chispa incontrolable que se mueve en todas direcciones.

También compruebo que es de lo más generosa, puesto que una hora más tarde salgo de su piso con tres bolsas llenas de ropa y complementos.

Al llegar a casa de Ágata dejo las bolsas en el salón y el silencio vuelve a adueñarse de todo. Lo percibo a mi alrededor casi como una presencia tangible. Quien no da señales de vida es el okupa. Le quité las llaves anoche, aunque no creo que ese detalle insignificante sea capaz de mantenerlo alejado mucho tiempo. Casi echo de menos a la ardilla Alvin o a cualquier tipo de bicho que escarbe y haga un poco de ruido. A falta de una plaga de roedores, opto por encender la televisión.

En una cadena sensacionalista emiten otro programa especial sobre Ágata. Un grupo de periodistas (o participantes de un reality demasiado bronceados, a saber) se congrega en torno a una gran mesa y se pisan el turno de palabra los unos a los otros.

Cambio rápido de canal y en la pantalla aparece una versión joven de mi tía agitando su melena larga y oscura mientras canta y da palmas con salero. La película se titula *La dama tras el abanico.* Se trata de una coproducción hispanofrancesa en la que da vida a una peluquera que se convierte, gracias a una de esas confusiones en cadena que solo se dan en la ficción, en dama de compañía de una emperatriz.

Me sé todas sus películas de memoria, pero aún sigue impactándome lo guapa que era, la fuerza de su mirada y la presencia brutal que tenía en escena. A Ágata le atraían los

personajes viscerales, con mucho carácter y que no se amilanaban. También solían ser un tanto desmesurados, para lo bueno y para lo malo, volubles e inestables. La realidad equiparándose a la ficción, como mínimo.

Me descalzo y me siento en el sofá con las piernas a lo indio. La película casi acaba de empezar y me quedo a verla hasta el final, porque, en esta ocasión, al menos sé cómo termina. Es un escenario controlable, a diferencia de la cinta número dos. Después comienza el telediario y, ya sin distracciones a las que agarrarme, saco la cinta del bolso y camino hasta la sala de cine con la misma actitud que una adolescente que se ve obligada a abandonar su cuarto para… para lo que sea.

«Haz el favor de no fruncir tanto el ceño o vas a necesitar un lifting antes de los treinta», solía ser el saludo de Ágata cuando yo salía de mi dormitorio.

Enciendo el proyector, meto la cinta en la cámara tal cual le vi hacer a Leo ayer y le doy al play. Dejo salir el aire con brusquedad y me siento en la butaca con un nudo que comienza en mi pecho y se retuerce hasta terminar en el estómago.

El vídeo comienza con Ágata otra vez en esta misma sala y con el mismo tipo de plano medio largo. La única diferencia se encuentra en su ropa. Un pantalón vaquero blanco y un jersey fino del mismo color, combinados con un cinturón dorado, una cadena larga de eslabones XL y pendientes a juego.

—¿Dónde nos quedamos el otro día? —pregunta ella—. A veces pierdo un poco el hilo. Es por la dichosa medicación.

—Usted tenía dieciséis años y acababa de llegar a Madrid —le recuerda Leo fuera de cámara—. Si quiere, puede hablar de Julio

Belmonte. Él siempre se atribuyó el mérito de haberla descubierto.

—Y así fue. Yo me cambié el nombre de María Asunción por el de Ágata y Julio me puso su apellido. Belmonte —pronuncia redondeando las sílabas y con una pizca de desdén—. Una forma elegante de marcar el ganado.

—¿Aún mantiene contacto con su padrino artístico?

—No. No desde que me fui de su casa.

—Tuvieron una mala relación, entonces.

—Todo lo contrario.

—Pues será cosa mía, pero tengo la sensación de que no le guarda mucho cariño. Ni a él ni a su apellido.

—Y no te equivocas.

—¿Por qué no se lo cambió?

—No me atreví en su momento y, bueno, después me hice muy famosa —comenta jugando con el collar—. A estas alturas prefiero conservarlo porque, si estas cintas salen a la luz, me gustaría que el apellido Belmonte ardiera como se merece —remata sin pestañear—. Será una pena no tener un asiento en primera fila para verlo.

11

SEGUNDA CINTA

La riqueza se nota, pero también puede mostrarse comedida si se lo propone. Tiene el privilegio de elegir y de poder ser lo que le dé la gana. Cuando eres pobre, en cambio, no hay forma de disimularlo. Y si lo intentas, siempre habrá alguien dispuesto a recordártelo.

Teresa, la mujer del señor Belmonte, arrugó nada más verme su nariz de halcón, tan afilada que podría rayar cristal, y me obligó a limpiarme los zapatos en el felpudo durante casi un minuto antes de permitirme entrar en su casa por primera vez. Después, me persiguió cual sombra sin dejar de mirarme con esos ojos severos mientras su marido me mostraba su elegante piso en el corazón de Chamberí. Ni siquiera consintió que me sentara en una silla (tras dieciocho horas de viaje en tren) hasta que no me aseara en condiciones. A juzgar por su tono, desparasitarme habría sido más adecuado. En realidad, para ella yo era la propia garrapata. Un huésped inoportuno y de lo más desagradable.

No le di importancia en ese momento. Mi corazón quería salir de mi cuerpo y ponerse a bailar sobre el parquet brillante, emocionado ante la perspectiva de una vida a estrenar. Por fin me encontraba en la capital e iba a vivir en aquel piso de techos altos con cinco habitaciones, tres baños, biblioteca y una sala que utilizaban en

exclusiva para recibir visitas. Había soñado despierta con una casa así. Había fregado de arriba abajo una casa así.

El salón era amplio y luminoso, gracias a los ventanales más grandes y limpios que había visto nunca, y estaba decorado con colores suaves, muebles de caoba y sillones de brocado italiano. Las alfombras eran gruesas y las cortinas, pesadas. De repente, el lujo me pareció tremendamente sólido.

La cocina era amplia, disponía de horno, cocina de gas y unos armarios que llegaban casi hasta el techo. Los muebles, de madera maciza y pintados en amarillo claro, tenían tiradores metálicos. Hasta el frigorífico me parecía el colmo de la elegancia.

No fui capaz de disimular mi entusiasmo. Brotaba como los chorros de las fuentes que habíamos visto desde el coche de camino a la casa. Le hacía preguntas sin parar al señor Belmonte y lo interrumpía a veces, olvidándome por completo del decoro. El soltó unas cuantas risas ante mi falta de cortesía. Su mujer, no.

Con los años me di cuenta de que, cuando interpretaba a un personaje, lo que más me costaba encontrar era su risa. Porque la risa es lo más sincero y genuino del ser humano. Teresa habría sido una actriz pésima. Lo máximo que sabía mostrar en ese sentido era una sonrisa tensa y de cortesía hacia su marido.

El señor Belmonte me acogió en su casa, pero pasaba la mayor parte del día fuera y viajaba mucho por negocios, así que dejó en manos de su mujer todo lo concerniente a mi formación. El matrimonio no tenía hijos, y Teresa llevaba la gestión de la casa con mano de hierro. Tanto con el servicio, que no se atrevía a levantar la vista del suelo en su presencia, como conmigo.

Al menos era aplicada en sus funciones. No malgastaba un minuto y, por tanto, ni una sola peseta de las que el señor Belmonte invertía en mí. Recibía clases en casa a diario, mañana y tarde. Canto, técnicas de actuación, dicción y expresión corporal, además de las tutorías para aprender a leer y escribir correctamente. Ella lo supervisaba todo, siempre uniformada con sus trajes de chaqueta oscuros y manga tres cuartos y conjuntos coordinados de dos piezas con los mismos estampados aburridos.

Aquella mujer y yo nunca hicimos buenas migas, sobre todo porque su concepto de diversión en cuanto a complementos consistía en ponerse un collar de perlas que solo usaba para ocasiones especiales, como las misas solemnes de Semana Santa o Navidad. Una personalidad tan gris como la suya no merecía tener dinero para gastar en ropa tan fea. Si me hubieran preguntado a mí, ese era el verdadero pecado.

Tardé poco en descubrir la sonrisa real de Teresa. Consistía en una lenta elevación de la comisura derecha y un brillo siniestro que asomaba a sus ojos cada vez que yo cometía un fallo en alguna de mis clases y recibía un golpe de vara como castigo por parte de mis profesores. Ella nunca me tocó, solo daba las órdenes como el sargento mayor de la casa. Ni siquiera se le movía un pelo de su tupé negro apelmazado de laca, que apuntaba hacia el cielo mientras me amenazaba con enviarme de vuelta a casa si no estudiaba más.

Me repetía a mí misma que soportar a la arpía valía la pena. Sobre todo cuando escribía cartas a mi madre y a mi hermana, en las que les contaba que todo me iba muy bien. No dejaba de ser cierto. Ya no pasaba hambre, ni frío. Les hablaba de aquella increíble casa, de

la bañera que podía utilizar una vez por semana y les describía los muebles con todo lujo de detalle. «Incluso tienen una chimenea decorativa en el salón. Solo a la gente de dinero se le ocurre comprar muebles que no sirven para nada», apuntaba, esperando hacerlas sonreír un poco.

Pero como todo tiene un límite, cuando se me terminaron las ocurrencias sobre la decoración de interiores empecé a inventar historias sobre los animados salones de té de la ciudad, los museos que visitaba y los impresionantes teatros a los que acudía por las noches. En casa, siempre fantaseaba con futuros alternativos para Isa y para mí. Se me daba demasiado bien imaginar vidas que no eran las nuestras.

Tampoco me preocupaba que me pillaran en alguna mentira, pues ellas no tenían forma de comprobar la información que yo les proporcionaba. Solo me mostraba comedida en mis supuestas salidas por respeto a mi madre. Sabía que, por mucho que hubiera accedido a aquella situación, Madrid y mi incipiente carrera como actriz y cantante representaban para ella lo más feo y pecaminoso de la humanidad.

Pero yo me moría por descubrir ese ambiente, y apenas se me permitía salir. Cada semana barajaba la idea de escaparme un par de horas, igual que hacía en Ferrol, pero Teresa no era mi madre. Me odiaba y lo último que yo quería era darle motivos para hablarle mal (o peor aún) de mí al señor Belmonte y que este decidiera mandarme de vuelta a casa. Así que me esforcé, estudié y me entrené en la habilidad más difícil de todas: la de ser paciente.

Mi primera oportunidad se presentó en octubre, a los tres meses de estar allí. Se trataba de un concurso musical para jóvenes

talentos que se celebraría a final de año y con el que podía ganar un premio en metálico de diez mil pesetas.

La tortura comenzó semanas antes, cuando tuve que probarme el modelo que Teresa había elegido sin contar con mi opinión. Me observé en el espejo de mi dormitorio bajo su atenta mirada de halcón. Me gustaba que fuera blanco y se ciñera a la cintura. Y eso era todo lo que me gustaba. Apenas podía moverme porque me iba estrecho, y detestaba aquel festival de volantes desplegándose hasta mis pies. Parecía un milhojas de nata.

Gracias al señor Belmonte (y no porque tuviera oportunidad de ir al cine), sabía que en aquel momento reinaban (aparte de la censura) el entretenimiento ligero, la comedia y el cine folclórico tradicional. Eso se traducía en ir embutida en un traje flamenco.

—No me convence —comenté moviendo el bajo de la falda sin mucha gana—. Prefiero mi vestido.

—Deberías dar saltos de alegría porque nos estemos gastando tanto dinero en ti, niña desagradecida.

—Yo no he pedido este vestido. Los volantes no me van. Le recuerdo que soy gallega.

—Pero tienes la piel tan oscura que pareces la chacha de un señorito andaluz —escupió mirándome como si no fuera más que una pelusa de su ropa.

Me entraron ganas de romperle su nariz de bruja de un puñetazo, pero me dije a mí misma que no era buena idea. Además, le estaría haciendo un favor, porque dejársela peor era imposible.

—Voy a llevar mi vestido —aseguré con aplomo, colocando los brazos en jarra.

El que me había cosido mi madre por las noches y que todavía no había podido estrenar. De color verde menta, ajustado en la cintura y con una falda por las rodillas que se abría en un vuelo generoso.

Aunque tenía muy presente a mi madre en ese instante, irónicamente me había olvidado de sus recordatorios: «Compórtate, Asunción», «No seas respondona, Asunción». Además de advertirme que fuera discreta en mis opiniones. O mejor aún, que no las expresara, a ser posible. Su obligación era avisarme, aunque sabía que intentar controlarme resultaba tan inútil como ponerle puertas al campo.

La madrastra de Cenicienta abrió la boca para soltarme alguna perla de las suyas, pero se contuvo en cuanto la puerta de entrada se abrió y llegó al señor Belmonte. Su voz anunciando su presencia era música para mis oídos. Yo no sabía nada sobre el negocio del atún enlatado y esas cosas, aunque estaba convencida de que la mitad de los numerosos viajes de trabajo de ese hombre solo eran una excusa para alejarse del callo de su mujer.

Cada vez que regresaba tras una ausencia larga, charlábamos un poco, se interesaba por la buena marcha de mis clases y me preguntaba si me sentía a gusto en la casa. Él parecía un hombre agradable y yo mentía con soltura.

—Pero bueno, chiquilla, si ya pareces una estrella de cine —se sorprendió nada más aparecer en la puerta de mi dormitorio—. Ágata, estás espectacular.

Le brillaron los ojos al decirlo y juro que pude notar cómo le rechinaban los dientes a Teresa de tanto apretarlos. A ella la ignoré y a él le sonreí. Había empezado a llamarme Ágata y a mí no me estaba costando nada desprenderme de mi nombre real, el cual

siempre sonaba en mi cabeza con el tono de reprimenda de mi madre.

—Señor, pero es que yo no…

—Nada de señor —me interrumpió con tono amistoso entrando en la habitación—. Te he dicho muchas veces que me trates de tú y que me llames Julio.

Tomé la cantidad de aire que me permitía el vestido y volví a la carga.

—Es que yo no me veo con esto, Julio. No es mi estilo.

—Ya lo hemos pagado —advirtió la bruja, aunque suavizando un poco su tono anterior.

—Entiendo que no te guste, pero es lo que se lleva ahora. Además, tu tipo de belleza es perfecto para ese vestido, Ágata. Muy del sur.

—¡Justo lo que he dicho yo!

Julio arrugó la frente con un leve gesto de molestia, como si la voz estridente de su mujer le provocara dolor de cabeza.

—Déjanos solos un momento, Tere —pidió sin mirarla mientras sacaba uno de esos caramelos de menta que siempre llevaba en el bolsillo y se lo llevaba a la boca.

—Pero… —Parpadeó ella varias veces—. Pero…

—Teresa —insistió seco y ella no necesitó más. Se cuadró, me dedicó un apuñalamiento en el corazón en forma de mirada y salió del dormitorio con la cabeza alta y su peinado Arriba España.

En cuanto se fue, me dejé caer en la cama, cansada de tanta tensión e incomodísima con aquel vestido, más bien instrumento de tortura, que no me dejaba respirar en condiciones.

Él se sentó a mi lado tras cerrar la puerta.

—¿Qué te preocupa, criatura?

—Usted dijo que… —Levantó una ceja a modo de advertencia—. Tú dijiste que yo era única.

—Lo recuerdo.

—¿Ya no lo piensas?

—Claro que sí. Estoy apostando mucho dinero por esa razón.

—Entonces no necesito vestir como las demás. Destacaré igualmente. A mi modo y con mi propio vestido. Puedo hacerlo. Sé que puedo —insistí con vehemencia.

Se lo pensó unos segundos y terminó esbozando una sonrisa. Supe que me había salido con la mía y que llevaría el vestido de mi madre al concurso. Teresa iba a cabrearse muchísimo y eso provocó que sonriera yo.

—Eres muy madura para tu edad. Y demasiado lista —añadió Julio entrecerrando los ojos.

Entonces comenzó a hablarme de mis grandes posibilidades como actriz y de lo mucho que quería ayudarme a convertirme en una estrella. Andaba distraída, flotando muy alto en una nube de halagos cuando comentó:

—Tú también podrías ayudarme a mí.

De esa forma, ambos saldríamos beneficiados, me explicó. Se trataba de un acuerdo, un pacto entre los dos. Aunque debíamos mantenerlo en secreto.

A veces era un poco descarada, pero se trataba de una actitud impostada, una especie de máscara que me colocaba a los dieciséis años para aparentar seguridad. Mi inocencia no me permitió entender a qué se refería Julio con ese pacto secreto hasta que posó la mano sobre mi rodilla y empezó a subir los dedos por el muslo al

tiempo que me levantaba la falda. Me tensé y me quedé muy quieta. Jamás me habían tocado de esa forma. Ningún chico ni tampoco un señor de cuarenta y dos años que se refería a sí mismo como mi padrino y protector.

Se tomó mi falta de reacción como una invitación muda y me dio un beso en la mejilla. Su bigote era duro, raspaba, y el aliento le olía a menta fuerte. Después pasó a la boca y me metió la lengua sin avisar. La noté áspera y a la vez demasiado húmeda. Me desagradó, aunque no me aparté. No sabía si tenía esa opción, y fui consciente de que descubrirlo podía salirme muy caro.

El corazón me golpeaba el pecho como si quisiera huir de la habitación mientras él me quitaba el vestido. Deseé con todas mis fuerzas volver a ponérmelo, cubrirme entera con él y cosérmelo a la piel con tal de evitar que siguiera manoseándome. Cuando me tumbó sobre la cama y se colocó encima, miré al techo y me concentré en respirar, tal y como me habían enseñado en las clases de actuación.

La primera vez que lo sentí dentro dolió. Me costó disimular, aunque a Julio no pareció importarle. Estaba demasiado concentrado en lo suyo. En cualquier caso, tuve tiempo para mejorar mi interpretación, ya que nos acostamos muchas veces a partir de aquel día. Para ello aprendí a bloquear cualquier tipo de emoción personal que pudiera interferir y empecé a convertirme en la actriz que me habían prometido que estaba destinada a ser.

Todavía hoy el olor a menta me da ganas de vomitar.

Cada vez que escuchaba el clac de la llave al girar dentro de la cerradura, el estómago me daba un vuelco y mis piernas se contraían de inmediato. Nadie lo notaba. El único signo de que algo había cambiado en mí era el número de veces que me bañaba. Tres a la semana, lo máximo que se me permitía. Aun así, nunca tenía la sensación de quitarme de encima el sudor de Julio.

Teresa, por su parte, comenzó a salir más a menudo. De repente, tenía un montón de recados pendientes que coincidían casualmente en el tiempo con los momentos que su marido pasaba en mi dormitorio golpeando el cabecero contra la pared. Al de su esposa no se acercaba ni por equivocación. Dormían en habitaciones separadas desde hacía años, según Estrella, la criada y la única persona a la que llegué a apreciar un poco en aquella casa.

Me lo contó entre susurros el día que me enseñó a calcular mi ciclo menstrual para así poder evitar al señor los días peligrosos. No confiaba en que se retirara a tiempo. Ya no me fiaba de él en ningún sentido. Y en los momentos en los que no conseguía dormir y daba vueltas en la cama, inquieta por el menor retraso en la menstruación, también sabía que era mentira la frase que siempre me repetía tras nuestros encuentros: que yo era la que salía ganando con aquel pacto.

Aunque Teresa jamás pronunció una palabra sobre las atenciones que me prodigaba su esposo, me hizo saber, a su manera, que yo era la culpable de que me hubieran robado el derecho sobre mi propio cuerpo. Sus miradas se tornaron más hostiles, si es que era posible, y los castigos en clase se volvieron más constantes.

Nunca pensé que estuviera en su mano impedir la humillación (para ambas) de lo que Julio hacía bajo el techo que compartían.

Eran los años cincuenta, vivíamos en una sociedad amarrada por una dictadura católica, basada en la apariencia de una moral intachable y donde los hombres tomaban las decisiones, mientras que las cabezas de las mujeres solo se consideraban aptas para llevar sombreros. Teresa sabía que no había forma de castigarlo a él por su comportamiento, así que optó por desquitarse conmigo.

Lo comprobé el día del concurso de talentos, cuando fui a buscar mi vestido a la habitación de servicio, donde se suponía que Estrella le estaba dando los últimos retoques. La sonrisa se me congeló al entrar. Teresa también estaba allí, delante de la tabla de planchar y sujetando mi vestido con esa medio sonrisa siniestra suya. Sobre la tela verde menta, entre el pecho y la parte alta de la cintura, se apreciaba con claridad una marca marrón oscuro en forma de triángulo.

Ahogué un grito, me abalancé sobre ella y le quité el vestido de las manos con un tirón seco.

—No, no, no, no, no —repetí mientras pasaba los dedos por la quemadura, que aún estaba caliente. Pequeños fragmentos de tela calcinada empezaron a desmenuzarse entre mis dedos.

—No sabes cuánto lo siento, niña —se disculpó y supe que era mentira. Jamás me había pedido perdón por nada. Aquello no era una excepción—. Estrella se ha distraído un momento y ha quemado por accidente el vestido de tu madre. —Otra mentira—. Pero no te enfades con ella. Es evidente que la tela es de muy mala calidad.

Levanté la vista del vestido. Teresa me retaba con la mirada y Estrella se obligó a agachar la cabeza, a la vez que se limpiaba una lágrima de la mejilla. Llorar no era una opción para mí. Cualquier cosa que pudiera satisfacer a aquella desalmada quedaba

descartada, así que apreté los dientes, tragué saliva y salí de la habitación.

Me embutí como pude en el maldito vestido de flamenca que no era de mi talla y con el que apenas podía caminar. Se hizo evidente poco después en el concurso, cuando me caí de bruces saliendo al escenario. Al levantarme y colocarme delante del micrófono, casi ni pude oír la reacción del público, solo sentía el pulso palpitándome en los oídos y mi corazón haciéndole los coros.

Por suerte, tenía unos profesores muy exigentes y yo siempre me había tomado muy en serio mi formación. Apliqué lo aprendido. Improvisación, lo llamaban. Cogí aire, me guardé los nervios en el fondo del estómago, miré a los espectadores y coloqué los brazos en jarra dando un golpe de cadera a la vez.

—¿Se puede saber quién me ha movido el suelo de sitio?

La gente empezó a reír.

—Me van a perdonar, yo he venido aquí a cantar y bailar, pero es que este vestido está intentando secuestrarme. —Me agaché un poco, rajé la falda por la abertura y con ello me gané unos cuantos gritos ahogados y plena atención por parte de los presentes—. Mucho mejor así. —Suspiré exageradamente y les dediqué mi mejor sonrisa—. Música, por favor.

Y sin más, empecé a cantar y bailar. Por supuesto no gané el concurso y mi número fue considerado un pequeño escándalo. Mi padrino se mostró encantado con el resultado igualmente. Había demostrado gracia y desparpajo sobre el escenario, y la ganadora no le interesó a nadie, porque todo el mundo estaba ocupado hablando de mí.

«Vamos por buen camino, Ágata», me aseguró Julio levantando su copa de vino durante la cena esa misma noche. Disfruté de lo lindo contemplando la cara de disgusto mal disimulado de su mujer brindando por mí, aunque también sentí un pinchazo de nostalgia en el pecho. Habría preferido estar muy lejos de allí en aquella ocasión, celebrándolo con mi hermana y mi madre. Una se habría llevado la mano a la boca para sofocar la risa; la otra me habría mirado con desaprobación antes de soltar: «Ya no me quedan santos a los que rezar por tu alma, Asunción».

Dos meses más tarde cumplí mi deseo de encontrarme con ellas, de la peor forma posible. Me vi obligada a regresar a casa. Mi madre había muerto de una neumonía.

Su funeral fue triste, como todos los funerales, además de pequeño y discreto. Asistieron trece personas, contándonos a Isabel y a mí. «Cuando no has tenido nada, te mueres de la misma forma», pensé.

Al regresar las dos solas a casa, mi hermana se arrojó a mis brazos nada más entrar por la puerta y se echó a llorar otra vez.

—Isa, necesito que me escuches —le pedí en un intento de calmarla porque no paraba de hipar—. Isa, por favor…

Aparté un poco de mí su huesudo cuerpo para mirarla a los ojos. Estaba tan pálida que me dieron ganas de llamar al médico para asegurarme de que se encontraba físicamente bien.

—Lo-lo si-sssi-ento —farfulló antes de conseguir tranquilizarse un poco—. Es que… ni siquiera estaba segura de que fueras a aparecer.

—¿Cómo no iba a venir?

Se limpió las últimas lágrimas con la manga de su vestido y no pude evitar fijarme en que le quedaba aún más holgado que antes.

—Llevamos siete meses sin saber nada de ti.

—Pero ¿qué dices? Os he mandado una carta al mes, Isa.

Negó rápido con la cabeza.

—No las recibimos.

Teresa nunca fue consciente de la suerte que tuvo en aquel momento al encontrarse a seiscientos kilómetros de distancia, porque de haberla tenido delante la hubiera arrastrado por todo Ferrol y habría terminado colgada del moño en el mástil de un crucero.

Esa misma noche le entregué a Isabel un sobre con todo el dinero que había ahorrado durante los siete meses que había estado fuera y le pedí que lo guardara como si su vida dependiera de ello. Tampoco resolvía gran cosa. Mi asignación no era suficiente, así que me veía obligada a pedirle ayuda a Julio. Sabía que me la prestaría. Y también que me la cobraría más a menudo.

—Asun, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó mi hermana con el miedo hundido en los ojos.

—No te preocupes por nada. Antes de irme te conseguiré trabajo en alguna casa.

—Pero yo prefiero ir contigo a Madrid. Puedo limpiar, coser, planchar, cocinar… Si se lo dices al señor Belmonte… A lo mejor él me permite quedarme con vosotros.

—¡No! —exclamé tan fuerte que Isa se encogió en el sitio.

Mi hermana era tan preciosa como frágil. Podía desaparecer con un simple golpe de viento, como un diente de león. Yo era capaz de afrontar lo que Julio me hacía; ella no.

—Madrid no es lugar para ti. Y solo me estorbarías —añadí seca para cortar de raíz cualquier pensamiento que pudiera albergar al

respecto—. Pero te mandaré dinero y me encargaré personalmente de que te llegue. No te preocupes por nada —repetí—. Saldremos de esta.

Isa se quedó en Ferrol y a mí me costó un año más poder salir de la casa Belmonte. Lo hice a los dieciocho, recién casada y con un contrato para participar en mi primera película.

Antes de irme, le dejé un regalo a Teresa para agradecerle su hospitalidad. Todos sus espantosos vestidos quemados «por accidente» con la plancha.

12

Hagamos que sea legal

A Miguel le encantaba el ginger mint. El recuerdo me atraviesa la frente como uno de esos tiros certeros y silenciosos que disparan en las películas de espías. Es un cóctel a base de vodka, ginger ale y una buena cantidad de licor de menta. La imagen se forma en mi cabeza, nítida: Ágata arrugando la nariz y apartándose ligeramente cuando él le daba un beso en la mejilla después de beberlo. Ahora entiendo por qué.

Me levanto de la butaca y salgo de la sala. Necesito mover las piernas, caminar un poco. Aunque no suelo practicar ejercicio más allá de los primeros quince días de enero (es lo que me dura la intención de cumplir mi propósito de Año Nuevo para estar más sana), me están entrando unas ganas inmensas de echar a correr por toda la urbanización. Lo que sea con tal de expulsar de mi cuerpo el hormigueo que me quema los dedos y la adrenalina que fluye por mi torrente sanguíneo. También cabe la posibilidad de que haya sido poseída por el espíritu de Ágata. Eso explicaría por qué también me apetece lanzar todo tipo de objetos decorativos contra las paredes.

De camino a la salida, paso por el salón para recoger el bolso. La pantalla del móvil me avisa de que tengo cinco llamadas perdidas de

Mery y un mensaje en el que me grita (en mayúsculas) que la llame ya. Mientras trato de ponerme en contacto con ella, mi imaginación hace un tour rápido por los escenarios más catastróficos posibles. Se me ocurren todo tipo de pensamientos intrusivos relacionados con atropellos, incendios, muerte en general y destrucción total de nuestra amistad.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto ansiosa en cuanto responde—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, yo estoy bien. ¿Y tú cómo estás? —quiere saber—. ¿Hay mucho jaleo por ahí?

—Ehm… Sí, algo así. —Cuesta encontrar las palabras adecuadas para definir la situación—. ¿Cuál es la urgencia?

Hace una pausa demasiado larga para mi gusto antes de contestar:

—Si no sabes cuál es la urgencia, es porque todavía no las has visto.

—Mery, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué tengo que ver?

No soporto quedarme quieta más tiempo. Agarro el bolso, salgo de la casa y enfilo el camino de piedra de la entrada mientras el sol me calienta la cabeza y mi amiga también. Se dedica a dar rodeos contándome que hace unos meses configuró una alerta en Google con nuestros nombres. Lo hizo, por lo visto, con el objetivo de monitorizar nuestra marca y estar siempre al tanto de las noticias que los medios pudieran publicar sobre ella.

—El caso es que hace un par de horas ha empezado a saltar a lo bestia.

—No entiendo —tercio y abro la puerta que da a la calle—. ¿Qué es lo que ha saltado exactamente?

—Tu historia con…

Dejo de escucharla en cuanto pongo un pie en la acera y veo, a ambos lados, un montón de cabezas volverse hacia mí, todas a la vez y de un modo casi robótico, como si estuvieran siendo manejadas por una mente colmena. De golpe, abren mucho los ojos y se desata el caos. Se abalanzan como una manada de hienas. Hienas que saben mi nombre y gritan preguntas que no entiendo a la vez que tratan de hacerse hueco a codazos para llegar hasta mí con sus cámaras de televisión y sus micrófonos.

Me echo hacia atrás para meterme otra vez en la casa y cierro de un portazo. Las voces no cesan al otro lado y siguen mezclándose atropelladas.

Retrocedo por el camino sin soltar el teléfono y, aunque sé que ya no pueden verme, acabo medio escondida tras uno de los arcos de la galería de entrada.

—Hay un montón de paparazzi en la puerta. ¿Qué coño pasa? Cuando he llegado no había nadie.

—Lo que pasa es que han publicado unas fotos en las que apareces con el *toy boy* —suelta mi amiga por fin—. A él se le ve medio en bolas, tú tienes pinta de estar cabreada y da la sensación de que estáis en medio de una bronca. Aunque es un poco confuso, porque en otras él te coge de la mano y también parece que os vayáis a besar.

—Joder, lo que me faltaba.

—La prensa rosa se ha enterado de que eres la sobrina de Ágata y anda insinuando que te has ligado a su amante —remata.

—Voy a matar a Leo. —Me llevo los dedos al puente de la nariz y aprieto con fuerza—. Te juro que lo voy a matar.

—Oye, Mal, sé que es un momento muy complicado para ti, que estás ahí sola y que todo lo que tiene que ver con tu tía te afecta especialmente. Y también sé que a veces utilizas el sexo para desconectar y no pensar mucho en tus movidas. —Esa frase, con palabras más técnicas, me costó cien libras en una sesión de terapia —. Pero no te olvides de quién es ese chico.

Dejo salir un suspiro cansado y apoyo la cabeza en la columna que sostiene el arco.

—Las fotos no son lo que parecen. Y Leo no es un prostituto. Solo se ha acercado a mí porque quiere hacer un documental sobre Ágata.

Como ya no hay marcha atrás en todo esto, le resumo la historia de las cintas, incluido el contenido de la que acabo de ver.

El impacto de mis palabras es lo bastante fuerte para que Mery suelte un *nomejodas* en castellano, seguido de un montón de preguntas para las que no tengo respuesta. Desgranar sentimientos no es uno de mis talentos.

—Mery, te prometo que cuando llegue al hotel te llamo. Ahora tengo que ver cómo salgo de esta casa.

Lo primero que se me ocurre es agarrar el recogehojas de la piscina y blandirlo como arma delante de los paparazzi. Por alterada que esté, soy consciente de que es una mala idea. Les estaría dando un material buenísimo e imborrable a esos cabrones.

Escucho un zumbido suave, casi como un mmm que reconozco de inmediato. Es el motor eléctrico del garaje. Me asomo y avanzo unos pasos por el camino mientras veo cómo la puerta se desliza horizontalmente sobre los rieles con un chirrido suave. El corazón se me desboca, pero el cerebro se impone y grita: «¿Qué cojones?».

Ellos no puedan entrar aquí. Nadie puede. Es una propiedad privada.

Tardo tres segundos en darme cuenta de que no es cosa de los paparazzi. Se limitan a dar vueltas como moscas alrededor del coche que asoma por la entrada. Rojo brillante, techo de lona, líneas suaves y redondeadas. Antiguo y en perfecto estado. Una especie de deportivo clásico de dos plazas. De esos que conduce el prota rebelde de una peli de los años cincuenta.

El coche avanza muy despacio por el camino de entrada y se detiene delante de mí justo antes de que la puerta automática se cierre con un pesado clac. El ocupante baja la ventanilla despacio con la manivela. Camiseta básica blanca de algodón, Levi's 501 color azul *stonewash* y unas Ray-Ban Wayfarer para rematar. Todo un clásico también. Casi parece que se haya vestido a juego con el coche.

—Malena, dime algo —me pide mi mejor amiga—. ¿Qué está pasando?

—Hablando del rey de Roma…, *Speak of the devil* —murmuro.

Leo sonríe y se quita las gafas.

—Me han llamado cosas peores —comenta con voz de recién despertado. Es decir, con el que parece ser su tono habitual.

—Mery, hablamos luego. Ahora mismo tengo que cometer ese asesinato del que te hablaba.

Lo apuñalo con la mirada a modo de anticipo.

—En ese caso usa guantes. Ah, y recógete el pelo, que a ti se te cae mucho y en CSI siempre pillan a los asesinos por el ADN —me recuerda antes de colgar.

—Aparte de que aprecio mucho mi vida, tengo que advertirte de que has elegido el peor momento para deshacerte de mí. Demasiadas cámaras y testigos.

—Te quité la llave.

—La de la puerta, pero no la del garaje. —Coge el mando del salpicadero y me lo enseña—. Debiste especificar.

Vuelve a sonreír y yo le imito.

—Pasé cuatro años en Ibiza. ¿Y sabes qué es lo que menos me gustaba de vivir en una isla? —Leo abre la boca, porque siempre tiene respuesta para todo, pero continúo—: La humedad. Porque no hay forma de quitártela de encima. Da igual las veces que te duches al día. Se te pega a la ropa, a la piel, y nunca se va. Tú eres como la humedad.

—Malena, si me haces comentarios tan insinuantes voy a pensar que quieres hacer realidad los rumores que circulan sobre nosotros —responde sin un ápice de vergüenza—. Y admite que soy de lo más oportuno. Te viene bien disponer de chófer para escapar de aquí.

Echo otro vistazo al coche.

—¿No había un vehículo un poco más cantoso para la huida?

—Eh, puedes insultarme todo lo que quieras. En determinados contextos lo disfruto mucho, pero no puedes meterte con este coche. Es un Duetto del 66, primera generación del Alfa Romeo Spider. Me lo regaló mi abuelo y él lo adora. Y yo lo adoro a él, así que este coche representa una línea roja para mí.

Lo peor es que sé que es de esas pocas veces en que habla en serio.

—Hacemos un trato: yo no me meto con tu coche y tú echas a los salvajes de ahí fuera.

—Te hago una contraoferta: ¿qué te parece si salgo, pego un tiro al aire con una escopeta y los amenazo con que el próximo que se atreva a dar un paso más se llevará un balazo en el corazón?

—O mejor puedes hablar con ellos y matarlos de aburrimiento, que se te da mejor. Si están ahí es por tu culpa, así que hazte cargo. Sal y desmiéntelo todo.

—Si hago eso, lo único que conseguiremos es darle más importancia al asunto y que nos persigan todavía más. No se debe alimentar a las bestias —concluye y se encoge de hombros—. En fin, ¿quieres quedarte aquí encerrada o nos vamos?

Sopeso mis opciones. La primera es, efectivamente, quedarme aquí hasta que se cansen y se vayan, a saber cuándo. La segunda consiste en volver a mi idea inicial del recogehojas, ponerme en plan Britney y gritarles a los paparazzi: «¡Que os jodan!».

Y hasta ahí llegan mis opciones.

Rodeo el coche por delante y me meto en el estrecho asiento del copiloto. Leo sube la ventanilla antes de arrancar y salimos despacio marcha atrás mientras los paparazzi se acercan a los cristales en busca de carne fresca. Las manos me tiemblan un poco y me entran ganas de fundirme con el cuero del asiento hasta desaparecer, pero mantengo la barbilla alta, justo como hacía Ágata. Aunque la seguridad no me acompaña igual que a ella, al menos puedo fingirla durante los diez segundos que tardamos en alejarnos por la carretera.

Un par de minutos más tarde, Leo se detiene frente a un bar y se baja del coche. Regresa poco después con una bolsa de plástico que

me entrega antes de volver a ponerse en marcha.

—Gracias, pero no hacía falta —le aclaro cuando veo dentro un bocadillo de tortilla y una Coca-Cola.

—Son más de las cinco y estoy seguro de que todavía no has comido.

—Tienes una extraña fijación con alimentarme. No soy un tamagotchi.

—Yo diría que, cuando estás conmigo, te pareces más a un gremlin. —Aparta un segundo la vista de la carretera para mirarme —. Un gremlin muy atractivo y sarcástico.

Conduce durante diez minutos hasta llegar a la Casa de Campo y aparca bajo un árbol que nos cobija del sol, en lo alto de un cerro con vistas al mar de tejados rojizos que es Madrid, interrumpido verticalmente por el Palacio Real, la catedral de la Almudena y unas torres grises tipo rascacielos que no reconozco.

Apenas me como medio bocadillo; estoy demasiado ocupada despotricando sobre los paparazzi y la prensa rosa en general.

—Es que no entiendo por qué tienen que perseguirme a mí. Yo no soy mi tía. No soy nadie.

—Todos somos alguien. Todos somos historias andantes —argumenta Leo—. Y tú además eres la sobrina desaparecida de Ágata Belmonte. Para la prensa rosa eres el juguete nuevo… Ya se les pasará.

Niego con la cabeza.

—Juguete viejo, más bien. Es como si todo se reiniciara. Aún los recuerdo acampando en la puerta de casa cuando murió mi padre. También cuando murió mi madre. Después Ágata se divorció de Miguel y ya se desató el infierno. Hasta hubo un día que…

Me interrumpo a mí misma.

—¿Un día que…? —quiere saber él.

—Da igual.

Se gira hacia mí en el asiento.

—Malena, puedes contarme lo que te apetezca. Ya estamos en nuestra segunda cita y hay cierto nivel de confianza para las confesiones.

La risa se me escapa por la nariz.

—Esto no es una cita.

—He pasado a buscarte y te he invitado a comer. Se parece mucho a una cita en el sentido clásico. Y precisamente por eso, si al final accedes y el documental llega a hacerse, nunca utilizaré en mi beneficio nada de lo que tú me cuentes. —Se coloca la mano en el pecho—. Te doy mi palabra.

Me giro hacia él con un mohín.

—El fin de semana pasado un tío en un pub me juró que él era la reencarnación de Patrick Swayze. Le creí más de lo que te creo a ti.

—Vale, pues si no te fías de mí, hagamos que sea legal. Firmemos un contrato.

Coge un boli de la guantera más pequeña del mundo y una servilleta marrón de papel de las tropecientas que le han dado con el bocadillo. La apoya sobre el volante y comienza a escribir.

—Yo, Leonardo Peretti, juro no desvelar nada de lo que Malena Aguilar me cuente en nuestras citas.

—No es una cita —repito, pero sigue a lo suyo.

—En caso de no cumplir mi palabra, ella podrá reclamarme la cantidad económica que estime oportuna. —Le da la vuelta a la

servilleta porque se queda sin espacio—. Y también tendrá derecho a pegarme una patada en mi minipolla.

La tensión en mi mandíbula afloja y una sonrisa lucha por aparecer en mi cara.

—Eso no vale de nada.

—Un contrato en una servilleta es válido. Consúltalo con un abogado si no me crees.

—El dinero y la patada no me parecen suficientes garantías —apunto cruzándome de brazos.

—¿Qué más quieres? Le tengo mucho cariño a mi órgano reproductor, por reducido que sea.

—Creo que prefiero tu adorado coche.

—Venga ya. —Ahoga un quejido de indignación—. Te estás aprovechando de mi debilidad.

—Podría acusarte de lo mismo.

Lo sopesa un rato sin dejar de mirarme y termina por añadir su más preciada posesión en la servilleta. Planta su firma, yo también lo hago y me guardo el supuesto documento legal en el bolso.

Los dos sabemos que esto es una pantomima, aunque quiero creer que existe un pacto simbólico. La verdad es que Leo está aquí, delante de mí y dispuesto a escuchar. Y yo empiezo a estar cansada de guardármelo todo en ese enorme cesto de ropa sucia que es mi cabeza.

—Pegué a un paparazzi.

—Eso ya lo sé, leona.

—Ah, claro, que tú ya lo sabes todo sobre mí.

—No, conozco el hecho en sí, no lo que viviste tú. Es diferente.

—Lo que viví yo… —Asiento con la cabeza, masticando con lentitud esas cuatro palabras—. Pasé cinco años en casa de Ágata y algunos recuerdos no los tengo del todo claros. Es como si hubiera espacios en blanco que no soy capaz de rellenar.

—Para eso estás aquí, ¿no?

Tuerzo la boca como respuesta. Me encantaría ser capaz de controlar mis expresiones faciales y que mi cara no hablara por mí. Ojalá se me hubiera pegado algo de Ágata en ese sentido.

—De los últimos tiempos sí me acuerdo bien. Cuando ya solo estábamos ella y yo, justo después de que se divorciara de Miguel y los periodistas no paraban de acosarnos. En el colegio tuve que ver cómo mis compañeros llevaban las revistas del corazón a clase y las comentaban delante de mí entre risas y cuchicheos. Una tarde, al llegar a casa, simplemente me harté. —Me encojo de hombros—. Perdí los nervios y les grité a todos los que estaban en la puerta que nos dejaran en paz de una vez. Al menos conseguí que se alejaran un poco. Pero justo cuando iba a entrar, un reportero me susurró a la espalda: «Estás tan loca como tu madre». —La mano se me cierra sola en un puño tenso, como aquella vez—. Ni siquiera tuve que pensarlo. Me di la vuelta y le pegué. Después todo fue una locura. Los medios emitieron las imágenes sin parar, el reportero juró que yo le había agredido sin más y ni Ágata fue capaz de pararlo. Se cabreó muchísimo conmigo.

Leo levanta las cejas sorprendido.

—¿No entendió por qué lo hiciste?

—Iba a explicárselo, pero ella y yo no… A esas alturas discutíamos mucho y nos escuchábamos poco. Me gritó que estaba harta de todo. De mí particularmente. Y debía de ser verdad porque la única

compañía que toleraba era la del whisky. Había días en que bebía hasta caer inconsciente. Resucitaba, eso sí, cuando tenía que ir a trabajar. Y de puertas para afuera seguía atendiendo a la prensa como si nada. Hasta cuando les respondía con resaca parecía encantadora. No sé cómo era capaz de transformarse así. —Me encojo de hombros—. El oficio, supongo.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso.

—Ya, bueno… —Me aclaro la garganta y me dispongo a cambiar de tema. Claro que ninguno de los que se me ocurre es demasiado agradable—. Antes de que llegaras he estado viendo la segunda cinta. —Leo asiente en silencio, muy serio. Cauto por una vez—. No tenía ni idea de… No… no me lo esperaba.

—No creo que nadie espere algo así.

—¿Sabes qué fue de ellos?

—Los Belmonte siguen siendo la típica familia bien, ya sabes. Teresa y Julio nunca tuvieron hijos, así que el negocio familiar lo llevan ahora sus sobrinos. Ella murió hace tiempo. Él sigue vivo. Y ahora debe de tener noventa y ocho años y ningún cargo de conciencia por lo que hizo, estoy seguro. El cabrón hasta tiene una calle con su nombre —escupe con desdén.

—Supongo que denunciarlo ahora por abuso o violación no serviría de mucho.

—No hay pruebas, solo lo que contó Ágata. Y aunque las hubiera, para cuando quisieran procesarlo…

—Ya habría muerto.

Me dejo caer de nuevo en el asiento y suspiro con pesadez.

—Existen otras formas de hacer justicia —comenta en voz baja.

Arqueo la ceja.

—¿Te estás ofreciendo como sicario?

Arquea la ceja.

—¿Intentas contratarme como sicario?

—No, estoy segura de que tu trabajo como *toy boy* ya te mantiene ocupado todas las noches.

—Muy cierto. Además, hago horas extra siempre que la ocasión lo requiere.

—Lógico, la satisfacción de las clientas es más importante aún en tu caso.

Sonreímos los dos a la vez. Es agradable de un modo inesperado.

—Yo me refería más a justicia mediática.

—Ya… —La sonrisa no me dura mucho y chasqueo la lengua sin poder evitarlo—. Tu documental.

—Malena, me has dejado muy claro lo que piensas de mí, pero ahora mismo no hablo por mi propio interés. Julio Belmonte debería pagarlo de alguna forma.

—Y quiero hacérselo pagar. Joder, quiero matarlo por lo que le hizo. —Me cubro la cara con las manos y me froto los ojos con cansancio—. Y aun así, sigo muy enfadada con mi tía —admito en voz baja—. ¿Soy mala persona?

—Creo que ese concepto es tan general como vago. Creo que existe la maldad en estado puro, como en el caso de Julio Belmonte. Pero también pienso que la mayoría de las personas no son malas. Todos cometemos errores por miedo, por egoísmo, por inseguridad, porque somos básicamente sacos de defectos. Aun así, lo que le hicieron a tu tía, por horrible que sea, no invalida lo que pasaste a su lado. Lo que tú sufriste.

—Los buenos momentos con Ágata eran muy buenos. Los malos lo eran en la misma proporción. Porque ella nunca conoció el término medio —apunto—. De pequeña me fascinaba. Era mi tía famosa y superdivertida. Visitarla era tan emocionante como ir al parque de atracciones. Una vez me llevó, de hecho. Como se negaba a hacer cola, invitó a comer a las treinta personas que teníamos delante para que se fueran y pudiéramos subir a la montaña rusa sin tener que esperar.

Leo esboza una pequeña sonrisa de labios cerrados y yo casi puedo oír el chirrido agudo de la vieja puerta que le estoy abriendo.

—Pero todo cambió cuando fuimos a ir a vivir con ella.

13

Lo que viví yo

En el colegio, los dibujos de mis compañeros representaban a familias sonrientes hechas en forma de palito y con cabezas gigantes, delante de casas coloridas con tejados de triángulo y suelos repletos de flores. Todo bajo un sol amarillo, también muy contento.

El dibujo de mi infancia podría estar formado por una sucesión de casas. También de ciudades y de colegios donde casi llegaba a hacer amigos, puesto que mis padres y yo nos mudábamos una vez al año, o cada año y medio como mucho. Si ese dibujo tuviera sonido, no se llenaría de risas, sino de discusiones tensas entre ellos. Es cierto que se tomaban la molestia de cerrar la puerta de su dormitorio para mantenerme al margen, pero no servía de mucho. A medida que crecía, las peleas también subían de volumen.

No conservo recuerdos de Ferrol, donde nací. Sé que a mi madre no le quedaba nadie allí y que mi tía Ágata, su única familia, vivía en Madrid. Había trabajado como asistenta desde que era casi una niña y en la casa de mi padre, en concreto, desde los veintiún años hasta los veintiséis, cuando se casó con él. Mis abuelos paternos, a los que nunca llegué a conocer, se oponían a su relación, según contaba mi

madre, así que nunca fuimos ni de visita. Mi padre renunció a todo por ella. Al menos, eso creía él. Solía gritarlo bastante alto.

Germán, mi padre, se definía a sí mismo como empresario y vestía en consonancia, con trajes de lana peinada, que le favorecían mucho porque era alto y con buena planta, y pañuelos de bolsillo siempre a juego. Como hombre de negocios (también se autodenominaba así) se movía por todos los sectores: inmobiliario, hostelero, textil, artístico… Y todos los productos y servicios que ofrecía tenían algo en común: estaban dirigidos a clientes de alto standing.

Lo único que yo sabía sobre su trabajo era lo que me había dicho él: «Hay gente que tiene tanto dinero que no sabe en qué invertirlo. Y para eso estoy yo», así como frases sueltas («rendimientos muy altos», «retorno de hasta un diez por ciento anual», «el dinero vendrá solo») que cazaba aquí y allá. Al mismo tiempo, sospechaba que el dinero también se iba solo de vez en cuando, ya que algunos de esos clientes llamaban por teléfono a casa bastante enfadados para reclamárselo. Uno de ellos incluso llegó una noche y aporreó la puerta durante diez minutos mientras le gritaba a mi padre que no era más que un estafador y un vendemotos, entre otra serie de insultos que no logré oír porque mi madre se encargó de taparme muy fuerte los oídos.

Con trece años me había dado cuenta de que su «negocio del siglo» siempre seguía unos determinados pasos o fases, como yo cuando hacía los deberes y tenía que resolver una ecuación. El primer paso era el del subidón. Se sentía feliz y eufórico porque había descubierto un filón antes que nadie. El dinero llegaba y venía acompañado de promesas de una casa enorme con jardín, piscina y algo llamado bañera de hidromasaje.

En el segundo paso comenzaban los problemas con quienes fueran sus nuevos socios o inversores. Todos solían ser muy cerrados de mente, aseguraba mi padre, y no querían entender que las inversiones conllevaban riesgos. Sabía que las cosas empezaban a torcerse cuando se aflojaba la corbata de su impecable traje.

En la tercera fase le cortaban la financiación y se sentía traicionado por socios, clientes y por la vida misma, como si le debiera algo muy grande y estuviera cansado de no cobrárselo. Dejaba de afeitarse y de engominarse el pelo. Su imagen de hombre exitoso ya no era tan pulida. La cuarta llegaba poco después: el negocio se iba al traste y todo estallaba en casa. Discutía con mi madre, que terminaba metida en la cama llorando, y él se largaba dando un portazo. Regresaba dos o tres días después con la camisa arrugada, el pantalón lleno de manchas y marcas en el cuello que mi madre fingía no ver. El traje terminaba en la tintorería y nosotros mudándonos poco después para empezar de cero con otro fantástico modelo de negocio, el que sería seguro el pelotazo definitivo.

Aquello representaba nuestra normalidad. Porque hasta en el caos hay cierta constancia.

El verdadero cambio llegó cuando estábamos viviendo en Valencia, aunque en aquel momento me pareció más de lo mismo. Volver del colegio, que mi madre me sentara en el sofá y me explicara que el asunto de las propiedades inmobiliarias en Portugal (o puede que fuera Marruecos) no había salido del todo bien y que, a consecuencia de ello, nos mudábamos. A Madrid esa vez, porque en la capital había muchas más oportunidades para mi padre.

No obstante, sí había una novedad. Esa vez viviríamos en casa de la tía Ágata. «Solo un par de meses, hasta que busquemos un piso y

nos establezcamos por nuestra cuenta», prometió mi madre. «Serán como unas vacaciones», remató con una sonrisa. Podría haber pensado que se le estaba pegando el optimismo de mi padre en la primera fase, pero la alegría ni le rozaba los ojos.

No protesté por tener que mudarnos, temía que ella se pusiera más triste aún y se echara a llorar. A eso nunca me acostumbraría. Me limité a dejar caer los hombros y arrastrar los pies hasta mi habitación para hacer las maletas. Tampoco dejaba nada importante atrás. Ni a nadie. Ser tímida resultaba un gran inconveniente para hacer amigos, y se acentuaba todavía más con cada cambio de código postal. Y para ser honesta, no era la peor noticia de todas.

Ya había estado en Madrid algunas veces para visitar a Ágata y a Miguel, con quien mi tía se había casado cinco años atrás, cuando yo tenía ocho. A su boda asistieron muchísimos famosos y hubo que acordonar el perímetro con cinta policial, como si fuera el escenario de un asesinato.

Miguel me caía bien. Parecía serio de primeras, con esa postura siempre tan erguida y unos ojos oscuros que parecían capaces de tragarte, pero lo contrarrestaba con sonrisas cálidas y palabras amables. Poseía una voz grave y potente, aunque jamás le oí elevarla de más, como hacía mi padre al enfadarse. También lo encontraba elegante como él, pero de un modo natural y menos forzado.

Mis tíos nos recibieron en la puerta de su casa una sofocante tarde de mediados de julio de 1988. Miguel se adelantó y me abrazó primero. Olía a bosque. Ágata era una mezcla entre perfume caro y el aroma a cuero de sus minipuros. Recuerdo flores en la mesa del recibidor y una jarra de agua helada con rodajas de limón. Y

también notar el contraste de temperatura, la sensación de frescor del mármol.

Miré hacia el techo y la casa me pareció más grande que nunca, un palacio casi. Contaba con seis dormitorios enormes con baño incluido y mi tía había pedido que decoraran el mío con tonos azul pastel, mi color favorito en ese momento. Pegada a la ventaba descansaba una mesa de estudio y una silla con respaldo ajustable. «No hacía falta que te tomaras tantas molestias para dos meses», advirtió mi madre apurada cuando nos lo enseñó, pero Ágata hizo un aspaviento rápido con la mano para restarle importancia y me dijo que, si no me gustaba el edredón de flores, podíamos salir aquella misma tarde a comprar otro.

La habitación de mis padres se situaba en la otra punta del pasillo, aunque me la salté en el recorrido y fui directa a la de Ágata y Miguel. El vestidor de mi tía, un arcoíris de trajes, vestidos de noche con pedrería bordada a mano y zapatos de tacón vertiginosos, era mi lugar favorito de la casa.

Los dos meses de estancia a los que se refería mi madre se iban a alargar. Lo supe cuando acabé matriculada en un colegio muy exclusivo situado en la zona y que solo mi tía podía costear. Odié aquella escuela de abusones mal disimulados desde el minuto uno, pero, aun así, me gustaba vivir allí.

Cuando mi tía se preparaba para asistir a algún evento, yo me enterraba en aquel vestidor de película y la ayudaba a probar combinaciones. Durante horas. Era como jugar con una muñeca de tamaño natural. Ella fue quien me dio, sin saberlo, mis primeras clases de diseño, enseñándome a distinguir los relieves de los tejidos

y a diferenciar, por ejemplo, que el *georgette* resulta un poco más pesado y granulado que el chifón, más fino y suave al tacto.

También me permitía probarme todos sus zapatos, aunque establecía normas más estrictas para el uso el maquillaje y no podía tocarlo si ella no estaba presente.

Para Ágata, haber cumplido los cincuenta era una circunstancia temporal que solo se reflejaba en la fecha de nacimiento de su DNI (igual que su nombre real). Ni arrugas ni manchas habían hecho acto de presencia en su rostro. «Tengo buena piel, es herencia familiar», mentía. Era el dermatólogo estético más caro de España. Además, solo había que mirar a su hermana pequeña para contradecir esa supuesta herencia. Ojeras marcadas, arrugas prematuras y piel fina, seca y de aspecto opaco.

Mi madre era tan guapa como Ágata (o lo había sido), solo que de un modo más apagado. Su belleza era como un día de otoño en el que no para de llover, con esos ojos verdes casi siempre vidriosos en los que parecía que iba a ahogarse. Su extrema delgadez influía en la apariencia frágil. También la anemia persistente, razón por la cual tenía frío a todas horas y se vestía con manga larga en los meses más calurosos.

Cada vez que Ágata salía por la puerta de su dormitorio, despampanante y segura de sí misma, para asistir a algún estreno, cena o gala, yo me moría por acompañarla, pero mi madre decía que aquellos saraos no eran lugar para una niña. Ella se quedaba en casa conmigo. A veces, nos acompañaba Miguel, que disfrutaba tanto de las fiestas como de las noches tranquilas. Mi madre se acostaba pronto a causa de sus jaquecas y nosotros nos quedábamos viendo una película o jugando al ajedrez, cuyas reglas

nunca aprendí del todo bien, por mucho que él se esforzara por enseñármelas.

Quien casi siempre acompañaba a Ágata en sus salidas nocturnas era mi padre. Decía que le servían para hacer contactos, ya que le interesaba explorar el mercado audiovisual. Llevaba tres meses explorándolo sin demasiado éxito cuando una noche, mientras estábamos cenando los cinco en el comedor, nos sorprendió a todos ofreciéndose como representante artístico para Ágata.

—De eso se encarga Luis desde que cumplí los dieciocho —le recordó mi tía—. Y no vamos a calcular cuántos años son esos, que no quiero echarme a llorar.

Una exageración por su parte. La vi llorar mucho en sus películas y solo dos veces en la vida real: cuando murió mi madre y el día que Miguel se fue de casa para no volver.

—A lo mejor es hora de renovarse. Además, somos familia. ¿Quién mejor para velar por tus intereses? —propuso mi padre balanceando por el tallo su copa de vino.

—Si trabajas para mí, Germán, con todo lo que me debes, no vas a cobrar ni una peseta hasta que te jubiles.

—¡Asun!

A mi madre se le abrieron mucho los ojos y de la impresión dejó caer el cuchillo de pescado contra el plato.

—Gata… —le advirtió Miguel, que así la llamaba cariñosamente, con tono duro tras echarme una mirada fugaz a mí.

—Ay, por favor, no seáis todos tan susceptibles —sonrió ella con asombro—. Somos familia, como bien ha dicho Germán. Es solo una broma entre cuñados. Igual que su propuesta. ¿Verdad, Germán?

—Por supuesto —asintió mi padre y acto seguido bebió de la copa como si estuviera tragando piedras en lugar de un gran reserva.

Yo no disponía de las piezas necesarias para armar el puzle, pero sabía que algo no encajaba en aquella mesa ni en el retrato familiar. Aunque podían interpretar por momentos, resultaba forzado. Y ni siquiera semejante mansión era lo bastante grande para todos.

Si bien mi padre no se enfrentaba de manera abierta a Ágata, su relación era tensa de un modo sutil, con discusiones que nunca llegaban a serlo. También me había dado cuenta de que todos los adultos allí presentes, incluido el personal de servicio, cortaban en seco sus conversaciones cuando yo aparecía. A lo que se podía añadir pequeños gestos de desagrado, miradas esquivas y sonrisas fingidas.

La tensión vibraba en el aire y yo tenía la sensación de que una tormenta invisible se formaba sobre nuestras cabezas cada vez que nos juntábamos todos en una habitación.

La situación terminó estallando a los cinco meses de llegar. Ocurrió tras una fiesta de Navidad que organizó Ágata en casa para un montón de amigos y en la que hubo trajes de noche espectaculares, champán ilimitado y un claro abuso del dorado y plateado en la decoración. Mi tía me preparó para la ocasión, con un vestido precioso color borgoña y unas sandalias negras de tiras muy finas. También se ocupó de maquillarme y de domar mis rizos, esos que, de un día para otro, se habían vuelto un incordio.

Sé que el ritual de paso de niña a mujer es gradual en el tiempo, pero, cuando me vi reflejada en el espejo aquella noche, creí aterrizar de golpe en la madurez.

Me gustó la sensación, el poder invisible que me dio aquella ropa. Me gusté yo.

Y la fiesta fue perfecta. Ágata se había puesto un vestido blanco con capa que se salía de la etiqueta de noche tradicional y resaltaba como un cisne entre una bandada de patos negros rematados con pedrería, encantada de explotar esa actitud suya de «no sigo la moda: yo soy la moda». Miguel la miraba sin poder parar de sonreír. Mi madre también lo hacía, a ratos, y mi padre parecía contento. Bailó conmigo incluso y, por unos minutos, sentí que por fin me hacía visible y existía para él.

Al día siguiente, cuando me desperté, la realidad se empeñó en inclinar la balanza hacia el lado malo. Los sollozos de mi madre y su angustia reptaban por las paredes. Mi padre se había ido de casa. A pesar del aturdimiento inicial, no me preocupé tanto como ella por una sencilla razón: ya se había largado antes muchas veces y siempre volvía.

No lo hizo. Lo encontraron nueve días más tarde en un hotel, muerto a causa de un infarto. También encontraron alcohol y cocaína en su habitación. Eso nunca me lo contaron, pero se lo oí susurrar a alguien del servicio.

Supongo que me quedé en shock, paralizada en un primer momento. Poco después, mi mente encontró una manera de esquivar la muerte. Era más fácil pensar que mi padre seguía fuera, como si nos hubiera abandonado de manera voluntaria, porque yo ya me había preparado de alguna manera para esa posibilidad durante años. Además, creía que era mi obligación mantenerme fuerte por mi madre, que estaba destrozada y lloraba sin parar.

Cinco meses después, ya bien entrada la primavera, mi tía y yo habíamos conseguido que se levantara de la cama de vez en cuando y saliera, al menos, hasta el jardín. Una tarde, celebramos aquel pequeño logro sentadas las tres en un banco, con café, té y pastas de mantequilla, bajo un espectacular arco con racimos de flores colgantes de color violeta, cuyo olor se parecía mucho al del jazmín. El sol calentaba con suavidad y todo lo que nos rodeaba era colorido y bonito, aunque el ambiente no dejara de ser triste.

—Creo que podría hacer una diadema con los pétalos —sopesé en voz alta, acercándome al arco para sentir el tacto de las flores.

Me gustaba trastear y estaba empezando a diseñar mis primeros complementos, solo por divertirme.

—Mejor no las toques mucho —me advirtió Ágata—. Las flores de glicinia son venenosas.

—¿Y por qué las tienes aquí? —quise saber.

—Porque son demasiado bonitas como para esconderlas. Si quieres una diadema, mejor la compramos. De hecho… ¿por qué no vamos las tres de compras el sábado? —propuso con una sonrisa—. Y después a comer y al cine. Una tarde de chicas.

—¿Podemos, mamá? —le pregunté y junté las palmas en señal de súplica—. Porfa, porfa, porfa.

Ella me miró, casi sin verme, pero a los pocos segundos esbozó un lento amago de sonrisa y asintió.

Tres días después, llegó el sábado y, aunque habíamos quedado en salir a las doce de la mañana, yo estaba preparada antes de las once. Al entrar en la habitación de mi madre para ver cómo iba, me encontré con la situación habitual: persianas bajadas y a ella en camisón metida en la cama. Apenas levantó la cabeza de la

almohada cuando la llamé. Su respuesta también fue la esperada. Le dolía mucho la cabeza y era mejor dejar la salida para otro día.

Sentí un pinchazo en la garganta, pero me lo tragué rápido cuando dijo: «Lo siento, mi niña». No estaba enfadada con ella. No podía. Tenía los ojos rojos de haberse pasado buena parte de la noche llorando. Así que yo también hice lo de siempre: decirle que no pasaba nada y cerrar la puerta para dejarla descansar. Aunque descansar fuera lo único que hacía y yo no lo entendiera. Porque, para comprender a mi madre, me faltaban piezas. No sabía dónde terminaba su duelo y dónde comenzaba su depresión. No eran términos que me planteara a los trece años.

Salí de su dormitorio y me acerqué al de Ágata para explicarle que mamá no se encontraba bien. Mi tía se estaba poniendo los pendientes frente al espejo del tocador y apenas cambió el gesto. Me dijo que no me preocupara, que bajara a la biblioteca y avisara a Miguel para que fuera sacando el coche del garaje. Antes de eso, pasé por mi habitación para cambiarme de zapatillas, porque las que llevaba me estaban haciendo rozadura en el talón.

Me acababa de descalzar cuando oí el sonido de los tacones de Ágata avanzando con rapidez por el pasillo. Se detuvo de golpe, abrió una puerta y percibí su voz como un murmullo lejano. Estaba hablando con mi madre, pero no conseguía entenderlas, así que me levanté, salí de mi cuarto y me acerqué lo bastante a ellas para poder escuchar.

—¿De verdad tengo que ir yo sola con *tu* hija?

—No finjas que no te encanta ser la protagonista en todo esto —respondió mi madre con voz pesada.

—Malena necesita a su madre. Deberías empezar a ejercer como tal. No eres la única viuda de este país.

—Si estoy así es por tu culpa.

—Ya está bien —replicó Ágata entre dientes—. De lo único que tengo la culpa es de haberte protegido demasiado.

—Acostarte con mi marido es una forma rara de protegerme.

Contuve el aliento a la vez que mi tía. Lo supe porque apenas le salió la voz cuando respondió:

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cuando los vecinos sacrificaban a las gallinas en el patio? ¿Te acuerdas de lo mal que lo pasaba?

—Llorabas mucho, sí —respondió mi tía con un tono extraño, inseguro. Como si no supiera cuál usar.

Quizá estaba pensando lo mismo que yo, que a mi madre se le había ido la cabeza por completo.

—No solo lloraba, hasta me entraban náuseas. Siempre he sido muy sensible a los olores. Por ejemplo, al de la colonia de mi marido. Cuero y sándalo.

Silencio por parte de Ágata.

—El mismo olor que noté en ti días después de que Germán se fuera de esta casa.

—No sabes lo que dices —respondió mi tía, pero la voz le tembló.

—Sé que me quitaste lo único que era mío, lo único que conseguí sin tener que mendigártelo a ti. Tú puedes ser una gran actriz, pero yo soy tu hermana. También sé cuándo mientes. Me mentiste aquel día en la estación antes de venir a Madrid por primera vez. No pensabas volver a casa. Y sé que estás mintiendo ahora —aseguró mi madre con la voz más firme que le había escuchado en meses,

quizá en años—. Eres como tu querida glicinia, preciosa por fuera… y veneno por dentro.

—Isa, te lo puedo explicar —musitó.

—Hazlo.

El silencio se apoderó de toda la planta superior, hasta que Ágata lo cortó con dos palabras:

—Lo siento.

—Vete —le pidió ella con apenas un hilo de voz.

Pasaron unos segundos eternos en los que pensé que el corazón se me iba a escapar por la boca y me alejé unos pasos. Poco después mi tía también lo hizo. Mi madre la llamó por última vez justo cuando alcanzaba el marco de la puerta. Usó su nombre de actriz y sonó extraño. Me pareció oír que le decía:

—No somos una y yo no soy tu mitad. No somos nada.

Aquel día me fui de compras con Ágata y Miguel. No sabía cómo reaccionar a lo que había escuchado. Ni siquiera lo hice. Guardé aquella conversación en un rincón de mi mente y la dejé pudrirse ahí para que fuera infectándolo todo poco a poco.

Cuando volvimos a casa, a última hora de la tarde, la puerta de mi madre seguía cerrada. Abrí sin llamar porque quería enseñarle mi ropa nueva y las zapatillas que me había llevado puestas de la tienda. La cama estaba deshecha y vacía. Como apenas salía de allí, me acerqué hasta el baño.

En mi memoria quedó grabado, casi como un fotograma congelado, su cuerpo medio hundido en la bañera y el camisón flotando dentro del agua teñida de sangre. Y sin esforzarme mucho, aún puedo notar el peso inerte de su cuerpo en mis brazos mientras intentaba sacarla de allí y el sonido de mis propios gritos pidiendo

ayuda. Poco después, llegaron la llamada de Miguel a los servicios de urgencias y las lágrimas de Ágata. Corrían por sus mejillas como dos ríos negros silenciosos.

Antes de suicidarse, mi madre dejó una nota de despedida con mi nombre en la mesita de noche. Escribió un «lo siento, mi niña», seguido de un «te quiero mucho».

A su lado, también había un mensaje para mi tía. Un puñado de flores de glicinia destrozadas.

14

La matrioska

Soy dueña de una casa. Oficialmente, poseo una mansión valorada en tres millones y medio de euros. Hasta ayer, mi propiedad más cara era un vestido de terciopelo tipo bustier de Givenchy que me costó tres mil doscientas diez libras. Una locura que solo me permití porque Mery me dio un argumento imbatible: «Si mueres antes que yo, cosa que casi seguro ocurrirá porque comes demasiada carne roja, te enterraré con él. Piensa que es una inversión para toda la eternidad».

Lo extraño es que el asunto de la casa no es lo que más me ha impactado. La cita con el abogado de Ágata para hablar de su testamento me ha dejado con más preguntas que respuestas. Por eso, nada más abandonar su despacho, situado en uno de esos edificios antiguos y señoriales donde la madera noble chirría, llamo por teléfono a Salomé. Ella fue la asistente personal de mi tía durante más de una década y tendrá idea de por qué una de las actrices más cotizadas de este país murió con un saldo en cuenta con el que apenas podría comprar mi vestido funerario.

Mientras espero al teléfono, camino sin rumbo concreto por un distrito de aceras amplias, repleto de mansiones y palacetes históricos con banderas que hoy albergan embajadas, y me pregunto

dónde pudo haber guardado Ágata su dinero. Tal vez lo escondiera en el relleno de los colchones. O puede que esté todo en Suiza, en manos de algún empleado de banca privada muy discreto llamado Hans. A mi tía le encantaba Saint-Moritz. Jamás pisó una pista de esquí, pero codearse con celebridades internacionales y princesas de Mónaco frente a una chimenea, cóctel en mano, era uno de sus deportes de invierno favoritos.

No es que me la imagine evadiendo impuestos en el extranjero, aunque su capacidad para descolocarme siempre fue prodigiosa. Utilizaba una base de maquillaje enriquecida con oro de veinticuatro kilates, pero, al mismo tiempo, si se alojaba en un hotel, al irse se llevaba los productos de bienvenida en la maleta, incluido los cepillos de dientes y las pastillas de jabón. Era una contradicción andante.

Salomé me responde cuando estoy a punto de colgar, con esa voz dulce y cantarina que la caracteriza. Y yo, aunque soy una persona cínica y horrible a la que le extraña que la gente sea amable porque sí, intento corresponder con el mismo entusiasmo.

—Hola, Salomé, ¿cómo estás? ¿Puedo molestarte un minuto?

—Estoy comprando un puente de madera para pájaros, así que, por favor, moléstame todos los minutos que necesites —responde sin perder el humor y no puedo evitar sonreír un poco al acordarme del loro malhablado de Roma.

—Me dijiste que si tenía cualquier duda podía llamarte, y después de estar con el abogado de Ágata tengo una. Parece ser que, además de la casa y de sus regalías como cantante, mi tía me dejó una pequeña cantidad de dinero. Mmm… muy pequeña.

—Sí, lo imagino —afirma cero sorprendida.

—No estoy buscando nada, de hecho, pienso donar el dinero a alguna asociación, pero me extraña que no haya más. Roma me contó que Ágata trabajó hasta el último momento de su vida y, aunque soy consciente de que era una persona de gustos caros, no entiendo cómo todo su patrimonio se reduce a una casa y menos dinero del que yo tengo en el banco.

—Bueno, es cierto que el año pasado estuvo de gira en una serie de conciertos por teatros de toda España, pero no se los pagaron tan bien como podrías pensar. Y, desde luego, no tiene sentido que una actriz como ella tuviera que trabajar tanto para poder conservar su casa.

—¿Has dicho conservar?

—Hace años tu tía perdió mucho dinero.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Luis Beltrán.

—¿Su representante?

—Ella dejó en sus manos todo lo que tenía que ver con sus finanzas. Hasta que descubrió que él había hecho malas inversiones. Pero no solo se limitó al terreno profesional, básicamente le estuvo robando desde el principio. Un desfalco en toda regla. Y, de paso, le regaló también unos cuantos asuntos pendientes con Hacienda. Ágata pasó mucho tiempo intentando recuperarse económicamente. Incluso tuvo que vender cuadros y joyas.

—No, imposible —niego con la cabeza—, mi tía era más lista que todo eso.

—Tu tía confiaba en él —tercia con rotundidad—. Tenía que fiarse de alguien, ¿no?

Entonces caigo en la cuenta de que no vi a Luis en el homenaje a Ágata. A aquel hombre que resoplaba bajito y ponía los ojos en blanco cuando mi tía y él no estaban de acuerdo en algún asunto de trabajo. Su cara era expresiva, al contrario que su ropa. Vestía colores neutros como el negro, el gris o el beis. Como si hiciera un esfuerzo extra para pasar desapercibido, cosa que ya tenía garantizada siendo la sombra de la artista más famosa del país.

—¿Lo denunció?

—Por lo visto, no, nunca. Y antes de que me preguntes por qué, te digo que ni lo sé ni logro entenderlo. Pero supongo que me falta información. Cuando conocí a Ágata, hacía ya años que había cortado cualquier tipo de relación con él. Tu tía me contó la historia en un momento de debilidad, creo. Una noche especialmente mala tras un concierto. Cantar ya le costaba un gran esfuerzo —reconoce con tristeza—. Fue poco después de que le diagnosticaran el cáncer.

—¿Sabes cuándo se enteró ella?

—A principios de los noventa, creo.

Me detengo de golpe y me quedo clavada en el medio de la acera. Una señora murmura algo al pasar y me mira fatal, pero la olvido al instante.

—Vivíamos juntas en esa época. Yo no tenía ni idea. ¿Cómo no me lo contó?

—¿Cuantos años tenías entonces? ¿Catorce? ¿Quince?

—Sí.

—Eras poco más que una niña, Malena. No querría preocuparte.

Dejo salir el aire del pecho con un suspiro que se columpia entre la estupefacción y la rabia. Por lo visto, consideró que era mejor idea

emborracharse hasta la inconsciencia en lugar de ser sincera conmigo.

—Te juro que no entiendo nada.

Cada vez que descubro algo sobre mi tía surgen diez interrogantes más a su alrededor. Es un misterio dentro de otro misterio y dentro de otro. Como una puta matrioska.

—Siento no poder ayudarte más —me dice Salomé con pesar.

Ella no puede ayudarme, es cierto. Solo las cintas de Ágata van a contarme todo lo que pasó.

—¿Te debía algo a ti? —le pregunto—. Porque si es así, puedes quedarte con…

—No, no, para nada. Tu tía me pagaba religiosamente y yo nunca he necesitado mucho para vivir. Además, quiero creer que también fuimos amigas, de alguna manera, y que, en el fondo, nos hacíamos compañía la una a la otra. Eso vale más que el dinero —me asegura.

Tras despedirme de Salomé, retomo el paso. Lo hago más despacio de lo normal, porque, de repente, hasta el cemento me parece poco estable. Dejo de notar el calor de junio en los brazos y tengo la sensación de que camino sobre una capa de hielo demasiado fina.

Empiezo a plantearme que tal vez estaba equivocada. Tal vez lo malo de Ágata no fueran sus mentiras, sino conocer sus verdades.

Espero a Leo en la entrada de mi hotel, con la tercera cinta de Ágata guardada en el bolso, con más preguntas todavía en la cabeza y con un paquete de diez cajas de cartón bajo el brazo que he comprado esta tarde para empezar a recoger sus cosas. He cambiado de idea y

voy a hacerlo yo. Me mantendrá ocupada y lo cierto es que, por muy desordenados que estén ahora mismo mis recuerdos, no me apetece que nadie más los toque.

Leo aparece a las nueve y dos minutos de la noche en su Alfa Romeo, vestido con una camisa celeste muy abierta, una camiseta playera por debajo (gracias a Dios), pantalones sastre color gris y una sonrisa con hoyuelo incluido que se tuerce al ver las dimensiones de mis bártulos.

Sé que habría sido más inteligente ir en taxi hasta la casa o alquilar un coche, pero, si la prensa sigue acampada en la puerta, voy a necesitar contagiarme de la calma y tranquilidad de Leo. Por mucho que haya aprendido a resolver los problemas sola, admito que esto me supera un poco. Ni siquiera me he atrevido a encender la tele en todo el día, por aquello de preservar mi salud mental. Por otro lado, resulta entretenido ver a Leo despeinarse mientras intenta jugar al tetris con mis cajas y su coche de juguete.

Cinco minutos más tarde, mis cajas maltratadas, él y yo nos perdemos en el tráfico de Madrid. El bullicio de la ciudad se reduce bastante gracias a una balada lenta. De esas tristes y melancólicas que te hacen meterte en otras pieles, viajar a otros lugares y hacerlos tuyos durante cuatro minutos.

—¿Qué suena? —le pregunto.

—«Procuro olvidarte» —responde escueto y no me da más explicaciones—. Puedes cambiar si no te gusta.

—No, está bien. En mi casa siempre suena música en inglés. Vivo con una loca del britpop que tiene claro que el día de su boda va a sonar «Wonderwall» como marcha nupcial —le explico—. Pero a mí siempre me ha gustado más la música en español.

Se limita a asentir medio distraído, como en trance, y yo me muevo en el asiento, extrañada.

Dos canciones tristes más tarde, empiezo a sentirme incómoda.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Mmm… —Me echa un vistazo rápido de reojo—. Nada.

—Estás raro.

—Qué va —responde con la vista muy fija en la carretera, dando toquecitos al volante con el dedo índice.

—No sonríes, no me vacilas, no te insinúas, ni siquiera me hablas. ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

—Nada.

—Dos «nada» seguidos son demasiados.

Veo cómo se le tensiona el músculo de la mandíbula antes de soltar:

—No he parado de pensar en ti desde ayer. En todo lo que me contaste.

—Pero tú ya lo sabías… Ágata lo cuenta en las cintas, ¿no?

—Una parte sí, pero no todo. Y es diferente al escucharlo de ti.

Los detalles, supongo. Los detalles son lo que conforman de verdad las historias. Ágata no tenía manera de conocerlos porque yo nunca los compartí con ella. Ni ella conmigo. Nunca hablamos sobre mi padre o sobre el suicidio de mi madre. Cerramos esa ventana y la tapiamos. Leo es la única persona a la que le he contado los finales alternativos que me machacaron durante años. «Y si no me hubiera ido de compras como si nada». «Y si no me hubiera empeñado en probarme cuatro modelos distintos de zapatillas». «Y si hubiera llegado antes a casa». Siempre culpé a Ágata de su muerte, pero, en el fondo, tuve la misma consideración hacia mí misma.

Y no había sido capaz de verbalizarlo todo hasta ayer. Ni siquiera Mery, quien me conoce mejor que nadie en este mundo, sabe que fui yo la que encontró a mi madre en la bañera.

—Te doy pena. Por eso estás así —resumo—. Resulta que vas a tener conciencia y todo.

—No es pena, es… —Se encoge de hombros, un poco sobrepasado—. No sé, compasión.

—Es lo mismo.

—Eras una niña.

—Leo, eso pasó hace muchos años. Y sí, Ágata lo está removiendo todo ahora, pero, si lo pienso bien, no he salido mal parada. No soy alcohólica ni drogadicta, en fin, el listón tampoco estaba muy alto, tengo un trabajo que adoro, la mejor amiga del mundo y, cuando me muera, me enterrarán con un vestido impresionante. Así que haz el favor de tratarme como siempre… Bueno, o como lo llevas haciendo desde el martes —corrijo pensativa—. Parece mentira que te conozca desde hace solo tres días. Se me han hecho eternos.

Tarda unos segundos, pero llega. Una sonrisa lenta trepa por sus mejillas y, cuando me mira, me doy cuenta de que alcanza sus ojos.

—A tus órdenes, leona.

Cuando llegamos a casa de Ágata, por suerte, no hay nadie en la entrada. Leo se baja del coche y capitanea la avanzadilla. Echa un vistazo alrededor mientras bordea el vehículo para llegar hasta mi puerta. La abre, me confirma que el terreno está despejado y me ofrece la mano como un caballero de los años cincuenta.

Se la acepto porque el coche es tan bajo como el troncomóvil de los Picapiedra y casi necesito trepar para poder salir.

—Gracias por traerme —le digo mientras saca las cajas de cartón de la parte trasera.

—Puedo quedarme y ver la cinta contigo.

La tercera cinta de Ágata. La recogí hace solo un par de horas en casa de Roma, después de comprar las cajas, algo de ropa interior y de alargar mi estancia en el hotel. No sé cómo un artefacto del tamaño de una caja de cerillas es capaz de pesar veinte kilos en mi bolso.

—Tardaré un rato. Voy a empezar a recoger cosas primero.

—Soy mano de obra barata.

—Mmm…

—No me mires intentando calcular cómo de ocultas son mis intenciones. Mi única petición es que luego me lleves a cenar como pago por mis servicios.

—Puedo hacerlo sola.

—Ya sé que puedes, pero ¿quieres hacerlo sola? Si es así, me iré sin rechistar, pero si intentas demostrar algo, a mí o a ti misma, no hace falta. —Se inclina un poco hacia mí, como si fuera a contarme un secreto—. Me gusta pasar tiempo contigo, Malena.

Es imposible que note el repentino efecto que su voz tiene sobre mí y cómo su forma de pronunciar mi nombre repta por mi espina dorsal. Así y todo, por si acaso, doy media vuelta con rapidez y mientras me alejo suelto al aire:

—Te encargas de los libros y los discos.

15

Un montón de posibilidades

Leo se instala en la biblioteca con un puñado de cajas y yo voy inspeccionando habitación por habitación con detalle, por si la casa necesitara arreglos básicos antes de ponerla a la venta. Cuando entro en el dormitorio de Ágata, no puedo evitarlo. Camino hacia la isla donde guardaba las joyas y reviso el interior para comprobar que faltan algunos diamantes y zafiros. Los más caros.

Al menos, siguen aquí los pendientes que le regaló aquella actriz que también le dio su nombre artístico. Los saco y los sostengo en la palma de la mano. No pesarán más de treinta gramos. Son bonitos, sencillos y pasan desapercibidos entre todo lo que brilla en esta habitación. Su valor es sentimental. Representan el momento que definió el resto de los momentos importantes de la vida de Ágata.

La música comienza a sonar en la planta baja, así que dejo los pendientes en su sitio y me acerco a la biblioteca. Leo ha estado montando las cajas, pero las ha dejado abiertas y vacías en el suelo, mientras que los libros andan desperdigados por toda la sala. A excepción del que sujeta en la mano y lee apoyado en el brazo del sofá, con una pierna cruzada sobre la otra. El tocadiscos de Miguel está encendido y el vinilo gira sobre el plato mientras suena una canción que no conozco.

—¿Tú has venido a ayudar o a descolocármelo todo?

Levanta la mirada y, acto seguido, la comisura derecha.

—Me encantaría descolocarte un poco, la verdad… —Deja el libro en el sofá y se acerca—. Pero de momento me conformo con un baile.

Se detiene frente a mí y extiende la mano. Me echo hacia atrás como si fuera radioactivo.

—¿Qué haces?

—Tú estás aquí y yo no puedo escuchar un tango de Gardel y no bailar. Me lo prohíbe mi religión.

—La mía me prohíbe hacer el ridículo.

—Venga ya, si nadie nos ve.

—Escucha, puedo caminar con tacones de doce centímetros y aguantar toda una noche con ellos. Mery, mi mejor amiga, cree que tengo un superpoder, pero yo estoy segura de que he matado nervios importantes por abusar de los stilettos —argumento—. Lo siento, pero no puedo bailar. Tengo los pies rotos.

—Ya sé lo que te pasa. —Se coloca las palmas de las manos en el pecho—. Te da miedo tocarme. Crees que no vas a ser capaz de contenerte.

Contengo un resoplido.

—¿Tienes quince años?

—En el coche me has pedido que sea yo mismo —contraataca y vuelve a ofrecerme la mano.

—O sea, insufrible —respondo aceptándola y acercándome a él. Coloco la mano contraria en su hombro y me corrige un poco la postura antes de pegar su pecho al mío. Reconozco su colonia, intensa, envolvente. Comenzamos a movernos muy despacio.

—Malena, déjame aclararte algo importante: que seas borde solo hace que me gustes más. Me parece justo que lo sepas.

—Capullo —murmuro de forma automática.

Me arrepiento al momento y aprieto los labios con fuerza. Leo se ríe con ganas.

La canción termina y empieza una que sí reconozco: «Volver». El ritmo es distinto, pero habla de lo mismo: amor, pérdida, dolor, soledad…

—¿Siempre escuchas música deprimente?

—Dicen que el tango es bailar la tristeza. Y aquí estamos.

—Yo no estoy triste.

—¿Cabreada entonces? También sirve para eso.

Me río sin ganas y echo un vistazo a la biblioteca.

—Aún no me puedo creer que esta casa sea mía. Está llena de recuerdos que me esforcé mucho en olvidar.

—¿Sabes qué es lo bueno de los recuerdos? —Me mira de esa forma tan suya, mitad intensidad, mitad como si el sol le estuviera haciendo daño en los ojos—. Que siempre se pueden crear más.

Me fijo en sus cejas, demasiado gruesas para esa mirada rasgada, y en la interrupción en el crecimiento del vello al final de la derecha a causa de una cicatriz. También tiene el puente de la nariz un poco ancho y las orejas algo grandes. Juro que casi puedo oír a Ágata decir: «¿Sabes lo que hace a un hombre realmente guapo? No serlo del todo».

—Te gusta el tango y tienes un coche de los años sesenta. Eres un anciano atrapado en el cuerpo de un chico.

—Mi madre es argentina y profesora de baile. Estoy obligado a amar el tango. Y ¿eh? —finge indignarse—. ¿Cómo que chico? Soy

un hombre.

—Para eso te hace falta barba.

—A mis veintinueve años ya he asumido que nunca me saldrá. Aunque espero que ese detalle insignificante, así como tener cinco años menos que tú, no sea un obstáculo para nosotros.

—El «nosotros» nos viene grande.

—¿Quién sabe, Malena? —Baja la mano por mi espalda, solo un poco, y traza círculos lentos con el pulgar—. Ahora mismo somos un montón de posibilidades.

Me permito el lujo de cerrar los ojos un momento. Una descarga eléctrica me recorre, traspasa piel y huesos, y aterriza en el centro de mi estómago.

«Las cosas más bonitas de esta vida hay que hacerlas con los ojos cerrados. Así se sienten más».

Los vuelvo a abrir, con el eco de las palabras de Miguel resonando en mi cabeza y consciente de que todas mis terminaciones nerviosas acaban de traicionarme para pasarse al bando contrario.

Me aparto de Leo y me acerco hasta el tocadiscos. La magia se disipa en cuanto levanto la aguja y la canción deja de sonar.

—Ahora eres tú la que se pone rara —me recrimina a mi espalda.

—No es necesaria toda esta puesta en escena. Vamos a ver la cinta.

—¿Estás siempre tan a la defensiva o es cosa de este momento particular de tu vida?

Me giro y me encojo de hombros.

—El tigre no cambia sus rayas, ya sabes… Es como si tú tuvieras que dejar de tontear.

—A lo de la madre argentina súmale un padre italiano. Lo llevo en la sangre, no lo puedo evitar.

—Eres una víctima de tu propio encanto latino.

—Exacto. —Guiña un ojo en señal de respeto hacia su propio estereotipo—. Aunque contigo me sale más y mejor.

—Te sobrestimas.

—¿Sabes qué creo? Que también te gusto. Y eso te cabrea un montón.

—¿Lees la mente?

—El cuerpo, hace un momento. Estoy seguro de que has sentido lo mismo que yo… Ese tirón en el estómago.

—Ese tirón es culpa de mi colon irritable. Si a ti también te pasa, te aconsejo que vayas al médico.

—Cuanto más acierto, más sarcástica te pones —apunta, encantado de llegar a esa conclusión—. Pero vayamos poco a poco y hagamos las cosas por orden. Termino con estas cajas, vemos la cinta y después me invitas a cenar.

Esta vez, Ágata lleva un outfit más llamativo. Vestido camisero naranja neón, chaleco largo fucsia a modo de chaqueta y pendientes turquesa. El día que firmó el divorcio se puso un vestido de lunares y lo combinó con un chal de estampado floral. En el funeral de mi madre se presentó con un vestido de Claude Montana ceñido en la cintura, con hombreras exageradas y muy (pero que muy) amarillo. Apropiado para un cóctel o para luchar con los caballeros del zodiaco, pero no para enterrar a su hermana. Lo consideré una falta de respeto y me cabreé muchísimo con ella.

Viéndola ahora en pantalla, doblándose la manga del vestido con dedos temblorosos y las uñas pintadas de color violeta, pienso que, más que una llamada de atención, era su forma de protegerse. Los días malos los afrontaba con explosiones de color y las mezclas más osadas. Cuanto más oscuro se hacía su mundo, más se empeñaba en darle luz. Y eso puedo entenderlo y respetarlo. La ropa cumple una función más allá de la estética; proporciona (aunque no lo recojan los manuales de psicología) cierto alivio emocional. Estoy bastante segura de que, en el caso de mi tía, ese vestido color bombona de butano era su forma de decirle a la muerte «que te den».

Cuando considera que la manga está perfectamente ajustada, se toma unos segundos más para prepararse. Coloca la mano en el estómago y respira hondo varias veces con el diafragma. La tercera le cuesta un pequeño ataque de tos. Tras recuperarse, avisa a Leo de que ya está lista. Él retoma la conversación fuera de cámara.

—Pasó dos años viviendo en casa de Julio Belmonte, desde los dieciséis hasta los dieciocho, mientras se formaba para convertirse en actriz. Y él pasó todo ese tiempo abusando de usted.

Se me tensa todo el cuerpo en la butaca, pero mi tía apenas levanta la ceja mientras mira a Leo.

—«Abuso» no era un término que se usara demasiado en los años cincuenta.

—Ni «violación», supongo. Pero eso no cambia que lo fue.

Ágata levanta la barbilla, como si ella estuviera por encima de su condición de víctima y de los hechos en sí.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Esperar que la vida fuera justa? Tuve que aprender pronto a elegir mis batallas —argumenta—. Al menos,

saqué algo de Julio Belmonte. Mientras viví en su casa pude enviarle dinero a mi hermana todos los meses y él siguió proporcionándome los medios necesarios para formarme. Además, estaba bien relacionado y me libró de que la Sección Femenina me convirtiera en una ama de casa como Dios manda. Así pude aprovechar bien el tiempo y mi siguiente oportunidad. El segundo concurso al que me presenté lo gané —afirma con tal rotundidad que la posibilidad contraria suena ridícula e imposible—, y con él conseguí un contrato para participar en mi primera película.

—*Las chicas de la plaza* —recuerda Leo—. Así, esa película fue su vía de escape.

—No, en esa yo solo era una lavandera con cuatro frases. Pero, tras ganar el concurso, me hicieron mi primera entrevista. Y enviaron a Eduardo.

—Eduardo Lorente. Su primer marido.

—Sí. Me casé dos veces. Pero solo una fue por amor —aclara.

—Casi me atrevo a decir que él no fue el afortunado.

—Eduardo fue, como bien has dicho antes, mi vía de escape. Aunque al principio me fascinó. ¿Cómo no iba a hacerlo? Un periodista que se las daba también de escritor, un intelectual diez años mayor que yo. La mitad de las veces no entendía ni de lo que estaba hablando, pero me gustaba su seguridad al expresarse, el ambiente en el que se movía. Nunca lo quise; quería lo que él tenía… libertad.

—Pero las cosas mejoraron para usted cuando se casó, ¿no?

—Al final tuve que mantenerlo yo a él —se ríe con cierta desgana —. Si a eso lo consideras mejorar, pues sí.

—Su matrimonio duró trece años, hasta que Eduardo falleció, estando usted en Los Ángeles.

—Así es.

—¿Cómo fue su relación?

Entrecierra sus ojos de gata.

—Cuando eres muy famosa, te das cuenta de que la gente no te quiere a ti, sino a la idea que se han formado en sus cabezas de quién eres. Te conviertes en una fantasía. Y las fantasías son peligrosas, igual que los cuentos. Porque cuando los bajas a la realidad, los malos no aparecen como monstruos de ojos rojos, con dientes puntiagudos y garras… Son gente normal. Atractivos, cultos incluso, y elegantes.

Unos segundos de silencio.

—¿Qué es lo que más lamenta de su matrimonio con Eduardo Lorente?

—Oh, lo que más lamento es que no se muriera antes.

16

TERCERA CINTA

Como mujer, siempre me costaría adaptarme a las normas impuestas a mi género; como artista, me amoldé a las circunstancias desde el principio. Olvidé mis raíces, a las que tampoco me sentía muy atada, y a los diecisiete años me presenté a mi segundo concurso de talentos vestida como si me hubieran parido en una plaza de La Latina, con el vestido chiné rojo, el pañuelo anudado al cuello, los claveles y el mantón de Manila.

Gané cantando «Ven y Ven», consciente de que tenía la mejor presencia escénica y una voz pasable en comparación con las de mis rivales. Casi todas robustas y bien proyectadas, capaces de reventarte los tímpanos con sus vibratos. Por más clases privadas de canto que hubiera recibido, de mi pecho no podían salir semejantes gorgoritos.

Precisamente, esa limitación fue la clave de mi éxito. Aprendí a hacer de mi debilidad (así la llamaban mis profesores) una nota distintiva, usándola a mi favor. Jugaba con mi garganta, cantaba con una voz rasgada, profunda y un timbre cálido, hacía pausas largas y marcaba fuerte los acentos para enfatizar y dar fuerza a mi interpretación. No imité nunca a nadie. Me alejé del estilo engolado

y gangoso tan de moda y encontré el mío. Al menos, cuando yo cantaba la gente conseguía entender las letras de las canciones.

En pleno parque del Retiro, cuatro meses después de haber enterrado a mi madre, volví a sonreír de verdad y el corazón se me aceleró de un modo que no había sentido nunca. Mis latidos se acoplaron al ritmo frenético de los aplausos que me dedicaban, y siempre lo harían a partir de aquel día. Al bajar del escenario, muchos de los presentes se acercaron a felicitarme. No solo acababa de ganar mil pesetas mensuales durante un año, la parte más importante de aquel premio consistía en un contrato para participar en una película. No sabía cuál sería mi papel, pero me daba lo mismo. Cantaría chotis, coplas y zarzuelas, bailaría sevillanas y aprendería arameo, si era necesario, pero yo ya era actriz.

Tras los halagos de rigor por parte de la organización del concurso, Julio me avisó de que querían hacerme fotos y después una entrevista. Rápidamente me colocaron como a un maniquí al lado del estanque, bajo el inclemente sol de junio. Notaba las gotas de sudor bajándome por la espalda mientras me hacían las fotos, pero yo mantenía las manos firmes en la cintura, improvisaba poses y no dejaba de sonreír.

Nada más terminar la sesión, apareció él. Serio y vestido de marrón oscuro. La nota discordante en una marea de trajes vistosos, volantes y mangas de farol. Su rostro era alargado y anguloso, con pómulos marcados y labios finos que sostenían un pitillo a medio fumar. Se acercó a mí, me dio las buenas tardes sin mirarme y se presentó como Eduardo Lorente, periodista de la revista *Horizontes*. Conocía ese suplemento dominical apolillado porque lo leía Teresa. De vez en cuando, me gustaba romperle alguna página y hacerme la

inocente cuando ella me acusaba de tal fechoría. No ganaba nada, pero se trataba de mi pequeño acto de rebeldía.

Eduardo tiró el pitillo al suelo antes de sacar su libreta y una pluma Parker. Un mechón castaño y liso le cayó sobre la frente, aunque no se molestó en apartárselo. Llevaba el pelo un poco largo y le rozaba el cuello de una camisa que se le salía del pantalón por un lado. Se rascó la mejilla distraído mientras me hacía la primera pregunta: «¿Cómo se siente al haber ganado este concurso?». Su tono bajo y grave contrastaba con su aspecto desgarbado y juvenil. Respondí con entusiasmo y él apenas escribió una frase en la libreta con un gesto que insinuaba que le daba igual mi explicación o incluso morirse en aquel instante.

Con las siguientes preguntas, del tipo «¿qué opina su familia de que sea artista?», la cosa empeoró. Ni siquiera las había redactado él, me confesaría meses después, aunque lo más molesto de todo era su total indiferencia hacia mí y hacia su propio trabajo. Yo había ganado el concurso y consideré una falta de respeto que ni se molestara en mirarme. Todos los hacían. Y tal vez en ese momento la frente me brillaba un poco por el sudor, pero seguía estando preciosa.

Con la quinta pregunta ya me harté:

—¿Tiene algún pretendiente o está comprometida?

—Pues hasta ahora no he tenido pretendientes, pero, si se molestara usted en mirarme a la cara, podría ser el primero.

Levantó la vista de golpe y me vio. Me vio tanto que la boca se le abrió un poco de más. Sonreí coqueta y él se aclaró la garganta para recuperar la compostura. No obstante, en sus ojos marrones ya se había encendido una chispa de curiosidad. Fue entonces cuando

empezamos a hablar de verdad y ya no volvió a prestar atención a su libreta.

La conversación se alargó durante tanto rato que tuvieron que llamarnos la atención. Me despedí de Eduardo con una sonrisa y sin ninguna esperanza de volver a verlo. Escasos minutos después conocería a otro hombre que marcaría mi vida, más aún que mi futuro marido. Porque, entre toda la gente que conocí aquella tarde, se encontraba Luis Beltrán, mánager de artistas. Nadie a nuestro alrededor habría apostado por un futuro laboral entre nosotros. Hablamos menos de un minuto, en el que me felicitó por mi actuación, como todos, y también se ofreció a representarme.

—A ver si lo adivino —le dije a aquel hombre de cara seria vestido de enterrador—, va a convertirme usted en una estrella.

—No, señorita, ya lo es. Yo solo voy a encargarme de que todo el mundo se entere. —Y al despedirse me susurró—: Podría iluminar el país entero y parte del extranjero también. Pero no con él —remató mirando a Julio Belmonte, situado a pocos pasos de distancia.

Me entregó su tarjeta con disimulo y desapareció sin más. La guardé a buen recaudo en el sujetador y al llegar a casa la escondí bajo el colchón, pero antes memoricé el número. No sabía cómo de firmes serían las palabras de Luis Beltrán; así y todo, pensaba librarme de mi padrino y averiguarlo.

Eduardo no tardó en rondarme. Empecé a salir con él, de manera formal, cinco días después de conocernos, cuando me entregó personalmente un ejemplar de su revista. Yo me hice la sorprendida a pesar de que había comprado tres nada más abrir el quiosco y me sabía la entrevista de principio a fin. A Teresa, que ardía en deseos de deshacerse de mí tanto como yo de ella, le pareció perfecto el

noviazgo y ya no ponía pegas a mis salidas, ni siquiera cuando llegaba un poco más tarde de la hora estipulada. A Julio no le hizo tanta gracia la cosa, pero seguía viajando y colmándome de atenciones cuando volvía a casa.

Eduardo tenía los brazos y las piernas demasiado largos, un estilo despreocupado y un tanto desaliñado a sus veintisiete años que tenía cierto encanto solo si eras hombre. Aunque, sin duda, lo más interesante de él era su vida social. Intensa y libre, siempre dentro de un cierto margen que sabía estirar. Cuando salíamos me llevaba a los cafés, a bailar, a fiestas clandestinas e incluso asistíamos al hipódromo para ver las carreras de caballos y hacer alguna que otra apuesta. Me presentó a más gente de la que podría recordar, me invitaba a vermú y me enseñó a fumar.

La primera vez que nos acostamos no fue ninguna maravilla, pero tampoco sentí la repulsión habitual. La falta de asco, junto con la idea de que estar con él me permitía gozar de más libertad que nunca, fue suficiente para casarme. Los motivos de Eduardo para llevarme al altar eran mucho más transparentes. Yo era una belleza, inocente y a la vez pícara. Un florero que le hacía reír. No necesitó más.

Nos casamos tras nueve meses de noviazgo, en marzo de 1956. A mi padrino tuve que convencerlo previamente con mucha mano izquierda. Sabía que podía ponerme las cosas difíciles, así que le prometí, a espaldas de mi futuro marido, que no tendría hijos pronto ni dejaría de trabajar. Se quedó conforme y con la sensación de que aún podría ejercer cierto control sobre mí. En dos años no le había dado motivos para desconfiar. Me había mostrado dócil y sumisa, en público y en el dormitorio. Que lo hubiera hecho por pura

supervivencia ni siquiera se le pasaba por la cabeza a un hombre de su talante.

Me casé con Eduardo en la iglesia de San Agustín, en una ceremonia sencilla y pequeña. La verdadera fiesta llegó con el convite, al que Julio y Teresa no asistieron. Las amistades de mi marido, por suerte, no resultaban de su agrado. Aquel día solo lamenté la ausencia de mi hermana, que no pudo estar a mi lado por encontrarse delicada de salud.

Pospusimos la luna de miel, puesto que coincidía con el rodaje de mi primera película.

Fingí apenarme ante Eduardo, aunque pisar un plató me hacía mucha más ilusión que un viaje a la Costa Brava, y tampoco es que nos sobrara el dinero. Si bien ya no dependía de Julio, tampoco contaba con su respaldo económico.

En cuanto entré en aquel plató y vi las luces, las cámaras y a todo el mundo corriendo frenético de un lado a otro supe que era mi sitio. Aquel lugar era más «casa» que cualquier otro. Me habían dado un papel pequeñito por haber ganado el concurso de talentos e interpretaba a una lavandera de barrio con apenas cuatro frases, pero me dio lo mismo. Supuso un punto de no retorno y tuve la certeza de que jamás podría volver a Ferrol ni dedicarme a otra cosa que no fuera la actuación.

Y allí, en ese mismo lugar, poco antes de pronunciar esas cuatro frases frente a una cámara, mantuve mi última conversación con Julio Belmonte.

—No he sabido de ti en semanas, Ágata —me recriminó en un rincón tras presentarse por sorpresa—. No coges el teléfono y he tenido que enterarme por mis propios medios de que rodabas hoy.

—Lo siento, Julio, pero ahora soy una mujer casada. Me debo a mi marido.

Apretó los dientes ante mi pobre disculpa y dejó salir el aire con fuerza por la nariz.

—¿Tenías que quemarle los vestidos?

—Sí —respondí con franqueza por primera vez.

Lo hice el último día que pasé por aquella casa, con la excusa de recoger algunas cosas que había olvidado. Teresa estaba en la peluquería.

—Se volvió loca. No quiere ni que me acerque a ti.

Me encogí de hombros.

—Pues dale el gusto a la señora por una vez.

Entrecerró los ojos y me miró como diciendo «qué equivocado he estado contigo». Después me dedicó el mismo gesto de desagrado con el que solía mirar a su esposa.

—¿Estás segura de que no me necesitas? Porque sin mí no habrá más dinero ni para ti ni para tu hermana.

—Ese es mi problema a partir de ahora.

Mi hermana estaba bien. Tenía sus necesidades cubiertas en la casa en la que estaba trabajando y yo pensaba mandarle todo lo que pudiera.

—¿Y qué pasa con el dinero que me debes a mí? Tus clases no han sido gratis. Ni tampoco tus vestidos ni mantenerte en general.

«Sé valiente —me dije—. O, al menos, interpreta. Él no notará la diferencia».

—Los dos sabemos que te he pagado suficiente durante estos dos años. Teníamos un trato y este se ha terminado. Si no estás de

acuerdo, puedo comentárselo a mi marido y a todo aquel que quiera escucharme.

Sonrió con condescendencia mientras se metía uno de aquellos odiosos caramelos de menta en la boca.

—Tú verás lo que haces. Nadie va a creerte, Asunción.

Utilizó mi nombre real y lo remarcó para recordarme de dónde venía y hacerme sentir de menos.

—Puede que ahora no, pero ten claro que haré todo lo necesario para convertirme en la mejor actriz de este país. Sabes que puedo, tú lo viste antes que nadie. Y algún día, Ágata Belmonte tendrá más poder del que tú conseguirás en toda tu vida. —Le desafié con la mirada—. Tú verás si quieres arriesgarte.

No se dio cuenta de lo mucho que me temblaban las piernas en ese momento y de que el pulso me latía hasta en la garganta, pero yo sí vi la ráfaga de pánico que cruzó sus ojos por un instante. Resulta que, si tienes mucho, también tienes mucho que perder. La duda que sembré fue suficiente.

—Tengo que irme a trabajar. Buenos días, señor Belmonte.

Me alejé con paso firme de él. Una pena que ningún director rodara la que supuso una de las mejores interpretaciones de mi vida.

Esa misma tarde llamé a Luis Beltrán y se convirtió en mi mánager.

Cuando lo conocí, Eduardo se consideraba un liberal y eso me atrajo. No es que yo entendiera mucho sobre política y, de hecho, prefería mantenerme al margen, pero tampoco vivía en la inopia. Sabía de las detenciones, los interrogatorios y las palizas por parte de la

Secreta si albergaba la más mínima duda de que coquetearas con los rojos. Si Eduardo me hablaba de libertad de prensa, de expresión o de derechos individuales, resultaba fácil imaginar un futuro mejor, más abierto. Sobre todo para alguien cuya profesión siempre entraría en conflicto con el rol de mujer virtuosa y decente.

Participar en mi primera película había sido una experiencia emocionante, sin embargo, no estaba sirviendo como empujón profesional y no iba a garantizarme otro papel. A Luis se le ocurrió ponerme en contacto con un fotógrafo para hacerme unas fotos artísticas que él pudiera mover después entre sus contactos. En ellas mostraba algo de piel sin caer en la vulgaridad. Eran insinuantes y al mismo tiempo de buen gusto. Además, con los labios pintados de rojo y mi delineado de ojos de gata me veía espectacular. Eso era lo que esperaba que me dijera Eduardo cuando se las enseñé en nuestro piso minúsculo, situado en una calle también minúscula de Malasaña con olor permanente a pis.

«Pareces una buscona» fue su respuesta. Acto seguido se encendió un cigarro y preguntó qué había de comer. En esos cinco segundos se desvaneció la sensación de independencia y de libertad recién adquirida, supe que la mente de mi marido era tan estrecha como la cintura del corpiño que yo lucía en las fotos y asumí que había escapado de la boca del lobo para caer en la del tigre.

Debía andarme con ojo, como de costumbre. Porque los tipos como Eduardo (y los hombres históricamente en general) solo pelean por sus propios derechos y privilegios. Las mujeres no suelen ocupar su pensamiento en ese sentido.

Lo primero que hice fue buscarme un trabajo. Correr de un lado a otro de Madrid para presentarme a todos los casting que surgían me

mantenía el trasero firme, pero no me daba de comer, y el sueldo de Eduardo en la revista era modesto. Mis fotos de «buscona» y mi estilo particular a la hora de cantar me consiguieron tres actuaciones por semana en El Capricho, un club para señoritos y señoronas muy de moda. Estaba situado en un sótano en pleno centro de Madrid, por aquello de que, al bajar, sintieras la falsa emoción de que estabas cometiendo un acto prohibido.

El mármol en tres colores del vestíbulo y la escalera alfombrada con pasamanos dorado ya daban una idea del ambiente que allí se respiraba. El bar tenía forma de medio óvalo y contaba con banquetas giratorias en las que los clientes bebían coñac con sifón y gin-fizz. Las mesas frente al escenario, escoltado por un lienzo cuyo coste (se rumoreaba) superaba los dos millones de pesetas, eran pequeñas y estaban apiñadas, quizá con la idea de que los ríos de alcohol que corrían entre la clientela financiaran semejantes gastos en decoración, ya que tampoco faltaban lámparas de araña, candelabros de cristal, columnas recubiertas de pan de oro y un sinfín de detalles opulentos que gritaban lo insultantemente rico que se podía llegar a ser.

En El Capricho se daban cita no solo caballeros de buena familia, también productores, artistas, escritores, críticos y hasta actores y actrices recién llegados de Hollywood. El simple hecho de mezclarse con alguien en aquel espacio ya era suficiente para dar pie a una noticia. El local se anunciaba a sí mismo y sin complejos como «la mejor sala de fiestas del mundo». Yo no había salido de España, así que no podía comparar, pero estaba deslumbrada por la extravagancia, el glamour y también por su cartel, formado por

grandes orquestas, humoristas, bailarinas, cantantes de jazz y divas el swing.

Entré en aquel micromundo cantando «Bésame mucho» y otros boleros conocidos que a oídos extranjeros les sonaban a pura magia. Me peinaba con la raya al lado y parte del pelo por detrás de la oreja, mientras que la otra parte caía en ondas tan cerca del ojo que llegaba a taparlo. Cantaba al amor pasional que no conocía, a la traición que sí, a la tristeza y a la alegría. Me dejaba la piel y el corazón en cada actuación y el público aplaudía a rabiar. Participaba en fiestas privadas, en bailes de disfraces y en todo lo que me propusieran. De esa forma, a principios del 57 conseguí firmar una actuación por noche y el nombre de Ágata Belmonte empezó a sonar fuera de la sala.

Tanto era así que ya me reconocían cuando salía por ahí con Eduardo. Yo sonreía ante los halagos, él torcía la boca y se largaba a la barra de cualquier bar. El florero empezaba a ser demasiado llamativo y vistoso, y dejó de hacerle gracia. Al menos, de mi primer matrimonio aprendí una lección sobre el comportamiento humano: hay gente que se alegrará por ti, siempre y cuando a ellos les vaya mejor. De esa gente hay que huir como de la peste.

A mí me llevaría un par de años más conseguirlo.

Mientras, soportaría que Eduardo criticara mi ropa, mi maquillaje y se volviera cada vez más posesivo y celoso. No toleraba ni que otros hombres me miraran, cosa que ocurría con frecuencia y sin disimulo. Una vez tuvieron que sacarlo del club casi a patadas por llegar a las manos con un tipo que me invitó a una copa tras una actuación. Se trataba de un director francés que estaba interesado en

contratarme. Jamás me llamó, claro, y el papel se lo llevó otra, pero Eduardo encontró la manera de culparme a mí por la pelea.

De hecho, todo era mi culpa.

Sus manos finas y alargadas dejaron de sostener la libreta y la pluma, y se aferraron al vaso de licor. Bebía mucho, sí, pero solo porque yo no lo quería y prefería pasarme el día meneando el culo para un montón de fachas. Trabajaba tanto que así era imposible que mi cuerpo pudiera cumplir su función natural y tener bebés, lo cual lo llevaba, por lo visto, a jugarse el dinero en partidas clandestinas de cartas y a los dados, aunque nunca terminé de entender la relación. A pesar de ello, las deudas terminaba cubriéndolas yo a duras penas con ese trabajo tan terrible que no me dejaba tiempo para engendrar unos niños que él nunca antes había afirmado querer.

El día que lo echaron de la revista culpó a la censura. Aseguraba que lo habían vetado a causa de sus ideas, no por ser un vago y un borracho que ya no hacía su trabajo. Poco importaba, porque, de una manera u otra, yo acababa pagando las consecuencias.

En el verano de 1957 ya había rodado mi segunda película y estaba pendiente de otra. Seguía siendo una secundaria, pero *Sábado de bodas*, una comedia romántica que ensalzaba los valores tradicionales del matrimonio, resultó ser un éxito de taquilla y todo el reparto fue convocado a una gran fiesta en el palacio de La Granja. La invitación procedía de «su excelencia don Francisco Franco» y también asistirían jefes diplomáticos, policía y ejército.

—¿Adónde vas? —me preguntó Eduardo con el ceño fruncido cuando me vio vestida de gala, algo más discreta de lo habitual.

—A la fiesta en La Granja —le recordé mientras me ponía los pendientes verdes de ágata.

Se lo había comentado semanas atrás y él se había negado a acompañarme. Tampoco es que me sorprendiera su confusión, el alcohol le provocaba amnesia selectiva.

—Eres una vendida —escupió con desdén desde el sofá—. Y una fascista.

No pensaba volver a explicarle que estaba obligada a ir, así que lo ignoré y cogí mi bolso, pero me exigió la cena antes de que me fuera.

—No he tenido tiempo de hacerla.

—Estabas ocupada pintándote los morros como una furcia.

Sus insultos eran abiertamente humillantes, aunque carecían de originalidad, sobre todo para alguien de letras.

—Baja al bar a comprar un bocadillo… Y procura no bebértelo todo —murmuré camino de la puerta, incapaz de morderme la lengua.

Se levantó como un rayo, me alcanzó en el pasillo y me estampó la espalda contra la pared.

—A mí me hablas con respeto —me advirtió sujetándome la barbilla con demasiada fuerza—. Que te quede claro que eres mía y puedo hacer contigo lo que me dé la gana. Podría acusarte de adúltera y acabarías en la cárcel. Podría matarte aquí mismo y decir que fuiste tú quién me provocó. —Pasó el pulgar con saña por mi labio inferior, hasta correrme la pintura por la mejilla—. Agradéceselo esta noche al anfitrión de la fiesta.

Sin más, se alejó y volvió al sofá.

Ese fue el episodio más violento que viví con Eduardo, por lo menos físicamente. No me agredió otra vez. Tampoco lo necesitó para aterrorizarme.

Así pasé otro año y medio más, viviendo una doble vida. La que callaba en casa y la que cantaba en público. Rodé otras dos películas y, aunque mi cara no aparecía aún en el cartel de los cines Callao, ya firmaba algunos autógrafos como cantante. Me costaba disfrutar de los primeros visos de la fama, ya que debía estar en alerta constante. Ni siquiera me atrevía a que Isabel viniera a Madrid de visita, por muchas veces que me lo suplicara. Y yo no podía dejar de trabajar para ir a verla.

Una noche, un par de hombres se presentaron en casa. Eduardo no estaba, debía de andar por ahí fundiéndose lo que yo ganaba. Me dijeron que les debía una buena cantidad de dinero (una que yo no podía asumir) y que, si no pagaba, habría consecuencias. Al día siguiente, fui al despacho de Luis, me senté frente a él y se lo conté todo porque no sabía qué hacer.

Él me ofreció una salida. Llevaba meses rumiando la idea de probar suerte en México y había surgido la oportunidad de un papel que era perfecto para mí. Le aseguré que no podía irme sin más y me expuso los hechos. Había rodado cinco películas en tres años (ningún papel memorable) y la sexta, de momento, estaba paralizada por el censor, quien exigía retrasar la narración hasta 1935 para que la responsabilidad de no recuerdo ni qué recayera en las autoridades republicanas y no en las franquistas. Daba igual, era el mismo cuento de siempre y no me interesaba. Yo solo quería seguir trabajando.

—Además, Ágata, llevas ya tres temporadas en el club y se suponía que sería algo temporal.

—Pero la gente me conoce gracias a mis canciones —defendí con orgullo.

—A nivel local, no nacional. Y esas canciones ni siquiera son tuyas. Si te quedas, te encasillarás, te quemarás y te sustituirán. Con el tiempo terminarás siendo relleno de orquesta.

Yo me planteaba la vida día a día; Luis iba de cinco a diez años por delante. Era parte de su trabajo.

—Todo son buenas noticias hoy.

Me desinflé en la silla.

—Escúchame, dispongo de contactos en México y estoy seguro de que allí tendrás oportunidades de brillar. Dejarás los papeles secundarios.

—Me lo pensaré.

Él suspiró y apoyó los codos en su escritorio, lleno de papeles desordenados.

—Vamos a ver, ¿qué tienes que pensar?

—Ya te lo he explicado, Luis. Tengo un problema —dije irritada—. Un problema que se pasa el día empinando el codo y apostándose lo que gano.

—Los trenes hay que cogerlos cuando pasan, Ágata.

Lo mío no era un tren, sino un cacharro enorme con alas que me llevaría a un destino tan lejano que ni sabía ubicarlo en un mapa.

—Vale, ¿y cómo lo hago? Necesito el permiso de Eduardo para salir de España, y sabes que él no va a dármelo ni estará dispuesto tampoco a irse conmigo.

—Vas a tener que deshacerte del exceso de equipaje —sentenció y el estómago me dio un vuelco.

Mi representante, que tenía amigos hasta en el infierno, consiguió ponerme en contacto con los hombres que habían venido a casa. Acudí a un bar de mala muerte donde se organizaban timbas clandestinas, hablé con ellos y me comprometí a pagar la deuda de Eduardo. También añadí una cantidad extra a cambio de algo.

Un mes después, en marzo de 1959, Eduardo entró en el hospital provincial con la cara morada, el brazo derecho roto y la pierna a juego. Lo encontré agitadísimo en una camilla. No solo me contó que unos tipos le habían pegado una paliza tremenda por todo el dinero que debía, con el labio hinchado balbuceó que, si no les pagaba pronto, lo matarían. También habían insistido bastante en que lo estarían vigilando día y noche y que, si intentaba salir de la ciudad, el resultado sería el mismo.

Le aseguré que hablaría con ellos y me haría cargo de la deuda. En ese momento, Eduardo volvió a respirar. Bueno, más o menos, porque tenía tres costillas fracturadas. Pero tenía que marcharme a México, añadí. «Allí hay mucho más trabajo y no tendré problemas con la censura, ya sabes… Además, pagan mejor —le expliqué—. Es nuestra mejor opción… La única».

El muy cobarde estaba tan dolorido y aterrorizado que aceptó sin pensar. Puede que también le dieran algún golpe en la cabeza y el traumatismo ayudara.

Dos días más tarde, viajaba hasta Ferrol porque necesitaba darle un abrazo de despedida a mi hermana. Una semana después, Luis y yo cogimos un avión rumbo a Miami, y desde allí volamos a Ciudad de México.

Sin duda, de todo el dinero que gasté en mi primer marido, el que empleé para que le dieran aquella paliza fue el mejor invertido.

17

Cuando te atrevas a alcanzarme

Me limpio la comisura con el pulgar y lo remato chupándome el dedo con un sonoro chup. Ya he gastado todas las servilletas. No es mi momento más elegante, pero resulta difícil mantener la compostura mientras como una hamburguesa con doble de carne, queso, pepinillos, beicon y una salsa especial pero indefinida que seguro acelerará un pelín mi muerte. Todo ello aderezado con un extra de ansiedad.

¿A quién le importa que engulla como si me hubiera criado una manada de lobos? Esto no es una tercera cita, por mucho que haya insistido en ello el que está sentado frente a mí ahora mismo en un Burger King de Alcobendas. Precisamente, encontrarnos en una hamburguesería a las doce de la noche, bajo una luz amarilla nada favorecedora, rodeados de adolescentes chillonas, es prueba de ello.

—¿Qué? —farfullo colocándome la mano delante de la boca medio llena.

—No he dicho nada. —Leo levanta las palmas con media sonrisa bailándole en la cara.

—Los disgustos no me quitan el hambre. No me juzgues.

En realidad, esa afirmación es demasiado categórica. A veces, la ansiedad me devora por dentro y no deja sitio en mi estómago para

nada más. Otras veces lo utiliza como vertedero de comida basura.

—No te juzgo. No creo que haya una manera más o menos adecuada de reaccionar a lo que ha contado Ágata.

—Seguro que alguna hay que no me tapone las arterias. Es lo que diría Mery.

—Tu amiga —recuerda y aparta su bandeja un lado para apoyar los codos en la mesa. El muy impresentable se ha comido un menú grande sin despeinarse y su camisa sigue impoluta.

—Mi mejor amiga —recalco—. Y mi socia.

—¿También es diseñadora?

Niego con la cabeza y dejo sobre la bandeja de plástico los restos de mi hamburguesa espachurrada.

—Mery se refiere al marrón pardo como «el color caca ese». No le interesa nada la moda, pero es un hacha gestionando toda la parte de negocio. Malena & Co no existiría sin ella y ahora mismo es quien se encarga de todo mientras estoy aquí.

Me siento culpable por ello y la vez estoy tranquila. Todo va bien con Mery al frente.

—¿Cómo os conocisteis?

Aunque la curiosidad brilla en los ojos de Leo, no estoy segura de si es genuina o si solo está intentando distraerme del hecho de que mi difunta tía me haya contado cómo, tras escapar de un violador y abusador de menores, pasó tres años conviviendo con un maltratador psicológico, ludópata y alcohólico. No es algo fácil de digerir (como tampoco lo será la hamburguesa), así que me viene bien centrarme en otra cosa.

—Cuando me largué de casa de Ágata, lo primero que hice fue coger un autobús a Valencia. Era el último sitio en el que había

vivido y lo conocía mejor que Madrid. Conseguí trabajo en un bar de copas y acepté todos los turnos que quisieran darme porque no tenía un duro… —Hago un mohín al recordar aquellos tiempos en los que solo me acompañaban paquetes de pasta para comer y el pánico a terminar durmiendo en la calle—. El dueño tenía también una discoteca en Ibiza y me ofreció trabajar allí el verano siguiente. Pagaba mejor y ni me lo pensé. Lo que no me contó es que, además de servir copas, debía bailar subida a una gogotera. —Leo abre los ojos con sorpresa y alza esas cejas gruesas que parecen tener vida propia—. Fue Mery quien me encontró en el almacén la primera noche, respirando dentro de una bolsa de plástico. Ella llevaba dos años trabajando allí y me dijo: «Que no te dé ninguna vergüenza. Si haces el ridículo, puedes largarte y no volver a ver a esa gente en la vida. Además, la mayoría van tan ciegos que ni se acordarán mañana».

—Tenía razón, ¿no?

—Sí, y hasta hizo que sonara fácil. Su filosofía de vida se basaba en que éramos libres y podíamos hacer lo que quisiéramos cuando quisiéramos. Nada ni nadie nos ataba. —Me encojo de hombros—. También me prometió que, si la cosa iba muy mal y quería largarme esa misma noche, ella se iría conmigo. No la creí, por supuesto. No la conocía de nada. —Frunzo el ceño y no puedo evitar sonreír al segundo—. Pero han pasado dieciséis años y seguimos siendo amigas. Ahora las dos estamos atadas, eso sí, a un préstamo enorme.

—La quieres mucho —afirma sin rastro de duda.

—Es la única persona que tiene permitido darme abrazos.

—¿Qué tienen de malo los abrazos? A mí me encantan. Si se dan bien, son tan buenos como los besos.

—Un abrazo es más que un beso. Es más que todo lo demás… Es como dejarte caer teniendo fe ciega en que el otro se quede ahí para sujetarte.

—Es un gesto de vulnerabilidad.

Asiento.

—Mery es como mi alarma interna. Es quien me recuerda que, a mi manera, sé dar cariño. Que esa parte de mí no me la ha podido quitar nadie.

Mi acompañante entrecierra los ojos en un gesto de comprensión y yo cojo mi vaso de cartón y sorbo por la pajita tan fuerte y rápido para tragarme lo que acabo de soltar que un pinchazo brutal me atraviesa el cráneo. No sé de dónde ha salido semejante derroche emocional.

Leo continúa mirándome cuando vuelvo a posar la bebida. Nunca aparta la vista ni atiende el móvil durante nuestras conversaciones. Es de esa clase de personas en peligro de extinción que te dedican toda su atención mientras hablas. Me centro en sus cejas bailonas de nuevo. Me gustan. Me atraen. Y eso que yo, en cuestión de hombres, soy más de fijarme en la boca y en los antebrazos.

—Haces demasiadas preguntas.

—Es lo que suele pasar cuando intentas conocer a alguien en una cita.

—Platos —argumento señalando la mesa—. Una cita requiere platos y no papel para envolver la comida.

—Eh, eres tú quien ha invitado esta vez. —Se deja caer en el banco acolchado y echa un vistazo a nuestro alrededor—. Es verdad

que no te lo has currado mucho. Me siento poco valorado.

—¿Esperabas que te comprase un vestido rojo y te llevara a la ópera? —Chasqueo la lengua—. Siento no estar a la altura como proxeneta.

—Richard Gere no era un proxeneta como tal en *Pretty Woman*. No me destroces la infancia. Y que conste que tú te lo pierdes —apoya el codo en el respaldo del banco con una sonrisa tan amplia que le marca el hoyuelo solitario—, porque el rojo es definitivamente mi color.

Un par de adolescentes de pelo largo que parecen ser la misma persona lo observan y se dan codazos mal disimulados por debajo de la mesa. No es que no las comprenda.

—Si esto fuera una cita, y estoy hablando de manera muy hipotética —le aclaro mientras mojo una patata en kétchup—, deberías contarme cosas sobre ti.

—Vale, sobre mí… —Vuelve a apoyarse sobre la mesa y arruga la frente, como si intentara concentrarse mucho—. Me gusta ir a la playa por la noche, pero no por el día. Tomo café más por el olor que por el sabor. Prefiero comer helado en invierno en lugar de en verano. Creo que pega más. —Se acaricia la barbilla mientras piensa —. He intentado leer *Cien años de soledad* cinco veces sin éxito, aunque no pienso rendirme. David Fincher es mi director favorito, pero las películas románticas ambientadas en el instituto son mi debilidad y no me avergüenzo de ello. Me gustan las personas que saben pedir perdón y las que dan los buenos días con una sonrisa cuando entran en un ascensor. Y ya que fuiste tan abierta contándome tu problema de colon, debo decir que yo tengo

tendencia a la conjuntivitis y en mi familia hay bastantes casos de colesterol alto.

—Demasiado superficial, no me vale. —Levanto el mentón—. Quiero tus miserias, Leo Peretti. Es lo justo, tú conoces las mías.

Aspira el aire entre los dientes y pone cara de auténtico sufrimiento.

—Mis padres se conocieron en un rodaje en Buenos Aires. Él era todavía el ayudante del director y ella una extra que hacía de bailarina. Lo suyo fue un flechazo, uno de esos amores que te fulminan y a la vez parecen ralentizar el tiempo —me explica—. A veces, cuando están en una habitación y los veo mirarse, es como si sonara una canción que solo ellos pueden escuchar. Los he visto discutir, pero jamás hablarse con desprecio. —Se señala la ceja derecha con el índice—. ¿Ves esta cicatriz? —Por desgracia, sí. Hace que su ceja resulte aún más atractiva—. Me la hice a los seis años en el columpio del jardín… Malena, me crie en una casa con jardín y columpio. Viví una infancia muy feliz y no estoy autorizado a tener traumas.

—A todos nos duele algo —le contradigo—. Siempre.

Deja salir el aire con un resoplido largo.

—Bueno, he dado unos cuantos tumbos profesionales y he estudiado cosas bonitas pero poco útiles. He sido guionista y actor. Ninguna de las dos cosas se me da muy allá. Aun así, mis padres siempre han sido muy comprensivos al respecto. Creen que tienes que perderte varias veces para poder encontrarte. Sobre todo, cuando te dedicas a una profesión creativa. Mi hermana Francesca es arquitecta y Giulia, enfermera. Soy la última esperanza de la familia.

Su tono de broma es convincente, pero no me doy por vencida.

—¿Alguna vez tuviste la sensación de que debías seguir los pasos de tu padre?

—No, tampoco hubo presión en ese sentido. Aunque es cierto también que respiro cine desde que nací y mi padre me llevaba a sus rodajes en la medida de lo posible. Según iba creciendo, empecé a notar ciertas miradas hacia mí y algunos cuchicheos. Me familiaricé con términos como «nepotismo» y «niño de papá». —La mirada se le oscurece un poco—. Transitar por el paseo de la fama de mi padre no siempre es fácil, aunque soy consciente de que soy un privilegiado.

—¿Por eso haces documentales y no películas como él? ¿Para distanciarte?

—No, no es por eso. Creo que conocemos distintas versiones de una persona según la forma en la que nos relacionamos con ella. Pero cuando esa persona se coloca delante de una cámara para contar su historia, en ese momento, no hay versiones, solo verdad. Puede que sea solo su verdad —puntualiza y su mirada vuelve a ser cálida—, pero es honesta. Por eso me gustan los documentales.

—Suena bien… Demasiado bien. —Tuerzo la boca—. Nada de familia disfuncional y pareces emocionalmente estable. Menuda decepción.

—Lo sé, soy la vergüenza de mi generación.

Nos vamos poco después. La carretera está oscura, tranquila, y Leo conduce como debe de hacerlo todo en esta vida, sin ninguna prisa. La música suena bajita y nuestro silencio resulta cómodo. Unos quince minutos después, aparca el coche cerca de la entrada de mi hotel y se baja. Insiste en acompañarme hasta la puerta de la

habitación y pasamos todo el camino hasta la cuarta planta discutiendo precisamente sobre el hecho de que me acompañe.

—Soy tradicional en algunos aspectos y no tiene nada de malo. —Hace un gesto educado para que salga del ascensor y camina detrás de mí por el pasillo—. Cuando algo está bien, no hay necesidad de cambiarlo. Aparte, los dos sabemos que, si no me quisieras aquí, no me habrías dado ni la oportunidad de salir del coche.

Me detengo delante de la puerta y suspiro con hastío.

—Admite que te gusto, Malena. —Entorna los ojos y levanta la mano en el aire, dejando un mínimo de separación entre el pulgar y el índice—. Un poquito.

—Sí y no. —Saco la llave magnética del bolso y él me mira esperando una aclaración—. Hay cosas que me gustan o no dependiendo del momento. Por ejemplo, me encanta la lluvia en verano, pero la odio en invierno.

—Quedan oficialmente menos de cuarenta y ocho horas para que sea verano. Si he podido esperarte cuatro largos días, puedo esperar un par más para encantarte. Admite por lo menos que ha sido una buena tercera cita.

—Si esto fuera una cita, no habría tenido que desabrocharme el botón del vaquero en el coche por haberme puesto morada cenando.

—Conozco una manera también muy tradicional de quemar calorías.

Arrugo la nariz.

—Eso ha sido muy poco elegante. Puedes hacerlo mejor.

—Cierto, cierto. ¿Qué tal si soy más sutil y…?

Deja la frase en el aire, da un paso hacia mí y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me estremezco un poco con el roce de sus dedos, aunque no pienso dejar que lo note.

—Has visto demasiadas pelis de esas románticas y moñas de instituto.

—Llámame romántico, llámame moñas. Llámame lo que quieras, Malena —se coloca la mano en el pecho, muy sentido—, pero no dejes de llamarme.

La risa se me escapa por la nariz.

—Menudo morro tienes.

—Vas a tener que enseñarme cómo seducirte. Estoy dejando mucho que desear como *toy boy*.

—Soy bastante simple. Suelo decir lo que me apetece y punto. Si cuadra en ese momento con lo que quiere el otro, pues perfecto.

—Entonces te diré lo que me apetece a mí. —Se inclina hacia mí y me roza el lóbulo con el labio inferior cuando suelta—: No puedo dejar de pensar en agarrarte ese pelo salvaje que me vuelve loco, enrollármelo alrededor del puño y follarte hasta que no pueda más.

—De momento… —me aparto un poco para poder mirarlo a los ojos y finjo una calma que mi cuerpo no siente—, hablas mucho, pero haces poco.

Una sonrisa burlona comienza a asomar en sus labios, aunque él mismo se encarga de apagarla con un beso. Su boca encuentra la mía abierta y dispuesta.

A la mierda. Me apetece. Me apetece mucho. Demasiado.

Las manos de Leo aterrizan en mis mejillas y yo lo agarro de la camiseta para acercarlo tanto como mi cuerpo necesita. Nuestras lenguas se enredan con tanta ansia que no sé ni cómo me las apaño

para meter la tarjeta en la ranura sin mirar. Entramos en la habitación sin parar de besarnos y nos deshacemos de casi toda la ropa a trompicones, con más ganas que maña. Caemos en la cama con un golpe seco y Leo se coloca sobre mí.

La luz sigue apagada, pero las luces nocturnas de la ciudad se cuelan por la ventana y me permiten fijarme en él. Aunque tiene los hombros un poco más anchos de lo que suponía, su cuerpo es justo como intuí cuando lo vi en bañador: delgado y armónico, con unos pectorales que se dibujan con discreción y un estómago plano y carente de vello. El color de su piel tostada resalta todavía más con el bóxer blanco. Podría ser modelo si quisiera.

Me quita las bragas y al dejarme desnuda por completo, él también se toma un momento para echarme un buen vistazo.

—Dios, Malena, me voy a matar aquí.

—Calla —me río.

Se echa el pelo hacia atrás y me observa de arriba abajo antes de inclinarse para trazar el mismo recorrido con la boca. Se pasea por mi cuerpo con labios, lengua y dientes, utilizando la presión justa y explora cada curva con una lentitud casi insoportable. La expectación crece entre mis costillas a cada respiración y se desliza hacia abajo como un torrente caliente y líquido. Cuando su boca aterriza entre mis muslos por fin ya estoy dispuesta a darle el pin de mi tarjeta de crédito y a dejarle elegir los nombres de los hijos que nunca tendremos.

Arqueo la espalda ante el contacto, me revuelvo sobre la sábana y lo insulto cuando frena entre lametazo y lametazo solo para sonreírme con descaro con los labios húmedos. Termino por

agarrarlo del pelo, lo atraigo hacia mí y le bajo la cinturilla del bóxer con una exigencia muda.

Se aleja con rapidez para buscar la cartera y, en cuanto regresa y se sienta sobre el colchón, se acaban las sutilezas. Dos segundos después de que se ponga el preservativo, me monto sobre él y me deslizo hacia abajo. Ambos alargamos un «aaah» en la boca del otro cuando por fin está dentro del todo. Pero la paciencia se nos escapa por el balcón y enseguida nos gana la urgencia. Sus dientes me atrapan la piel intentando marcarla y mis uñas hacen lo mismo con su espalda mientras nos movemos juntos. Los dedos tocan, pellizcan y aprisionan la carne. Los besos ahogan respiraciones entrecortadas. Son breves, intensos, hambrientos. Son todo y nada a la vez. Con una mano apoyada firmemente en mi cadera y la otra tirándome del pelo justo como me susurró que quería hacerme, Leo controla el ritmo de las embestidas. Pero yo le pido más. Más rápido. Más fuerte. Y me lo da. No hay suavidad, no hay delicadeza en la forma en que follamos, como si quisiéramos invadirnos el uno al otro.

El aire se vuelve espeso, se llena de jadeos, de humedad, de la sensación de estar a punto de caer al vacío y, aun así, seguimos empujándonos una y otra vez, hasta el borde.

Caigo yo primero y él se deja arrastrar a continuación con un gruñido.

Apenas distingo mi respiración de la suya cuando nos tumbamos en la cama, cansados y sudorosos. A Leo todavía le sobran fuerzas para darme un mordisco suave en el hombro antes de levantarse para ir al baño.

En cuanto cierra la puerta y el agua del grifo empieza a correr, me doy cuenta de que estoy sola por primera vez en toda la noche. Mi

respiración se va apaciguando y casi puedo oír el cambio de posición del interruptor que se activa en mi cabeza, ese clic que deja fluir mis pensamientos para que den vueltas sobre sí mismos y se retuerzan como los hilos de un ovillo de lana mal cuidado.

Me levanto, me pongo el camisón y salgo al balcón en busca de un poco de aire que no huela a lo que acabamos de hacer en la cama. El espacio es mínimo, apenas doy dos pasos hasta apoyar las manos en la barandilla de hierro forjado.

Leo se asoma unos minutos más tarde. Se coloca a mi altura, de espaldas a la barandilla. Se ha mojado el pelo y se lo ha echado hacia atrás. También se ha puesto los pantalones, así que va desnudo solo de cintura para arriba.

Se cruza de brazos y me observa mientras yo contemplo las luces de la estación de Atocha y el sonido agudo de una ambulancia se traga el ambiente relajado de la ciudad.

Me pregunto si será él o solo las circunstancias que nos rodean. No lo sé. El caso es que Leo me mira y no necesita más.

—Unos días antes de cumplir los diecisiete, le advertí a Ágata que no quería una fiesta de cumpleaños. Solo me apetecía quedarme en casa, ver películas y comer tarta de galletas y chocolate. Es mi favorita, mi madre solía hacerla. Bueno, cuando estaba bien —puntualizo, porque en realidad no fueron muchas veces—. Por supuesto no me hizo caso y organizó a mis espaldas una fiesta enorme en el jardín. Invitó a sus amigos y a un montón de chicas de mi clase con las que, o bien yo no me hablaba, o bien me hacían la vida imposible. Sabía que solo estaban allí para tener munición contra mí… También encargó una tarta carísima de tres pisos que ni siquiera era de chocolate. —Aprieto con fuerza las manos en torno a

la barandilla—. Pasé casi toda la tarde escondida en mi habitación mientras ella fumaba, bebía y reía. Y cuando todos se fueron, tuvimos una bronca tremenda porque yo era una desagradecida, según ella, y porque yo tenía clarísimo que la fiesta la había montado en su propio honor. —Niego con la cabeza mientras intento descoser ese recuerdo para añadirle un parche—. Ahora creo que lo que intentó fue darme lo que a ella le hubiera gustado tener a mi edad. Y lo hizo estando casi arruinada.

—Tú eso no lo sabías.

—Tampoco sabía que las personas que se suponía que debían quererla y protegerla la maltrataron. Desde el principio… No sé, supongo que arrastró eso durante toda su vida. Aunque sigue sin justificar lo que le hizo a mi madre. No entiendo cómo fue capaz de traicionarla así con mi padre. Y a Miguel también. Parecía que lo quería muchísimo. —Me pinzo el puente de la nariz durante unos segundos. Se avecina migraña, cosa que a mi cerebro no parece importarle, ya que no tiene intención de parar—. Lo echó de casa de un día para otro y se divorció. Siempre pensé que se le había ido la cabeza, pero… ¿Y si fue él? Miguel se portó casi como un padre conmigo, pero ya no puedo fiarme de lo que viví. ¿Y si también le hizo algo horrible?

—Es normal que te hagas todas esas preguntas, Malena. Pero tendrás las respuestas, te lo prometo.

—Joder, Leo —bufo—. ¿Y no puedes darme tú esas respuestas?

—Yo… —Por una vez se atasca, titubea, no sabe qué responder. Durante unos largos segundos parece sufrir un conflicto interno—. Lo siento, no puedo —resuelve al final, aunque parece casi forzado a empujar las palabras hacia fuera—. Solo soy un…

—Ya, ya. Eres un medio para un fin.

Chasquea la lengua.

—Empiezo a odiar esa puta frase.

—Es tarde, deberías irte.

—Malena, de verdad que no puedo —repite con impotencia—. Ágata es la que debe contártelo todo. Fue muy específica con los términos del acuerdo y…

—Lo sé, lo sé. —Lo freno alzando la mano—. No te digo que te vayas por eso.

—Entonces, ¿por qué me echas de tu habitación a las dos de la madrugada?

—Porque nunca duermo con nadie.

Porque es el único momento en el que bajo la guardia. Porque el pasado me alcanza de vez en cuando y me da pánico que Leo o cualquiera lo presencie. Pero como ya me he expuesto bastante y no tengo fuerzas para exorcizar mis demonios en una sola noche, le doy la versión oficial y para todos los públicos.

—Mery me llama Malena one-hit wonder. Ya sabes, como los cantantes que triunfan solo con una canción y nunca repiten el éxito. Soy una mujer de un solo éxito —declaro—. Sin pretensiones ni expectativas.

—Sin ilusiones tampoco, sin posibilidad de salir mal parada…

—No pongas palabras en mi boca.

—Preferiría mordértela, otra vez. —Al segundo menea la cabeza como si quisiera deshacerse de ese pensamiento—. Pero esta conversación me interesa demasiado. ¿Nunca ha habido nadie? Nadie importante, me refiero.

—Bueno, una vez estuve con un dermatólogo, y después de que nos acostáramos me advirtió de que debía revisarme un lunar sospecho de la teta izquierda. Fui al médico y me lo quitó de manera preventiva. Nunca volvimos a vernos, pero me alegro sinceramente de haberlo conocido.

Leo no responde, solo me mira con una seriedad de lo más inusual.

Ruedo los ojos y suspiro.

—Nunca he sido lo bastante feliz al lado de nadie como para haber terminado sufriendo por amor y con la sensación de haber perdido algo importante, si te refieres a eso. Sí que he tenido relaciones. Al principio la cosa funciona porque a los hombres les parezco distante y un poco inaccesible, y eso suele gustar. Supongo que os emociona todo ese asunto de la caza por algún rollo evolutivo o yo qué sé. Pero lo que los atrae al principio es justo lo que termina por alejarlos. Suelen considerarme fría.

—Eres de todo menos fría —defiende Leo.

Mi pareja más larga (siete meses y medio) discrepería. Cuando terminé la relación, el hombre en cuestión se despidió de mí con un «eres alérgica a las emociones, que te vaya bien».

—No digo que no pueda mantener una relación a largo plazo. Es solo que ahora mismo prefiero invertir mis energías en mi carrera en lugar de tener que explicarle a nadie por qué soy como soy y por qué no voy a cambiar. Al menos, no sustancialmente. Y si al final muero rodeada de gatos imaginarios, tampoco pasará nada.

—¿No pueden ser gatos de verdad? Hacen más compañía.

—Tengo alergia al pelo de gato. A lo mejor es mi cuerpo siendo sabio y no dándome ni siquiera la opción de cuidar de otro ser vivo.

—Podrías empezar con una planta e ir subiendo de nivel.

—Creo que no. Yo le hablaría y ella no podría responderme. Si me odiara, no tendría forma de saberlo y estaría condenándola a una relación infeliz de por vida. Demasiada presión.

Leo se echa a reír.

—Te hace gracia, pero si te cuento todo esto es porque no quiero que haya dudas ni malentendidos entre nosotros.

—Sinceridad ante todo.

Me encojo de hombros.

—Soy así y es mejor dejarlo claro.

—Vale, entonces yo también seré sincero. No creo que solo se trate de cómo eres, sino también de lo que una persona pueda despertarte y de lo que tú despiertes en ella. Quizá necesitas a alguien que se vuelva loco por ti. Sin condiciones, sin reservas, sin miedo a que lo destroces. Alguien que se esfuerce por hacerte reír y que, cuando no lo consiga en los días especialmente malos, te diga: «Vale, pues a la mierda, somos tú y yo contra el mundo». Quizá necesitas a alguien que se quede, Malena. A alguien al que le gusten tus flores y también tus espinas.

Resulta que a Leo se le da bien adornar las flechas con un lazo antes de lanzarlas con una puntería de lo más fina.

—¿Ese alguien vas a ser tú?

Ahora es él quien se encoge de hombros.

—No lo sé, la verdad. Ni sé qué va a pasar entre nosotros, pero digamos que estoy interesado en el puesto.

—Vas tú muy rápido.

—Porque me tienes en el tiempo de descuento y, como te llevo ventaja en eso de gustarnos, prefiero estar cerca de ti cuando te

atrevas a alcanzarme.

—Ay, Leo —suspiro y entro en la habitación. Él me sigue y levanta los brazos.

—¿Nada? ¿En serio? Reconoce que la frase ha sido buena.

—Reconozco que llevas media semana siendo de lo más persistente. Buenas noches.

Termina de vestirse con su tranquilidad habitual y unos tres años más tarde se va hacia la puerta.

—Puesto que vamos a hablar siempre con sinceridad y sin censura de lo que nos apetece, quiero que sepas que estoy deseando repetir muchos éxitos contigo. Buenas noches.

Una vez fuera de la habitación, no tarda ni cinco segundos en llamar con los nudillos.

—¿Qué? —respondo elevando la voz sin moverme del sitio.

—Te oigo sonreír a través de la puerta.

—Imposible.

—Ya, pero tengo razón —asegura el muy idiota antes de irse.

Y lo peor es que la tiene.

18

Un pantalón que no te encaja

—¿Qué opinas?

Sentada en el suelo del dormitorio de Ágata, aprieto los dientes con fuerza y espero a que Mery se pronuncie al otro lado del teléfono. El corazón me aporrea como si tuviera nudillos y mi pecho fuera la única puerta que lo separa de la libertad.

—Ya sé que se salen un poco de mi línea habitual —añado a su silencio mientras ella sigue mirando las fotos de los diseños que le he enviado—. Son más arriesgados.

—Totalmente.

—¿Y?

Anoche, después de que Leo se fuera de mi habitación, apenas pude dormir. Mi mente bullía y me dediqué a marear las sábanas durante toda la madrugada al ritmo de mis pensamientos. Y entre todo el caos mental, a las cinco y media de la mañana aparecieron colores. Naranja. Fucsia. Turquesa. La combinación que llevaba Ágata en la tercera cinta.

Me dio por pensar que yo habría elegido una distinta, y ese pensamiento provocó otro en el que surgieron más colores. No fue nada sutil. Sentí que Ágata me los arrojaba a la cara de golpe, como la clásica protagonista de peli levanta una copa de alcohol en la

barra de un bar para lanzársela al tipo con el que se había ilusionado y resultó ser un mamón casado.

La chispa se encendió y me empujó a salir de la cama. Me llevó a dar un paseo sin rumbo concreto por calles semidesiertas de Madrid, a ver salir el sol en la Puerta de Alcalá, a desayunar una palmera de chocolate tan grande como mi cabeza en un local que olía a café y a pan recién hecho y a esperar delante de una papelería a las nueve de la mañana para comprar un cuaderno de bocetos, lápices y rotuladores, con un hormigueo que hacía tiempo que no notaba bailándome en las puntas de mis dedos entumecidos.

Después, de camino a casa de Ágata, recogí la cuarta cinta y, nada más llegar aquí, me senté en el suelo de su dormitorio y me puse a dibujar. Mis dedos empezaron a correr más rápido que mis ideas, a moverse solos por el papel y no se detuvieron hasta hace media hora.

Son las seis de la tarde y aún sigo en el suelo, rodeada de bocetos. El dolor de cervicales a causa de la mala postura lo compensa el cosquilleo de mi estómago.

Un cosquilleo que empieza a transformarse en nudo mientras espero a que mi mejor amiga (o, más bien, mi socia en este caso concreto) me diga qué le parece mi propuesta y más que posible ida de pinza.

—Pues, a ver, yo tampoco soy experta en moda. Si no usara nuestra ropa por imagen de marca, iría por la vida vestida como Aladdín. Y la mía no deja de ser solo una opinión.

—Mery, por favor, di algo. Bien, mal, regular. Lo que sea. Si te parecen un bodrio, puedo aceptarlo también.

—¿Un bodrio? ¡Son todo lo contrario! —declara con entusiasmo—. Creo que es lo mejor que has diseñado en mucho tiempo. Estos bocetos son… Uf, no sé… Están tan llenos de…

—¿Color? Quizá se me ha ido la mano con el verde lima —sopeso mordiéndome la uña del pulgar.

—De vida. Están llenos de vida, Mal. Es como si vibraran tanto que fueran a salirse del papel.

Está siendo sincera. Mery nunca miente respecto al negocio, ni siquiera adorna un poco la realidad. Por muy amigas que seamos, resultaría contraproducente. En realidad, tampoco me oculta cosas en el terreno personal, ni yo a ella.

Solo hago una excepción al jurarle que me encantan sus espantosas albóndigas vegetarianas. Pero ¿qué le voy a decir? La pobre se pasa tres horas y media preparándolas.

La amistad va de eso, ¿no? Escoges a una persona a quien no estés forzada a querer por imperativo genético y evitas hacerle daño a toda costa. En el caso de Mery implica comerme dos platos de albóndigas con textura de corcho acompañadas de zanahorias que han sido ahogadas en moscatel y curri (y que sea mi colon el que sufra) y aguantarme las ganas de estrangularla por meter mi jersey de cachemira favorito en la lavadora y poner un programa de sábanas y toallas con centrifugado a todo lo que da.

No asesinarla en aquella ocasión fue un verdadero acto de amor. Hasta tenía un peine con cerdas especiales para ese jersey.

—La noche con el *toy boy* ha debido de ser brutal.

—No es un *toy boy*. Y se llama Leo.

—Se llama Leo —me imita exagerando mi tono serio—. ¿Lo estas defendiendo? Eso sí que es una novedad.

Ya me estoy arrepintiendo de haberle contado el desliz.

—No es ninguna novedad, solo uso su nombre.

—Los de la mayoría con los que te acuestas no los recuerdas al día siguiente, así que sí es una novedad.

—Claro que recuerdo sus nombres al día siguiente. Desde que hago sudokus no se me olvidan hasta pasada una semana por lo menos.

—Referirse a un tipo como «el del sábado» no cuenta. Y a lo que voy es que con Leo parece haber una relación de causa-efecto. Los últimos diseños que me enseñaste solo podríamos vendérselos a un aquelarre.

—Yo estaba pensando darles salida en alguna convención de *cosplayers* góticos y amantes de *Crepúsculo*.

—Lo importante es que buscabas inspiración y la has encontrado. Además, siempre es mejor conseguirla con el sexo a tener que incluir la cocaína en nuestro presupuesto anual. Porque Leo no te va a cobrar, ¿verdad?

Intenta picarme para que salte y así sonsacarme información, pero no lo va a conseguir.

—No sé si es inspiración como tal, pero sí que hay algo de ilusión en estos bocetos. Creía que la estaba perdiendo.

Percibo su sonrisa al otro lado del teléfono cuando dice:

—Me alegro mucho, Mal.

—Pero Leo no es la causa —puntualizo y levanto la mirada hacia el vestidor—. Me parece que tiene que ver más con Ágata.

—Aún mejor si es por ella. Y no lo digo por todo el dinero que vas a ganar. Aunque eso también me pone muy contenta.

Es la hippy más capitalista que he conocido.

—Bueno, tampoco lo celebremos tan pronto. Y ya veremos si la nueva línea funciona.

—Vale, pues hablemos de celebrar otra cosa. Te recuerdo que tu cumpleaños es pasado mañana.

Soy muy consciente de que el lunes cumpliré treinta y cinco años. Y si no fuera así, una clínica de fertilidad ya se ha encargado de recordármelo vía e-mail esta semana, ofreciéndose a regalarme una prueba de reserva ovárica.

—Creo que no me queda más remedio que pasarlo aquí.

Le explico a Mery mi intención de ver la cuarta cinta de Ágata esta tarde, lo que significa que me quedan otras cuatro. También debo seguir recogiendo sus cosas y pasar por una notaría para formalizar todo el asunto de la herencia si quiero poner la casa a la venta cuanto antes. De hecho, creo que voy a dormir aquí hasta que me vaya. Mi gasto en alojamiento y taxis se ha disparado, y resulta absurdo pudiendo utilizar una habitación de invitados. Además, ya he dejado de estremecerme cada vez que atravieso la entrada. Solo debo evitar el dormitorio de mi madre.

—Siento mucho no poder estar ahí contigo.

—No lo sientas, bastante trabajo estás haciendo ya.

—Pero el lunes es tu cumpleaños —insiste—, y es el primero que no vamos a pasar juntas en muchísimo tiempo.

—Podemos celebrarlo cuando vuelva.

—Vale, pero no te quedes ahí sin salir. Pasa el día con Leo.

—Hace dos días no querías ni que me acercara a él —le recuerdo.

—Hace dos días creía que era un gigoló que intentaba birlarte parte de tu herencia.

—Nos hemos acostado una vez y no va a repetirse.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no haces una excepción? En fin, yo soy vegetariana, pero si voy a un bar en Soria y me ponen delante unos torreznos, pues qué quieres qué te diga… Además, te gusta Leo y tú le gustas a él. Es así de simple.

—Hay un montón de pelis de Jennifer Aniston y Sandra Bullock llenas de malentendidos y situaciones embarazosas que contradicen tu argumento. Aparte, Leo no me habría mirado dos veces de no ser porque está loco por hacer el documental sobre Ágata.

Mery suelta un bufido y murmura *rubbish* entre dientes. O lo que es lo mismo, «chorradas».

—Mal, ¿te importaría decirle a Úrsula de mi parte que se calle? O al final sí que voy a tener que ir hasta allí y agarrarla de los pelos.

Se refiere a mi voz interna, la que suele susurrarme que no doy la talla en cualquier aspecto de mi vida y cuya frase favorita es: «Todo lo que puede salir mal, saldrá mal».

Mery la llama Úrsula, el peor nombre de «mala» que existe, según su opinión.

—En este caso, no estoy siendo pesimista, sino realista.

—Es cierto, porque para ser pesimista tendrías que creer que la vida te está quitando algo, pero es que ni siquiera te planteas merecer nada. Solo crees que las cosas buenas no están hechas para ti. A eso se le llama resignación.

Un rato después de colgar, esa palabra sigue resonando en mi cabeza. «Resignación». Es la que usó Ágata para definir la mentalidad de su madre. No conocí a mi abuela y sé que su vida no se asemejaba en nada a la mía, pero tal vez me parezco a ella en ese aspecto. Debería parecerme a alguien. No me identifico con el carácter de ninguno de mis padres y soy todo lo contrario a Ágata.

El sonido de la puerta de entrada abriéndose y cerrándose a continuación me distrae de ese pensamiento. Pego una voz al aire para avisar a Leo de dónde estoy. Escucho su caminar lento subiendo las escaleras y en cuanto aparece, en lugar de regalarme su sonrisa habitual, mira a mi alrededor y abre mucho los ojos.

—¿Ha explotado algo?

—Mi cabeza.

No duda en acercarse y sentarse a mi lado. Hoy lleva una camisa mostaza de manga corta y punto calado muy años setenta, pantalones capri azul marino y mocasines. Me encantaría meterme un poco con su estilo de abuelo italiano, pero la combinación resulta interesante.

—¿Puedo? —me pregunta señalando uno de los bocetos, un traje de chaqueta color escarlata.

—Sí.

Lo coge con delicadeza y lo mira con atención. Inclina la cabeza, arruga la frente, se muerde el labio y parece analizarlo como si tuviera delante un cuadro expresionista.

—¿Por qué quisiste ser diseñadora de moda? —me pregunta sin apartar la vista del papel.

—Siempre me gustó la idea de crear algo desde cero. De poder darle a un simple trozo de tela la forma que yo quiera y conseguir con ello que una mujer se sienta guapa o segura de sí misma. La moda puede parecer superficial, pero es capaz de resonar con el estado emocional. —Señalo mi propio boceto—. Un color dice mucho. Y también manda un mensaje. El rojo es uno de mis favoritos. Sigue siendo una declaración de poder, de confianza, de

rebeldía… Lo han usado reinas, prostitutas, mujeres acusadas de brujería y hasta líderes sufragistas como símbolo de liberación.

Leo posa el boceto en el suelo y me mira.

—Debe de ser una sensación increíble.

—¿Cuál?

—La de sentir pasión por algo y que se te dé tan alucinantemente bien.

Noto mis mejillas acalorarse y temo que se vuelvan del color de mi diseño.

—Gracias.

—Pero hay algo distinto respecto a tus diseños anteriores. Estos tienen más color. Son más… ¿divertidos? ¿Es un término apropiado en moda?

Arrugo la frente.

—¿Qué sabes tú de mis diseños anteriores?

—Malena & Co tiene web, blog, Twitter y una página en Facebook en la que apareces haciendo de modelo.

Me llevo el puño a los labios y con una tos disimulada lo llamo «acosador».

—Eh, que me estaba documentando. Al principio al menos. Sentía curiosidad por ti. —Sus ojos descienden hasta mi boca y se quedan ahí, enganchados—. Pero es que es difícil no quedarse embobado mirándote.

—¿Vas a cansarte en algún momento?

—¿Vas a aceptar que me gustas en algún momento?

Las dos cosas parecen poco probables.

—Leo… —expulso un suspiro hondo—, un pantalón, por mucho que tenga un determinado patrón, nunca le caerá de la misma forma

a dos personas. Hay mujeres que conseguirán estancarlo debajo de las costillas y a otras les resbalará hasta el hueso de la cadera. Pueden intentar arreglarlo o adaptarlo, pero hay una norma que debe cumplirse siempre, y es que hay que respetar la caída. No forzarla.

—Intuyo que la lección de moda viene acompañada de un mensaje.

—Estás intentando meterte en un pantalón que no te encaja.

Asiente con la cabeza y lo medita unos segundos.

—Tengo la solución —dice muy serio—. Nada de pantalones, ni tú ni yo. Vayamos siempre desnudos cuando estemos juntos y listo.

Me muerdo los carrillos para no sonreír y me pongo en pie. Él extiende los brazos con incredulidad, como si estuviera rechazando un viaje gratis al espacio o algo así.

No debería hacerme gracia lo infantil que es y el morro que tiene.

—Vamos a ver la cuarta cinta.

Mientras bajamos las escaleras me comenta que ha recibido llamadas de unos cuantos medios y un par de ofertas para acudir a programas de la tele para aclarar lo de nuestras fotos supuestamente comprometidas. Me avisa con cierta cautela y para que esté prevenida por si también se ponen en contacto contigo. Dado que yo no cuento con su encanto y don de gentes, sospecho que trata de evitar que los mande a la mierda. Pero se me va de la cabeza en cuanto llegamos al último escalón.

—Oye, ¿cómo has abierto la puerta?

—Ehm… —Aprieta los labios con gesto culpable—. Igual tengo una llave de repuesto.

—No, si al final voy a tener que denunciarte.

En la cuarta cinta, Ágata viste una camisa blanca de corte masculino y una falda larga satinada verde botella.

—Que se cambie de ropa cada vez, ¿no supone un problema para el montaje de tu documental? —le pregunto a Leo.

—Sí, pero cuando se lo insinué me hizo cenizas con la mirada —confiesa sentado a mi lado—. Primero, por ser tan idiota como para creer que ella ignoraría ese detalle; y segundo, porque nadie se atrevía a decirle a Ágata Belmonte lo que debía ponerse.

Yo sí. A mí me dejaba opinar. Incluso me hacía caso.

Cuando Leo empieza a hablar fuera de cámara, me doy cuenta de que se muestra cercano con Ágata, ayudándola a tirar del hilo, pero sin perder el tono profesional. Conmigo se comporta de manera muy distinta, aunque supongo que lo de correrno juntos ayer marcó también un antes y un después entre nosotros, por mucho que me esfuerce en ignorarlo.

—Se fue a México para alejarse de su primer marido, después de pagar a unos matones para que le dieran una paliza —recuerda.

—Mis mayores actos de justicia siempre los he llevado a cabo en silencio.

—¿Qué quiere decir?

Se pasa el dedo índice por la barbilla y niega con la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Aún no.

—Volvamos a México entonces… Fue el país que la descubrió realmente como actriz.

—Sí, y allí fui feliz de verdad. O todo lo feliz que puedes ser cuando estás en el mejor momento de tu vida y no lo sabes. Pero ¿cuándo lo sabes? —Hace una mueca—. A la felicidad casi siempre

llegamos tarde. La vivimos como un recuerdo, como algo que ya se nos ha escapado.

—Eso suena un poco triste.

—Hasta en los cuentos el amor nace en medio de algo triste —reflexiona—. En cualquier caso, en México no solo triunfé como actriz, también me enamoré por primera vez.

—Por curiosidad, ¿cuántas veces se ha enamorado?

—Dos. —Hace un aspaviento con la mano—. Ya lo sé, poquísimas para una estrella de mi calibre —bromea—. Una de ellas demasiado y la otra no lo suficiente.

—¿Cuál de las dos va a contar ahora?

Suspira.

—La que me cuesta un poco menos.

19

CUARTA CINTA

Decidí olvidarme de Eduardo en cuanto sobrevolamos el Atlántico. El compromiso del matrimonio no valía nada para mí, porque se basaba en un concepto rancio y equivocado. Aceptar a una persona en un momento determinado no significa cargar con ella el resto de tu vida, sino darle el espacio que se gana cada día. Y Eduardo no merecía ocupar en la mía ni el tamaño de una triste pelusa.

Por desgracia, mi recién estrenada cuenta bancaria (la primera que podía abrir por mí misma) no iba a ser capaz de desprenderse de mi marido, puesto que el divorcio no se contemplaba en 1959. Sería el hilo que no podría cortar, el precio a pagar, literalmente, por mi libertad condicional. Luis y yo acordamos enviarle cada mes una parte del dinero que esperaba ganar. Al menos me ahorraba presenciar cómo se lo gastaba en alcohol y apuestas.

El día que aterrizamos en Ciudad de México hacía calor y el cielo estaba muy cerrado. Su color gris me hizo recordar Ferrol y eché de menos a mi madre y a mi hermana. Se me hizo un nudo en la garganta y me entraron ganas de llorar, pero a la vez me apetecía reír. Estaba entusiasmada y aterrada. Al fin y al cabo, todas las cosas que merecen la pena en la vida se construyen con esa mezcla de ilusión y miedo.

También me sentía deslumbrada. Luis estalló en carcajadas al ver mi expresión atónita ante las columnas macizas, los arcos gigantes y las lámparas resplandecientes del vestíbulo del hotel donde nos alojamos los primeros días. Aquello era un maldito palacio y, salvo yo, ningún huésped parecía darse cuenta.

No es que fuera una paleta, conocía el lujo, había cantado para él cada noche, pero nunca lo había sentido como algo propio. De hecho, seguía sin hacerlo.

—¿Estás seguro de que podemos quedarnos aquí? —le susurré a Luis en la recepción, sintiéndome casi como una ladrona a la que iban a detener en cualquier momento.

—Tengo buenos amigos —me aseguró—. Y con todo lo que vas a trabajar, podrás pagar esto y mucho más.

Nada más deshacer el equipaje, resistí la tentación de echarme sobre las sábanas más blancas y mejor planchadas que había visto nunca, cogí el ascensor y me aventuré a explorar el hotel como quien visita un museo. Contaba con restaurantes de alta cocina, salones de baile, casino, spa y unos baños de vapor que tuve la urgente necesidad de probar y de los que salí tambaleándome veinte minutos después, casi al borde del desmayo. Porque, además de estar deslumbrada, en el fondo sí era un poco paleta.

Comenzamos a movernos al día siguiente. Luis era el primer interesado en que las cosas me fueran bien. Había abandonado a otros clientes por acompañarme en aquella aventura. Lo cierto es que su fe en mi talento siempre fue incuestionable. Su ética, ya no tanto.

El poder de una recomendación valía más que diez pruebas de casting, por lo que se ocupó de presentarme a un montón de gente:

directores, guionistas, actores, escritores, artistas en general, tanto mexicanos como españoles exiliados a los que México había acogido como hijos propios. En 1959, la época de oro del cine mexicano estaba llegando a su fin, pero todavía daba sus últimos coletazos, de los que yo supe aprovecharme.

Enseguida participé en dos producciones, lo que me permitió alquilar una casa y hacerme con mi primer papel protagonista a finales de aquel mismo año. En *La hija del olvido* me metí en la piel de una huérfana que había crecido bajo el cuidado de una estricta monja y descubría que, en realidad, procedía de una familia aristocrática y destrozada durante la Revolución mexicana.

Mi interpretación fue descrita como «soberbia, una exhibición salvaje de intensidad emocional y autenticidad». En cuanto a notoriedad, tampoco me venía mal ser un bellezón que volvía loca a la prensa. Los laureles cinematográficos, eso sí, se los llevaría Pedro Hernández, el actor que hacía de mi padre, al ganar el Oso de Plata en el Festival Internacional de Cine de Berlín. No obstante, aquel melodrama supuso un gran éxito de taquilla y crítica, y su estreno, todo un acontecimiento.

Aquella noche, al llegar al cine Alameda y contemplar mi cara en el cartel de la marquesina enmarcada por luces brillantes, tuve que esforzarme mucho por no echarme a llorar. Habría sido un desastre para mi maquillaje y también para la imagen que queríamos proyectar. Unos minutos antes, Luis me había dado un consejo en la limusina:

—Dale a tu público algo que desear, pero nunca se lo entregues del todo. De esa forma los tendrás y ellos no te tendrán a ti.

—Me estás enseñando a comportarme como una diva —me reí mientras me retocaba los labios.

—Esto va a ser grande, Ágata. Te estoy enseñando a protegerte.

En cuanto puse un pie en la alfombra, los flases de las cámaras empezaron a revolotear, creando un resplandor constante. Los fotógrafos gritaban: «¡Ágata! ¡Ágata! ¡Aquí! ¡Mira aquí!». Luis se hizo a un lado, dejándome brillar en solitario, y una multitud de fanáticos agitaban las manos detrás de las barreras para saludarme y conseguir un autógrafo. Después, al entrar en el cine, me recibió un techo pintado de azul sobre el que se proyectaban estrellas y nubes que parecían moverse. Los gritos fueron sustituidos por el murmullo enérgico de los invitados: el equipo de la película, celebridades, críticos de cine, parte de la prensa y una larga lista de *socialités*. Todos me aplaudieron con entusiasmo al llegar.

Levanté la barbilla y sentí que crecía, que me hacía gigante y podía tocar las estrellas de aquel techo con los dedos. Ni siquiera las drogas (y probé muchas a lo largo de mi vida) fueron capaces nunca de provocarme semejante euforia.

Ágata Belmonte acababa de asomar la patita en el panorama cinematográfico mexicano, y la lucía de manera espectacular con un vestido rubí de corte sirena un tanto escandaloso. Podría haberme cambiado el apellido que Julio me dio, pero en aquel momento seguía inspirándome cierto temor, incluso a casi diez mil kilómetros de distancia. Para cuando ese miedo desapareció, mi nombre ya era demasiado grande. Yo lo hice grande, como un día le prometí.

La hija del olvido me sirvió como trampolín para empezar a competir en las ligas mayores. Aquella película llamó a otra y me brindó la oportunidad de trabajar en *El último tren a Veracruz*,

ganadora del Globo de Oro a la mejor película extranjera en 1961. Así fue como pisé la alfombra roja de Hollywood por primera vez.

A partir de entonces no hubo marcha atrás. Me subí a una noria sin freno, sin paradas intermedias, siempre girando. Actuaba a la vez que iba aprendiendo el oficio y trabajaba jornadas de dieciséis horas, desde el amanecer hasta bien entrada la noche. No me molestaba. Adoraba meterme en mis personajes. Los sufría, los peleaba, los lloraba y los cantaba cuando la ocasión lo requería. Siempre fui maleable en ese aspecto. Puede que en el único.

México me puso a prueba de manera constante, me agotó físicamente y me curtió como actriz. Así y todo, la vida allí me parecía más fácil que nunca, más justa y amable conmigo. Todo el mundo a mi alrededor lo era. Las chicas me paraban por la calle con emoción y vergüenza para pedirme autógrafos. Ya no solo no las pasaba canutas para comer, sino que podía permitirme mesa en los mejores restaurantes. Al principio, miraba los precios de los platos con lupa, pero la casa se empeñaba en invitarme casi siempre.

—Hay que joderse —le dije un día entre risas a Luis, saliendo de su brazo de uno de esos restaurantes con un par de tequilas de más —. Tener dinero por fin y que ni te dejen sacar la cartera.

Me mudé a una casa más grande en la colonia Roma, cerca de otros actores y artistas que había conocido y ya consideraba amigos. Podía moverme libremente de un sitio a otro, a cafés, librerías, teatros y clubes. No solo se me consentía divertirme, sino que yo resultaba divertida, y siempre había alguien disponible para salir a bailar por las noches.

La vida me sonreía de verdad y necesitaba compartirlo con la persona que más quería. Por eso llamé por teléfono a Isabel y le

pedí que viniera a visitarme. Habíamos discutido la posibilidad unas cuantas veces en los tres años que llevaba viviendo en México, pero a ella le daba mucho reparo viajar y temía perderse por el camino. Le prometí que pagaría sus billetes de tren y avión y que contrataría a alguien para que la acompañara durante todo el viaje si hacía falta.

—Tú te has vuelto loca. No puedes gastarte tanto dinero.

—Sí que puedo, soy una actriz famosa.

—Lo sé, aquí la gente ya habla de ti y todo.

—Y también soy rica —añadí con un tono exagerado que la hizo reír—. Bueno, no lo soy, aún. Pero puedo pagarte el viaje. Anda, ven a verme —le supliqué.

—No puedo, Asun. Acabo de empezar aquí —me recordó bajando la voz para que nadie la oyera.

Isa había entrado como interna en una nueva casa, ya que el matrimonio para el que había trabajado casi seis años se había mudado a Francia.

—Puedo hablar con tu jefe y…

—¡No! —exclamo tan fuerte que aparté el teléfono de la oreja un instante—. Por favor, no. No sería nada apropiado.

—Podrías venir y trabajar conmigo, ¿sabes? No tienes por qué seguir limpiando la basura de los demás.

No respondió al comentario, aunque le dolió. Fue injusto por mi parte. Su trabajo era tan digno como el de cualquiera, pero mi vida había cambiado para mejor y quería que mi hermana se viese beneficiada.

—¿Qué voy a hacer yo en México?

—Te enseñaré a cantar rancheras y formaremos un dúo musical. Yo me cambiaré el nombre a Lupita y tú serás María Fernanda. Así que ¡órale, manita! ¡Vente p'acá!

Se rio. Me encantaba escuchar su risa. Era dulce, suave y poco habitual.

—No te preocupes por mí. Estoy bien, de verdad, Asun. Creo que me he enamorado —añadió tan bajito que tuve que pedirle que me lo repitiera—. Ya te contaré, ahora tengo que irme.

—De eso nada. ¡Ni se te ocurra dejarme así!

—Por aquí no —susurró—. Te enviaré una carta contándotelo todo, te lo prometo.

—Más te vale.

Al colgar, sentí una mezcla rara de alegría y preocupación. A mis ojos, Isa seguía siendo una niña. Aunque el amor era algo bueno. En teoría. Yo no podía opinar ni guiarla en ese sentido. Desde Eduardo, no había vuelto a acostarme con nadie, y eso que se me presentaban oportunidades a diario. Pero no me seducía la idea de cuatro empujones bruscos y dolorosos.

Tenía más que suficiente con estar cumpliendo mi sueño, y resultaba lo bastante grande como para ocupar el otro lado de la cama. Para mí, ser actriz significaba haber encontrado los zapatos más bonitos y cómodos del mundo, una combinación casi imposible. La vida real casi me parecía sosa en comparación.

Al menos, hasta que yo también me enamoré.

Alfonso Mendoza era actor y uno de los cantantes más conocidos y laureados de México. Nos enamoramos en *El rey de la cumbia y*

fuimos tan convincentes en nuestros papeles que la prensa del país dio por válido nuestro romance en la vida real. Nunca ocurrió, yo seguía legalmente casada (para mi desgracia) y además no estaba por la labor. Él, todavía menos. A Alfonso le atraían los hombres, me lo confesó una noche en que bebimos demasiado mezcal. La resaca fue tan gorda que me vi en la obligación de preguntarle al día siguiente si lo había soñado. Me respondió echándose a llorar.

Alfonso vivía su profesión con tanta pasión como miedo a que se esfumara. Por eso la exprimía al máximo. Si no estaba rodando películas, se dedicaba a viajar con su orquesta por toda América. A principios de 1963 me invitó un fin de semana a Nueva York para verlo cantar. Me pareció una idea fantástica; no había disfrutado de tres días libres seguidos en casi cuatro años, y Luis no puso pegas. Además, me acompañaría; era una oportunidad para relacionarnos y hacer nuevos contactos.

El club Ipanema se encontraba pegado a Broadway, su decoración era de estilo tropical, en tonos rojos, verdes y amarillos, y en su menú podías encontrar desde *filet mignon* a arroz con frijoles. Mi cena consistió en una ensalada aquella noche (gajes del oficio) y mi mánager se metió entre pecho y espalda la langosta más grande del Atlántico.

Íbamos por nuestro segundo whisky sour cuando Alfonso salió a cantar. Sonreí nada más ver a mi amigo. Ojos pequeños, cara redonda, bigote delgado y unas buenas entradas. No era guapo hasta que se subía a un escenario. Allí se convertía en un galán mexicano que arrancaba aplausos, lágrimas y chillidos entre el público femenino.

Cuando me llamó en mitad de la actuación y un gran foco me iluminó, supe que mi noche tranquila se había terminado. Cantamos juntos «Cien años» y después el público nos pidió otra más. Al final, fueron cinco y al bajar del escenario me dediqué a sonreír y a hablar con todos aquellos que querían conocerme o incluso contratarme.

Entre todas las personas que conocí aquella noche había un chico llamado Tom Conrad. Metro ochenta o un poco más. Me sacaba un par de cabezas. Pelo rubio y corto, pecas en la nariz, mandíbula fuerte y unos ojos azules que resaltaban como faros en la oscuridad del club.

Dios, qué guapo era. Guapísimo.

Sin embargo, no fue eso lo que más llamó mi atención, sino sus mejillas. Se pusieron coloradas de un modo adorable cuando se plantó delante de mí (tras esperar su turno un buen rato) para felicitarme por la actuación y confesarme que, a pesar de no haber entendido ni una palabra de mis canciones, tampoco lo había necesitado. Se remangó la camisa y me enseñó la piel de gallina de su brazo y los pelitos rubios levantados.

En ese momento agradecí en silencio llevar cuatro años estudiando inglés y ser capaz de defenderme en su idioma. En realidad lo había aprendido por insistencia de Luis. Hollywood era el gran objetivo. «De soñar, soñar a lo grande», decía.

Seguí hablando con Tom en el club y después alargamos la conversación fuera de él. El amanecer nos pilló dando un largo paseo por la ciudad. Lo besé yo a él primero, empujada por los nervios de mi estómago, con el vaho escapándose de mis labios por el frío y con el miedo de que también se nos escapara el poco tiempo que teníamos. Él me devolvió el beso estrechándome por la

cintura, igual que en las películas. Aunque lo sentí muy diferente de mis besos en la ficción. De hecho, sentí, como tal, por primera vez.

Cancelé mis planes de visitar la ciudad aquella mañana. Nueva York no se iba a mover de su sitio y Tom y yo tampoco. Pasamos el fin de semana en mi habitación de hotel. Nos besamos hasta que se nos hincharon los labios y también nos acostamos. Y tuve mi primer orgasmo. Varios en realidad. Al final de uno hasta grité *I love New York!*

Los dos días pasaron demasiado rápido, como todas las cosas buenas, y debíamos decirnos adiós. Pero yo necesitaba más tiempo con Tom. Más de todo con él. Lo besé en la puerta para retenerlo. Lo besé como solo se puede besar a los veinticinco años, como si te dejaras la vida en ello y, a continuación, le solté sin pensar que se viniera conmigo a México. Era una locura, pero no del todo. Tom era freelance, trabajaba como cronista de viajes y escribía para un par de revistas estadounidenses importantes. Podía pasar un tiempo allí, mientras que yo no tenía forma de esquivar mis compromisos; comenzaba un rodaje tres días más tarde. Y yo le presentaría a gente con la que también podría trabajar, le aseguré.

Contuve el aliento tras darle mis argumentos. Los latidos me palpitaban tan fuerte en los oídos que temí no ser capaz de escuchar su respuesta.

—No soy nadie importante, Ágata —pronunció mi nombre de esa forma que me volvía loca, marcando mucho la t, y me cogió las manos—. Pero todo lo que soy es tuyo, si lo quieres.

El rubor alcanzó sus mejillas y no tuve más remedio que volver a besarlo.

Cuando nos presentamos juntos en el aeropuerto, a Luis no le hizo ninguna gracia.

—En primer lugar, porque no lo conoces de nada; y, en segundo, porque sigues legalmente casada. Puede traerte problemas.

Sus palabras me resbalaron por primera vez y le pedí que le comprara un billete. Es lo que tiene el amor incipiente, te mete en una burbuja insonorizada donde solo caben dos.

Tom se vino a vivir conmigo y nuestra locura se asentó de la mejor forma posible. Resultó ser un hombre maravilloso que me llamaba baby (si me lo hubiera dicho en español, habría salido corriendo, pero en inglés sonaba de lo más sexy), me decía lo guapa que era y me animaba a vestirme como me diera la real gana. Acudía a los eventos importantes conmigo, pero se mantenía por iniciativa propia en un discreto segundo plano. Y me miraba como si yo fuera el aire que necesitaba para respirar. Me han mirado muchas veces, pero nunca nadie como él.

A veces, el idioma provocaba algún fallo de comunicación entre nosotros, pero aprendimos a entendernos también con la piel. Sobre todo, con la piel.

Con Tom hice el amor por primera vez y descubrí que el sexo no tenía por qué ser egoísta. Me proporcionó placer por el mero hecho de hacerme sentir bien y sin llevarse nada a cambio. Me ayudó a dejar de sentir pudor, a reconocer lo que me gustaba y lo que no, a marcar mis límites y a entender que mi cuerpo no era un instrumento al servicio de nadie.

—¿Te ha gustado? —me preguntó acostado a mi lado una de tantas madrugadas. Acababa de guiarme solo con su voz para que me acariciara.

—Sí, mucho —dije con la respiración aún entrecortada por los últimos coletazos de mi orgasmo—. Aunque creo que has cometido un error.

Me mordí el labio y él me miró a medio camino entre la confusión y la preocupación.

—Me has enseñado tan bien que creo que ya no te necesito para nada.

Entrecerró los ojos cuando me reí y se abalanzó como un león para demostrarme lo contrario.

La felicidad nos duró un año y dos meses. Hasta que los problemas de la vida real se presentaron a desayunar un domingo en la cocina. A Tom empezaba a preocuparle lo de llevar un tiempo sin trabajar. Mi fama seguía aumentando y ganaba más que suficiente para los dos, así que le quité importancia mientras me bebía el café y leía una revista.

—Ya encontrarás algo.

Dejó salir un suspiro denso.

—El problema es que no puedo escribir sobre viajes sin viajar.

Su argumento era sólido y me hizo levantar la mirada y posar la taza en la mesa.

—¿Quieres irte? —le pregunté sin rodeos.

Me miró con esos ojos azules transparentes y preciosos.

—Quiero irme, pero contigo. ¿Por qué no nos vamos juntos? Hemos pasado un año aquí. Pasemos otro viajando —me propuso.

Se levantó de la silla y volvió al cabo de veinte segundos con un mapa. Lo desplegó sobre la mesa tras apartar el desayuno y me mostró emocionado los países que quería visitar. Los había marcado en rojo y había hecho algunas anotaciones. Por supuesto, el

itinerario estaba abierto y quería que yo añadiera los sitios que me apetecía conocer. También cabía la posibilidad de comprarnos un coche y recorrer Europa por carretera. Francia, Italia, Suiza… Se moría de ganas, se le notaba en la voz. Aquella no era una decisión apresurada. Debía de llevar meses dándole vueltas. Aquel día, sencillamente había reunido el valor suficiente para contármela.

—Es perfecto, de verdad que sí. Pero no puedo irme un año.

—¿Por qué no? Mereces disfrutar de la vida. Te lo has ganado, Ágata.

Había rodado trece películas en México y grabado dos discos. Todo lo había disfrutado muchísimo, pero estaba agotada. Y resultaba fácil dejarse llevar por Tom. Era como el suave vaivén de una barca a merced de una marea tranquila. Una marea que no hacía daño y que te abrazaba por las noches.

—Un año, y luego volvemos —le advertí.

Saltó de la silla para darme un beso y así sellamos el trato.

Cuando me reuní con Luis en su casa un par de semanas después para contarle mis planes, iba preparada para una discusión acalorada, pero no me dio esa opción. Se limitó a servirme un whisky en el sofá, se sentó frente a mí, tan vestido de negro que parecía fundirse con el cuero de su sillón, encendió un cigarrillo y me dijo:

—Te quieren en Hollywood.

—¿Qué?

—Les encantas y llevo meses negociando con un par de estudios. No te dije nada porque no quería que te hicieras ilusiones antes de tiempo, pero te ofrecen una película que ya suena para los Oscar sin haberse rodado siquiera.

Levanté mi vaso y bebí un trago tan largo que me quemó la garganta, y casi no me salió la voz cuando pregunté:

—¿No podemos esperar un poco?

Se rio con incredulidad.

—¿Quieres hacer esperar a Hollywood?

—Solo unos meses.

Doce, aunque no quise especificar.

—Si el problema es Tom, que vaya contigo.

—No, no quiere volver a Estados Unidos.

Luis se tomó su tiempo, dio una calada larga al cigarrillo, tragó parte del humo y dejó salir el resto con una calma inquietante.

—No consentiste ni que tu marido te dijera lo que tenías que hacer con tu vida. Lamento que eso haya cambiado con Tom.

—No debo hacer lo que Tom quiere, pero sí lo que quieres tú —respondí a la defensiva—. No sabía que te pagaba para eso.

—A mí no me pagas por decirte lo que quieres oír, sino lo que debes. Y antes de que tomes una decisión tan importante respecto a tu futuro, deberías tener algo en cuenta.

Apagó el cigarro y se levantó para abrir un cajón de una mesita y sacar un montón de cartas. Las había escrito Eduardo. Reconocí su letra nerviosa al momento. En ellas afirmaba que sabía todo lo que estaba haciendo y amenazaba con denunciarme si no le enviaba más dinero. No necesitó emplear sus dotes periodísticas para averiguarlo. Por lo visto, mi relación con Tom había cruzado el charco y las revistas españolas hablaban de ella, así como de todos los amoríos que se me adjudicaban con los coprotagonistas de mis películas.

—Te advertí que fueras más discreta —añadió mi mánager.

—¿Y qué? Pues que me denuncie —declaré envalentonada—. No puede hacerme nada desde España.

México se había posicionado en contra del régimen franquista y no tenía ningún interés en colaborar con sus procedimientos judiciales. Unos cuantos exiliados republicanos amigos míos daban fe de ello.

—Es verdad, Eduardo no puede hacerte nada aquí, pero, si te denuncia, tú no podrás volver a pisar España. Ni ver a tu hermana.

El alcohol que me había tomado me bajó de golpe hasta los pies y me mareé un poco.

Luis se sentó a mi lado y me ofreció la solución. *Su* solución.

La nulidad matrimonial. Él buscaría los contactos adecuados y en un año o dos como mucho la conseguiríamos. Mientras, tendría que seguir trabajando. Estábamos en 1964, la época dorada del cine mexicano había llegado a su fin y Hollywood era el destino ideal. Lo que siempre había soñado.

—Eres una estrella, Ágata. Pero podrías ser inmortal —dijo con solemnidad como si hubiera ensayado previamente la frase—. O puedes jugarte toda tu carrera por un hombre.

«¿Quién quiere ser inmortal en la mente de unos desconocidos? ¿Qué más da que te recuerden cuando ya estás muerta? Lo que importa es el ahora».

Es lo que iba a responder, pero aquellas palabras sonaban prestadas. Sonaban a algo que diría Tom. Yo no era él. Y Luis me conocía demasiado bien. «Quien nace para martillo, del cielo le caen los clavos», que habría dicho mi madre.

No solo me encantaba ser actriz, también todo lo que conllevaba. La atención, la fama, las fiestas y el dinero. Me había criado con una cartilla de racionamiento y me aterraba la idea de volver a ser pobre.

Deseaba volver a casa convertida en una estrella y pisar con mis tacones sobre el dicho aquel que afirmaba que nadie es profeta en su tierra. Y, por supuesto, la idea de no volver a ver a mi hermana también quedaba descartada.

De vuelta a casa empecé a autoconvencerme de que Tom y yo solo teníamos sentido en un contexto determinado. Fuera de allí y de nuestra burbuja no íbamos a funcionar y, al final, me quedaría sin nada. Estaba enamorada de él, sí. Eso nunca me lo negaría. Pero enamorarse implica un punto de locura, de no pensar, de dejarse llevar. En cambio, querer es mucho más permanente. Implica voluntad y decisión. Yo tomé la mía una semana más tarde. Iba a ser una estrella de Hollywood.

Lloré al contárselo a Tom y ni siquiera fui capaz de despedirlo en el aeropuerto cuando se marchó, pocos días después.

—Adiós, Ágata —me dijo en la puerta con los ojos brillantes, tratando de aguantarse las lágrimas.

—Adiós, Tom.

Me dio un beso en la mejilla que me supo a poco y ya. Nuestro final fue tan precipitado como nuestro inicio. No hubo despedidas de película ni le hice promesas que no iba a ser capaz de cumplir, porque los «para siempre», por bonitos que suenen, son una cárcel.

Al menos, nunca nos mentimos.

Tampoco volvimos a vernos.

Él se marchó a recorrer el mundo y yo me fui a Hollywood.

Y mi sueño no tardó en convertirse en una pesadilla.

20

Dejarlo salir

—Ha sido la cinta más corta.

Una risa incrédula se escapa de mi garganta y Leo me mira con curiosidad.

—¿Y?

—Se supone que fue el momento más feliz de su vida y es la cinta más corta. Ni siquiera enamorarse fue suficiente para ella. Prefirió casarse con la fama y el dinero. Lo suyo era enfermizo.

—No seas tan dura —me pide Leo—. Es más fácil opinar cuando se conoce el final de una historia. Ágata tomó su decisión y vivió con ella. Creí que tú la entenderías mejor que nadie.

—¿Yo? ¿A santo de qué?

—Antepuso su carrera. Igual que tú, ¿no? —Mi gesto de estupor debe de ser muy evidente, ya que se incorpora en la butaca y se apresura a matizar—: No digo que sea algo malo. Solo que probablemente tú habrías hecho lo mismo que ella. Os parecéis en ese aspecto.

Me paso la mano por la parte posterior del cuello y estoy tentada de palparme con los dedos para buscar la anilla de seguridad que Leo acaba de arrancarme de un tirón.

—Que hayamos echado un polvo no significa que me conozcas.

—Me baso en lo que hemos hablado. Porque hemos hablado, y mucho. No nos reduzcas al sexo —replica molesto.

Me levanto de la butaca y él también.

—No tengo nada que ver con Ágata. Yo no utilizo a las personas, no les hago sentir especiales para luego darles la espalda. No tengo familia porque ella me la quitó, pero si la tuviera… Si yo tuviera una sobrina o una hija, jamás la trataría como ella me trató a mí. —Leo abre la boca para responder, pero tengo más que decir—. Nunca le gritaría «no te soporto» o «estoy harta de ti». No la llamaría «niñata desagradecida» porque no quisiera saltarse un examen para ir de compras un miércoles ni le haría pensar que es lo peor que me ha pasado en la vida. Porque así era tu querida Ágata en las distancias cortas. No vuelvas a compararme con ella.

Salgo de la sala y me dirijo al salón, el cual dejé ayer empantanado de cajas a medio llenar. Los pies me van solos y empiezo a recoger cosas sin pensar ni seguir un orden concreto. Sé que no hago nada productivo, solo muevo figuritas de una caja a otra mientras las manos me hormiguean, pero lo necesito. Si me quedo quieta, el pasado encontrará una ranura por la que colarse y empezaré a llorar.

Leo entra en el salón y se queda parado a una distancia prudencial. No lo miro, aunque siento el peso de sus ojos sobre mí.

—Está claro que no me parezco a Ágata —me giro hacia él con un cenicero en la mano—, porque mi salida dramática no ha debido de ser lo bastante dramática y no ha servido para que te largues.

—Hay algo que tengo que contarte… —Se pasa el pulgar por la ceja, un gesto que solo le sale cuando se pone nervioso—. Así no es

como me imaginaba diciéndote esto, pero si lo retraso más va a ser peor.

—¿Contarme el qué?

Me dedica media sonrisa forzada. Me tenso y dejo el cenicero en la caja que tengo más a mano. Pesa demasiado de repente.

—Puede que no sea del todo objetivo con la parte de la historia en la que Ágata deja a Tom, porque me alegro de que lo hiciera. —Arrugo la frente sin comprender—. Si se hubiera ido con él, no solo se habrían hecho infelices el uno al otro. Yo me habría perdido al mejor abuelo del mundo.

—¿Qué? —digo con apenas un hilo de voz.

Da un paso hacia delante y yo doy otro hacia atrás de forma instintiva, por lo que se lo piensa mejor y decide quedarse donde está.

—Tom salió de casa de tu tía en 1964 e hizo lo que tenía planeado, se fue a recorrer el mundo. Tres años después, en una de sus muchas paradas, llegó a Cerdeña. Allí conoció a mi abuela Sofia y se enamoraron. Ella se había quedado viuda muy joven y tenía un hijo adolescente, mi padre. Tom se quedó a vivir con ellos y ya nunca más se han separado. Para mí y para mis hermanas siempre ha sido nuestro abuelo, sin distinción de sangre. Yo solía pasar los veranos en Cerdeña con él poniendo a punto el Duetto, y después me llevaba de excursión por la Costa Esmeralda. —Sonríe, esta vez de verdad—. Era mi momento favorito del año.

Cojo aire y proceso sus palabras mientras lo dejo salir. Es demasiada información, pero he entendido lo básico.

—Me has mentido y has organizado todo esto ocultándome quién eres.

—No te he mentido, estaba esperando el momento adecuado para hablarte de ello.

Lo fulmino con la mirada.

—No voy a molestarme en discutir sobre la inexistente línea que separa mentir de ocultar información.

—Vale —levanta las palmas de las manos con extrema precaución —, pero si me dejas explicártelo…

—Tengo bastante con lo que sé. Vete, Leo.

Le doy la espalda y sigo moviendo las cosas de sitio. Demos gracias que las figuritas decorativas que compraba Ágata eran de buena calidad.

—Malena, puedes desquitarte conmigo, pero eso no cambia el hecho de que es con ella con quien estás enfadada. Y no solo por lo que te hizo, también por morirse. Porque no está aquí para discutir y pelear contigo. Creo que parte de la rabia que sientes hacia tu tía es duelo.

La palabra se posa en mi mente, pero no termina de acomodarse. Pasé el duelo por mis padres. Incluso lo sentí así con Miguel, porque se fue de un día para otro y no volví a verlo. Pero ni siquiera me había planteado el duelo por Ágata.

Tampoco estoy lista para hacerlo, así que lo ignoro.

Leo se va y yo me quedo con un montón de cajas.

Al día siguiente, me despierto como si me hubiera atropellado de forma lenta y dolorosa el camión de la basura. No dormir por segunda noche consecutiva me ha provocado migraña mañanera y un malestar corporal generalizado. Siento que aquí el tiempo

discurre más lento de lo normal y a la vez la información que recibo de las cintas de Ágata (y fuera de ellas) me bombardea tan rápido que no soy capaz de asimilarla.

Estoy exhausta y no me apetece salir de casa, pero Roma me ha invitado a desayunar y no quiero hacerle un feo. Saco las fuerzas justas para arrastrarme hasta la ducha, vestirme y coger un taxi hasta el Ritz.

En cuanto llego al rinconcito apartado de la terraza donde se encuentra Roma, la saludo y me siento frente a ella. Aunque sería más preciso decir que me derrumbo como una participante resacosa de *Jersey Shore*, sin rastro de la elegancia que caracteriza a mi acompañante, vestida con una blusa de lunares en organza de seda y un pantalón blanco de tiro alto. Hoy la peluca toca de color negro azulado.

Me quito las gafas de sol y, a pesar de que estamos resguardadas gracias a una pérgola, la claridad del verano me atraviesa las pupilas sin piedad. El camarero se acerca enseguida y le pido un café bien cargado en la taza más grande que tengan. Pedir comida estaría de más, ya que sobre la mesa se despliega un festín. Cruasanes, pastas de mantequilla, pastelitos, sándwiches, fruta y té. Todo sin tocar.

Roma no ha probado bocado, solo se dedica a pellizcar un pan brioche y a darle los trocitos a su mascota a través de la jaula.

—¿Te traes el loro a desayunar? ¿Eso se puede hacer?

—Yo sí —afirma dejando claro su estatus de estrella—. Clark Gable siempre viene conmigo al brunch. Le encanta. Y lo aprovecha más que yo.

Aparta los ojos del loro y, en cuanto aparezco en su campo de visión, arruga la nariz. Se pone sus gafas con montura de mariposa,

que lleva colgadas del cuello con una cadenita negra y dorada con el inconfundible logo de Chanel, para examinarme con atención.

—Niña, ¿por qué traes tan mala cara?

—Ágata —me limito a gruñir.

Hace un gesto de comprensión.

—Esa mujer es capaz de andar jodiendo incluso desde la tumba.

El comentario me hace gracia y atenúa la tensión que llevo incrustada en los hombros.

El camarero aparece con mi café XXL y casi me sale un puchero al darle las gracias. Lo pruebo sin esperar. Está caliente y rico, lo cual es una novedad, y me asienta un poco el estómago. No obstante, la sensación agradable se desvanece cuando mi cerebro ralentizado hace las conexiones necesarias y recuerdo lo que quiero preguntarle a Roma.

—¿Tú sabías que Leo Peretti es el nieto de Tom? —El movimiento rápido de sus cejas la delata. Es buena actriz, pero no tan hábil como lo era Ágata para poner cara de póker—. Pues claro que sí. Soy la última imbécil en enterarse de todo.

Un pinchazo me atraviesa la frente y hago una mueca de dolor. Me aprieto el puente de la nariz para mitigarlo, pero no funciona. Saco un ibuprofeno del bolso y le doy un mordisco desganado a un cruasán antes de tomármelo.

Roma llama al camarero, quien se acerca con una sonrisa.

—Llévala con Claudio, hazme el favor. Que le haga un completo.

—¿Cómo dices? —respondo, por no mencionar que eso ha sonado fatal.

—Claudio es mi masajista y tú lo necesitas hoy más que yo.

—Si es tan amable de acompañarme, señorita —me pide el camarero.

—De verdad que no hace falta.

—¿Me vas a rechazar un regalo?

Pensaba hacerlo, sí, pero la mismísima Roma Dávalos me mira como si hubiera ofendido a toda su línea de sangre, y el camarero sigue aquí, parado y estoico a lo Kevin Costner, mientras que yo empiezo a parecer una Whitney Houston caprichosa y malhumorada.

Me levanto semiobligada y voy con él. Cruzamos la planta baja del hotel y me acompaña hasta la entrada del spa. Allí intercambia un par de frases escuetas con la chica de recepción, que asiente y me dedica una sonrisa. Nada más darme la bienvenida, me entrega una toalla y me hace pasar a una habitación decorada en tonos claros que huele a eucalipto. Me pide que me desvista y me tumbe en la camilla. Antes de irse, me avisa de que Claudio llegará en cinco minutos.

Cinco minutos exactos después Claudio entra en la sala. Posee una voz tan suave que suena somnolienta, como si estuviera hasta arriba de fluoxetina. Sin embargo, sus ojos verdes son muy vivos y sus manos de lo más enérgicas. Me da un masaje de la cabeza a los pies y, de vez en cuando, me informa de lo que está haciendo. Habla sobre tejidos profundos, drenaje, hidratación y no sé qué más. Me da igual siempre que no pare, porque empiezo a creer que es posible morir del gusto y resucitar.

Una hora y media más tarde regreso a la terraza sin dolor de cabeza y con la sensación de que voy flotando un par de centímetros sobre el suelo.

Roma sigue en su mesa, acompañada esta vez de sushi, ostras y champán.

—¿Qué? —me dice con una sonrisa cómplice antes de darle un trago a su copa burbujeante.

—Ha sido una maravilla —admito tomando asiento—. Me estoy planteando pedirle matrimonio a Claudio.

—Lo siento, ya está comprometido conmigo. Tendrás que esperar a que yo la palme.

Me río. Me gusta su sentido del humor oscuro.

—Gracias, Roma. Lo necesitaba. Aunque me sabe mal no pagártelo —añado.

—Me lo pagas con haberte quitado esa cara de muerta viviente. Hay que disfrutar, Malena, tanto como se pueda. —Levanta la copa en el aire—. No hagas como yo, que pasé media vida a dieta para caber en los vestidos y, ahora que no me hace falta, tengo el azúcar demasiado alto. Siempre habrá algo robándonos la alegría. No lo consientas.

—A veces hablas como ella.

—¿Y eso sigue siendo igual de malo que la semana pasada?

Posa la copa en la mesa, se echa hacia atrás en la silla y entrelaza los dedos con elegancia. Yo tengo que conformarme con retorcerlos nerviosa mientras me observa.

—La quería, aunque ahora no lo parezca. Y la admiraba. Había momentos en los que era maravillosa, divertida y conseguía hacerme sentir el centro del universo. Pasábamos horas y horas en su habitación cuando mi madre no estaba disponible y mi padre… No tengo ni idea de dónde estaba mi padre —admito con una mueca—. Pero cuando nos quedamos solas empezó a beber más de la cuenta,

a darme malas contestaciones y a pelear conmigo cada vez que nos cruzábamos por casa.

—Cuando bebía era una zorra de cuidado —resume Roma con exactitud.

—Los días que se emborrachaba y tomaba pastillas se quedaba tan grogui que yo entraba en su habitación en mitad de la noche para asegurarme de que seguía respirando. A veces, la encontraba en el baño y me tocaba asearla y meterla en la cama. —Roma chasquea la lengua con disgusto, y eso que no entro en detalles—. Otros días se levantaba bien y daba la sensación de que todo iba a mejorar. Pero no duraba. Siempre volvíamos a lo mismo… A Ágata se le daba fenomenal darte su magia y después quitártela de golpe. Creo que eso era lo peor. La incertidumbre. No saber a qué atenerme con ella. Se convirtió en una montaña rusa, pero sin la parte divertida. Y yo empecé a enfadarme, a insultarla. Yo… —La voz se me quiebra, la garganta me arde y las lágrimas brotan sin avisar —. Me convertí en alguien horrible también.

Cierro los ojos con fuerza y me llevo las manos a la cara. Como si quedarme a oscuras pudiera apagarme también la mente. Y las emociones. Es inútil, claro. Como un río negándose a entrar en el mar.

—Malena… —La voz de Roma me llega unos segundos después.

Me aparta las manos despacio y me limpia las lágrimas con delicadeza mientras yo sorbo por la nariz.

—Perdón.

—Jamás te disculpes por sentir.

Llorar siempre me ha dado miedo. Tengo la sensación de que, si empiezo, ya no podré parar. Como le ocurría a mi madre. Aunque, a

diferencia de ella, después de soltar lastre me siento algo mejor. Menos pesada.

Cuando consigo calmarme del todo, Roma me cuenta su versión de esa única vez que Ágata y ella trabajaron juntas. Fue en *La fiera de Triana*. He visto esa película muchas veces.

—Una tarde, durante el rodaje, yo estaba en uno de los camerinos con Ricardo Molina. Me había pedido que ensayáramos una secuencia, pero él no tenía ninguna intención de trabajar. —Se remueve incómoda en la silla—. Intentó besarme, aunque la escena no lo requería. Me negué y se puso aún más insistente. Me tenía acorralada contra la pared cuando entró tu tía. Te prometo que hasta los ojos le cambiaron de color cuando nos vio. Lo echó casi a patadas de allí mientras él se reía y le decía que era una histérica. —Niega con la cabeza, asqueada—. A las mujeres siempre se nos acusa de locas, pero eso es porque históricamente hemos tenido que gritar para hacernos escuchar.

—Ágata le dio un bofetón en la película. ¡No estaba en el guion! —recuerdo de golpe y casi salto del asiento—. Se lo dio por ti.

—Sí, fue al día siguiente. Y con aquel bofetón se hizo aún más famosa. En cambio, yo me había quedado paralizada ante Ricardo.

—Tú no tuviste ninguna culpa, Roma. El cerdo fue él.

—Ya, pero el silencio suele ser cómplice de la tragedia. Me faltó valor para plantarle cara. Y eso que no era más que un retaco de metro y medio, un acomplejado que usaba un cajón en sus escenas para parecer tan alto como sus compañeros. —Sonríe con malicia—. Debería haberle dado las gracias a Ágata por aquello, pero solo le dije, de muy malas maneras, que no volviera a meterse en mi vida. En aquel momento estaba asustada. Pensé que podría buscarme

problemas con Ricardo y ganarme reputación de problemática. No era la primera vez que él acusaba a alguna actriz de ello. El muy gilipollas no fue buen actor ni en sus mejores tiempos, pero tenía poder.

—¡Gilipollas! ¡Gilipollas! —repite Clark Gable.

—Tu tía me cogió manía a partir de entonces. Y yo también a ella. Aunque lo mío no era más que envidia. Y la envidia es terrible, porque te hace odiar dos veces, a la otra persona y a ti misma, al creer que no eres lo bastante buena en comparación… Hasta me molestaba verla en las fiestas con Miguel. Tan radiante. Tan feliz. A mí nunca me interesaron mucho los hombres. Ni tampoco las mujeres. Ni siquiera necesité el sexo. —Coge la copa, le pega un buen trago y cuando termina expulsa el aire por la boca con fuerza —. Sienta bien decirlo en voz alta. Cuando era un mito sexual no podía.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Nunca se lo has contado a nadie?

—Solo a Ágata. Era mi confidente y yo la suya. Sabíamos tantas cosas la una de la otra que teníamos garantizada la destrucción mutua si abríamos la boca.

—¿Y cómo llegasteis a ese punto? —le pregunto con más curiosidad que nunca.

Echa la vista hacia arriba y suspira.

—Empezó hace trece años —recuerda—. Una noche fui a verla cantar al teatro. Le costaba mantener el tipo y casi se cayó del escenario un par de veces. No solo había bebido, también se la veía agotada. Ágata siempre supo transformar el dolor en arte, pero eso no lo era. Era un esperpento. Fui hasta su camerino tras la actuación

diciéndome que me tocaba a mí ayudarla. Aunque no quisiera. Y créeme, no quería. Me llamó de todo, y yo a ella también. Le resbaló hasta que le solté que era patética y una vergüenza como artista. Eso sí le dolió. Una semana después me la llevé a una clínica en California.

—Tú conseguiste que se rehabilitara.

—No, eso lo hizo ella. Solo una misma es capaz de curarse. Y lleva mucho tiempo. Por eso está bien tener a alguien dispuesto a ponerse delante de ti, que sirva de escudo mientras tú haces lo que tienes que hacer para volver a estar bien. Yo fui el escudo de Ágata. —Se encoge de hombros—. Las veces que fue necesario.

—Siempre pensaba en lo mucho que me hacía falta que ella estuviera bien para mí, pero no me planteé que también me necesitara.

—Tu tía era alcohólica, adicta a los ansiolíticos y llevaba años arrastrando una depresión. No podía encargarse de ti, ni siquiera podía encargarse de sí misma. Pero no era tu responsabilidad, no cargues ahora con eso.

—Tú lo hiciste.

—Yo era adulta y podía manejarlo. Tú eras una niña que pagó los errores de los adultos con su infancia.

—Podía haberme llamado. Al final, me refiero…

—¿Habrías venido?

Empujo la lengua para pronunciar un «sí». Parece sencillo, pero titubeo. No estoy segura.

—No quiso que tuvieras que enfrentarte a esa decisión. Escogió por ti para no darte la posibilidad de sentirte culpable después. No

quería que te pesara nada más respecto a ella. Y esto ya es suposición mía, pero creo que se negaba a que la vieras tan débil.

—Era muy orgullosa.

—Oh, terrible.

—Yo también.

Ladea la cabeza y me mira con algo que se parece mucho al cariño y hace que me entren ganas de llorar otra vez.

—Malena, no pasa nada por querer a tu tía por algunas cosas, como tampoco pasa nada por odiarla por otras.

Es así. Es exactamente así. Soy un péndulo que oscila todo el tiempo entre el amor y el odio, incapaz de posarse en ninguno de los dos.

—Una parte de mí se niega a sentir compasión por ella. Otra parte quiere prender fuego a los hijos de puta que le hicieron daño. Y todavía no sé qué parte va a ganar.

—Bueno…, pronto lo sabrás.

21

Una explicación lo bastante convincente

Me siento mejor. El masaje por cortesía de Roma y la siesta de tres horas que me he echado por la tarde han contribuido. El relajado ambiente nocturno también ayuda. Estoy sentada en el borde de la piscina, algo embobada contemplando el balanceo de mis pies sumergidos en el agua. En el jardín no se oye ni un ruido, así que solo estoy yo y el murmullo suave de los chorros de agua acompañando mis latidos tranquilos. A mi lado, una copa de vino blanco afrutado y un libro que, en solo cincuenta páginas, me ha recordado lo mucho que me gusta leer.

Haber convivido con el exceso me ha hecho rechazar el alcohol por sistema, pero esta tarde en el supermercado he metido una botella de vino en la cesta, pensando que ser tan radical tampoco me está llevando por el mejor de los caminos. Disfrutar de una copa de vez en cuando no va a hacerme daño.

Solo hay una cosa que enrarece el ambiente esta noche. A mí, más bien. Es un obstáculo a mi tranquilidad. Y no es pequeño, mide casi metro noventa, me ha mentido y acaba de aparecer en el jardín.

No dice nada cuando llega a mi altura. Se quita los zapatos, se toma su tiempo para recogerse los bajos del pantalón como si fuera un pescador y se sienta a mi lado para meter los pies en el agua. Ha

entrado con la llave que no debería tener, aunque esta vez he sido yo quien le ha enviado un mensaje pidiéndole que nos viéramos aquí.

Hace menos de una semana quería huir lo más lejos posible de Leo y ahora… Ahora necesito saber si hay una explicación lo bastante convincente como para que deje de sentirme idiota por haber empezado a confiar en él.

—Mi padre me ha dado un montón de consejos sobre cine a lo largo de mi vida, pero solo uno sobre el amor: «Nunca te vayas enfadado a la cama». Ayer lo hice y fue una mierda. He dormido de pena.

Me lo creo, la declaración viene acompañada de unas ojeras evidentes.

—Es un buen consejo.

—Lleva treinta y cinco años con mi madre.

—Pero no se aplica a nosotros. Lo nuestro no es amor.

—Malena, sabes que hay algo flotando entre tú y yo.

—Puede ser cualquier tipo de residuo orgánico. Aún no sé cómo se limpia esta piscina.

—Algo que aún no tiene forma, pero que podría tenerla si te dejas llevar. Si es amor o no, el tiempo dará la razón a uno de los dos. —Se inclina un poco hacia mí y me inunda la calidez de su olor—. Aunque ya te aviso de que nunca he tenido tantas ganas de tener razón.

Me mira con esos ojos entrecerrados y la conexión con mi cuerpo es automática. Un aleteo se desata en mi interior. Ni siquiera puedo escudarme en mi colon irritable. Sé reconocer la sensación de

mariposas en el estómago, aunque no la haya experimentado nunca tan fuerte como en este instante.

Me gusta Leo. Me gusta demasiado. Sin embargo, la realidad encuentra la forma de imponerse.

—Las mentiras no son la mejor base para una relación.

Deja caer la cabeza hacia delante con un suspiro cansado.

—Quería decírtelo desde el principio, y he estado a punto de saltarme el acuerdo varias veces. Pero, para empezar, tú no sabías ni que Tom existía y ya estabas lo bastante abrumada con todo el tema de las cintas. No quería enredarlo más. —Se pasa la mano por el pelo con frustración—. Pensé que hablar contigo después de que vieras la cuarta cinta era lo más lógico. No creí que su historia te afectaría tanto.

—Pero me dijiste que a Ágata la conociste por casualidad. Venga ya, Leo. —Chasqueo la lengua—. Sí me engañaste. ¿A ella también?

Alza las cejas ante la pregunta, pero enseguida se desploman, pasando de la sorpresa al desencanto.

—No soy tan maquiavélico como crees. Mi abuelo y yo siempre hemos hablado mucho. De viajes, de cine, de chicas… Hace años me contó que cuando era joven se había enamorado de Ágata Belmonte y ella de él. En aquel momento ni se me pasó por la cabeza la idea de hacer un documental. A finales del año pasado coincidí con tu tía en el estreno de una película. No te engañé, fue casualidad. Una casualidad no tan extraña dadas nuestras profesiones —argumenta —. Cuando la vi, me pudo la curiosidad y me acerqué a hablar con ella. Pero te juro que fue Ágata la que me propuso grabar el documental.

—¿Le explicaste quién eras?

—Esa misma noche, aunque fue del todo innecesario. Supo quién era yo en cuanto le dije mi apellido. Supongo que por eso me eligió a mí. Está claro que por mi talento no iba a ser —admite con una sonrisa amarga—. Tu tía no había hablado con mi abuelo en más de cuarenta años, pero estaba al tanto de su vida. Sabía que se casó con mi abuela y que tuvieron otros dos hijos aparte de mi padre.

—Ágata nunca quiso hijos.

—Él sí. Él quería formar una familia grande. Una familia grande, ruidosa y metomentodo.

Inspiro y me lleno los pulmones del aire veraniego, que huele a cloro y hierba, y lo dejo salir hasta desinflarme.

—¿Sabes cuando te dan una explicación coherente a tu enfado, pero te has cocinado en rabia durante tantos años que no estás preparada para que se vaya del todo? ¿Conoces esa sensación?

—No.

Me río. Menuda suerte la suya.

—Sé que no podías hablar por el dichoso acuerdo y lo entiendo. Es solo que me hubiera gustado que me lo dijeras de todos modos.

—Lo sé. Y lo siento.

O es un actor espectacular o dice la verdad.

—Ágata me dejó esas cintas porque quería contármelo todo después de tantos años, pero no está aquí para discutir y pelear conmigo. Tenías razón. También estoy enfadada con ella por morirse. —Y por mal que suene, tras admitirlo siento el pecho un poco más ligero—. Perdona por haberlo pagado contigo. No fui justa, pero eras el único que estaba aquí. El único que sigue aquí.

Asiente conforme.

—Aunque te enfades conmigo o con el mundo, voy a seguir apareciendo, Malena. No voy a asustarme ni a salir corriendo.

—Igual deberías.

—No voy a hacerlo, porque creo que sería una pena.

—¿El qué?

—No vivirnos.

Mis mariposas se vuelven locas por dentro, baten las alas como si tuvieran quince años y estuvieran en el puto concierto de sus vidas. Por fuera, me limito a apartar la vista de Leo y fijarla en el agua.

—Tom y Ágata… —reconduzco la conversación porque es lo único que se me ocurre y además tengo curiosidad—. ¿Nunca volvieron a hablar?

—Sí, después de que yo le contara a mi abuelo que estaba enferma. Con su permiso —me aclara antes de que me dé tiempo a abrir la boca—. La llamó por teléfono.

—Al menos se despidieron.

—Siento que tú no pudieras.

—Supongo que lo estamos haciendo ahora. A nuestra retorcida manera… ¿Te quedas a ver la quinta cinta conmigo?

—¿Estás segura de que quieres verla ahora?

—Sí.

Es él quien no parece nada convencido.

—Me miras con cara de «nuestra tregua es aún demasiado frágil y me da miedo que acabes tirándome a la cabeza alguna figurita de porcelana si te vuelves a cabrear».

—Te equivocas, estaba pensando en el cenicero con pinchos de cristal. Creo que sería más de tu estilo.

—Venga, vamos a verla. —Le doy un codazo suave—. No puede ser peor que imaginarme a mi tía gritando *I love New York* durante un orgasmo con tu abuelo.

—¡Joder! —Se echa las manos a la cara—. Había borrado eso de mi mente.

—De eso nada, querido. Si va a perseguirme el resto de mi vida, a ti también.

Aparta las manos y me mira arqueando una ceja.

—Yo no me la imagino gritando *I love New York*, sino cantándolo. Al estilo copla.

—Estás enfermo.

—Cierto. —Sonríe burlón—. Menos mal que aun así te gusto.

—¿Se arrepintió en algún momento de dejar a Tom?

Es lo primero que pregunta Leo en la quinta cinta. Directo, sin anestesia.

Ágata toma una pequeña bocanada de aire, la que le permiten sus pulmones, y se coloca una mano en el corazón. Lleva un vestido de estampado floral multicolor de Carolina Herrera. Su rostro luce pálido en comparación. No es un buen día. Supongo que ninguno lo era ya.

—El amor solo es fácil cuando no te hace renunciar a nada —declara—. Decir adiós a Tom fue una de las decisiones más difíciles de mi vida. Era un hombre excepcional. Sincero, leal, cariñoso. No son cualidades que abunden y estoy segura de que sigue conservándolas. —Le dedica a Leo una sonrisa muy breve fuera de cámara—. Habríamos sido muy felices juntos. Durante un tiempo —puntualiza—. Tom era sencillo, en el mejor de los sentidos, y yo

complicada en el peor. Además, no hubiera podido darle lo que quería. A mí el reloj biológico nunca me hizo tictac. El único que me interesaba era el Rolex con incrustaciones de diamantes que pude comprarme tras mi tercera película en Hollywood. Y ni siquiera le hacía mucho caso. Siempre he llegado tarde a las fiestas —comenta como si fuera algo irremediable—. He sido egoísta muchas veces, pero no con Tom. Tiene la vida que siempre soñó, así que no. No me arrepiento.

Los ojos le brillan un poco cuando termina. Imagino que a Leo sus palabras le han afectado un poco también, ya que tarda unos segundos en retomar la conversación y necesita aclararse la garganta.

—Pasemos a Hollywood —dice por fin, dando por cerrado el capítulo de su abuelo—. Allí trabajó muchísimo y se consagró definitivamente como estrella.

—México fueron unas vacaciones en comparación con Los Ángeles. Rodé diecisiete películas. Podrían haber sido dieciocho, pero rechacé ser chica Bond.

—¿Por qué?

—Yo no había nacido para ser «la mujer de», así que tampoco tenía intención de ser la chica de nadie. Aquel papel no era para una actriz, sino para un maniquí.

—Ha dicho que su sueño de conquistar Hollywood acabó convirtiéndose en una pesadilla. ¿Qué pasó?

—Pasó que me habían controlado durante una década. Primero mi padrino y después mi marido y mi mánager. No quería que nadie más lo hiciera. Así que me volví incontrolable.

22

QUINA CINTA

Luis caminaba de un lado a otro del salón. Estaba hablándome de mi siguiente casting mientras que yo solo podía sujetar el cigarro y mirar con una mueca de desdén el mueble pegado a la pared, compuesto por módulos de madera que podías adquirir por separado para configurarlo como quisieras. Era lo que me había explicado el agente inmobiliario cinco meses atrás, antes de alquilarle el apartamento en West Hollywood. El salón, decorado con líneas simples y orgánicas, buscaba la eficiencia del espacio. Así lo describió. O eso creía haber entendido, hablaba demasiado rápido.

Lo único que tenía claro es que yo jamás habría escogido aquellos muebles anodinos y producidos en serie, como la mesa de café estilo escandinavo o las famosas sillas Eames con respaldo curvado del comedor. Incluso las paredes resultaban sosas, por mucho que el sol californiano entrara a raudales por las ventanas.

Iba a ser algo temporal, hasta que un estudio de los grandes me ofreciera un contrato a largo plazo y mi carrera terminara de despegar. Tampoco es que fuera un mal sitio para vivir. El apartamento estaba situado en una buena zona de Los Ángeles, plagada de restaurantes y clubes de jazz. Contaba con dos dormitorios amplios y una cocina abierta y espaciosa que casi nunca

utilizaba. El bloque disponía de conserje y mis vecinos eran músicos, escritores y artistas en general. No de los fumados que se morían de hambre, sino de los fumados que comían en restaurantes con aparcacoches y discutían apasionadamente sobre derechos civiles. Uno de ellos estaba obsesionado con Bob Dylan y se pasaba el día, guitarra en mano, canturreando sus temas en la terraza. Estar harta de «Blowin' in the Wind» podría haberse considerado el peor de mis males en aquel momento.

El problema no era mi vecino, ni tampoco los muebles, sino que echaba de menos mi casita de Ciudad de México. La primera que sentí como un verdadero hogar. Aquella en la que había pintado cada habitación de un tono: rojo, verde, azul, amarillo. Eran los colores de un autorretrato de Frida Kahlo que me encantaba.

Echaba de menos a mis amigos, que me parasen por la calle para pedirme autógrafos y el simple hecho de dar un paseo por la ciudad. En Los Ángeles siempre necesitabas coger el coche para moverte de un sitio a otro, cruzando autopistas infernales en el proceso. Cada vez que me presentaba a una audición, Luis insistía en recogerme tres horas antes, por si acaso.

Mi mánager me llamó la atención cuando la ceniza de mi cigarro aterrizó sobre el brazo del sofá, también modular y de patas de acero estrechísimas que parecían desafiar a la gravedad. Le pegué unos cuantos manotazos, pero ya era tarde, había agujereado el tapizado rosa palo. También echaba de menos mi antiguo sofá. Solía recostarme en el extremo y Tom se tumbaba sobre mi regazo con los ojos cerrados. Era su forma de pedirme que le acariciase el pelo.

Suspiré a la vez que apagaba el cigarro en el cenicero y cogí el vaso de whisky, que también descansaba sobre una mesa horrenda

en forma de riñón.

—Céntrate un poco —me pidió Luis—, mañana tienes una prueba. Y recuerda que el alcohol engorda.

Con esa última frase me entraron ganas de empujarlo por el balcón. No para matarlo, solo para que cayera de cabeza a la piscina y se remojara un poco las ideas. Volví a recostarme en el sofá con el vaso en la mano e hice tintinear los hielos contra el cristal.

—Recuérdame tú a mí para qué papel es la prueba de mañana. ¿Inmigrante ilegal o camarera también ilegal? —apunté con mala baba.

Para ser justa, también estaba el de chica pobre enamorada de chico rico de ojos azules, pero solía ser una extensión de los anteriores.

Aquella historia de que Hollywood me adoraba había sido una pequeña exageración narrativa por parte de Luis, aunque él siempre lo negaría. Nos mudamos a Los Ángeles sin ninguna oferta en firme y nos tocó volver a trabajar mucho. Gracias a mi currículum y a que él no paraba de rondar los despachos de los estudios, conseguimos asegurarme un papel pequeño en una película grande y unas cuantas pruebas con directores de casting.

Así y todo, mis opciones se veían limitadas. Los latinoamericanos, asiáticos, afroamericanos y europeos que vivían en Los Ángeles terminaban siendo una mera anécdota en Hollywood. Cuando se trataba de conseguir un papel, yo no era lo bastante blanca para el estándar estadounidense, así que mis posibilidades interpretativas se reducían a mexicana, puertorriqueña o italiana, casi siempre deslenguada y gritona.

—Te prometo que llegará el momento en el que podrás comportarte como una diva insufrible, pero para eso te faltan unas cuantas películas. Y mejorar el acento.

—Por supuesto. Como usted diga, señor… *Of course. As you wish, sir*—repetí en inglés con una reverencia y un acento que bien podría haber sido manchego, solo por molestar.

Luis resopló y pronunció mi nombre como lo haría un padre frustrado.

—Es diferente a como lo imaginaba —me quejé, por no reconocer que muchas veces me sentía perdida y un poco tonta—. Y aquí nadie se molesta en intentar entenderme. No es como con…

El nombre de Tom se posó en la punta de mi lengua, pero lo eché hacia atrás y me lo tragué. Solo pensar en él hacía que me doliera el estómago, y con eso solo sufría yo. No tenía ni idea de dónde estaba. Para Luis ya ni siquiera existía.

En cualquier caso, aquella tarde lo veía todo negro porque estaba de mal humor. Había discutido con Isabel por teléfono apenas una hora antes. Llevábamos cinco años sin vernos y seguía negándose a visitarme. Para rematar, mantenía una relación secreta con el hijo de los dueños de la casa donde trabajaba. Según la información que manejaba Luis, Germán era un niño bien que, a pesar de no haber conseguido terminar la carrera de Económicas, se dedicaba a montar y desmontar negocios con el dinero de papá. Aun sin conocerlo, no me gustaba un pelo. Temía por mi hermana y por el cuento que se había montado en la cabeza. Aquello iba a terminar mal y yo no podría estar a su lado cuando eso pasara. Viajar a España seguía siendo un problema y todavía no teníamos noticias de la anulación de mi matrimonio con Eduardo.

—Te irás adaptando —me aseguró mi mánager, dando el tema por zanjado—. El viernes estamos invitados a una fiesta. Es la mejor oportunidad para hacer contactos, así que ve ensayando esa sonrisa tan bonita que tienes cuando quieres.

No fue una fiesta; fueron muchas. Largas, ruidosas y muy exclusivas. Celebradas en mansiones estilo mediterráneo de Beverly Hills y en otras más modernas de Malibú, con enormes puertas correderas de cristal y vistas al océano. Para encontrar una, bastaba con seguir el rastro de los Rolls-Royce, Cadillacs y Mercedes que terminaban estacionados de manera desordenada a la entrada y alrededores.

Una vez en el interior no faltaban música, alcohol, drogas y habitaciones en las que los asistentes daban rienda suelta a toda aquella idea del amor libre. Esas fiestas representaban un micromundo único, donde las barreras sociales caían más rápido que los pantalones. Actores, directores y productores de alfombra roja se mezclaban con artistas emergentes, músicos, bohemios rebeldes, hippies y todo tipo de aspirantes a actores y actrices, quienes merecían estar allí solo por haber conseguido burlar la seguridad a la entrada y colarse.

Las conversaciones solían girar en torno a si era mejor Palm Springs o La Jolla para adquirir una segunda propiedad o sobre qué actor le había puesto los cuernos a su esposa con la actriz de turno con la que compartía plano. Por supuesto, muchos acudían por el mero placer de beber y bailar, descalzos o en ropa interior. Y de paso, participaban en alguna que otra orgía.

Todo estaba permitido en las fiestas del mundo del cine, excepto las cámaras.

A Luis le encantaba el dinero tanto como a mí, pero era un alma solitaria que prefería disfrutar de su Bowmore 12 años en ambientes más tranquilos. Solo acudía a las fiestas para hacer contactos y jamás bebía mientras trabajaba. No quería que el alcohol le nublara la mente. Todo dependía de cómo contaras tu historia. «La narrativa lo es todo», aseguraba.

Frente a los productores y a cualquier interesado en escucharle, mi mánager resaltaba mis dotes de actuación junto con mi habilidad para cantar y lo mucho que había triunfado en el mercado mexicano. En cuanto a mis atributos físicos, no gastaba saliva en destacar mis rasgos mediterráneos ni mis ojos de gata. El tiempo era oro, más en Hollywood que en cualquier otro lugar, así que simplemente me resumía con un «*Look at her,* mírala».

La noche de fin de año de 1964 la pasamos en casa de Jackie Goldstein, jefazo de uno los estudios más grandes y prestigiosos del país. Imperial Pictures era una de las Big Five, es decir, una de las cinco productoras que acaparaba el noventa por ciento de la cuota del mercado cinematográfico.

La mansión de Goldstein se alzaba en las colinas de Hollywood, entre palmeras y vegetación exuberante, y las vistas dominaban toda la ciudad, al igual que su dueño. Las malas lenguas aseguraban que la casa disponía de veinticinco habitaciones, algunas de ellas mazmorras secretas. Los muebles del salón llevaban la huella de un decorador de interiores y probablemente no había nada en ellos que representara al señor Goldstein, a excepción de su talonario.

Grandes sofás en colores chillones se agrupaban en torno a una mesa de cóctel de cristal. En un rincón había una barra de bar con asientos giratorios y un piano de cola nuevo, que más pronto que

tarde serviría de cama para los primeros borrachos. Las paredes estaban plagadas de cuadros de arte pop y el centro de la sala lo protagonizaba una escultura abstracta de metal que parecía sacada de un vertedero, pero cuyo coste equivalía al presupuesto de una película de serie B.

Que la fiesta se celebrara en casa de Jackie Goldstein no implicaba que el anfitrión se encontrara disponible. O que lo fuéramos a encontrar siquiera. Moverse por allí era como nadar a contracorriente en un mar de esmóquines, vestidos de lentejuelas y gorros de fiesta. Una banda femenina formada por tres mujeres negras con vestidos dorados cantaba «Baby Love» al lado de la ventana, subida a una pequeña plataforma. El ambiente estaba cargado con una mezcla de sudor, perfume y tabaco, y en el aire flotaba la neblina blanca de la marihuana.

La música, las risas y los niveles de embriaguez ya estaban por todo lo alto desde primera hora de la noche. Como no parecía el momento apropiado para conversaciones de negocios, Luis optó por retirarse. A mí no me apetecía inaugurar sola el nuevo año y me quedé. Un tipo con barba me besó al dar las doce. La boca le sabía a chicle de menta e hizo que se me revolviera el estómago. Me olvidé de él con ayuda de varios martinis.

Bebí, fumé, bailé durante toda la noche y tuve que soportar que un pintor pesadísimo me persiguiera por toda la casa, intentando que posara desnuda para él y así poder retratarme como la diosa Venus que era. En algún momento, me perdí por el jardín. Iba medio entonada y aquello parecía la jungla. Fui a parar a una casita de invitados, donde la fiesta se había vuelto mucho más privada.

Sentado en uno de los sofás del salón vi a Roy Barlow, un actor joven y guapo, armado con esa mezcla contradictoria de intensidad y apatía que volvía locas a todas. Era una de las grandes promesas de Hollywood en aquel momento. A su lado, otro actor conocido, Ethan Reyes. De ascendencia cubana y ojos negros como la noche, estaba encasillado en papeles de delincuente. En un sillón aparte se encontraba el verdadero protagonista, el que financiaba todo aquello. Jackie Goldstein era un tipo menudo, con el pelo negro peinado hacia atrás, una nariz grande y unos mofletes abultados como los de una ardilla. Bastante menos atractivo que sus acompañantes, habría pasado desapercibido de no ser por el intenso olor a tierra y especias que desprendía su puro.

Yo lo reconocí gracias al maniático controlador de mi mánager, quien guardaba como oro en paño una especie de álbum con las fotos y nombres de todos los que eran considerados alguien en Hollywood. Y como me lo sabía de memoria, también era consciente de que el resto de los invitados solo representaban el atrezo. Unos cuantos hombres bailando al ritmo de una música suave con un grupo de chicas con pinta de modelos. Algunas parecían incluso más jóvenes que yo.

Me dejé caer en el extremo del sofá y crucé una pierna sobre la otra, dejando que la abertura de mi vestido rojo hiciera el resto. Básico, sí, pero siempre efectivo. Roy Barlow se giró hacia mí y me dedicó esa caída de ojos que parecía decir «Eh, soy un tío escandalosamente guapo que puede tener todo lo que desee, pero no te dejes llevar por las apariencias. Estoy roto por dentro y necesito que me salves de mí mismo».

Él también tenía su técnica. Todos actuábamos. Aunque puede que, en su caso, sí necesitara que lo salvaran de verdad, ya que cinco años después moriría en su casa por una sobredosis de barbitúricos.

Roy se inclinó hacia mí, me susurró «*sweetheart*» y me ofreció un terrón de azúcar.

Lo cogí, lo sostuve entre los dedos y lo examiné con atención antes de responderle que si pretendía que me saltara la dieta iba a tener que esforzarse un poco más, empezando por aprenderse mi nombre, que no era *sweetheart*, sino Ágata.

Se rio con una carcajada grave que llamó la atención del resto, incluido Goldstein, quien me observó con interés a través del humo de su puro. Lo cierto era que yo no hablaba en broma. Llevaba meses alimentándome de ensaladas y aún debía perder dos kilos. Por lo visto, no solo no era lo bastante blanca; tampoco estaba lo suficientemente delgada para la panda de yanquis sebosos que dirigían los grandes estudios de cine. En fin, no comer me ponía de mal humor.

—*My apologies, Ágata* —se disculpó Roy con voz raspada y su acento del sur de California—. *But this is not sugar*. —Sacó un pequeño frasco con gotero y echó sobre el terrón dos dosis de un líquido incoloro—. *It's a trip*, un viaje*. And it's mind-blowing.*

Arqueé la ceja y él me dedicó media sonrisa mientras repetía el proceso con otro terrón.

—*It'll be worth it, I promise* —susurró antes de metérselo en la boca con media sonrisa.

Era la primera vez que hablaba con él, pero el cine posee esa magia. Te envuelve en una ilusión y te hace creer que conoces a las

personas que se encuentran tras la pantalla. Yo no solo conocía al rebelde y romántico trágico de Roy, había sufrido con él en sus películas. Además, me estaba prometiendo un viaje impresionante que consistía en escapar de mi propia mente.

Me metí el terrón en la boca. Su sabor era amargo y metálico al principio, pero dejé de notarlo en cuanto el azúcar empezó a disolverse en mi lengua. Unos minutos después, no sé cuántos pues el tiempo dejó de tener sentido, noté cómo los colores de la habitación se volvían mucho más nítidos. Las formas geométricas del cuadro de la pared empezaron a moverse. Se descomponían y volvían a formar patrones preciosos. Como si una obra de arte flotara en el aire. Como si la habitación cobrara vida y empezara a respirar por sí misma. La luz de la lámpara que colgaba sobre nuestras cabezas emitía un resplandor suave y dorado, casi celestial, y hasta podía ver la música.

Los nudillos de Roy me acariciaron la mejilla. El roce fue mínimo, pero me erizó la piel y me cortó el aliento. Coloqué mi mano sobre la suya y creí descubrir el tacto por primera vez. Después sus labios se posaron sobre los míos y la conexión fue instantánea y profunda. La más profunda que había experimentado. Él formaba parte de mí y yo formaba parte de él. Quise atrapar esa sensación y que no se me escapara nunca, así que le devolví el beso.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme como Dios me trajo al mundo en un dormitorio sin rastro de Roy, con dolor de cabeza y apestando a alcohol. No estaba sola en la cama, la compartía con un hombre y una mujer. Estaban desnudos como yo y tan quietos que dudaba si dormían o habían muerto.

No me quedé a averiguarlo. Encontré mi ropa interior en el suelo, pero no mi vestido, así que tomé uno prestado. Salí de la habitación y cuando llegué al salón vi a unas cuantas personas durmiendo en el sofá. También desconocidos. Antes de salir, llamé a Luis por teléfono en voz muy baja para no despertar a nadie.

Me recogió en la puerta media hora más tarde.

—¿Una buena noche? —me preguntó, fijándose en el vestido plateado que ni era de mi talla.

—Arranca —le dije nada más subirme.

Al minuto siguiente tuve que abrazarme a mí misma y pedirle que subiera la ventanilla de su lado. La temperatura invernal de Los Ángeles alcanzaba casi los veinte grados, pero me castañeteaban los dientes y estaba temblando de frío. Tenía ojeras y el rímel esparcido por media cara, aunque eso era lo de menos. Me preocupaba más no saber qué había hecho en aquella casa de invitados y qué me habían hecho a mí.

—Ágata, ¿te encuentras bien?

—Sí.

Luis era muchas cosas, pero tonto no.

—¿Qué tomaste anoche?

No sabía cómo se llamaba lo que me había dado Roy, había sido tan imbécil de no preguntarle antes. Así que le expliqué lo del terrón de azúcar y enseguida torció el gesto.

—Es LSD, y te hace alucinar. Mejor evítalo.

Habría sido un consejo mucho más útil doce horas antes.

—¿Vas a estar bien? —me preguntó nada más detener el coche en la puerta de mi edificio.

—Sí.

No, no iba a estarlo. Lo descubrí cuatro semanas después, cuando tuve que salir corriendo en mitad de una prueba para buscar un baño y echar todo el desayuno.

Luis me siguió, aunque al menos esperó a que terminara de vomitar y me estuviera lavando la cara con agua fría para echarme la bronca.

—¿Cómo se te ocurre aparecer con resaca? La prueba de hoy es muy importante.

—No he bebido.

—Al menos no me mientas.

—A ti nunca te miento, y lo sabes de sobra. Ayer no salí. Hace semanas que no salgo.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Me llevé la mano a la barriga y traté de respirar hondo por la nariz para tratar de sofocar otra náusea.

—Ágata, no me jodas. —El pánico se adueñó de su gesto por un segundo—. Dime que no estas embarazada.

—¿Qué dices? ¿Cómo voy a estar embarazada? Si ni siquiera… —me callé de golpe.

Iba a asegurarle que no me había acostado con nadie, pero no podía estar segura. No tenía la mejor idea de lo que había pasado en la fiesta de fin de año. Unos días atrás había sangrado, aunque muy poco en comparación con mi regla habitual.

Pensé en buscar a Roy para salir de dudas, claro que él había tomado tanto LSD como yo aquella noche, quizá más, y un montón de alcohol. Estaba bastante convencida de que tampoco lo recordaría. Además, una conversación no iba a solucionar mi problema más urgente.

La visita al médico y un análisis de orina confirmaron el embarazo. Después de eso me quedé en blanco, paralizada, sin capacidad de reaccionar. Fue Luis quien se encargó de todo. A pesar de que el aborto era ilegal en Estados Unidos, consiguió un médico dispuesto a practicármelo de forma discreta, segura y por una cantidad nada moderada.

Cuando me senté en aquella camilla tan fría de la clínica y se me escapó una lágrima, pensé que Roy se equivocaba. El viaje no merecía la pena.

Una semana más tarde, mi mánager y yo nos reunimos con Jackie Goldstein en su despacho.

—Un placer conocerte —me dijo con esos mofletes capaces de almacenar comida para todo el invierno.

Los dos sabíamos que se acordaba de mí. Un mentiroso sabe reconocer a otro mentiroso. Tras un par de minutos de charla trivial me ofreció un contrato exclusivo de cinco años con Imperial Studios.

Luis no me contó cómo había negociado aquel contrato ni presumió sobre ello (cosa rara), pero yo sí le había explicado a él todo lo que recordaba sobre la casa de invitados y, sobre todo, quiénes estaban allí. Si fue una forma de compensarme para callarme nunca lo supe. Y tampoco quise saberlo.

En 1966 rodé tres películas y también fue el año en que Isabel por fin vino a visitarme. Se había casado con Germán tras enterarse de que estaba embarazada. Los padres de él se habían opuesto al matrimonio, así que ella había perdido su trabajo y él a su familia y

todos sus privilegios. En cuanto me lo contó, me encargué de hacerle llegar dos billetes de avión y esa vez no admití discusión.

Llegué a buscarlos al aeropuerto con una hora de adelanto, detalle que Luis describió como un milagro irrepetible. Isa y yo nos echamos a llorar antes incluso de abrazarnos. Resistí el impulso de quedarme así para siempre y me aparté de ella para cogerla de las manos y poder verla bien. Con veintiséis años estaba más guapa que nunca. El pelo brillante y negro le llegaba por la cintura, había engordado un poco debido al embarazo y la sonrisa le ocupaba toda la cara. Se había convertido en una mujer, por mucho que yo siempre la viera con ojos de hermana mayor.

Detrás de ella se encontraba Germán. Saltaba a la vista que era un hombre elegante y con buena presencia. Pensé que tenía una sonrisa encantadora, pero había algo frío en su mirada, algo carente de vida que me puso los pelos de punta. Era como si la parte superior de su cara no fuera compatible con la inferior. Aun así, Isabel lo miraba como si fuese el lugar por donde salía y se ponía el sol cada mañana. Solo en el viaje de vuelta a casa me di cuenta de que a Germán se le daba fenomenal conducir una conversación y que gozaba de toda la seguridad en sí mismo que a mi hermana le faltaba.

Sus ojos seguían resultándome inquietantes. No obstante, ella parecía feliz, así que decidí darle un voto de confianza.

Les organicé un montón de planes para las dos semanas que iban a quedarse conmigo y me uní a ellos siempre que podía escaparme del rodaje. Fuimos de compras por Rodeo Drive y me reía cada vez que Isa abría los ojos con espanto al ver los precios de las etiquetas. Visitamos Santa Mónica, me salté la dieta para comer perritos

calientes y helado en Venice Beach y nos acercamos hasta Hollywood Boulevard.

Recorriendo el Paseo de la Fama les aseguré que antes de cumplir los treinta conseguiría mi propia estrella. Patiné bastante en el cálculo. Los muy rácanos no me la dieron hasta pasados los cincuenta.

Un día antes de su regreso a España, fuimos hasta Beverly Hills a comer al restaurante más de moda de la ciudad. La lista de espera era eterna, pero Luis no era el único que tenía contactos; yo también empezaba a desenvolverme bien en Hollywood.

Tras tomar el postre, Isa se llevó una mano a la tripa con gesto incómodo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Llevo desde esta mañana con calambres y dolor de espalda. Creo que va a ser una niña. Dicen que las niñas dan más la lata. —Entonces miró a su marido y sonrió—. Germán prefiere un niño. Pero, bueno, podemos tener otro, ¿verdad? O incluso dos más. —Le tocó el hombro buscando su aprobación.

—Para eso necesitaremos una casa bastante más grande —comento él.

A los pocos segundos, Isa se levantó para ir al baño. No tenía buena cara, así que la acompañé y esperé frente al espejo del baño, retocándome el pintalabios.

—¿Asun? —me llamó enseguida desde el cubículo con una nota de ansiedad en la voz.

Tenía una mancha de sangre en la ropa interior. No era demasiado grande, pero sí preocupante. Además, le dolía mucho la barriga y estaba empezando a sudar.

Fuimos directos al hospital. De camino, Germán me dijo que sería mejor que pasara yo a la consulta, puesto que él no iba a enterarse de nada de lo que dijera el médico. Sin embargo, al llegar a la recepción, la mujer que nos atendió me informó de que yo no podía entrar. Le expliqué que mi hermana no hablaba inglés, pero aun así se negó. Isabel me miró muerta de miedo y sin entender nada.

Levanté la barbilla y le comenté a la recepcionista en tono calmado y con perfecto acento californiano que, si había el más mínimo malentendido entre el médico y mi hermana embarazada, no solo denunciaría al hospital, también a ella personalmente.

Cinco minutos más tarde estaba con Isa en una consulta, porque nada asusta más a los yanquis que la posibilidad de una demanda.

El doctor me pareció demasiado joven, algo barbilampiño, aunque lo olvidé en cuanto dijo que un sangrado era motivo para hacer una ecografía. Se lo traduje a Isabel, cuyo rostro se volvía más pálido por momentos. Agarré fuerte su mano en la camilla mientras el médico le aplicaba el gel frío en la barriga y se la sostuve durante los treinta minutos agónicos que duró la prueba.

Me habría encantado entender algo de medicina en aquel momento, pero solo veía una pantalla en blanco y negro llena de sombras. Hasta que él rompió el silencio.

—*I'm sorry, there's no heartbeat.*

—¿Qué dice? —preguntó mi hermana levantando el cuello—. No lo entiendo.

Yo sí. Pero era incapaz de pronunciarlo en voz alta.

—Asun, ¿qué ha dicho? —insistió con impaciencia.

—No… No hay… No hay latido, Isa.

—¿Qué? Pero… ¿y mi bebé?

Negué con la cabeza y me tragué el nudo antes de responder.

—Has sufrido un aborto.

Había visto llorar a mi hermana muchas veces, pero jamás gritar así, como si le estuvieran desgarrando el pecho desde dentro.

El doctor me informó de que el aborto no había sido completo y lo recomendable era practicarle un raspado del útero y dejarla cuarenta y ocho horas en observación para asegurarnos de que no hubiera riesgo de hemorragia o infección.

Salí de la sala desencajada mientras mi hermana seguía llorando y le repetí palabra por palabra a Germán lo que me había dicho el médico. Su reacción fue mucho más contenida, pero alguien debía serlo en ese momento.

Al día siguiente, Luis vino al hospital. Isabel se encontraba durmiendo en la habitación y fuimos a la cafetería. Sentados a una mesa, le conté que mi hermana se quedaría un par de semanas más conmigo en casa. Lo entendió y me dijo que contáramos con él para lo que hiciera falta.

—Y después quiero volver con ella a España —añadí y su buena disposición se esfumó de golpe.

—No puedes.

—Solo un tiempo, hasta que se recupere del todo. Es mi hermana y alguien tiene que cuidarla.

—Para eso tiene a su marido. Y tú tienes un contrato obligatorio durante los cuatro próximos años. Por no hablar de…

—Como digas el nombre de Eduardo te juro que me pongo a chillar aquí mismo. —Con anulación o sin ella había dejado de tenerle miedo. Mi hermana era lo único que me preocupaba—. Vuelvo con ella y punto. No vas a convencerme de lo contrario.

Había querido convertirme en actriz para ser libre, pero no dejaban de atarme. Me sentía atada todo el tiempo.

Una semana más tarde, entré en la habitación de Isa para contárselo. Su maleta estaba abierta sobre la cama y ella se movía despacio mientras recogía su ropa. Me senté en el extremo del colchón y la observé. Piel pálida, labios agrietados y un pelo precioso que ya no brillaba. Era como si la tristeza más profunda se hubiera enamorado de ella.

—¿Qué te parece si voy contigo a España?

Se quedó parada un momento frente al armario, de espaldas a mí. Susurró que no hacía falta y siguió recogiendo sus cosas.

—Pero estaría bien, ¿no? Estar juntas por fin.

—No, no quiero que vengas. —Su tono se volvió más duro y empezó a dar vueltas por la habitación—. Ni siquiera… Ni siquiera tenía que haber venido yo. Te dije que no quería coger un avión, pero insististe tanto que…

Se detuvo cuando la voz se le quebró y se llevó una mano a la barriga de manera instintiva. Cuando se dio cuenta, la bajó y acabó cerrándola en un puño.

—Lo siento mucho.

—No dejas de decirlo. —Me miró con los ojos brillantes—. Pero no puedes sentirlo. No puedes ni imaginarte lo que se siente.

Estuve a punto de contradecirla, de contarle que yo también había pasado por lo mismo, pero no se ajustaba del todo a la verdad. Isabel deseaba ser madre y formar una familia más que nada en el mundo. Yo había abortado de manera voluntaria tras tomar LSD y acostarme con Dios sabía quién; si es que Dios estaba presente en

semejantes fiestas, lo dudaba. El caso es que nunca me atreví a confesárselo.

—Asun, me duele la cabeza. Voy a acostarme un rato.

Me echó de su lado y juro que sentí cómo si el suelo se resquebrajara entre las dos hasta formar una brecha invisible.

Salí del dormitorio, cerré la puerta y me refugié en el salón. Me serví un whisky y no tuve que molestarme en ofrecerle otro a Germán, porque ya llevaba un rato bebiendo. Me senté a su lado en el sofá sin decir nada. Se me habían agotado las disculpas.

—No te preocupes, Ágata. Lo volveremos a intentar —comentó sin darle mayor importancia—. Aunque no será fácil, claro —añadió y lo miré. Había captado mi atención.

Me explicó que estaba interesado en invertir en un negocio, pero que no disponía de capital, y ya de paso se encargó de recordarme que su ilustre familia le había dejado sin un duro por haberse casado con mi hermana.

Germán era un chanchullero, lo vi claro, pero no tenía fuerzas para discutir en aquel momento. Menos aún con mi hermana llorando en la habitación de al lado, así que me limité a preguntar:

—¿Cuánto necesitas?

El dinero tuve que pedírselo a Luis. Él era quien gestionaba mis finanzas. No le hizo gracia, hasta que le aseguré que no pensaba moverme de Los Ángeles. Entonces se le pasó el disgusto.

Al día siguiente, Germán se subió a un avión con mi hermana y treinta mil pesetas en la maleta. Yo me quedé sola. Otra vez.

Me volqué en ese trabajo que tanto me ataba. Tenía más que de sobra y, al parecer, era lo único que se me daba bien. Interpretar vidas ajenas, por complicadas que fueran, resultaba más fácil que

manejar la mía. Ayudaban los ansiolíticos que empecé a tomar para dormir y después las anfetaminas que usaba para espabilar por las mañanas y aguantar larguísimas sesiones de rodaje. Todo suministrado por Luis, regado también con alcohol y, de vez en cuando, con algo de cocaína en las fiestas. Se había convertido en la opción más elegante.

Sé que así contado suena terrible, pero en los años sesenta no existía apenas conciencia ni preocupación sobre las drogas. Se aceptaban y formaban parte de la industria.

Eso sí, nunca volví a tomar LSD. No lo necesitaba. Revivía aquella fiesta de forma esporádica pero intensa en mis sueños. A veces, aparecía Roy Barlow; otras, el señor Goldstein. En ocasiones, ambos. Al principio, me reía y participaba, aunque siempre terminaba llorando como en una pesadilla. Nunca supe si todo era producto de mi mente o si se trataba de fragmentos de mis recuerdos. Tampoco quería saberlo.

Hasta la fama se volvió rutinaria. El estudio tenía el control sobre mi carrera, incluyendo qué películas haría, cómo se promocionarían y cómo debía comportarme en público. Por las noches socializaba y por las mañanas acudía a trabajar. Porque yo resulté ser como los muebles que tanto detestaba. Funcional.

No recuerdo mucho más de mis últimos años en Hollywood. Aunque para eso están las películas. Fui una cabaretera perseguida por la mafia en *The Velvet Flame*, papel por el que el Círculo de Críticos de Cine de Nueva York me concedió el premio a la mejor actriz. También fui nominada al Globo de Oro por *Crossing Lines*, una coproducción francoestadounidense en la que interpreté a una madre coraje en la guerra de la Independencia española.

Después de eso, un director muy importante me apodó la Gata y ya nunca pude desprenderme de ese nombre. Hice drama, cine histórico, musicales, pero también rechacé un par de papeles por considerarlos estereotipados. Aunque el estudio se cabreó y Luis también por extensión, me mantuve firme. Porque en algún punto de tu vida tienes que aprender a decir «no».

En 1969 me enteré de que Eduardo había muerto de una pancreatitis. Lo celebré con una botella de whisky. Y cuando terminé mi contrato con Imperial Studios al año siguiente, no quise saber nada más de Hollywood ni del sueño americano. Mi trabajo estaba hecho. Había cumplido mi parte y decidí volver a casa. A los treinta y dos años y como una gran estrella por fin.

—Barbilla alta, como tú sabes —me dijo Luis al llegar al aeropuerto de Barajas, donde me esperaban las cámaras y los periodistas—. Y sonríe.

La comedia por fuera; el drama, por dentro.

El recordatorio era innecesario. Estaba más que entregada a mi papel.

23

Desdibujar los límites

Sentada frente al tocador de Ágata, me seco el pelo con el difusor para darle más volumen a mi rizo natural y termino de peinármelo (o despeinármelo, según se mire) con los dedos. Me aplico un poco de perfume tras las orejas, en el cuello y en las muñecas, y luego examino mi trabajo en el espejo.

Base ligera de maquillaje, corrector no tan ligero para las ojeras, cejas definidas, sombra marrón claro y pestañas con un toque de rímel. Porque menos es más. Sobre todo, si el protagonismo se lo llevan los labios, pintados de un intenso Rouge Dior 999. «Cinco capas de rojo, ni una más ni una menos», ese era el secreto de Ágata.

Admito que el resultado es impactante y no puedo evitar sonreírle a mi reflejo. Me siento guapa, es mi cumpleaños y además hoy ha sido un día de lo más productivo.

Por la mañana hice fotos a todos los muebles, ya que tengo pensado vender una parte y donar otra, y acabé de meter en cajas el arsenal de muñecas rusas, figuritas, máscaras, cuencos, jarrones, velas, etc., que no sé dónde voy a guardar cuando salga de aquí. Tal vez deje esa tarea en manos de Mery y su Diógenes decorativo. Creo que podrían ser muy felices juntos.

Por la tarde, recogí las películas que Ágata guardaba en la sala de cine y me permití sacar *El mago de Oz* de su estuche para verla durante un rato. Hacía años que no me atrevía siquiera a escuchar a Judy Garland cantar «Over The Rainbow». Lo hice con un nudo en la garganta, pero fue soportable.

Ah, y a lo largo del día he rechazado unos treinta mil euros en ofertas televisivas para acudir como invitada a programas del corazón. No solo están deseando que hable sobre mi tía, también les intriga muchísimo qué tipo de relación mantengo con Leo. Como si yo lo tuviera claro.

El reloj marca las 20.50, así que es momento de vestirse. Por lo visto, esta noche voy a salir a celebrar mi cumpleaños. Mery me llamó hace un par de horas y, tras cantarme el «Cumpleaños feliz» por tercera vez en el día y despachar un par de asuntos de trabajo, me pidió que me pusiera guapa.

—Alguien va a pasar a recogerte a las nueve.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? —pregunté nerviosa de repente—. Mery, odio las sorpresas.

—Ya lo sé, pero esto no es una sorpresa. Es, más bien, una sustitución. Como no puedo estar ahí contigo he tenido que delegar mis funciones en un representante para celebrar tu cumpleaños.

Dejé salir un suspiro que era mitad alivio, mitad resignación.

—Vamos, que has conseguido el teléfono de Leo y lo has enredado para que me saque a cenar como si yo fuera un caniche abandonado.

—Lo primero, Leo no necesita que lo enreden mucho cuando se trata de ti, darling, porque está más que dispuesto. Y lo segundo, tú no eres ningún caniche. En todo caso, un shar pei.

—¿En serio? ¿De los que parece que se les derrite la cara? Tendré que empezar a ponerme bótox.

—Lo digo porque eres noble y leal, pero también desconfiada y muy terca. No voy a dejar que te quedes en casa esta noche. Vas a salir con Leo, y no solo porque quieres que te dé mandanga hasta para llevar en táper. Te gusta. Te gusta de verdad. Puedes negármelo, pero se te nota en la voz.

—No te lo niego, me gusta Leo. Pero eso da igual.

—¿Cómo va a dar igual lo que sientes? La gente se enamora, ¿sabes? Todos los días. Y mantiene relaciones sanas y duraderas. Es posible, Mal, aunque tu nunca lo hayas visto de cerca. El amor es una buena idea, así como concepto. El mundo entero no puede estar equivocado.

—El mundo entero pensó en algún momento que los pantalones de tiro bajo eran una buena idea. No me fío de su criterio.

Mi amiga bufó fuerte al otro lado de la línea. Ella y su vena iban a cabrearse conmigo, así que trepé por el muro tras el cual suelo esconderme y me asomé al borde para contarle la verdad.

—Vuelvo a Londres en cuanto acabe con las cintas, que es lo único que nos une a Leo y a mí. Ese documental es muy importante para él y yo tengo cada vez más claro que no voy a airear los trapos sucios de Ágata, por muy enfadada que esté. Al final, Leo se va a sentir decepcionado cuando yo no quiera hacerlo. Y yo me sentiré decepcionada porque él quiera que lo haga. Evito hacernos daño mutuamente.

—Por favor, no adelantes todo lo que puede salir mal.

—No sé cómo dejar de hacerlo —admití, porque mi especialidad es detectar y prevenir posibles catástrofes emocionales—, pero te

prometo que esta noche voy a apagar a Úrsula y a pasármelo bien con Leo. ¿Me dices a dónde piensa llevarme para elegir qué me pongo?

Se negó a contármelo. Solo me explicó que el plan de cumpleaños seguía nuestra tradición de cenar y ver una película.

Sin más datos, me levanto y me coloco delante del vestidor de Ágata.

Vestidos de cóctel, de noche, trajes de dos piezas, capas, trench, abrigos extralargos… Todos esperan en silencio su turno para lucirse.

Soy consciente de que debo organizar toda esta ropa, pero meterla en maletas me parece un crimen y no tengo claro si, llegado el momento, seré capaz de deshacerme de ella.

En fin, eso es un problema para la Malena de finales de semana. Esta noche me pongo un vestido lencero de satén en color ocre de Saint Laurent y lo combino con unas sandalias doradas de Salvatore Ferragamo. Teniendo en cuenta que lo único que he comido con Leo hasta ahora han sido sándwiches, bocadillos y hamburguesas, puede que mi vestuario resulte demasiado formal. Sin embargo, al mirarme en el espejo me reafirmo en la elección. La ropa de Ágata es demasiado bonita y necesita respirar.

A las nueve en punto suena el timbre. Bajo las escaleras atusándome los rizos y con unos nervios muy tontos bailándome en el estómago. Nada más abrir la puerta, frunzo el ceño.

—¿Desde cuándo llamas tú a esta casa?

Leo abre mucho los ojos al verme y me pide que le dé un segundo a la vez que se lleva la mano al pecho de esa forma suya tan teatral.

—Leo…

—En serio, Malena, dame un momento. —Pasea sus ojos desde el nacimiento de mi pelo hasta las puntas de mis pies, aunque su mirada no parece sexual. Me observa como si acabara de descubrir su cuadro favorito—. Estás impresionante. Feliz cumpleaños.

Se acerca para darme un beso en la mejilla y mi corazón se altera un poco de más con la combinación del roce de su boca y el olor de su colonia.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

Camisa de lino blanca con cuello francés, bien abotonada, pero con el detalle informal de las mangas dobladas por el codo. Vaquero azul recto, mocasines camel y esa melenita ondulada de príncipe que apetece mucho despeinar.

—Quería estar a la altura, hoy tenemos doble celebración. Nuestra cuarta cita y tu cumpleaños. Aunque voy a tener que protestar por tu regla de no dejar que te hagan regalos.

—Siempre he pensado que los regalos deben ser espontáneos y no obligatorios. Así las reacciones son más auténticas. Si vieras la cara de felicidad de Mery cuando le compro unos pendientes en un mercadillo solo porque hacen juego con el color de sus ojos lo entenderías.

—Es justo lo que ella dijo que dirías.

—No sé si me gusta que habléis a mis espaldas.

—No, no te gusta nada y deberías estar muy asustada —me advierte con una sonrisa burlona y coloca la mano en la base de mi espalda para salir.

Al llegar al coche, me doy cuenta de que ha quitado la capota y acto seguido echo un vistazo al cielo. Luce de un color gris muy sospechoso a pesar del calor. Quizá no sea el día más oportuno para

dar un paseo en descapotable, pero me gusta la idea de que el viento azote mi melena salvaje.

—¿Cómo estás? —quiere saber mientras nos ponemos los cinturones.

—Bien.

—¿Seguro? —insiste con una mirada suspicaz.

Ayer por la noche me quedé un poco tocada después de ver la quinta cinta de Ágata. Aquella fiesta de fin de año. Su aborto. El aborto de mi madre. Cómo empezó a beber y a tomar pastillas para dormir… Todavía estoy tratando de asimilar esas confesiones y las anteriores. El puzle de su vida no es fácil de encajar y cada vez que termino una cinta siento como si mis órganos internos pesaran el doble de lo normal.

Así y todo, hablar con Leo sobre ello hasta las tantas de la madrugada me ayudó. Aunque no vaya a cambiar el pasado, consiguió que ese peso se volviera un poco más ligero.

—Te prometo que estoy bien —le aseguro con voz y mirada firmes.

—Me alegro, porque durante toda la noche queda prohibido hablar de las cintas. Es mi regla.

—¿Tú también vas a poner reglas en mi cumpleaños?

—Y si te portas bien, pondré hasta el postre.

—Cuando dices «postre» da la impresión de que el postre eres tú.

—¿Te refieres a que me recubra los pezones con nata montada o algo así? Mejor no me des ideas.

Arranca el coche y, tras un trayecto de veinte minutos, llegamos a un autocine. Aparcamos a unos veinte metros de distancia de la pantalla.

—¿Nos hemos colado? —Miro a nuestro alrededor—. Aquí no hay nadie.

—El dueño es un buen amigo mío, así que hoy tenemos sesión privada. Vamos a ver *El diablo viste de Prada*. Me han dicho que es otra regla de tu cumpleaños.

—Alta costura y Meryl Streep, nada más que añadir.

Leo sale del coche, abre el maletero y vuelve al asiento con una neverita portátil.

—Iba a traer unos tacos de cochinita pibil para la ocasión. Mi abuelo me enseñó a hacerlos, son su especialidad —me explica—. Pero son difíciles de comer en un coche y, viéndote ahora, tomé la mejor decisión. Jamás me perdonaría que te mancharas ese vestido cosido con la tela con la que se fabrican los sueños y que, de ahora en adelante, protagonizará todas mis fantasías contigo.

—¿Todas tus fantasías? —Arqueo la ceja—. Pensaba que eras más creativo.

Sonríe entre sorprendido y encantado. No sé si será el poder de la ropa, los labios rojos o que sencillamente con él me sale así, pero mi habitual sarcasmo está mutando en un tonteo descarado.

Abre la nevera, me ofrece una bandeja de sushi y palillos y coge otra para él.

—Mery me dijo que te gusta todo menos la pasta. Debo confesar que el cincuenta por ciento de mis genes lloraron al enterarse.

—Antes me gustaba.

—¿Y qué pasó? —me pregunta antes de coger un maki de atún con los palillos y metérselo en la boca.

—Pasó que a los diecinueve años dormía en mi coche.

El impacto de mis palabras hace que deje de masticar.

—No fue tan terrible. Como dormía en el aparcamiento de una playa, tenía vistas gratis al mar. —Leo se traga el maki como si estuviera hecho de hormigón armado y espera a que continúe la historia—. Cuando llegué a Ibiza para trabajar, no tenía nada. Todo el mundo compartía piso, pero yo no conocía a nadie y tampoco se me daba bien hacer amigos, así que pasé un par de semanas durmiendo en mi coche. Mery se apiadó de mí al enterarse y me acogió en su habitación. Vivía en un piso con otras cuatro personas. Tratábamos de ahorrar lo máximo posible y eso suponía comer pasta con atún unos cuatro o cinco días por semana. Después nos fuimos a vivir a Londres, pero nos costaría años arrancar con Malena & Co, lo que supuso seguir alimentándonos de pasta durante mucho, mucho tiempo —le resumo y empiezo a comer yo también.

—¿Por qué Londres?

—Porque es una de las capitales de la moda y las dos hablábamos bien inglés. Nuestra idea inicial era Nueva York, pero los billetes eran más caros y, vistos los precios de los alquileres, no me apetecía volver a dormir en un coche… —Niego con la cabeza y me río—. ¿Por qué siempre acabo contándote historias deprimentes? Te juro que no viví todo aquello tan mal como suena.

—No creo que tus historias sean deprimentes. —Arruga la frente —. Bueno, puede que un poco, porque tuviste una infancia y una adolescencia de mierda. Aun así, no has dejado que eso te defina y es impresionante lo que has conseguido.

La matona que vive en mi cabeza está en desacuerdo. Al menos en lo que se refiere a la parte no profesional de mi vida. El miedo al abandono lo llevo siempre conmigo, como si fuera un bolso lleno de piedras, y ha determinado mi forma de relacionarme con el mundo.

En especial, con los hombres. Pero ahora mismo voy a mandarlo de una patada a una habitación de mi mente y a encerrarlo bajo llave. Al menos por esta noche.

Leo se encarga de poner la película, porque es la tradición, pero nos la saltamos bastante y no prestamos atención. Él ya la ha visto (una vez, como cualquier persona normal) y yo me sé los diálogos de memoria, de modo que nos dedicamos a comer sushi y, sobre todo, a hablar. De cine, de moda, de cocina, de lo mucho que a Leo le gustan las sobremesas largas, de lo poco que me gusta a mí la afición de los ingleses por las moquetas, de que una vez lo expulsaron del colegio durante tres días por subirse a la mesa del profesor de inglés y cantarle «Back for Good» a la chica que le gustaba (lo cual no me sorprende nada) y de que, si yo hubiera sido la chica en cuestión, me habría muerto de la vergüenza, no sin antes matarlo a él.

—Ah, habríamos sido entonces como Romeo y Julieta —señala, y yo solo puedo reírme de su forma de darle la vuelta a una amenaza de asesinato.

Cuando aparecen los títulos de crédito en la pantalla, vuelve a salir del coche y regresa con otra nevera del maletero.

—El postre —anuncia con una sonrisa, que se tuerce en una mueca en cuanto levanta la tapa—. Tenía mucho mejor aspecto cuando la hice, lo juro.

Me inclino para echar un vistazo. Es una tarta. La observo, capa por capa, luchando por resistirse al implacable efecto de la gravedad. Y deduzco que, a pesar de estar medianamente refrigerada, dejarla en el maletero durante tres horas no ha sido la mejor idea. No obstante, la pinta es lo de menos.

—Es de galletas y chocolate —observo.

—Es la que te gusta.

—Te has acordado.

—Pues claro. Te escucho cuando hablas.

—No tenías que tomarte tantas molestias —digo un tanto abrumada mientras saca dos velas, una con forma de tres y otra de cinco.

—Lo sé, aunque estaría bien que no te extrañaras tanto de que alguien quiera hacer algo por ti —responde con naturalidad y enciende las velas—. Venga, pide un deseo. Antes de que se desmorone del todo.

Contengo la respiración, como si así pudiera conseguir que el tiempo dejara de correr. Me doy cuenta de que eso es justo lo que deseo. Pararlo y quedarme así con Leo. Que nada cambie. Y es lo que pido mientras soplo, sin importarme que sea imposible.

—Déjame adivinar qué has pedido… —Sus cejas sexis bailan pensativas—. ¿Detener el cambio climático? ¿Conseguir la paz mundial?

—Mmm… Tus pezones recubiertos de nata. Siento no ser tan altruista.

Suelta una carcajada y también me doy cuenta de que me encanta hacerlo reír.

Como la tarta se parece sospechosamente a la torre de Pisa, no nos atrevemos a sacarla ni a cortarla en porciones. Cogemos un par de cucharas, empezamos a comerla tal cual y para mi total y absoluta sorpresa:

—¡Está buenísima! Tiene un toque a… No sé qué es, pero está buenísima.

—Dulce de leche. Seguí la receta de mi madre.

Nos comemos una cuarta parte de la tarta entre los dos y yo termino chupando hasta el último resto de chocolate de mi cuchara antes de guardarla. No de un modo erótico, no. Más bien como si acabara de salir de un concurso de supervivencia y hubiera pasado tres meses sorbiendo moluscos.

—Gracias, Leo. Ha sido un detalle bonito. Lo de la tarta y aquella fiesta de cumpleaños nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Mery.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Tal vez porque soy un muro incapaz de abrirse.

—Eso es mentira.

—Lo certificó un profesional de la salud mental.

—Uno que no tenía ni puta idea de hacer su trabajo.

—Fue el más barato que encontré. Pero estoy aburrida de hablar de mí misma y tú no tienes traumas, así que pinta que esta cita ha llegado a su fin —bromeo y a él se le iluminan los ojos.

—Has dicho «cita». Lo has admitido por fin.

—El azúcar se me ha debido de subir a la cabeza.

Su sonrisa se apaga poco a poco.

—El otro día, cuando dijiste que a todos nos duele algo… Es verdad. Hay algo que… —Le tiembla un poco el labio inferior mientras intenta continuar, pero termina negando con la cabeza— Déjalo. Voy a parecerte un capullo que se inventa problemas porque no los tiene.

—Hace una semana creía que eras un estafador cazafortunas con un traje decente. Piensa que no puede ser peor —lo animo, a mi manera.

Eleva la vista hacia el cielo oscuro y encapotado y deja salir un suspiro hondo.

—Adoro a mi familia, te lo juro. Pero no soporto la forma en que mis padres alaban todos y cada uno de mis fracasos profesionales. Jamás se enfadan y me gustaría que lo hicieran por una vez. Al menos así no tendría la sensación constante de que quieren protegerme porque saben que no soy lo bastante bueno. Sé que en el fondo no es así, pero hay cierta condescendencia entre tanta buena intención. —Me mira y se encoge de hombros—. Puede que tú me gustes más por eso también. Me desafías, no me dejas pasar ni una. No confías en mí y tengo que ganármelo a pulso.

Agacho un poco la cabeza y espero que la oscuridad que nos rodea esconda un poco mi sonrisa.

—¿Te cuento otro secreto? —susurra acercándose un poco más.

—Vale, pero ten cuidado con lo que me dices. Si tengo que testificar en tu contra, no dudaré.

—Te reprimes porque crees que, si me sonríes, estarás perdiendo y admitiendo la derrota. Pero es todo lo contrario. Cada vez que sonríes, me pones de rodillas.

Mi corazón y mi estómago dan tal vuelco que me dejan el cuerpo del revés.

Abre la boca para añadir algo, pero no le doy oportunidad. Lo agarro de la camisa y lo beso. No, no lo beso, estrello mi boca contra la suya, como un cohete fuera de control, porque Leo acaba de aniquilar la poca fuerza de voluntad que me mantenía alejada de él.

No tarda ni un segundo en reaccionar y redirigir el rumbo. Me atrae hacia su asiento, me sube el vestido hasta la cintura y me

coloca sobre su regazo. Nuestras lenguas se enganchan con avidez, con necesidad, y el beso se vuelve más denso, más profundo. Leo me acaricia el muslo con una mano y entierra la otra en mi pelo para terminar agarrándomelo con fuerza. Respondo moviendo las caderas y frotándome contra su erección. Jadea en mi boca y le muerdo el labio.

—Joder, Malena —gruñe apoyando su frente contra la mía y su voz se derrama por mi piel—. Cuando te dejas llevar, eres una puta locura.

Seguimos besándonos y acariciándonos por todas partes, hasta que noto las primeras gotas de lluvia refrescando mis hombros.

—Creo que está lloviendo.

—¿Y? —Leo responde sin dejar de asaltar mi cuello con pequeños mordiscos—. A ti te encanta la lluvia en verano.

—A mí sí, pero a tu coche no tanto. —Ignora mi comentario y me baja un tirante del vestido, dejándome un pecho al descubierto—. ¿Qué pensará tu abuelo de que mancilles la tapicería con una chica cualquiera?

—Tengo otra regla, y esta vale para siempre —dice agarrándome el pecho con la mano—. No puedes ponerte a hablar de mi abuelo cuando voy a hacer que te corras muy fuerte.

Manifiesta su intención metiéndose mi pezón en la boca y chupándolo como si fuera un helado pornográfico, con tanta destreza que manda latigazos directos a mi clítoris.

—Vale —gimo cuando lo roza con los dientes—. Me parece justo.

—Pero si te quedas más tranquila —se separa para mirarme con los ojos cargados de deseo—, seguro que él lo entenderá. Porque no es una chica cualquiera. Se trata de *la chica*.

El corazón me late tan fuerte que la vibración llega a las costillas, y lo que pasa a continuación no puedo describirlo de manera lógica. Siento que algo se llena dentro de mi pecho, un agujero en el que antes no había nada, ni bonito ni feo, solo una total falta de emoción.

Leo me agarra de las mejillas y me besa despacio, muy despacio, mientras el agua empieza a caer con más fuerza. La lluvia nos cala, pero la urgencia que exige el ambiente se nos olvida. Nuestros labios se mueven en sincronía y bailan la canción más lenta del mundo. Romántica y un poco triste también, porque este beso va a servir para medir el resto de los besos de mi vida. Y tengo la absurda certeza de que ninguno va a estar a su altura.

Cuando Leo detiene el coche frente a la casa de Ágata, casi una hora más tarde y habiendo cumplido con su cometido de que me corriera muy fuerte, ya no cae ni una gota. Aun así, seguimos oliendo a lluvia. Y me encanta. Me entran unas ganas horribles de deslizar los dedos entre sus mechones desordenados y pedirle que entre y se quede conmigo toda la noche.

Hincho el pecho para soltarlo, pero me desinflo en el último momento y no me atrevo. Leo tampoco lo sugiere. Supongo que soltar aquello de «Nunca duermo con nadie» y pronunciarlo con el mismo tono con el que Darth Vader admitió su paternidad fue disuasorio hasta para él. De modo que solo me queda la opción de salir del coche, cerrar la puerta y decir adiós.

—Gracias otra vez —añade de pie en la acera la parte de mí que se resiste a dar por terminada la noche—. Ha sido un buen cumpleaños.

—Me alegro. Buenas noches, leona.

Me doy la vuelta y a los dos segundos me giro de nuevo.

—Leo.

—¿Sí?

—Como alguien que no te deja pasar ni una y no confía en ti, me he esforzado por marcar límites contigo. Pero es imposible. No es que los traspases, es que los desdibujas, hasta que se me olvida la forma que tenían. A lo mejor no soy un muro, pero sí un bloque de plastilina muy muy duro que tú has sabido ablandar. Se te da bien escuchar, no juzgas y haces que sea fácil hablar contigo. Consigues lo que ni sabía que necesitaba. Logras que quiera contártelo todo. Ese es tu talento. Así que, pase lo que pase, no lo dejes. Porque eres lo bastante bueno.

Tarda un tiempo en reaccionar, algo impropio de él, y cuando lo hace, me dedica una sonrisa pequeña, vulnerable y preciosa. Y yo me marcho con otra por haber conseguido dejarle sin palabras por una vez.

24

Ser un sí

—¿Por qué sonríes? —me interrumpo a mí misma y giro el cuello para ver de pleno la sonrisa que estaba intuyendo en Leo—. Esto debe de ser un tostón para ti.

Permanece muy atento a todo lo que digo, pero sé que la confección del vestido emballenado de María Cristina de Habsburgo que tenemos delante no le suscita ningún interés. Tampoco el kimono de Paul Poiret que dejamos atrás hace unos minutos ni mi detallada explicación sobre la contribución del diseñador francés al mundo de la moda al conseguir liberar del corsé a las mujeres a principios del siglo xx.

—Me gusta escucharte hablar de lo que te encanta. Te brillan los ojos. Te hace bien.

Le devuelvo la sonrisa. Conoce mi punto débil y por eso estamos visitando el Museo del Traje. Por eso y porque entre toda la tensión y el drama de las cintas, con todos los recuerdos de Ágata agitándose y mezclándose con los míos, necesito concederme pequeños respiros.

Los respiros también implican besos entre Leo y yo. Que nos enganchemos como dos adolescentes hasta arriba de hormonas, más bien. Si no damos el espectáculo en mitad del museo es porque

hay muy pocos visitantes y porque, al menos, en una de las ocasiones nos escondemos tras un voluminoso traje de menina.

Ágata creía que en algún momento de tu vida debes aprender a decir «no». Estoy de acuerdo. Es una palabra mínima y poderosa al mismo tiempo. Una barrera. Un muro. En mi caso, una fortaleza armada con torres de vigilancia y fosos. He pronunciado ese «no» de forma sistemática en mis relaciones. A veces, de manera explícita; otras simplemente las he dejado morir antes de darles la oportunidad de convertirse en algo que mereciera la pena conservar.

Leo se ha empeñado en ser la excepción. En ser un sí. Y le está dando resultado. La facilidad con la que accedí a salir con él cuando me llamó esta mañana para proponerme el plan (nuestra quinta cita, según sus cálculos) resultó casi bochornoso.

Quizá mi punto débil sea él.

Al salir del museo, pasamos a recoger la sexta cinta de Ágata. Lo que en principio iba a ser una visita de cinco minutos se convierte en una entrevista de dos horas conducida por un prometedor realizador de documentales, en la que se repasan los mejores momentos de la gran actriz Roma Dávalos, interrumpidos de vez en cuando por las aportaciones de Clark Gable, gritando cosas como: «¡Basurera!», «¡Marginal!» y «¡Acepta que me amas, Alejandro!».

Tras despedirnos de Roma, Leo me invita a cenar. En su casa. La excusa (para mí, él no la necesita) consiste en que no puedo irme de la ciudad sin probar los famosos tacos de Tom.

Su piso se encuentra en el barrio de La Latina; un cuarto sin ascensor. Un inconveniente que dejó pasar cuando lo compró hace dos años, puesto que se enamoró de su luz de tarde nada más verlo. Incluso ahora, a las ocho y media, inunda toda la planta.

Se nota que lo ha reformado, respetando las molduras clásicas, el parquet de tablillas diminutas y las ventanas con herrajes antiguos, incapaces de ocultar el sonido de la bulliciosa plaza que hay justo enfrente. Tiene dos habitaciones pequeñas, una la usa como dormitorio y la otra la ha convertido en un santuario de ocio muy ordenado, con dos estanterías de pared a pared llenas de películas en DVD, vinilos, libros, cómics y figuritas de los personajes de *Star Wars.*

El salón es sencillo y cálido al mismo tiempo. Lo decora un sofá marrón de cuero envejecido, una mesita de centro a la que parece haberle dado una segunda vida tras barnizarla, un mueble de ratán para la tele, una lámpara de pie y un ficus tan alto como yo. Pero lo que más llama la atención son las pequeñas ventanas al pasado que descansan enmarcadas en las repisas. Fotos de un Leo de diferentes edades en momentos especiales de su vida.

Fotos que hablan de una familia unida (una madre de sonrisa fácil y un padre más serio y con genes dominantes: sus tres hijos son clavaditos a él) y viajes por el mundo con amigos. En una de ellas, calculo que tomada hace más de una década, posa con Tom junto al Alfa Romeo. Y no me queda más remedio que alabar el buen gusto de Ágata. Hasta las canas y las arrugas le sientan bien a ese hombre guapísimo y elegante que mira a cámara con ojos nobles y serenos, del color azul de un mar en calma.

Leo se acerca a mí por detrás, me muerde el lóbulo, provocando que se me erice la piel desde la nuca hasta la parte baja de la columna, y me susurra: «Cuando dejes de babear por mi abuelo, pervertida, te espero en la cocina. Cenamos en media hora». Por lo

visto, la carne para los tacos ya la dejó lista por la mañana y solo tiene que encurtir la cebolla, lo que sea que eso implique.

Cotilleo un rato más las fotos, después paso por el baño para lavarme las manos y, cuando llego a la cocina, lo primero que noto son el olor ahumado y las especias. La cocina de Leo es pequeña, aunque está bien aprovechada, con una encimera de madera en forma de ele y dos taburetes altos de color blanco. Los azulejos son clásicos, tipo metro, en color crema y verde oscuro.

Me quedo parada en el marco de la puerta. Leo se ha puesto un delantal y canta en bajito la canción que suena en su móvil: «No puedo vivir sin ti». Observarlo en medio de una estampa tan doméstica, algo despeinado mientras saca con un colador cebolla de una cazuela y la mete en un bol con agua y hielo, es como asomarme a un pedacito de su vida real. Una vida que nada tiene que ver con Ágata. Una vida que nada tiene que ver conmigo y de la que no voy a formar parte.

Ese pensamiento me provoca un repentino nudo en la garganta.

—¿Por qué estás mirando mi cocina como si hubiera minas antipersona bajo el suelo? —me suelta.

—¿Qué? No es verdad.

Se acerca al frigorífico para sacar una lata de Coca-Cola y un par de hielos del congelador. Lo echa todo en un vaso, lo posa al final de la encimera y vuelve a lo suyo, que en este momento consiste en sacar la cebolla del bol con agua fría y pasarla a uno vacío.

Ahora mismo me siento como un gato callejero al que un humano intenta atraer con disimulo para no asustarlo.

—La última vez que estuve en el piso de un hombre fue hace tres años —declaro antes de acercarme al taburete y tomar asiento—. No

duré allí ni diez minutos

Le doy un trago largo al refresco para ver si así el nudo decide bajar de su sitio.

—Necesito que desarrolles esa historia.

—Tú necesitas que todo el mundo desarrolle sus historias.

—Sí, pero las tuyas me interesan mucho más.

—Te vas a reír de mí.

—Prometo no hacerlo —asegura muy serio mientras espachurra un limón.

Suspiro con un aire de rendición. Total, ¿qué más da? Ya le he hecho confesiones mucho peores.

—Salí unas cuantas veces con un tipo llamado George. —Suele costarme recordar los nombres de mis ligues, pero George Harrington III es difícil de olvidar—. Una noche me invitó a cenar a su casa. Me hizo descalzarme nada más entrar, lo cual me llevó a pensar que era un poco maniático, aunque también me pareció que tenía sentido, porque en las suelas se acumula un montón de porquería. Hasta ahí bien… El piso era enorme y la decoración muy sobria y masculina. Colores neutros, madera oscura y un trío de cuadros en el salón con formas sospechosamente fálicas, pero vale. —Leo esboza una leve sonrisa, añade un poco de vinagre en el bol y empieza a remover la cebolla con un tenedor—. Lo que me extrañó fue que todo estuviera tan impoluto, como si hubiera pasado por allí un equipo de limpieza profesional. Hasta se notaba en el aire el olor a lejía. Pero lo peor fue cuando al ir al baño me equivoqué de puerta y acabé en un cuarto que supuestamente usaba como lavadero. Tenía un congelador gigante, de esos que son tipo arcón. Así que imagínate…

—¿Lo abriste?

—No, aunque por el tamaño calculé que dentro estarían su madre y sus dos últimas novias troceadas. Fingí un dolor de cabeza y me largué antes de que tuviera tiempo de ponerse el chubasquero y coger el hacha.

Leo deja de remover la mezcla y me mira conteniendo una sonrisa.

—¿Te fuiste sin más?

—¿He mencionado que George, además de asesino en serie, era abogado? Conocía las leyes mejor que nadie para librarse en caso de asesinato y descuartizamiento. Y para colmo, la cena consistía en solomillo poco hecho. Ya, claro.

Echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír, pasándose por el forro su promesa de hace un momento, y yo me veo en la obligación de inclinarme sobre la encimera, agarrar lo primero que pillo (una rama de laurel) y lanzárselo. Con eso solo consigo carcajadas descontroladas.

—Me da igual lo que pienses. Ser precavida me salvó aquella noche de acabar fileteada —afirmo muy digna.

Vale, tal vez estoy exagerando. Lo cierto es que cuando se lo conté a Mery en casa surgió una opción que no había barajado (debido a las prisas de salir corriendo ante el peligro de muerte inminente), y es que una de las principales aficiones de George Harrington III era la caza. Lo más probable es que guardara faisanes congelados en aquel arcón y no cadáveres humanos. De todas formas, aquella posibilidad horrorizó a mi mejor amiga en la misma proporción que la de ser un asesino en serie y nunca volví a verlo.

—Ya llevas diez minutos aquí —comenta Leo, una vez recuperado del ataque de risa—. ¿Tienes ganas de salir corriendo?

—No, contigo es distinto. —Entrecierra los ojos y me mira de esa forma que hace que mi sentido común me bordee y pase de largo—. De ti no sospecho en ese sentido. A los psicópatas no les van nada las pelis moñas de instituto.

No ponemos la mesa para cenar, montamos los tacos en la encimera y nos los comemos sentados en los taburetes. Expreso mi opinión sobre ellos gimiendo obscenamente nada más probarlos. La carne, tierna, jugosa y con un toque picante, se deshace en la boca. Y el contraste fresco de la cebolla es perfecto. Son tan espectaculares como me prometió.

Al terminar, pasamos al salón y vemos una película en el sofá. Por supuesto, soy castigada con una historia moñas de instituto, aunque no puedo evitar sonreír al ver a mi acompañante recitar los diálogos en voz baja sin darse cuenta.

A mitad de peli estoy tumbada debajo de él, jadeando mientras hacemos cosas con las que Drew Barrymore ni se atreve a soñar en *Nunca me han besado*.

Son casi las doce de la noche cuando retomamos la conversación.

—¿Cuál es tu género favorito? —quiere saber Leo.

—Mmm… el terror. —Mi respuesta hace que él aspire el aire entre los dientes—. A ti no te gusta, lo entiendo. No hay mucho tiempo para enamorarse cuando estás siendo atormentado por un fantasma japonés.

—Soy capaz de apreciar el género. Hitchcock era un maestro —declara con contundencia— y puedo soportar los *slasher* de John Carpenter y Wes Craven, pero no, el terror no es lo mío.

—Ágata odiaba las películas de miedo. Miguel y yo las veíamos en el salón porque no nos dejaba ni ponerlas en la salita de cine —sonrío al recordarlo—. Yo me tumbaba en el sofá y a veces me quedaba dormida.

—¿No tenías pesadillas?

—Con las películas no —confieso—. Me dormía tranquila porque Miguel estaba a mi lado. Creo que me gustaba pasar miedo porque, al mismo tiempo, tenía la sensación de sentirme protegida por él.

Leo asiente. A estas alturas ya entiende lo retorcidos que pueden llegar a ser mis pensamientos.

—Tienes buenos recuerdos de él.

—Sí.

Al menos hasta que se fue. Luego ya no tuve nada.

—Hagamos un trato. Podemos ver una peli de terror, pero eres tú quien tiene que protegerme a mí —dice con cara de cachorrito abandonado—. Y no puedo prometer que no vaya a intentar abrazarte.

Niego con la cabeza y me levanto del sofá.

—Voy al baño. Cuando vuelva tú y yo vamos a ver una peli de terror psicológico. Se llama *La sexta cinta de Ágata.*

25

Ella estaría orgullosa

Un coro de voces seguidas de unas risas escandalosas me acompaña desde que salgo del baño. No dura mucho porque la distancia hasta el salón no es grande y porque, nada más verme aparecer, Leo levanta el mando a distancia con rapidez y apaga la tele.

Por el gesto podría pensar que lo he pillado viendo porno. A juzgar por su cara momentánea de pánico hasta diría que se trata de porno raro y fetichista, en plan gente montándoselo con globos o vestida con cabezas de poni. Pero no es el caso. Sus nervios solo me confirman que lo que me ha parecido oír un segundo antes de que apagara la tele no es cosa de mi imaginación.

—¿Qué pasa? —Me coloco frente a la pantalla en negro.

—Mmm… nada —responde él desde el sofá.

—Juraría que he oído mi nombre.

—Era yo… Te llamo hasta cuando no estás. Así de colgado estoy.

—Pues tienes una voz femenina y algo chillona.

—Es que a veces me siento femenina y algo chillona.

—Acabo de oír mi nombre y mi apellido en la tele. Están hablando de mí, ¿verdad?

—Malena… —pronuncia mi nombre como si le pesara demasiado en la boca.

—Pon la tele.

—Igual no es buena idea. —Se levanta del sofá y viene hacia mí—. No es más que un estúpido programa del corazón. No tienen ni idea. No merece la pena.

—Leo, enciende la tele.

Chasquea la lengua y pone una mueca de disgusto antes de hacerlo.

Las voces y el jaleo inundan de golpe a la pantalla. Sí, sin duda es un programa del corazón. El plató está decorado con colores intensos: rojo, morado, dorado y rosa, y la iluminación es tan exagerada que parecen haberlo construido sobre el sol.

Un plano general muestra a cuatro colaboradores, tertulianos o lo que sean, dos mujeres y dos hombres, sentados en sillas transparentes. Uno de ellos, con el pelo rubio platino y camisa hawaiana, está hablando y riéndose a la vez. El público le sigue la guasa y entonces la cámara cambia de plano.

El presentador, vestido con camisa entallada y pantalón de traje, se encuentra sentado en un sofá fucsia y a su lado está el invitado de turno.

Entrecierro los ojos. Me suena mucho su cara. Ese pelo rubio y corto. La sonrisa descarada. Y una lengua demasiado larga.

—¿Fran?

—O sea, que lo conoces —dice Leo.

—¡¡Es Fran!! ¡¡Fran el Rata!!

—¿Te acostaste con él? —pregunta arrugando mucho la nariz—. ¿En serio?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Algo que objetar?

—Qué va, entre el abogado descuartizador y Fran el Rata creo que salgo ganando.

Fran está sentado en el sofá con las piernas bien abiertas y sonríe mucho. Se nota que se encuentra en su salsa mientras le cuenta a toda España lo íntimamente que conoce a la sobrina de Ágata Belmonte.

—¡Será cabrón!

En la parte inferior de la pantalla hay un rótulo con un teléfono de aludidos. Puesto que soy la aludida en cuestión, agarro mi móvil y marco el número.

—¡Malena! ¡Malena! ¡Malena! —Leo repite mi nombre muy rápido, como si quisiera avisarme de que alguien ha cortado los frenos del coche que voy conduciendo a toda pastilla—. ¿Estás segura?

—No, no estoy segura, pero lo que sí estoy es harta —declaro con el móvil pegado a la oreja y sin apartar la vista de la pantalla—. La prensa rosa acosó a mi familia durante años y me aterrorizó buena parte de mi adolescencia. No voy a tener miedo nunca más. Se acabó.

Tras pasar unos minutos hablando con una chica de la redacción del programa muy agradable y educada, todo sea dicho, me dan luz verde para entrar en directo. A Juanma, el presentador, lo avisan por el pinganillo de mi intervención telefónica. Lo sé porque le cambia la cara.

«Un momento, un momento, por favor. —Se levanta de golpe de su asiento—. Perdonad, pero tenemos que interrumpir ahora mismo la entrevista con Fran».

Se hace el silencio y Juanma empieza a caminar por el plató muy despacio. Junta las palmas de las manos en un gesto de rezo y las

coloca delante de la nariz, como si estuviera guardando un secreto muy gordo.

Un barrido muestra a los colaboradores, cuyos gestos se mueven entre el desconcierto y la curiosidad, y la cámara regresa a Juanma justo cuando se detiene en el centro del plató. El plano se cierra sobre él. Mira fijamente a la cámara, mantiene el suspense y lo estira un poco más. Puro show.

«Qué mejor que despedir nuestro último programa de la temporada con una bomba, porque eso es lo que tenemos al otro lado del teléfono —anuncia para levantar la expectación».

Suena un pum desde la mesa de sonido, un golpe seco y fuerte para resaltar el efecto dramático. Juanma estira los brazos, levanta las palmas hacia arriba cual líder de secta y dice:

«Malena Aguilar, muy buenas noches».

Mi entrada genera un murmullo entre el público y hasta un par de gritos ahogados. Los cuatro colaboradores se giran en sus sillas transparentes y se miran los unos a los otros. Uno de ellos abre tanto la boca que parece una imitación pastel de *El grito* de Munch. Enseguida llegan las sonrisas. Solo les falta relamerse.

«Buenas noches a todos».

Mi saludo desata otra oleada de emociones en el plató. Ni que fuera yo Beyoncé. Mis latidos pierden el control. No sé si voy a sufrir un infarto o si mi corazón está intentando apearse de mi cuerpo y salir huyendo. No podría culparlo.

Al menos me consuela que Fran tampoco parece estar disfrutando del momento. Ya no sonríe y su rostro pierde color por momentos.

—Respira —me susurra Leo, aprovechando que Juanma me dedica unos diez segundos de cortesía para comentar que todos lamentan

mucho el fallecimiento de Ágata.

Pasadas las condolencias, me lanza a las hienas hambrientas. Los colaboradores se atropellan los unos a los otros para preguntar, por lo que se ve obligado a intervenir enseguida.

«Chicos, por favor, que no sois nuevos. Si habláis todos a la vez, la gente en sus casas no se va a enterar de nada. Por turnos. Empieza, Chus».

Se hace el silencio durante dos segundos.

«Malena, ¿qué tal? Soy Chus Salazar. —Es el de la camisa hawaiana y pelo decolorado—. Estamos aquí con Fran, que nos estaba contando que vosotros dos estuvisteis juntos antes del funeral de tu tía. Escasos minutos antes —apunta con una sonrisa ladina».

Ágata era una maestra tratando con la prensa. Solía emplear el humor para responder preguntas incómodas y así desviar el tema.

«Bueno, lo de estar juntos es mucho decir. ¿No te parece, Fran? Fueron… ¿Cuántos? ¿Tres minutos?».

Las risas de los colaboradores son inmediatas:

«Uy, uy, Fran, que no se te dio la cosa tan bien como nos has contado».

El aludido pone mala cara y, antes de que pueda replicar, añado:

«Tuve una relación más larga y satisfactoria con el café que me pusiste y tristemente me cobraste después».

Más risas, el sonido de una trompetilla que se viene abajo y burlas:

«¿De verdad le cobraste el café a la chica?

»¡Hay que ver, Fran!» «¡Qué fuerte, Fran!

»Eso es muy cutre, Fran.

»Te va a costar encontrar novia cuando salgas de aquí».

Como Fran no me conoce más allá de un par de besos y no dispone de munición contra mí, se limita a hacerse pequeñito en el sofá. Las cámaras se olvidan de él y queda temporalmente anulado. No lo lamento ni un poco. «Que te den, Fran».

El presentador se ve en la obligación de reñir a los colaboradores como si se tratara de niños armando alboroto en clase y les pide de nuevo que respeten los turnos.

«Malena, soy Marta Castell —interviene otra a continuación. Es la dueña de la voz chillona que escuché al salir del baño. Pelirroja, de unos cincuenta años. Demasiada laca en el pelo y demasiadas sesiones de rayos UVA—. Has sido la comidilla estos días a raíz de unas fotos tomadas en casa de tu tía, y creo que hablo en nombre de todos cuando digo que lo que más nos interesa saber es qué tipo relación mantienes con el hijo de Francesco Peretti y, a su vez, qué relación tenía él con tu tía.

»Se llama Leo —les aclaro. Llevan meses hablando de él, así que lo mínimo es que utilicen su nombre en lugar de reducirlo a "hijo de"—. No era el amante de Ágata. Mantenían una buena relación, nada más. —La decepción se posa en casi todos los rostros del plató —. Aunque Leo sigue bastante impresionado por ella. ¿Quién no? Era fascinante y una de las mejores actrices de este país —les recuerdo porque dudo que alguien lo haya mencionado esta noche.

»Sí, sí, eso está claro, pero entonces… ¿Leo y tú?».

Ágata nunca entraba en detalles personales profundos. Era ambigua y jugaba al despiste.

«Leo y yo… No lo sé, ¿quién sabe? Puede que al final no seamos nada. O puede que nos casemos y tengamos mellizos. Ahora mismo

somos… un montón de posibilidades. —Lo miro y él me sonríe—. Escoged la versión que más os guste.

»Estaría bien que lograrais tener un final feliz, porque con tu tía no fue así, ¿verdad? —comenta una voz femenina y afilada».

La cámara enfoca a su poseedora. Es morena, más joven que yo y de mirada decidida.

«Perdona, ¿tú eres…?

»Astrid Vargas —responde con tono seco, casi ofendida porque no la conozca, aunque se recompone de inmediato—. Lo que quiero decir es que puedes contarnos que Ágata era fascinante y única, nadie lo duda. Pero lo cierto es que vosotras ni os hablabais. Su entorno nos lo ha confirmado.

»¿Su entorno?

»Sus amigos.

»Dudo que lo fueran si hablaron contigo.

Se ríe como si la hubiera pillado desprevenida. En absoluto.

»Malena, no hace falta que te pongas a la defensiva. Solo digo lo que sabemos. Estabas enfadada con tu tía, tanto como para no estar junto a ella en sus últimos momentos. Si quieres aprovechar tu minuto de gloria televisivo para vendernos una familia feliz, estás en tu derecho, pero nadie se lo va a creer».

Siento la mano de Leo en la base de mi espalda. «Calma, tranquila», intenta decirme.

La rabia hace que me piquen los dedos, pero no permito que se extienda por el resto de mi cuerpo. Ya no tengo dieciséis años. Soy adulta y sigo aquí, de pie, entera, después de todo. Astrid Vargas no me conoce, no sabe nada sobre mí, y solo tendrá lo que yo le dé

ahora. Esto no es más que un teatro. Decorado y humo. Y cuando acabe la función, todos volverán a sus casas, a sus vidas.

Enderezo los hombros y yergo la cabeza, aunque nadie pueda verlo.

«Yo vendo ropa, Astrid. Nada más. Eres tú quien cobra por especular sobre las vidas de gente con la que no has hablado jamás. En ningún momento he mencionado que fuéramos una familia feliz. Ágata y yo éramos complicadas. Todas las familias lo son a su manera. Pero tú no tienes forma de saber lo enfadada que estoy. O lo triste que me siento. Honestamente, hace una semana no lo sabía ni yo. Aún estoy tratando de averiguarlo y de asumir que mi tía ya no está y que nunca volveré a verla. Pero, si no te importa, tengo intención de vivir mi duelo en privado. —Arquea la ceja, no está nada satisfecha con mi respuesta—. Oh, pero no sufras. De lo que sí estoy segura es que con tu bajeza moral pasarás por encima de todos tus compañeros y acabarás teniendo un programa en prime time para ti sola».

Más gritos ahogados y risas inundan el plató. Ya me resultan cansinos. Astrid responde algo, pero sus palabras quedan amortiguadas bajo el jaleo que montan el resto de los colaboradores. No dan crédito a mis palabras y a la vez están eufóricos. El presentador trata de poner paz, sin éxito esta vez.

«Chicos, mi vida personal no es tan interesante, os lo prometo. No tengo mucho más que añadir. Ah, bueno, sí —corrijo al momento y todos se callan a la vez. Joder, soy la versión rosa del flautista de Hamelín—. Mi socia no me perdonaría si no aprovecho mi minuto de gloria televisivo para decir que Malena & Co empieza ya sus rebajas

de verano. Podéis echar un vistazo a nuestra web. Hacemos envíos a toda España. Y ahora sí he terminado. Feliz noche a todos».

Cuelgo el teléfono y apago la tele, porque también aprendí de Ágata que las fiestas hay que abandonarlas cuando están en todo lo alto. Así siempre guardas un buen recuerdo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Leo.

Resoplo fuerte.

—Ahora mismo tengo energía para escalar una montaña.

—¿Te has quedado a gusto?

—Mmm… Sí. La verdad es que sí.

Esboza una sonrisa tranquila y asiente.

—Ella estaría orgullosa.

—Yo también lo creo. —Me siento en el sofá—. Ahora vamos a ver su cinta.

A Ágata le tiembla un poco la mano cuando bebe de su botella. Antes de que Leo cierre el plano para empezar la entrevista me fijo en que parece aún más delgada que en la cinta anterior. Esos vaqueros no deberían quedarle tan sueltos. Deja la botella en el suelo, lo bastante cerca por si sufre otro ataque de tos (cada vez son más frecuentes), y se recoloca el suéter azul de cachemira. Se toma su tiempo la muy presumida. Cuando termina, coloca bien los pies en el suelo, uno de ellos ligeramente adelantado, endereza la espalda y levanta la barbilla como solo ella sabe hacer.

A pesar de la delgadez extrema, los ojos amarillentos y unos labios agrietados que ni el mejor maquillaje puede cubrir ya, sigue asombrándome su entereza. Miro a mi tía y, por primera vez desde

que me enteré de su muerte, lamento no haber podido estar aquí para despedirme de ella.

—Regresó a España en 1970. —Leo retoma la conversación, como de costumbre—. Volvió como una gran estrella y a partir de ahí fueron buenos tiempos. Al menos profesionalmente.

—Sí que lo fueron. Después de Hollywood todos los directores querían trabajar conmigo. Aquí, en Francia, en Italia… Arrastraba mareas a las salas de cine. Mi cara estaba todo el tiempo en todas partes. La prensa estaba como loca conmigo. Me adjudicaban amantes todas las semanas. Cualquiera habría terminado cansada de tanta atención.

—Cualquiera menos usted.

Ágata levanta un poco la comisura derecha, un gesto mínimo.

—Cualquiera menos yo.

—Aun así, y a pesar de su éxito internacional, le negaron los premios. Críticos y académicos del mundo del cine fueron injustos con usted.

—Había pasado once años fuera, pero las cosas no habían cambiado mucho. Yo encarnaba la sexualidad en un país en el que las mujeres seguían teniendo que comportarse como santas. No me dieron premios, pero sé lo que conseguí como actriz, y lo que significué. Pueden reducirme a un mito erótico si quieren y considerarme poco feminista. Pueden decir que no ayudé a dar la libertad sexual a las mujeres, pero yo les hice desearla. El deseo y la voluntad son la chispa para que algo cambie.

—¿Y qué pasó con esa libertad que tanto anhelaba usted? ¿La consiguió?

—Sí. Ganaba tanto dinero que hasta Luis se relajó. Era la consentida de España, elegía mis proyectos y hacía lo que quería cuando quería. Viajé por todo el mundo y conocí a gente muy importante: políticos, militares, artistas, miembros de familias reales… Me acosté con algunos, me drogué con muchos. Cocaína, sobre todo. Las anfetaminas las dejé, los ansiolíticos iban y venían. Y mi relación más estable y duradera la mantuve con el alcohol. Fuimos una pareja discreta durante años.

—Y después de todo eso…

—Después de todo eso me enamoré.

—De Miguel Escudero.

—Sí.

—Usted dijo que se enamoró dos veces —recuerda Leo—. Una, no lo suficiente, de Tom. Y otra, demasiado.

Por primera vez en su vida, Ágata es incapaz de sostener la mirada a una cámara y agacha la cabeza.

Suspira con cansancio.

—Hay amores que te vuelven loca y, aun así, te apaciguan. Miguel fue mi calma, mi refugio. Miguel lo fue todo.

26

SEXTA CINTA

Me había ido de España con una maleta. Volví con dos.

De las otras veintitrés se encargaba el equipo de asistentes que contraté para mi regreso. Habían viajado un día antes que yo desde Los Ángeles hasta Madrid para dejar mi equipaje (once años de vida) en el hotel donde pensaba alojarme de manera temporal.

Los periodistas me esperaban en el aeropuerto, pues Luis se había encargado de anunciar mi llegada a los cuatro vientos. Codearse durante una década con los publicistas del estudio, encargados de diseñar y controlar las apariciones públicas de sus estrellas, le había servido de aprendizaje. Era consciente de que el sueño americano había terminado para nosotros, pero las formas yanquis (su concepción del marketing y su manera de vender, ya fueran aspiradoras o actrices) se le pegaron para siempre.

Mi gran aparición estaba estudiada. Las ondas marcadas de mi melena estilo old Hollywood costaron lo suyo. Ni siquiera había podido tumbarme en mi asiento de primera clase durante el vuelo con tal de no chafarlas. Caminaba por Barajas escondida tras unas enormes gafas de sol para mantener la distancia, el misterio y, de paso, ocultar las ojeras. Los labios rojos aportaban el toque de

sensualidad. Claro que ya podría haberme tatuado en la frente una hoz y un martillo, que nadie se habría fijado.

Mi esmoquin blanco de Yves Saint Laurent fue, de lejos, lo más comentado por los medios. Me llamaron atrevida, rebelde y también me acusaron de apropiación indebida. ¿Desde cuándo una mujer se vestía como un hombre? Estábamos en 1970 y aquello todavía se consideraba un escándalo. Me pareció ridículo; a Luis, maravilloso. No existe la mala publicidad.

—Asúmelo, Ágata, te odiarán tanto como te adorarán. No es fácil despertar simpatía cuando lo tienes todo —me advirtió.

Los fotógrafos nos siguieron hasta la puerta del Ritz, donde se congregaba un grupo de fans que aplaudía a mi paso y me gritaba «¡Guapa!». Estuve veinte minutos firmando autógrafos junto a un equipo de seguridad que me respiraba en la nuca como si yo fuera el presidente de Estados Unidos. Era una exageración, un espectáculo, pero quedaba bien en las fotos.

Me alojé en una de las suites más grandes del hotel. Contaba con salón, cama con dosel, terraza, vistas al jardín y en una mesa habían dejado una cesta de fruta y una botella de mi whisky favorito. Solo veía un fallo: no era una casa. Yo quería una casa. Aparte de ropa y joyas, no tenía nada que considerara mío de verdad.

Una semana después me enamoré de una propiedad en un área residencial muy exclusiva de Madrid, y un mes más tarde estaba viviendo en ella. Era la prueba más sólida de mi sueño cumplido, una mansión acorde al tamaño de mi éxito. Me encargué de seleccionar todos los materiales, de decorarla con los mejores muebles, de elegir cuidadosamente las telas y, cuando terminé, tras colocar el último jarrón en la mesa de la entrada, solté un suspiro al

aire que reverberó por toda la planta. Al segundo sentí una punzada en el pecho.

Mi éxito era tan grande que hacía eco. Estaba vacío. No tenía a nadie con quien compartirlo.

Luis se equivocaba. No lo tenía todo.

Tampoco me detuve a pensarlo demasiado, contraté personal de servicio para mantener la casa, puesto que pasaría mucho tiempo fuera, y los siguientes diez años de mi vida los dediqué a hacer lo que mejor se me daba. Porque también me di cuenta de que el éxito se parece en algo al amor. Lo más difícil no es conseguirlo, sino conservarlo.

En la década de los setenta rodé diecinueve películas. En cierto modo fue como vivir dentro de una, interpretándome a mí misma. Tuve la oportunidad de recorrer medio mundo, acudía a casi todos los estrenos, nacionales e internacionales, conocía a los directores más relevantes, a los actores de moda y me invitaban a sus fiestas.

En París cené con el presidente de la República, en Venecia fui la sensación de la Mostra (pese a no recibir ningún premio), en Roma tuvieron que escoltarme los carabinieri ante el acoso de los paparazzi y aprovechando mi paso por el Festival de Cine de Moscú compré (quizá) demasiados abrigos con cuello de piel de zorro y bebí el mejor vodka. «Un poco suave para mi gusto», le confesé a la ministra de Cultura cuando me preguntó mi opinión. En otra ocasión coincidí con la primera ministra británica y hablamos sobre moda. Me sugirió que me cerrara un poco más el escote, yo a ella que usara menos trajes de chaqueta.

En 1974 estrené *La vida en una canción*, en la que interpretaba a Rosa, una mujer de familia humilde que soñaba con ser cantante. Lo

conseguía, triunfaba a lo grande y después era vilmente despedazada por la fama. Así debía terminar su historia, pero los productores exigieron dulcificar el final de la película para hacerla más comercial y satisfacer al gran público.

El resultado: Rosa encontraba el amor, y, desde ese momento, todo por lo que había luchado su vida entera dejó de importarle. Aquello significó tres cosas: odié a Rosa por traicionarse a sí misma, pasó a ser mi personaje más emblemático y la película se convirtió en la más taquillera del cine español, ostentando ese título durante veinticuatro años.

Pese a los rodajes y los viajes, todos los años reservaba unos días para visitar a Isabel. Donde fuera que estuviera viviendo. Para ello me ponía unas gafas de sol y me vestía como si fuera a comprar el pan —o como alguien que acostumbrara a hacerlo—. Y cada una de esas veces me veía en la obligación de sacar a Germán de algún apuro económico y a mi hermana de la cama. Llevaba años luchando por ser madre, lo que había supuesto varios abortos (seis en total) y cada uno de ellos parecía hundirla un poco más en la pena.

Malena, su milagro (así lo llamó ella), llegó en 1975. Al verla por primera vez me cuestioné si se habrían confundido de bebé en el hospital. Era un bulto arrugado y lleno de pelo negro que no ocupaba ni una cuarta parte de la cuna. Isabel me pidió que la cogiera y tuve mis dudas. Me daba miedo que se escurriera entre mis brazos, cayera y se golpeara la cabeza contra el suelo. Bastante fea era ya la criatura como para encima dejarla medio lela.

Lo cierto es que daba igual cómo fuera, porque no estaba dispuesta a verla con buenos ojos ni a encariñarme con ella. Su llegada al mundo era el resultado de nueve largos años de

sufrimiento que habían causado estragos en la salud de mi hermana. Incluso tras dar a luz, la piel se le pegaba a los huesos, desde los pómulos hasta las clavículas.

Isa insistió en que la cogiera y ya no me quedó más remedio. Malena no pesaba ni dos kilos y medio, apenas tenía fuerza para abrir los ojos y parecía mover la boca a cámara muy lenta. Mi corazón reaccionó al contrario y se aceleró. Tuve miedo por un instante. Era el ser más indefenso del mundo, su padre no se molestaba en mirarla y costaba creer que su madre pudiera sostenerla sin desplomarse. A continuación, abrió sus ojos grandes y oscuros y empezó a berrear como una loca, con unos pulmones demasiado enérgicos para un cuerpo tan menudo. No sentí un amor inmenso hacia ella, eso llevaría su tiempo, pero me cayó bien. Quizá no iba a estar tan indefensa.

Tras la muerte de Franco ese mismo año y con el final de la dictadura, el cine experimentó un cambió. Comenzó a tratar temas que jamás habrían podido sortear la censura: violencia política, injusticias sociales y una moralidad mucho más abierta. Así llegó el destape a las salas. La sensualidad que yo había simbolizado durante dos décadas se volvió explícita, superficial, vulgar. Siempre apoyé la libertad y la conciencia sexual, y no tenía problemas en quitarme la ropa por un buen papel, pero como nunca llegaba me negué a convertirme en mercancía, en el objeto sexual voluntario de tipos chistosos a los que ni siquiera se les exigía ser atractivos. Aquello no se lo creía nadie, por lo que decidí centrarme en mi carrera musical.

Grabé discos e hice una gran gira por América, donde siempre me quisieron más y mejor que en ningún otro sitio. Regresé a México

para cantar y me permití el lujo de llorar a Tom una noche, tras recorrer los lugares donde tantas veces habíamos estado juntos. Pisé los escenarios de Miami, Puerto Rico, Santo Domingo, Buenos Aires, Venezuela, Colombia, Perú, Chile y terminé en Cuba. En un bar de La Habana Vieja conocí a un escritor cuyo proceso creativo le exigía beber ron como si fuera agua y fumar como un carretero. Esa misma noche nos encerramos en la habitación de su hotel y salí de ella cuatro días después con dolor de ingles, una resaca colosal y una caja de habanos Romeo y Julieta.

Nunca fui amiga de los arrepentimientos. Si no hay errores, no hay vida. Aunque si hubiera sabido que el tabaco iba a quitármela, me hubiera cortado la mano antes de encender mi primer puro.

A principios de 1981, Luis empezó a sentir cierta inquietud por mi carrera cinematográfica. Su teléfono había parado de sonar, de modo que me envió el guion de una película y al día siguiente me llamó para pedirme (exigirme, en realidad) que me reuniera de manera urgente con el director, Alejandro Miralles, una joven promesa del cine español.

—No me gusta —me quejé.

—Ni lo conoces.

—Su guion es surrealista.

—Es transgresor.

—Pretende que sea la madre de la protagonista.

—Ambos sabemos que vas a eclipsarla en cuanto entres en el plató.

—¿Y lo haré andando por mis propios medios o necesitaré bastón?

—Tienes cuarenta y tres años, Ágata, y no vas a empezar a cumplirlos hacia atrás.

—Vete al *carallo.*

—Ahí acabaremos los dos si continúas con esa actitud. Te dije que en algún momento podrías comportarte como una diva y ya lo has hecho. Te has permitido el lujo de rechazar papeles durante cinco años. Ahora ponte a trabajar o llegará un momento en el que no podrás entrar en un plató ni arrastrándote.

Luis era la única persona a la que le consentía hablarme de ese modo. Alguien debía bajarme los humos; estaba demasiado acostumbrada a los halagos. Y acostumbrarse a algo es la mejor forma de matar el interés. Por eso decidí asistir a aquella reunión con Alejandro Miralles, sobre todo después de que mi mánager añadiera la puntilla:

—Si rechazas el papel, se lo ofrecerá a Roma Dávalos.

Esa mujer no solo acabaría por convertirse en mi mejor amiga, sino que me salvaría la vida, pero por aquel entonces solo me parecía una actriz solvente con un carácter insufrible.

Al día siguiente, nada más entrar en el ascensor de la productora, percibí un sutil olor a bosque y madera. Emanaba del único ocupante de la cabina, un hombre alto y de pelo rubio con abrigo gris de paño y jersey negro de cuello alto. Se aclaró la garganta antes de darme las buenas tardes y preguntarme a qué piso iba. Poseía una voz grave, cálida y envolvente que me levantó los poros.

—Al cuarto —respondí y pulsó el botón. Las puertas metálicas se cerraron mientras yo rezaba para que volviera a dirigirme la palabra.

Cinco segundos después el ascensor dio una leve sacudida y se detuvo en seco con un fuerte clac.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él desconcertado.

«Que Dios tiene formas misteriosas de conceder deseos», me dije y sonreí para mis adentros.

Al menos hasta que sus ojos oscuros chocaron de frente con los míos. Estaba habituada a que los hombres me miraran con interés, con descaro, incluso con cierta timidez, pero no con miedo.

—Parece que se ha estropeado —comenté y vi que en el panel lateral había un botón de emergencia. Me acerqué a él, lo apreté y emitió un sonido fuerte y parecido al de una campana. Lo pulsé varias veces y volví a mi lado de la cabina.

—Vendrán a buscarnos en algún momento —añadí.

—«En algún momento» es un periodo muy indeterminado de tiempo.

—No sé, puede que tarden una hora en sacarnos. O dos o tres.

—O dos o tres… —repitió y su voz perdió toda la fuerza— ¿Y si…? ¿Y si el ascensor no aguanta el peso?

—Pues sería una ironía después de haberme matado de hambre durante años.

No me escuchó, andaba ocupado examinando cada centímetro del reducido espacio con gesto de pánico.

—Debemos de estar atrapados entre el tercer y el cuarto piso. Una caída desde esta altura…

—Ah, no, no. Yo no pienso morir aquí. Un accidente en un descapotable o estrellarme en un avión sería aceptable, pero no en un ascensor. De ninguna manera.

—Hace calor —murmuró y se quitó el abrigo, mostrando una figura delgada y atlética que no me permitía admirar a gusto, puesto que no se quedaba quieto.

—Los ascensores tienen frenos y esas cosas. No vamos a morir aquí.

—¿Podría dejar de mencionar la muerte, por favor? —me pidió con la voz agitada y se estiró el cuello del jersey como si intentara deshacerse de una soga—. Es que me… me está costando un poco respirar.

¿Un poco? Jadeaba como un caballo desbocado y su rostro había perdido todo el color. Llevaba veinticinco años trabajando en el cine, había presenciado ataques de pánico por parte de actrices, directores, productores y todo tipo de asistentes. Como no tenía a mano ansiolíticos ni una botella de whisky para calmarlo, me vi obligada a improvisar. Me coloqué frente a él, levanté la mano en el aire y le crucé la cara. Antes de que pudiera recuperarse del susto, lo agarré del jersey, lo atraje hacía mí y estampé mi boca contra la suya.

No se resistió al beso, aunque tampoco participó. Al separarme de sus labios suaves y tensos se quedó inmóvil, congelado como un fotograma. Me lo tomé como una buena señal. Al menos no se había desmayado.

—¿Qué dirías que es más efectivo? ¿El beso o el bofetón? Porque se me dan bien las dos cosas.

Cuando logró pestañear, el aire regresó a sus pulmones y lo soltó de golpe por la boca. Lo acompañó de una carcajada ronca e incrédula que terminó por convertirse en risa real. La tensión de sus hombros desapareció y acabamos riendo los dos.

Pocos segundos después nos llegó la voz de un hombre desde el exterior. Iban a reparar el ascensor y nos sacarían de allí enseguida.

Esa información terminó por tranquilizar a mi acompañante de confinamiento.

Dado que no teníamos nada mejor que hacer, nos sentamos en el suelo a esperar y comenzamos a charlar.

—He sido un maleducado —comentó recuperando esa voz potente, capaz de encender un fuego en mis entrañas que creía haber perdido—. Ni siquiera me he presentado. Me llamo Miguel. ¿Y usted?

Arqueé la ceja. ¿Me lo estaba preguntando en serio?

—Soy Á… Asunción. Y ya que te he pegado y nos hemos besado, puedes tratarme de tú.

Sonrió y le pregunté a qué se dedicaba. Me contó que era actor de teatro.

—¿Tú trabajas aquí? —quiso saber.

—Mmm, a veces… —respondí sin entrar en detalles.

No quería mentirle, pero tampoco hacerle saber quién era. Todo el mundo se formaba una opinión sobre mí antes de conocerme. Despertaba admiración, deseo, envidia… Miguel me miraba sin ver nada. Era un interrogante para él. Una página en blanco. Una desconocida. Y me encantó serlo, a pesar de haber trabajado toda la vida para conseguir lo contrario.

—Y si te dedicas al teatro, ¿qué haces en una productora de cine?

—Tengo una prueba. —Miró su reloj—. La tenía, mejor dicho, hace cinco minutos. Mi representante cree que me vendría bien aparecer en una película de vez en cuando. El cine da mucha más visibilidad que el teatro —apuntó con una mueca de disgusto.

—Y a ti el cine te parece un género menor —deduje.

—Te prometo que no soy tan arrogante. Solo creo que es… distinto. Si te equivocas, repites. Y no tiene nada de malo, pero estoy seguro de que no es comparable a la forma en que se me acelera el corazón cuando piso el escenario.

Si se parecía a lo que estaba sintiendo yo en ese momento, seguro que merecía la pena.

—¿No sueles ir al cine?

—Prefiero dedicar mi tiempo a leer y a jugar al ajedrez. —Negó con la cabeza y suspiró—. Debo parecerte de lo más aburrido. Además de claustrofóbico.

Su forma de asumir abiertamente lo que él creía que eran debilidades hizo que lo encontrara encantador. Y que fuera guapo ayudaba, eso era innegable. Su mandíbula ligeramente marcada le aportaba un aire masculino, aunque de un modo suave. Tuve que reprimir mis ganas de acercarme a él para oler el aftershave de su cuello, que a esas alturas ya inundaba toda la cabina, y me concentré en hacerle preguntas.

Miguel tenía cuarenta y cinco años, era hijo de un coronel y el pequeño de cuatro hermanos. Se había casado muy joven y había enviudado pronto también, hacía más de una década. Se apañaba cocinando, practicaba el ciclismo, le gustaban los niños, aunque nunca se había planteado ser padre, y le encantaba viajar. Con amigos, pero también solo. Sus destinos favoritos eran Florencia y Marrakech.

Cuando el ascensor se puso en marcha, un par de horas después, el alivio recorrió su rostro, mientras que yo tuve que morderme la lengua para no maldecir.

—Dios, no sé qué habría hecho sin ti ahí dentro —me dijo con un suspiro en cuanto las puertas se abrieron y salimos al pasillo.

—Lo que debería preocuparte de ahora en adelante es qué vas a hacer sin mí fuera —respondí con descaro.

Volví a dejarlo tieso, y esta vez sin posibilidad de réplica. Había demasiada gente a nuestro alrededor: el técnico del ascensor, un guarda de seguridad, un hombre al que le sudaba mucho la frente y quería saber si nos encontrábamos bien y un grupo de gente cuchicheando y mirándonos como si fuéramos una atracción de feria. Casi ni pudimos despedirnos y cada uno se fue por su lado.

Al día siguiente, recibí en casa un ramo de rosas rojas acompañado de una nota:

> En agradecimiento por tu heroica actuación, te envío estas flores. El rojo me parece de lo más apropiado, hace juego con el color de mi vergüenza por no haber reconocido esos impresionantes ojos de gata. Te ruego que me perdones.
>
> Desde hoy, tu más sincero admirador.
>
> MIGUEL

Como respuesta le envié dos entradas de cine para ver una de mis películas más antiguas, ya que la proyectaban en una pequeña sala de Argüelles. También me aseguré de que Alejandro Miralles le ofreciera un papel para así poder trabajar juntos.

A partir de entonces, Miguel y yo no nos separamos más. Eso sí, nuestro romance llegó antes a la prensa que a nuestras propias vidas. Los periodistas enloquecieron con nosotros y cada vez que salíamos a cenar ocupábamos titulares. Pero lo cierto es que primero

fuimos amigos y nuestro segundo primer beso tardó unos cuantos meses en llegar.

Esperarlo fue una tortura y al mismo tiempo avivaba el deseo. Con Miguel aprendí a medir el tiempo en latidos. Me los aceleraba cada vez que me llamaba Gata y a la vez conseguía calmarme de un modo que nunca había experimentado. A pesar de que no dejé de beber estando con él, mi compulsión por el alcohol se atenuó.

Con él comprendí que aspectos como la paciencia y la serenidad no eran muestras de un carácter tibio, sino fuerte, y me encantaba la delicadeza que siempre mostraba con Isabel. Hasta modulaba la voz de una forma más suave cuando hablaba con ella. Con Germán era todo lo cordial que podía ser, pero, en cuanto veía la ocasión, se zafaba de él y se ponía a jugar con Malena.

Me enamoré de Miguel con cada fibra de mi ser. Confiaba en él y me hacía muy feliz. Me hizo sentir que era mi casa, que con él sí podía tenerlo todo. Por eso, dos años después de conocernos en aquel ascensor, nos casamos.

El matrimonio nunca representó un obstáculo para darnos espacio el uno al otro. Si alguien podía entender las necesidades de un actor, era una actriz, y viceversa. Él salía de gira por España y también viajaba con amigos de vez en cuando, mientras yo daba tremendas fiestas en casa con los míos, que a menudo culminaban conmigo subida a un avión privado. Uno de los que nunca me fallaba era Alejandro Miralles, de quien me convertí en musa. Pese a mis reticencias iniciales con él, conectamos desde el primer momento, y de nuestra relación profesional surgió un cariño sincero. También nos beneficiábamos mutuamente, por supuesto. Yo aportaba caché a sus obras y él evitaba que yo me arrugara (cinematográficamente

hablando) como una pasa. A lo largo de mi carrera participé en casi todas sus películas, incluida *Las que no lloran,* ganadora de un Oscar a la mejor película extranjera.

Me tomé tan en serio mi papel de musa que a mediados de los ochenta apenas participaba en otras producciones que no fueran las de Alejandro. O bien me aburrían los papeles que me ofrecían o bien las productoras consideraban que mi participación resultaba demasiado costosa.

—¿Y por qué no inviertes en ti misma? —me sugirió Miguel una tarde, tomando un cóctel en el jardín.

Y la posibilidad me pareció tan lógica que decidí montar mi propio espectáculo musical, animada por mi marido, quien me ayudó a ensayar casi cada noche durante los dos años que *La última estrella* estuvo en cartel en la Gran Vía. Fue una experiencia preciosa, agotadora y no demasiado rentable económicamente, así que, para recuperarnos, Luis me propuso hacer otra gira por América.

Estábamos organizándola cuando recibí una llamada de Isabel. Lloraba tanto que apenas era capaz de entenderla, aunque capté lo suficiente. Al fin y al cabo, me sabía aquella película de memoria. Germán había salido mal parado de otro de sus chanchullos, debía más dinero que nunca a unos tipos peligrosos (según él), había discutido con mi hermana y se había ido de casa, dejándola asustada y destrozada.

Miguel me encontró aquella noche en el sofá, de los nervios y acompañada del tercer vaso de whisky.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber.

—¿Tú qué crees?

Suspiró con cansancio mientras yo apuraba el final de mi bebida.

—Gata, nunca te diré qué hacer con tu dinero, pero ser el banco privado de Germán no es la solución. Se ha acostumbrado a aprovecharse de ti y no piensa parar.

—No lo hago por él. Por mí como si lo muelen a palos.

De hecho, imaginarlo me producía cierta sensación de placer. Pero me preocupaba mucho mi hermana. Y también Malena. De golpe, me vino a la mente el rostro de la niña. La última vez que había estado en casa tuve la sensación de que había olvidado cómo sonreír. Me aterraba que se convirtiera en una imitación de su madre.

—Habla con Isabel, que lo abandone de una buena vez.

Negué con la cabeza, desanimada.

—Eso no va a pasar.

—Aquí tenemos dormitorios de sobra. Puede venir con Malena y quedarse todo el tiempo que haga falta.

Me enamoré un poco más de Miguel por decir eso, si es que era posible. Pero seguía sin ser la solución.

—Germán anula a mi hermana y ella hará lo que diga él. ¿Sabes cuántas veces he intentado que hable con médicos y que se trate? No tengo ninguna influencia sobre ella. Ya no.

Aunque nunca lo admitimos en voz alta, nuestra relación se había enfriado desde su primer aborto.

—Pero sí tienes el dinero que necesita Germán. Y sabemos que eso es lo que más le importa a él.

Miguel era mucho más racional que yo cuando se trataba de mi familia. Y tenía razón en parte. Yo sabía que mi hermana dependía emocionalmente de su marido y no podía alejarla de él sin más, pero estaba en todo mi derecho de poner condiciones si pretendían que

asumiera la deuda. Y mi condición iba a ser que tendrían que vivir en Madrid con nosotros durante un tiempo.

Aquello supuso aplazar mi gira y recibir una buena bronca por parte de Luis, pero, al menos, tendría cerca a Isabel y a Malena.

Ellas eran mi familia. Y pensaba protegerlas.

27

Todo lo que quieres decirme

Es sábado, han pasado cuatro días desde que vi la sexta cinta de Ágata y en mi cabeza cada vez tiene menos sentido que mi tía se acostara con mi padre. Lo odiaba y, además, estaba loca por Miguel. Ahora debería estar en su casa viendo la séptima cinta para salir de dudas, sin embargo, cada vez que se lo comento a Leo, sonríe y me propone un plan alternativo: sexo, tomar un café, un pícnic, un concierto de Love of Lesbian, más sexo, alejarnos de Madrid para poder ver las estrellas, sexo en el coche…

Es como si tratara de impedir que vea la siguiente cinta y el hecho de que él la evite (teniendo en cuenta su particular interés en terminar cuanto antes) me hace temer aún más enfrentarme a su contenido.

Su última ocurrencia para mantenerme ocupada ha sido traerme a la barbacoa que organizan sus padres en casa para inaugurar el verano. Nos encontramos frente al portón negro de su chalé de dos plantas. Es de ladrillo visto y nada ostentoso para un director de la talla de Francesco Peretti. Las risas se oyen desde el jardín y el corazón se me acelera. Trato de hinchar el estómago y respirar con el diafragma para calmarme.

No me sirve y aprieto con fuerza el asa de la bolsa que llevo conmigo. Cuando te invitan a comer no deberías aparecer con las manos vacías. Aunque, ahora que lo pienso, debería haber traído vino. Es lo típico, ¿no? En lugar de pañuelos diseñados por mí. Seguro que piensan que soy una egocéntrica. Una egocéntrica a la que además le brilla el bigote por culpa del calor sofocante de esta puta ciudad.

En serio, Qué-Hago-Aquí.

—Tranquila, no vas a ser el centro de atención —comenta Leo al ver, deduzco, mi cara de pánico—. Si los vecinos no llaman a la policía para quejarse por el ruido es porque están todos en casa de mis padres.

Doy un paso al frente para entrar, pero vuelvo a dudar.

—Esto no se me da bien.

—¿El qué? ¿Abrir puertas? Solo hay que empujar o tirar. La probabilidad de éxito es alta.

—Me refiero a las risas y eso. No soy precisamente la persona más sociable del mundo. Es insultante que no haya sacado ni un gen de mi tía en ese aspecto. ¿Y si les caigo fatal? ¿Y si tu madre piensa que soy una borde? ¿Y si me odia?

La risa se le escapa por la nariz y le doy un manotazo en el pecho.

—¡No te rías, imbécil! —Acto seguido chasqueo la lengua—. Mierda, ¿lo ves? Soy una borde.

—Yo creo que estás nerviosa y que eres, más bien, un poco tímida. Y en este momento me pareces completamente adorable.

—Ya, pero a ti te lo parezco porque soy muy buena en la cama. ¿Me tiro a toda tu familia para caerle bien?

—Malena, a mi familia le vas a gustar por el simple hecho de que a mí me gustas. Toda tú. Flores y espinas, ¿te acuerdas? —Asiento —. Sé tú misma y punto. Aunque, si me permites un consejo, es mejor que no intentes tirarte a nadie que no sea yo. O, al menos, déjalo para más adelante, cuando ya haya un poco de confianza.

Aprecio su intento de distracción, pero mi cerebro se bloquea y soy incapaz de seguirle el juego.

—Eh —se coloca delante de mí y me toma el rostro con ambas manos—, te prometo que nadie va a hacerte sentir incómoda. Pero si prefieres irte, nos vamos. No pasa nada.

Aunque lo dice en serio, el brillo de sus ojos me confirma lo contrario. Su familia es importante para él. Y, pensándolo bien, no puede ser más dramática que la mía.

—Ya estamos aquí. Además, he traído unas cosas para tu madre y tus hermanas. —Levanto la bolsa de Malena & Co—. Ágata guardaba un buen suministro.

—Soborno, ¿eh? —Entrecierra los ojos hasta convertirlos en dos ranuras coronadas por unas cejas muy sexis—. Te van a querer más que a mí.

Me da la mano antes de abrir la puerta y termina entrelazando sus dedos con los míos. El corazón se me vuelve a acelerar, esta vez por la naturalidad del gesto. Bordeamos la casa por el lado derecho y seguimos el olor ahumado hasta llegar a un jardín grande y a la vez sencillo, con un césped verde y bien cuidado, un par de árboles, una fila discreta de arbustos y flores y un columpio al fondo. En el lado izquierdo del muro se encuentra la barbacoa y cerca de esta hay una mesa muy larga repleta de comida, esperando alimentar a las cincuenta personas que están aquí reunidas y hablan animadamente

mientras beben cerveza y vino. Quizá sean más. Ralentizo un poco el paso y Leo me aprieta un poco la mano.

No quiero soltarle; ahora mismo soy una niña en su primer día de colegio, aterrorizada ante lo desconocido, pero no me queda más remedio cuando se acercan sus hermanas, Francesca y Giulia. Ambas igual de morenas y atractivas, aunque con estilos muy dispares. Francesca, la mayor, proyecta una elegancia clásica, vestida con pantalón capri en color blanco, blusa de seda sin mangas con estampado floral discreto y *mules* planos, mientras que Giulia luce desenfadada y con un punto soft rock: vaqueros boyfriend desgastados, camiseta verde anudada de Queen, cinturón con tachuelas y Converse rojas.

Nos damos los dos besos de rigor y, en cuanto les enseño el contenido de la bolsa, se lanzan a mis brazos para darme las gracias. El contacto físico no es lo mío, pero se emocionan tanto por unos simples pañuelos que siento un repentino alivio.

—¡Me encantan! —exclama Francesca.

—Entonces ¿los diseñas tú? —me pregunta Giulia muy interesada.

—¿El vestido que llevas también es tuyo? Porque necesito uno igual —añade Francesca.

Ambas me acribillan a preguntas y Leo no tarda en intervenir. Les toma un poco el pelo, ellas a él también, y hay un intercambio infantil de collejas por parte de los tres.

A Francesco Peretti lo conozco poco después. Está delante de la humeante barbacoa, armado con unas pinzas de metal muy largas y un delantal negro con letras blancas que dicen NO TENGO NI IDEA DE LO QUE ESTOY HACIENDO y que seguramente recibió un año como regalo por el Día del Padre.

Dios, es como contemplar a Leo en su madurez. Mismos ojos, nariz e idéntica mata de pelo, salvo por unas leves canas cerca de las sienes. También es más bajo que su hijo, y no sé si posee la misma sonrisa encantadora, ya que su gesto es serio. Está muy concentrado en su cometido.

Cuando Leo nos presenta, Francesco sale de sus dominios para darme dos besos. Expresa su pésame y me dice con un acento italiano muy musical que mi tía era una artista extraordinaria. A continuación, se acerca hasta la mesa y vuelve con un plato a rebosar de raviolis o algo parecido.

—*Culurgioni* rellenos de patata, queso pecorino y menta. —Me lo planta en las manos—. *Spero che tu abbia fame. Buon appetito!*

Vuelve a coger sus pinzas y se acabó la conversación.

Nos alejamos unos pasos, no muchos, porque a Leo lo paran todo el tiempo para saludarlo y a él se le da demasiado bien la gente como para ignorarla. Echo un vistazo a mi alrededor. Su madre aún no ha aparecido. Es la que más me preocupa y no me relajaré del todo hasta conocerla.

Leo vuelve a cogerme de la mano y se acerca a mi oído.

—Vamos a sentarnos o acabarás con un esguince de muñeca por culpa de ese plato.

Caminamos hasta el fondo del jardín y llegamos al columpio. Nos sentamos en los asientos, uno frente al otro.

—Mi padre se crio en una familia que sobrelleva el duelo con comida —me explica balanceándose un poco—. Cuanto más triste está alguien, más intentan cebarlo.

—No pasa nada. Tiene… muy buena pinta.

No miento, la tiene. Y huele bien, a mantequilla y salvia. Corto la pasta rellena con el tenedor y la pincho. Leo me frena antes de metérmela en la boca.

—Odias la pasta.

—Puedo hacer una excepción. No quiero ofender a tu padre.

—Ya, por si se venga dejándote una cabeza de caballo en la cama.

Me quita el plato y el tenedor de las manos y empieza a comer.

—Gracias.

—No hay de qué… No sé cómo lo vamos a hacer para traficar con los *culurgioni* en la mesa cuando vengamos a comer un domingo, pero ya se nos ocurrirá algo.

El aire se me queda atascado en el pecho durante unos segundos y me fuerzo a soltarlo para decir:

—Vuelvo a Londres.

—¿Cuándo?

—El miércoles. —Asiente con la vista fija en el plato y sigue comiendo, despacio. Ni siquiera el ruido de fondo alivia el silencio que se forma entre nosotros—. Ya he aceptado formalmente la herencia de Ágata, la semana que viene se llevan los muebles y después una inmobiliaria se encargará de enseñar la casa. Además, mi chorrada de anunciar las rebajas de Malena & Co en la tele ha provocado un buen pico de ventas. No puedo dejar sola a Mery más tiempo. Y cuatro días son suficientes para ver las dos cintas que faltan.

Termina de masticar y me mira por fin.

—No necesitas justificarte. Vives en Londres, lo entiendo.

—Entonces también entiendes que es imposible que vaya a estar presente en las comidas de domingo en casa de tus padres.

—Puedo viajar y tú puedes venir también de vez en cuando. Es lo que suele hacerse en una relación.

—Leo, vamos a estar a más de mil kilómetros el uno del otro. Una vez salí con un hombre que vivía en mi barrio, a solo dos calles de mi casa. Y no funcionó.

—Ya, pero ese hombre no era yo.

No hay chulería en su tono ni tampoco lo dice en broma. Y suena tan real, tan posible que, por unos segundos, me permito pensar en todos los sitios que me gustaría enseñarle en Londres. Pienso en planes, en un futuro. Y eso nunca me había pasado con nadie. Hasta con mi mejor amiga necesité años para dejar de preocuparme por si desaparecía de mi vida de la noche a la mañana.

Quiero confiar en Leo, me muero por hacerlo, pero entonces mi voz interior abre la puerta y sale de su habitación. Como una adolescente cabreada con el mundo me grita que no me haga ilusiones, que todo va a acabar mal entre nosotros (porque siempre acaba mal), que Leo terminará dejándome, que se cansará de mí, de mis dudas y de mis ridículos traumas infantiles.

—Me gustaría ser tan optimista como tú —susurro.

Se agacha para posar el plato en el suelo y, a continuación, se inclina hacia mí.

—No es optimismo, es lo que quiero. Contigo. Y más cosas. Y creo que, aunque te dé miedo escucharlas, en el fondo tú también las quieres. Si no, no estarías hoy aquí y te importaría una mierda lo que mi familia pueda pensar de ti. Malena, me miras como si yo no fuera una decisión, como si el final fuera inevitable, pero tú decides. Solo tú.

Niego con la cabeza.

—Tienes que parar de decir cosas así…

—Nunca voy a pedirte que dejes de ser tú misma. No me lo pidas a mí tampoco.

—Tienes que parar de decir cosas así —repito— porque haces que quiera besarte todo el tiempo. —Su seriedad desaparece y es sustituida por una sonrisa ladina—. Lo digo muy en serio.

Se acerca con ese gesto que me vuelve loca y su nariz roza la mía, jugando un poco, antes de besarme. Despacio, pero con decisión.

Si las mariposas de mi estómago no salen volando por mi boca es porque nuestras lenguas enredadas les impiden el paso.

Un carraspeo suena en el aire, me aparto de Leo y veo a una mujer delgada y atlética avanzando hacia nosotros con paso firme. Viste un top negro cruzado sin mangas y una falda de lunares que deja a la vista unas piernas tonificadas. Reconozco a Graciela, la madre de Leo, por su melena bob de color castaño a la altura de la mandíbula y por la amplia sonrisa. Es la misma que luce en la foto que Leo tiene en el salón.

—Vos debés de ser Malena —dice con un melodioso y marcado acento argentino parándose delante de nosotros.

Supongo que ella me reconoce a mí porque soy la que le estaba comiendo la boca a su hijo hace dos segundos.

Leo se pone en pie y se acerca para darle un beso en la mejilla a su madre.

—Encantada de conocerte —respondo y, cuando voy a levantarme, alza la mano.

—No, no, quedate donde estás. Es mi hijo el que se va. —Mira a Leo y él frunce el ceño—. Dale una mano a tu viejo con el asado o acabaremos comiendo zapatos al carbón.

Leo me dedica un vistazo fugaz y parece dudar.

—¿Tenés miedo o qué? Malena ha vivido toda su vida sin vos. Aguantará diez minutos más. Seguro sabe defenderse sola.

—Claro que sabe, es una leona.

Me guiña un ojo y se aleja tan campante por el jardín. Quiero salir corriendo detrás de él, pero está el estúpido inconveniente de ser adulta y eso.

—Me salió intenso el pibe —apunta Graciela sentándose en el lugar de Leo.

Cruza una pierna sobre la otra con gracia y acto seguido mete la mano por su escote para sacar un cigarrillo y un mechero.

—Si mis chicos me ven fumando, me cae una bronca —asegura con tono de confidencia—. ¿Querés uno?

—No fumo. Nadie debería —no puedo evitar añadir.

—Cierto, tu tía. —Parpadea con fuerza—. Lo lamento.

—Gracias.

Vuelve a guardarse el cigarro y el mechero.

—No, perdona, no quería decir que… No hace falta que lo hagas por mí.

Se limita a entrecerrar los ojos y observarme. Sus ojos verdes y grandes no se parecen en nada a los de Leo, aunque su mirada compite en intensidad.

—Vos sos más seria que él.

Me pongo recta en el asiento. Tensa.

—Eh… Bueno. Pues… sí.

—No lo digo como un defecto. Hay gente que es más seria y gente que es más divertida. Algunos son soñadores y otros realistas. Se compensan, está todo bien. El padre de Leo, por ejemplo, es un

soñador serio. Yo soy una realista divertida. Y Leo… Si ya lo conocés, es fácil. Es un soñador divertido. De los que te despiertan la tontería.

Dejo escapar el aliento en un suspiro suave.

—No lo habría definido mejor.

—Tiene lo mejor de los dos.

El sonido de unas carcajadas cercanas me envuelve junto con el leve chirrido del columpio, donde apuesto a que Leo se sentía seguro de pequeño, a pesar de ser el causante de su ceja partida.

—Y tiene suerte con vosotros. Sois una familia muy bonita.

—Gracias, linda. Espero verte más seguido por acá.

—Vivo en Londres.

—No creo que eso frene a Leo.

No sé si es porque Mery no está aquí para poder desahogarme con ella, o si se debe a que nunca tuve una madre con la que poder hablar de ciertas cosas (en cualquier caso, Graciela es la menos indicada), pero lo que siento es demasiado intenso como para callármelo, así que lo suelto:

—Intento no enamorarme de tu hijo, pero me lo está poniendo muy difícil.

No hay sorpresa en su gesto, apenas levanta la ceja y ladea la cabeza.

—Es natural tener dudas, y miedo.

—Según Leo, Francesco y tú no las tuvisteis. Fue esa clase de amor en el que miras al otro en una habitación por primera vez y ya lo sabes. Sabes que es el amor de tu vida. Como si el destino lo hubiera grabado en piedra o algo así.

Se agarra a las cadenas del columpio y se echa a reír.

—Ay, reina, si yo hubiera mirado a alguien, habría sido al actor principal de la película en la que Francesco y yo nos conocimos. El pibe era un bombón. Y Francesco solo tenía ojos para su trabajo. Ni haberle puesto las tetas en la cara al pelotudo me hubiera funcionado —asegura con exasperación—. Pero los rodajes son intensos, muchas emociones juntas, y así surgió lo nuestro. Aunque no fue fácil. A mi viejo casi le agarra un infarto cuando supo que andaba con un aspirante a director de cine. Flaco Pelo Largo, lo llamaba, y apenas le dirigió la palabra hasta que nos casamos —recuerda con guasa la situación, aunque vivirla no debió de ser fácil —. Francesco y yo hemos tenido nuestros malos momentos. Nos separamos un tiempo, cuando los pibes eran chicos. Ellos ni se enteraron. Los padres protegemos y los hijos creen lo que quieren creer. —Se encoge de hombros—. Pero después de pasar treinta y cinco años con ese hombre, te puedo decir que, si pudiera volver al principio, si tuviera que empezar de nuevo, lo elegiría a él. Siempre a él.

—Sigue sonando romántico.

—Lo es, a veces. Pero no hay garantías ni nada grabado en piedra, Malena. Y no podés hablar del amor de tu vida sin haber vivido esa vida. En algún momento vas a tener que decidir y después esperar treinta y cinco años para poder responderte a vos misma.

Asiento tratando de interiorizar sus palabras. Parece un buen consejo.

—Ya veo de quién ha heredado tu hijo lo de estar tan cómodo con sus sentimientos.

—Bueno, algo tenía que sacar de mí el boludo.

Y las dos nos echamos a reír.

Cuando nos levantamos para regresar con los demás, enseguida localizo a Leo detrás de la barbacoa, y él a mí. No me quita el ojo de encima ni un segundo. Quiere saber si está todo bien, así que le sonrío. Antes de volver a su lado, no puedo evitar meterme donde no me llaman y le sugiero a Graciela que no estaría de más que Francesco y ella le den un poco de caña a su hijo en lo que respecta a su trabajo. Le hará sentir que esperan algo de él.

Ella sonríe y asiente.

—De verdad que espero volver a verte, Malena.

Son las once y media de la noche cuando Leo aparca el coche en casa de Ágata. Un par de minutos después, ya estamos desnudos sobre la cama, él encima de mí, mirándome sin ningún pudor. Se toma su tiempo, como cada vez, y hace que me arda la piel sin necesidad de ponerme un dedo encima. Aunque es todavía mejor cuando lo hace. El toque hábil de sus manos, el movimiento de su pecho al respirar, el sonido de sus jadeos, sentir el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Dímelo —le pido mientras entra y sale de mí despacio.

Entorna los ojos en la oscuridad.

—¿El qué?

—Todo lo que quieres decirme y me da miedo escuchar.

Me besa con fuerza y vuelve a mirarme a los ojos. Como si quisiera aprenderme, memorizarme, como si fuera lo más valioso del mundo. O como si existiera la posibilidad de serlo para él.

Me pierdo en esa mirada.

—Quiero hacer esto cada día. Besarte, con ganas y también distraído. Follar contigo rápido, lento y en todas las velocidades posibles hasta encontrar un ritmo que sea solo nuestro. Abrazarte, cogerte de la mano y pelear de vez en cuando. Eso también me gusta. —Sonríe y elevo las caderas para darle mejor acceso. —Malena —gruñe entrando aún más hondo—, sé que voy a enamorarme de ti tan fuerte y tan profundamente que ni me molesto en luchar contra ello. Y espero que tú también admitas que vas a enamorarte de mí, por mucho que sea lo que más te asusta en el mundo.

Cada latido de mi corazón es una certeza que me golpea el pecho con violencia.

Me estoy enamorando de Leo.

Me aferro a su cuello y lo atraigo para volver a besarlo. Nos mordemos, nos arañamos, aceleramos y explotamos, yo primero y después él. Y quizá sean los efectos secundarios del orgasmo, las endorfinas flotando o algo así, pero mientras estamos tumbados en la cama, intentando recobrar el aliento, me da por pensar que Leo y yo no olemos solo a sexo. También a una mezcla de calor, seguridad y ganas de hacer bien las cosas.

—Es un poco tarde —susurro.

—Ya —comenta con tono pesado.

Se incorpora y se sienta en la cama, pero lo agarro del brazo antes de que pueda levantarse.

—Quiero decir que es un poco tarde para que te vayas. Quédate a dormir. Si te apetece, claro.

Arruga la frente y me mira con desconfianza.

—Para que no haya confusiones tontas, ¿te refieres a dormir en esta cama?

—Sí.

—¿Estando tú en ella?

—Es la idea, sí.

—¿Y voy a poder abrazarte? Porque voy a querer hacerlo, a pesar de no estar autorizado.

Las comisuras de mi boca luchan por no expandirse mientras finjo pensármelo.

—Creo que lo soportaré.

—Me vale por el momento.

Vuelve a tumbarse junto a mí.

—Pero no te confíes —le advierto—. Puede que te arañe con mis zarpas de leona.

—Hazlo si quieres. No me das miedo.

28

No es una pesadilla

Los pies me pesan como si estuvieran enterrados en fango. No puedo moverme. No logro avanzar por más que me esfuerzo.

«Malena, tranquila».

No voy a tranquilizarme, no consigo llegar hasta ella.

«Es una pesadilla».

No lo es. Está ahí, y se está muriendo delante de mí. Se ahoga en el agua, en su sangre.

Unas manos se posan sobre mis hombros. Me zarandean un poco y yo me revuelvo con brazos y piernas. Grito. Me sujetan con más fuerza y me impiden seguir intentándolo. Vuelvo a gritar. Grito hasta hacerme daño en la garganta, hasta que los pulmones me arden.

—¡Malena! ¡Malena! ¡Soy Leo!

¿Leo?

Sus manos. Son sus manos la que me agarran la cara.

—Estoy aquí. Abre los ojos.

Lo hago y apenas distingo los suyos en la penumbra.

—Todo está bien —dice con suavidad.

—¡¿Qué?! ¡No! —Me incorporo de golpe, con el impulso de ir a buscarla—. ¡El baño! ¡¿Dónde está?!

Palpo sábanas arrugadas y gateo en la oscuridad, pero Leo me retiene con el brazo. Pega un golpe brusco contra la pared y escucho el clic del interruptor antes de que la luz me haga daño en los ojos.

—Ha sido una pesadilla. Tranquila, ya está. Ya se ha ido.

—No es… —La voz se me quiebra—. No es una pesadilla.

Ocurrió, y sigue ahí, grabado en mi mente con todo detalle. El goteo lento del grifo. El agua teñida de rojo. El camisón pegándose a sus costillas cuando intentaba sacarla de la bañera. El pelo negro cubriendo su rostro, pálido, frío.

Aún puedo oler la sangre. Contengo el aliento, no quiero respirar. El miedo me aprieta el pecho y sube como un río por mi garganta. Tiemblo y mi respiración es un caos.

—No es una pesadilla —repito y un sollozo se me escapa.

Leo me toca el hombro y me alejo por instinto, como un animal, hasta que mi espalda choca con el cabecero de la cama. Me cubro la cara con las manos para retener las lágrimas. No paro de oír mis propios gritos pidiendo ayuda. Me martillean la cabeza. Ni siquiera puedo escapar de la realidad. La pesadilla no se va. Nunca se va. Soy yo quien la retiene. Y tengo el miedo tan adherido a la garganta que, durante unos segundos, me permito odiar a mi madre por hacer lo que hizo y por permitir que yo lo viera.

—Háblame, por favor —me pide Leo—. No puedo ayudarte si no sé qué te pasa.

Sigo cubriéndome la cara mientras las lágrimas me empapan las mejillas y se cuelan en mi boca. No quiero que él me vea así.

Trato de calmarme, de convencerme de que todo está bien, pero algo dentro de mí sigue buscando esa puerta, esa horrible puerta que nunca se cierra del todo.

—Vale, Malena, ya está bien. Mírame —me ordena y lo hago—. Llora lo que necesites, pero no te escondas.

No vuelve a intentar tocarme, solo se queda a mi lado y espera mientras me deshago de toda la tensión.

Poco a poco dejo de llorar, logro tranquilizarme y mi cuerpo, cansado del sobreesfuerzo, también deja de agitarse.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

Niego con la cabeza.

—Ya lo estás haciendo.

Quedándose, a pesar de la vergüenza que yo siento en este momento. No solo no sale corriendo, sino que estira las piernas, se recuesta en el colchón y se palmea el pecho con suavidad.

—Ven aquí.

Me paso la mano por el pelo, bajo por la nuca y palpo la parte superior de la camiseta del pijama. La tela está empapada y fría.

—He sudado un montón. Estoy pegajosa.

—Te lo dije antes. No me das miedo —me recuerda ante mi ridícula excusa—. Ven aquí, Malena.

Es otra orden, aunque también parece una promesa. Va a cuidar de mí.

Cuando conocí a Leo me pareció un interesado, un charlatán, un *toy boy.* Y en dos semanas se ha convertido en mi confidente, en mi sitio seguro.

Si tuviera fuerzas, podría reírme de la ironía.

Me acurruco en su pecho mientras él me rodea con el brazo. Su corazón late más sereno que el mío y me gusta la sensación de su piel cálida contra mi mejilla. Inspiro cerca de su cuello. Dios, qué

bien huele. Vuelvo a hacerlo. Su olor me ayuda a conectar con la realidad, a quedarme en el presente.

—¿Me estás oliendo?

Giro un poco la cabeza hacia él.

—¿Te levantas en mitad de la madrugada para echarte colonia o qué?

Arquea la ceja.

—Estás loca si crees que pienso revelarte mi plan secreto para que te enamores de mí.

Vuelvo a apoyarme en su pecho.

—Algo loca sí que estoy.

Él no tarda en preguntarlo.

—¿Por qué has dicho que no era una pesadilla?

Yo necesito un poco más de tiempo para responder.

—Una pesadilla suele ser una mezcla rara de situaciones y personas, por mucho que tenga una base de realidad. Y en cuanto te despiertas, se acaba. Ni siquiera puedes recordarla del todo, solo fragmentos… Mi pesadilla es real. Encuentro a mi madre desangrándose en la bañera. —Sé que contiene la respiración porque noto su pecho detenerse un momento—. La única diferencia es que soy incapaz de llegar hasta ella. Lo intento con todas mis fuerzas y chillo hasta reventar, pero no puedo moverme. —Me acaricia el pelo despacio. Me permito cerrar los ojos y disfrutarlo durante unos segundos antes de continuar—. Se supone que los recuerdos se vuelven menos nítidos con el tiempo. A mí me pasa lo contrario. Hasta los olores que ya no están me provocan náuseas.

—Por eso te despiertas tan alterada. Lo recuerdas todo de golpe.

—Sí, tanto la pesadilla como la realidad. Y las sensaciones se quedan conmigo un buen rato.

—¿Desde cuándo llevas así?

—Empezó poco después de que ella muriera.

—Joder, eso son veinte años.

—Veintiuno.

—Y es también la razón por la que no duermes con nadie.

No necesita mi respuesta, porque no es una pregunta.

—Ágata solía acompañarme cuando me despertaba gritando —recuerdo—. Entraba en mi habitación, se sentaba en la cama y yo colocaba la cabeza en su regazo. Me acariciaba el pelo y me cantaba «Over the Rainbow», porque *El mago de Oz* era mi película favorita. Conseguía calmarme y, en ese momento, sentía que todo iba a ir bien, aunque no fuera verdad.

—Malena, deberías hablar de esto con alguien —sugiere—. Alguien que pueda ayudarte.

—Ya lo hice, ya fui a un psicólogo.

—Una vez, y fuiste a parar con un incompetente.

Repetir la experiencia me apetece tanto como un tiro en el pie.

—Cada vez me pasa menos —argumento—. De hecho, mi sueño más recurrente es estar desnuda.

—¿En serio? Mi sueño más recurrente eres tú desnuda. Tenemos eso en común.

—Imbécil.

—Pero sonríes.

Es cierto, lo hago, contra su pecho. Es una novedad agradable después de mi pesadilla. Como también lo es que no me duela la cabeza de llorar o la mandíbula de tanto apretar los dientes. Lo

habitual es que entre en un estado de agotamiento y fatiga muscular. Me quedo polvo el resto de la noche y parte del día siguiente.

Con la valentía que aún siento con Leo a mi lado, me incorporo y me siento sobre los talones para poder mirarlo a los ojos.

—Quiero ver la séptima cinta.

—¿Qué? —Abre mucho los ojos—. ¿Ahora?

—Sí.

—No.

—¿Cómo que no?

—Son las cinco de la mañana.

—Ya, pero no voy a ser capaz de volver a dormir.

—Pues nos quedamos hablando en la cama o follamos hasta que amanezca. Me parece una gran alternativa.

—Leo…

—No, Malena. Acabas de tener una pesadilla.

—¿Y por qué crees que la he tenido? Es por toda esta tensión. Cuanto antes terminemos, mejor. Como arrancar la tirita de golpe.

—Sí, una idea estupenda. Seguro que la recomiendan todos los psicólogos con los que no quieres hablar.

Ignoro la pulla porque hay algo que me preocupa bastante más.

—Eres el primer interesado en que vea esa cinta, pero llevas días retrasándolo. ¿Tan horrible es? —Aparta la mirada y se pasa el pulgar por la ceja—. Leo, voy a hacer esto contigo o sin ti. Aunque me gustaría que fuera contigo.

Deja salir un suspiro hondo y se levanta de la cama como si fuera derecho a la horca.

—Voy a vestirme.

Sentada en la butaca de la sala de cine, doy golpecitos rítmicos con el pie en el suelo mientras Leo pone la cinta. No hay bromas, chistes, nada. No ha pronunciado ni una palabra desde que bajamos del dormitorio. Solo hay silencio en la sala hasta que se sienta a mi lado, y entonces Ágata aparece en la pantalla. Tose con fuerza, se aclara la garganta y levanta la barbilla para mirar a cámara.

Viste un pantalón verde esmeralda de corte recto, un jersey de cuello alto color magenta y lo complementa con unos pendientes de cristal amarillo.

Color para afrontar días grises.

—Nos quedamos en el momento en que su hermana se fue a vivir con usted —recuerda Leo.

—Sé dónde nos quedamos —declara seca—. Nadie olvida el momento que marca el resto de tu vida. De la vida de todos.

—Adelante entonces.

Se pasa los dedos por la barbilla, sopesando sus próximas palabras.

—Al cine le encantan los finales amables y predecibles. Pero algunos de los mejores terceros actos no terminan con un «y vivieron felices para siempre». Jay Gatsby muere, por ejemplo; Rick renuncia a Ilsa en el aeropuerto de Casablanca y Escarlata O'Hara comprende sus errores cuando ya es demasiado tarde. Un desenlace puede ser satisfactorio incluso si es trágico o agridulce, siempre y cuando sea coherente con los personajes —defiende—. Al menos, eso me repito a mí misma cuando no soy capaz de dormir… Puede que en mi tercer acto cometiera el peor de todos mis errores. O quizá no, a saber. —Chasquea la lengua con disgusto—. Se supone

que cada familia tiene su oveja negra. En la mía había un monstruo. Y tuve que ponerme a su altura.

29

SÉPTIMA CINTA

Una parte de mí se relajó cuando mi hermana y mi sobrina empezaron a dormir bajo mi techo. Creí ser la solución a sus problemas. Por lo visto, a mis cincuenta años todavía conservaba una pizca de ingenuidad. O tal vez, en mi caso, se tratara de soberbia.

El verano pegaba con fuerza, pero de poco servían los cielos azules y las noches cálidas. Isabel se encerraba casi todas las tardes en su dormitorio, aquejada de cansancio o dolores diversos, y bajaba la persiana para desaparecer del mundo. Malena no abría la boca por no molestar y a Germán solo quería cerrársela cada vez que me veía obligada a compartir el aire con él.

Había metido al zorro en el gallinero, le había dado baño propio y, para colmo, se apuntaba a todos mis eventos y fiestas. Germán resultó ser un parásito encantador y se encontraba en su salsa entre actores y gente del mundo del espectáculo. A mis amigos les caía bien y no se ganaba enemigos porque no pedía dinero a nadie. Se lo había prohibido expresamente.

Me revolvía el estómago su forma de hablarle a mi hermana, como si fuera una niña.

—¿Por qué no te echas una siesta? Tienes mala cara —solía decirle.

—Me vendrá bien descansar un rato —coincidía ella.

A lo que yo replicaba, incapaz de morderme la lengua:

—Lo que necesitas es vitamina D, que te dé un poco el sol.

Pero entonces él le daba un beso en la frente y susurraba:

—¿Quién va a cuidarte tan bien como yo?

Se la quitaba de encima con una facilidad pasmosa y, por el bien de todos (según Miguel), yo debía reprimir las ganas de cruzarle la cara de un guantazo.

Ante la situación, no estaba dispuesta a marcharme de gira ni a un rodaje de varios meses en cualquier lugar del mundo, por lo que, al llegar septiembre, acepté un papel en una nueva serie de televisión. La trama se centraba en las vidas de dos familias a lo largo de varias generaciones; yo interpretaba a la matriarca de una de ellas. Se trataba de una mezcla de drama romántico y familiar con toques de melodrama. Las condiciones de trabajo exigían horarios largos, pero regulares, y no me veía obligada a viajar.

Si bien Luis no se opuso, tuvo sentimientos encontrados. Aunque la tele seguiría dándome visibilidad, podía convertirse en una trampa y limitar futuras oportunidades en el cine. De hecho, la prensa no tardó en darle la razón y considerarlo una caída de estatus: «Ágata Belmonte sorprende con su nueva apuesta en la pequeña pantalla», «De reina del cine a reina del culebrón». «¿Un paso atrás para la diva?», «¿Se le ha apagado la estrella a Ágata Belmonte?».

A primeros de octubre, tras dos meses y medio de convivencia tensa e incómoda, mi sobrina no parecía feliz. Tampoco infeliz. Era una niña de trece años que se limitaba a existir, como las plantas del

jardín. Me había encargado de matricularla en un prestigioso colegio porque quería que tuviera la mejor educación posible, aquella de la que su madre y yo carecimos. Malena no soltaba prenda sobre las clases ni sobre sus compañeros. «Está bien» era su respuesta comodín.

Una noche, Miguel me comentó que había estado observando a la cría. Se dio cuenta de que los únicos momentos en los que su cara reflejaba algún tipo de emoción era cuando me veía vestida para asistir a algún evento. Al día siguiente, la llevé a mi dormitorio y le pedí ayuda para elegir modelo.

Fue un bendito milagro verla entrar en el vestidor, como si resucitara frente a un vestido con plumas de Valentino. Le fascinaba todo a su alrededor, miraba con ese asombro propio de la infancia y, a la vez, hacía preguntas poco frecuentes para su edad, sobre el corte de las faldas y hasta la composición de las telas. Además, tenía buen ojo para combinar los colores.

Tras pasar un buen rato probándome ropa y complementos nos sentamos en el tocador. Ambas nos estábamos divirtiendo y me apetecía enseñarle un par de cosas más. Elegí un delineador líquido para mí y un lápiz negro para ella.

—Dibuja una línea recta y fina a lo largo de las pestañas superiores y termina con una pequeña cola que apunte hacia fuera. Que no sea demasiado larga ni elevada —especifiqué—, ya tienes la suerte de tener los ojos grandes. No hace falta sobrecargarlos.

Le salió perfecta a la primera.

—Oye —arqueé la ceja y busqué su mirada en el espejo—, ¿tienes el talento natural de tu tía o es que has estado practicando a escondidas?

Apretó los labios y sonrió con timidez.

—A veces me pintaba en casa, con el maquillaje de mamá. Tú le regalas un montón y ella nunca lo usa. Solo aquella vez que se cayó.

—¿Se cayó? ¿Cuándo?

—No sé, hace unos meses. Antes de que viniéramos a vivir aquí. Se hizo un moratón en el ojo.

—Ya… ¿Y cómo dices que pasó?

—Tropezó y se golpeó contra el pico de la mesita de noche.

Me sonó a argumento que usarían los guionistas de mi serie.

—Y cuando se cayó mamá, ¿estaba tu padre en casa? —tanteé.

—Sí.

—¿Los oíste discutir antes?

Malena apartó la mirada del espejo y todo su cuerpo se tensó. El mío también, esperando la respuesta.

—Sí.

—¿Discuten mucho?

—A veces. O sea, yo no los veo porque se meten en su habitación y eso. Pero papá grita bastante. —Giró la cabeza de golpe y me miró asustada, como si hubiera roto por accidente mi jarrón favorito de porcelana de Meissen—. Por favor, no les digas que te lo he contado.

—¿Que me has contado qué? No sé de qué hablas —respondí sin inmutarme y le pasé una sombra de ojos—. Tengo malísima memoria.

—Pero si eres actriz —se extrañó con inocencia.

—Ya, bueno… —Le guiñé el ojo—. Guárdame el secreto.

Después de la sesión de maquillaje, Malena bajó a la biblioteca a hacer sus deberes. Tras asegurarme de que Germán no andaba

pululando por la casa, me dirigí a su dormitorio. No pensaba delatar a mi sobrina, pero tampoco podía quedarme sin hacer nada.

Entré en la habitación y subí un poco la persiana, lo suficiente para dejar entrar algo de luz y poder comprobar lo que me inquietaba. Isabel estaba tumbada sobre la colcha y dormía con el cuerpo encogido en una cama de metro cincuenta. Era como si le asustara ocupar su propio espacio.

Me acerqué hasta ella y me senté en el borde del colchón. Le observé el rostro con detenimiento. Su rostro fino de piel clara y aquel semblante melancólico que no la abandonaba ni en sueños. No aprecié ninguna marca ni cicatriz antiguas. «Germán es un cabrón, pero también listo», me dije. Tomé un poco de aire antes de levantarle la manga del jersey. No pasé de la muñeca porque se despertó.

—¿Qué haces? —farfulló con la voz pastosa.

—¿Qué haces tú con jersey? Estamos a veinticinco grados.

—Tengo frío.

—Enséñame los brazos.

—¿Para qué? —preguntó aún medio desorientada.

—¿Te pega?

Entonces abrió los ojos del todo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Lo sabes de sobra. ¿Germán te pega?

Se incorporo rápido y se sentó.

—Pero ¿qué dices? ¿De dónde has sacado eso?

—No lo estás negando.

—¡No! —Vi un destello de miedo en sus ojos cuando miró hacia la puerta para asegurarse de que estábamos solas—. Pues claro que no

me pega —bajó mucho la voz.

Sentí la sangre golpeándome las mejillas, la rabia recorriendo mi cuerpo a la velocidad de un rayo.

—Por algo yo soy la actriz de la familia. Sé mentir. Tú no.

Me moví, pero me agarró con una fuerza asombrosa.

—¿A dónde vas?

—A ponerle un ojo morado a tu marido.

—Ni se te ocurra.

—Si crees que voy a consentir que te pegue…

—Solo pasó una vez —admitió—. Germán estaba muy afectado por haber perdido tanto dinero en el negocio y cuando le dije que teníamos que venir a vivir aquí reaccionó mal. Fue un impulso, nada más. ¡Mira! —Se levantó una manga casi hasta el hombro, repitió el gesto con la otra y me mostró sus huesudos brazos para que pudiera inspeccionarlos —. ¿Lo ves? Nada —aseguró—. Solo pasó aquella vez. Te lo juro.

—Con una vez es suficiente.

—Asun, no hagas nada, te lo pido por favor. —Acto seguido negó con la cabeza, como si estuviera en desacuerdo consigo misma—. No, no te lo pido. Te estoy diciendo que no te metas. Es mi familia.

—Tú también eres mi familia.

—He pasado más de media vida con mi marido, no contigo —señaló y sentí un pinchazo en la garganta—. Puede que mi matrimonio no sea tan perfecto como el tuyo, pero hemos estado juntos en los días buenos y en los malos. Yo tengo muchos malos, creo que eso es evidente para todos. No voy a castigar a Germán por un error. Y tú tampoco —señaló con una determinación nada propia de ella—. Me quiere.

No, no la quería, pero comprendí que no podía hacérselo entender. Tal vez el maltrato físico no fuera continuado, pero el psicológico sí, y Germán llevaba más de dos décadas ejerciéndolo.

Salí del dormitorio con el estómago revuelto y habiéndole jurado a mi hermana que todo el asunto quedaría entre nosotras. Claro que no le prometí olvidarme de ello. Necesitaba utilizar algo contra Germán y para ello recurrí a Luis. Le pedí que contactara con un detective privado para investigarlo. Si lo hacía yo, acabaría en la portada del *Diez minutos*.

Una semana más tarde, mi mánager me llamó con el resultado.

—Al menos esta vez no tiene problemas de dinero.

—Pues claro que no, se dedica a gastarse el mío.

—Pero sí tiene una amante. —Ni fingí escandalizarme. No era una sorpresa viniendo de mi cuñado. Seguro que las había estado coleccionando durante años, como los trajes—. Es aspirante a actriz.

—Qué poco original.

—Tiene dieciocho años.

Cerré los ojos, tragué saliva y me esforcé por contener la sensación familiar de repulsión.

Al día siguiente, le pedí a Germán vernos en privado en la biblioteca. Él se sentó en el sofá y yo me quedé de pie. No soportaba estar cerca de él, así que le lancé el sobre con las fotos.

Al verlas se le dibujó una línea tensa en los labios. No había culpa en ese gesto, si acaso arrepentimiento por haber sido descuidado.

—No es nadie. —Tiró las fotos sobre la mesa de centro y tuve que volver a verle besándose con aquella cría frente a la puerta de un hotel como el cliché asqueroso que era—. No es importante. Quiero a Isabel.

—Se nota. Sobre todo cuando besas a esa niña a la que casi le triplicas la edad.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, y entrelazó los dedos.

—Isabel se pasa los días en la cama desde hace años. Tú no sabes lo que es —declaró afligido, como la víctima que no era—. La quiero, es verdad. Pero a veces es agotador. Y yo no dejo de ser un hombre.

—Oh, tú eres muchas cosas, Germán, pero no un hombre.

Tensó la mandíbula con rabia y, durante unos segundos, temí su reacción. Miguel estaba de viaje por trabajo y era el único que podía pararle los pies desde un punto de vista físico. Odié con toda mi alma sentirme indefensa ante él.

—¿Podríamos dejarlo estar? Lo de esa chica fue un desahogo y nada más.

—Veremos si Isabel piensa lo mismo.

Entonces el alivio recorrió su rostro y empezó a disfrutar de la situación.

—Muy bien, haz lo que te parezca conveniente. —Me miró con una sonrisa engreída y se puso en pie—. Pero ya sabes lo sensible que es tu hermana. Si se lo cuentas, le harás más daño a ella que a mí. Porque no me va a dejar nunca, y lo sabes.

—Al menos te agradezco que hayas dejado de disimular lo hijo de puta que eres —le dije antes de que saliera de la biblioteca sin dejar de sonreír.

Estaba tan pagado de sí mismo y tan seguro de que mi hermana no lo abandonaría que nada le daba miedo. Y lo peor: podía permitírselo.

Esa noche llamé a Miguel y sopesamos la posibilidad de denunciar a Germán. Al día siguiente, lo consulté con mi abogado y llegamos a la conclusión de que no valía la pena. No había pruebas contra él y, aun teniéndolas, la violencia doméstica era considerada un asunto privado. Una mujer tenía todas las de perder en un juicio, si es que llegaba a darse. Además, mi hermana no diría una palabra en contra de su marido.

La oportunidad (y la necesidad) de alejar a Germán de mi familia llegaría dos meses más tarde.

Siempre me encantó la Navidad. Incluso cuando era pobre la disfrutaba muchísimo. Isa y yo decorábamos la casa con musgo y cintas de tela vieja. En la cena de Nochebuena poníamos un mantel bordado a mano y mi madre se las ingeniaba para sacarse algo especial de la manga, ya fueran castañas cocidas o unas filloas con miel que nos sabían a gloria. Antes de asistir a la misa del gallo, pasábamos un rato en casa de los vecinos. Las risas sonaban altas y cantábamos villancicos al lado de un belén con figuritas descascarilladas, improvisando instrumentos con botellas de anís.

Yo siempre encontraba el momento adecuado para subirme a una silla e interpretar una *panxoliña*. Los vecinos me aplaudían con entusiasmo, mi madre suspiraba con una aceptación tranquila (o inevitable) e Isabel se partía de risa. Armábamos un buen escándalo y, por una noche, éramos felices y despreocupadas.

Cuatro décadas después seguía persiguiendo ese sentimiento durante las fiestas. Decoraba el salón con luces blancas y velas, colocaba guirnaldas verdes y piñas sobre la chimenea, amontonaba

regalos bajo el árbol, llenaba la mesa de aves rellenas enormes y pocos días antes de Navidad organizaba una gran fiesta en casa para amigos y colegas de profesión. Qué quieres que te diga, la humildad siempre fue la virtud de Jesús, no la mía.

Aquella fiesta era especial para mí, uno de mis momentos favoritos del año. Pero eso cambió en 1988.

Me había esmerado en la decoración, como de costumbre, a todo el mundo le encantaba la comida y yo lucía espectacular con un vestido de Óscar de la Renta. Sonaba música suave en el salón, charlaba con mis invitados como una buena anfitriona y, al mismo tiempo, me dedicaba a vigilar a Germán, quien se pavoneaba por ahí con su copa de champán y su falsa sonrisa.

No le quitaba ojo. Se estaba convirtiendo en una costumbre perniciosa, como fumar, y me obsesionaba apartarlo de la vida de mi hermana.

Lo observé bailar con Malena, al ritmo pausado de Ella Fitzgerald cantando «White Christmas». Al principio me llamó la atención el simple acercamiento, porque solía dedicarle a su hija la misma atención que a un mueble. No obstante, resultaba imposible no reparar en ella. Estaba preciosa con su vestido nuevo y yo misma me había encargado de maquillarla y peinarla como a una estrella de cine.

Siempre tuve claro que Germán era egoísta, tramposo y manipulador, pero aquella noche, mientras bailaba con Malena, vi algo más.

¿Sabes cómo se reconoce a un monstruo? Después de haber estado con uno.

El mío se llamaba Julio Belmonte. Y Germán se parecía a él. No físicamente, claro, pero su expresión era idéntica. Nadie en el salón era capaz de apreciar ese brillo escalofriante en sus ojos, pero yo sí. No lograba esconderlo la ropa cara ni los buenos modales.

Germán miraba a su hija como ningún padre debería hacerlo jamás.

El calor abandonó mi cuerpo y me estremecí. Pero esa vez no dudé. No pasaría ni una noche más bajo mi techo. No iba a permitir que se convirtiera en el monstruo de Malena.

Antes de que terminara la canción, busqué a Luis entre los invitados, lo aparté de manera discreta hasta la entrada y le hice un encargo urgente. Le pedí que no hiciera preguntas al respecto, aunque le prometí explicárselo todo al día siguiente, y un par de horas más tarde, al borde de la madrugada, regresó con un maletín.

Cuando la fiesta estaba en su máximo apogeo y todos iban ya bastante entonados, yo me encontraba más sobria que nunca. Era la segunda vez que me reunía con Germán en la biblioteca para mantener una conversación desagradable. Había aprendido de la primera, así que no utilicé amenazas. Le hice una oferta: diez millones de pesetas en efectivo si se iba de mi casa esa misma noche.

Al escucharlo, la risa se le escapó por la nariz

—¿Se te ha ido la mano con el whisky? Más de lo habitual, me refiero.

—Puedes irte con el dinero. —Abrí el maletín con un chasquido seco y él no pudo contener un parpadeo sorprendido al ver los billetes de diez mil pesetas, perfectamente ordenados en fajos—. Siempre y cuando no vuelvas.

Su risa se volvió más sutil y echó un vistazo a su alrededor, como si creyera que le estaba gastando una broma.

—¿Tienes una cámara oculta o un micro por ahí?

—Esto no es una película, Germán.

—¿De verdad me estás sobornando para que abandone a mi mujer y a mi hija?

«Las estoy protegiendo», pensé. Sacrificar una parte de mi patrimonio personal no me dolía cuando se trataba de la seguridad y la tranquilidad de mi familia.

—Te estoy dando una salida. Tú no quieres pasar el resto de tu vida cuidando de Isabel y yo no te quiero en mi familia. Diez millones si te vas ahora —repetí la cifra y sus ojos volvieron al maletín.

—Joder —levantó las cejas y se pasó la mano por la cara—, me lo estás diciendo en serio.

Comenzaba a planteárselo y decidí presionar un poco. Le aseguré que, en caso de rechazar mi oferta, debía empezar a asumir sus propios gastos y los de su familia. En cuanto se percató de que me disponía a cerrar el grifo, su periodo de reflexión terminó y cogió el maletín.

—¿Qué se supone que le voy a decir a Isabel?

—Lo que le digas habitualmente. Tampoco es la primera vez que desapareces. Está acostumbrada a tus ausencias. Esta será la más larga de todas, pero eso no necesita saberlo de momento.

Esa misma madrugada, mientras yo le explicaba a Miguel lo que había hecho y él parpadeaba sin dar crédito al conocer mis motivos, Germán hacía las maletas. Antes de irse, habló con su mujer y le relató algún tipo de excusa barata sobre su necesidad de estar solo

durante un tiempo. Isabel no le exigió más explicaciones porque, bueno, era Isabel, y él ni siquiera se molestó en despedirse de Malena, cosa que agradecí.

Al día siguiente, apenas se inmutó cuando se enteró de que su padre se había marchado. No fue la reacción normal de una niña, pero es que su infancia tampoco lo había sido. Y ella sabía tan bien como yo que, fueran los que fuesen sus sentimientos al respecto, iban a quedar eclipsados por las lágrimas desconsoladas de su madre.

De cualquier forma, ya tendríamos tiempo de lidiar con ello. Germán había desaparecido por fin de nuestras vidas y respiré.

Y también fui una auténtica imbécil, porque deshacerme de él no podía ser tan fácil.

El 25 de diciembre, tres días después, me llamó por teléfono y me acusó de haberle obligado a renunciar a su familia. En realidad, lo que quería decirme era que había renunciado a ella por la cantidad inadecuada.

—¿Qué clase de padre y marido sería si las abandonara por diez millones? Creo que voy a necesitar diez más.

Quise gritarle e insultarlo, pero mantuve un tono firme.

—Ni lo sueñes.

—Entonces ponme un plato en la mesa, llegaré en un rato para comer.

—Hicimos un trato.

—Ya, pero no firmamos un contrato precisamente.

—No vas a volver a pisar esta casa.

—Como quieras —dijo con una calma heladora—. Siempre puedo llevarme a Isabel y a Malena conmigo.

Colgué el teléfono con un golpe seco, no sin antes aceptar pagarle otros diez millones, siendo muy consciente de que aquello solo era el principio y de que yo misma me había construido mi propia trampa. Germán era codicioso y su palabra no valía nada. Volvería a amenazarme, a chantajearme y cada vez se envalentonaría un poco más. Consideraba que el mundo le debía algo y había decidido que iba a ser yo quien pagara siempre esa deuda. Lo peor de todo era que, aun haciéndolo, podía irse con Isabel y Malena en cualquier momento.

Acordamos vernos en un hotel tres días después, ya que yo necesitaba un margen de tiempo para conseguir el dinero. A Miguel no se lo conté; a Luis no me quedó más remedio. Ni que decir tiene que se negó cuando fui a verlo a su despacho.

—No va a acabar nunca. Te va a arruinar.

—Será la última vez.

—Seguro que sí —se rio con amargura.

—Lo tengo todo controlado.

—Ágata, ¿tú te oyes? No entiendo cómo puedes ser tan inocente después de todo. Es absurdo.

—No me hables como si fuera una niña. Te he dicho que lo tengo controlado. Confía en mí.

La voz no me flaqueó, pero escondí las manos en los bolsillos del abrigo para ocultar el temblor que me sacudía medio cuerpo. Estaba histérica.

Tres días más tarde, aprovechando que mi marido tenía función en el teatro y luego había quedado para cenar con sus compañeros de obra, me vestí de la forma más sencilla posible, con vaqueros y blusa blanca, me recogí el pelo en una sencilla coleta, me puse las

gafas de ver y salí de casa sin una gota de maquillaje, con diez millones en el bolso y rezando para que nadie me reconociera.

A las 23.25 llegué al hotel de cinco estrellas (faltaría más) donde me había citado Germán, con casi media hora de retraso. Era la costumbre, pero también tenía intención de ponerlo un poco nervioso. Por suerte, el vestíbulo estaba desierto a esa hora y caminé directa hacia el ascensor. Respiré hondo tres veces mientras subía hasta el cuarto piso y volví a hacerlo tres veces más frente a la puerta de la habitación antes de darme cuenta de que nunca iba a estar lista para llamar. Así que, simplemente, lo hice.

Germán me recibió vestido de manera impecable. El pantalón y la camisa eran nuevos; la habitación, una suite con sala de estar incluida. En la mesa de centro había una bandejita con dos rayas de cocaína y un billete enrollado. Con semejante estilo de vida, necesitaría otros diez millones en un mes.

Se sentó en el sofá, cogió el billete, se inclinó sobre la mesa y aspiró una raya con un sonido rápido y seco.

—¿Te apetece? —me preguntó tras limpiarse la nariz con el pulgar.

—No. —Saqué la bolsa de tela de mi bolso y me acerqué para dejar el dinero sobre la mesa—. Es la última vez que hacemos esto. ¿Puedo fiarme de tu palabra?

—Por supuesto —mintió y acto seguido se echó hacia atrás en el sofá y colocó los brazos extendidos sobre el respaldo—. Aunque me disgusta un poco que terminemos mal tú y yo. De hecho, creo que deberíamos limar asperezas antes de despedirnos para siempre.

—¿Qué quieres? —pregunté con la voz desgastada.

Sonrío y ahí estaba otra vez, ese brillo monstruoso en sus ojos.

—Tú y yo. Una noche.

—No.

Abrió las piernas, insultantemente cómodo, y volvió a aspirar rápido por la nariz.

—Entonces supongo que no hay trato.

—Eres un hijo de puta.

—Esa no es forma de hacer las paces.

«Una vez. Solo será una vez y después se acabará. Haces esto por ellas». Tuve que repetírmelo varias veces para poder seguir.

—Antes voy a necesitar una copa.

—Hay whisky. —Señaló con la cabeza el mueble del minibar—. Sírveme otro a mí.

Me quité el abrigo y lo dejé caer al suelo como la diva que debía interpretar, caminé con mi bolso hasta el mueble y lo coloqué encima. Metí la mano y saqué una petaca de cuero marrón.

Germán arqueó la ceja cuando lo miré.

—No te ofendas —comenté desenroscando el tapón—, pero el mío es mucho mejor.

Echó la cabeza hacia atrás y ahogó una carcajada.

—Siempre has sido una zorra altiva.

Y alcohólica. Germán era muy consciente, lo cual ayudaba a mi propósito en ese momento.

Dejé la petaca sobre el mueble, junto a dos vasos de cristal, y me incliné para abrir el minibar y coger una botellita de Jack Daniel's. Me coloqué de espaldas a Germán para rellenar los vasos, uno con el whisky de mi petaca y el otro con el contenido de la botella.

Oí sus pasos aproximándose despacio y cuando noté su presencia justo detrás de mí, me di la vuelta antes de darle la oportunidad de

tocarme un pelo. La mano me tembló un poco al tenderle su vaso, pero pude ver que al muy enfermo le gustaba esa reacción.

Sin pedirme permiso, se deshizo de mi coleta y me quitó las gafas. Me acarició la mejilla con los nudillos y retrocedí de manera instintiva.

—Eh, tranquila —dijo con voz suave—. Si te soy sincero, yo habría preferido acostarme con la Ágata Belmonte de veinte años, no contigo. Aunque admito que sigues siendo una mujer extraordinariamente guapa.

—No te gusto por ser guapa. —Di un sorbo a mi bebida y él me imitó—. Solo haces esto para humillarme.

—Bueno, tú llevas años despreciándome y creyéndote por encima de mí. Pero te aviso de que esta noche —se acercó a mi oído y su colonia me mareó un poco— tú vas a estar debajo.

El estómago se me revolvió y fui incapaz de disimular una mueca de asco. Ni siquiera yo podía ser buena actriz en esas circunstancias.

Me bebí el resto del whisky de un solo trago y Germán apuró el suyo también. Torció el gesto con desagrado al final y aproveché el momento para dejar el vaso en el mueble y empezar a desabrocharme la blusa.

Cuando tuve toda su atención otra vez, me dirigí al dormitorio sin mirar atrás y me senté en la cama con la luz apagada. No obstante, la claridad del salón se colaba por la puerta y, por desgracia, pude ver el triunfo en su rostro cuando se colocó a mi lado. Deslizó el dedo índice hacia abajo, desde mi clavícula hasta mi escote, y terminó rozando uno de mis pechos. Me tragué la náusea ante su tacto, aunque no me aparté. Tampoco al notar su aliento pesado y

amargo contra el mío, justo antes de recibir un beso intencionadamente húmedo.

—No hace falta que finjas que quieres hacer esto —declaró unos segundos más tarde tumbándome sobre el colchón—. Si te resistes un poco, lo disfrutaré aún más.

Se colocó sobre mí y comenzó a besarme y manosearme por todas partes. Cerré los ojos y traté de no darle la satisfacción de derramar ni una lágrima. Me clavé las uñas en las palmas, intentando centrarme en el dolor punzante que yo misma me provocaba. Era un truco que había usado muchas veces con Julio. Ya tenía la mano dentro de mis bragas cuando soltó un gemido. No era de placer.

Abrí los ojos y vislumbré el gesto de fatiga en la cara de Germán. Se apartó de mí y se dejó caer sobre el colchón con un quejido largo.

—Joder, espera… Todo me da vueltas.

Al mareo le siguieron confusión, presión en el pecho y una repentina falta de aire.

Parecía estar sufriendo un infarto.

Solo lo parecía. En realidad, había ingerido veinte miligramos de cianuro de potasio disueltos en el whisky de mi petaca.

Intentó agarrarme del brazo para pedir ayuda y me aparté con rapidez para bajarme de la cama. Abrió los ojos con pánico al verme llegar hasta el marco de la puerta y se llevó la mano al cuello tratando de articular palabra, pero de su garganta solo salía un quejido agónico. Su piel se volvió roja y su respiración rápida, forzada, como si algo le estuviera ahogando desde dentro. Consiguió bajarse de la cama, pero, en cuanto puso un pie en el suelo,

comenzó a sufrir espasmos. Se tambaleó, sus piernas cedieron y cayó de rodillas al suelo.

No podía arriesgarme a que saliera de la habitación y alguien lo viera, así que, en lugar de salir corriendo, me abracé a mí misma y esperé aterrorizada hasta que el corazón de Germán se detuvo y su cuerpo dejó de convulsionar.

Fueron los cinco minutos más largos de mi vida.

Tres días antes, mientras hablaba por teléfono con él y me estaba amenazando, recuerdo que pensé: «Si le pone una mano encima a Malena, lo mataré». Y en ese preciso momento también me di cuenta de que, si la tocaba, aunque fuera solo una vez, ya sería tarde para protegerla. Igual que a Isabel. Por eso no le di la oportunidad de volver a acercarse a ellas.

Regresé al salón tras asegurarme de que Germán ya no respiraba y, antes de asumir que me había convertido en una asesina a sangre fría, necesité cinco minutos para arrodillarme en el suelo y sufrir un ataque de ansiedad.

Cuando conseguí calmarme, me levanté y guardé mis cosas en el bolso: la petaca, la bolsa con el dinero y, por si acaso, también el vaso de whisky. Volví a ponerme las gafas, a recogerme el pelo y examiné de nuevo la habitación para asegurarme de que no quedaba rastro de mi presencia.

Llegué a casa tiritando de frío y de puro pánico. En cuanto entré por la puerta ahogué un grito en la oscuridad. Isabel estaba en mitad de la escalera.

—¡Dios santo bendito! —Me llevé una mano al corazón, que no había parado de latir descontrolado desde que había salido del hotel —. Qué susto me has dado.

Isa parecía un fantasma con aquel camisón blanco, casi etérea, y, por un segundo, dudé si lo era realmente, si se trataba en realidad de la muerte misma, que había venido a buscarme para hacerme pagar por todos mis pecados.

—¿De dónde vienes? —Frunció el ceño—. ¿Y así vestida?

Avancé unos pasos y me detuve al pie de la escalera. Las excusas más creíbles son siempre simples y no requieren de demasiados detalles.

—No podía dormir y salí a tomar algo. ¿Tú qué haces despierta?

—Tampoco puedo dormir.

Me explicó que se dirigía a la cocina a prepararse una tila. Seguía alterada y preocupada porque German no había vuelto aún.

—Ya hace una semana que se fue —dijo con ansiedad—. Nunca se va tanto tiempo.

Subí las escaleras hasta llegar a su altura y, como era incapaz de sostenerle la mirada y decirle que no se preocupara, le di un beso en la mejilla. Mi gesto provocó que ella frunciera el ceño, pero no le di mayor importancia en ese momento. Le prometí que al día siguiente hablaríamos tanto como necesitara y me fui a mi dormitorio.

No conseguí dormir en cuarenta y ocho horas. Ese fue el tiempo que tardó el personal del hotel en entrar en la habitación de Germán. Exceptuándome a mí, las reacciones a su muerte fueron genuinas. Nunca le confesé a Miguel la verdad. Luis lo supo en cuanto me miró a los ojos, pero no pronunció una palabra al respecto. Y el veneno que utilicé lo conseguí personalmente. Si algo tenía yo, era el mejor y más discreto proveedor de drogas (con acceso al mercado negro) de la ciudad.

La muerte no se consideró violenta. Germán no tenía heridas ni había signos de lucha en su cuerpo. La caja fuerte de la habitación contenía una buena suma de dinero, así que el robo quedó descartado. La conclusión de la policía fue: muerte accidental por consumo combinado de alcohol y cocaína. No le dieron más vueltas.

A Malena le contamos que su padre había sufrido un infarto. Claro que la prensa no tardó en especular. Los periodistas nos asediaron antes, durante y después del funeral. Le propuse a Isabel irnos unas semanas de vacaciones a Francia o Italia para alejarnos de tanta atención, pero a mi hermana todo le daba igual. Solo se dedicaba a llorar y ya ni salía de casa. Lo más inteligente que podía hacer yo hasta que todo se calmara era trabajar, salir a cenar con Miguel, acudir a fiestas con mis amigos y pasar tiempo con Malena. En resumen, hacer mi vida con normalidad, como si no hubiera matado a Germán. Como si no me hubiera convertido en un monstruo a su medida.

A veces, me preguntaba si otro monstruo temblaría al recordar lo que había hecho, y si tendría pesadillas por ello el resto de su vida.

En la primavera de 1989, cinco meses después de la muerte de Germán, Isabel se suicidó en su cuarto de baño. Unas horas antes habíamos tenido una pelea. Ella creía que me había acostado con su marido aquella noche en la que nos encontramos en las escaleras. Pudo oler su colonia en mi piel. No fui capaz de negárselo y no podía darle una justificación sin contarle toda la verdad.

Me di cuenta tarde de que hay veces que no puedes privar a una persona de lo único que la mantiene con vida, aunque le haga mucho daño. Aunque se trate de un monstruo.

De cualquier manera, Germán recibió su castigo. Y yo, el mío.

30

Nada puede ser sencillo con Ágata

—No… No es verdad. —El corazón me golpea el pecho con violencia cuando me giro en la butaca—. Se lo inventó. Ágata se lo tuvo que inventar.

Busco la mirada cómplice de Leo, pero él me devuelve unos ojos tristes y una línea tensa en los labios.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Pues porque sí, porque, porque… —Me falta un poco el aliento —. Porque era una mentirosa. Ella misma lo decía. Y todo lo que ha contado es… —Mi boca se mueve, pero no logra conectar con mi cerebro—. Es imposible. Es ficción. Una película.

Y una puta pesadilla también.

—No creo que confesar algo como un…

—¡No! —lo corto—. No lo digas.

Igualmente, la palabra «asesinato» se cuela en mi cabeza. La empujo con fuerza hacia una habitación de mi mente y cierro la puerta, aunque se queda al otro lado, arañándola como un animal salvaje.

—¿Qué ganaba ella mintiendo?

—¿Y yo qué sé? —La voz me sale aguda, casi histérica—. No sé. Llamar la intención. Fue la misión de toda su vida, llamar la atención

del mundo entero —apunto tratando de encontrar una salida corriente a la locura que acabo de ver y escuchar.

—No tiene sentido, Malena. Piénsalo: Ágata te confió las cintas, eres quien tiene la última palabra para decidir si se hace el documental. Si tú no quieres, nadie sabrá nada de lo que pasó.

—Leo, para. —Me llevo dos dedos a las sienes— ¿Puedes dejar de darle la vuelta a todo lo que digo? Es que no…no… No puede ser.

—Lo siento. Sé que es horrible.

—No, no sabes lo horrible que es. No tienes ni idea… —Me pongo en pie—. Y yo tampoco la tenía, por lo visto.

La última frase la pronuncio ya de camino hacia la puerta. Me dirijo al salón, movida por un solo recuerdo, y una vez allí me acerco al montón de cajas que no está etiquetado como «para donar» o «para vender». Son seis y contienen los objetos más personales de Ágata. En dos de ellas (ahora no recuerdo cuáles, dado que mi cerebro se halla al borde del colapso) guardé sus álbumes de fotos.

Las manos me tiemblan cuando cojo la caja más alta y comienzo a arrancar la cinta americana que la cubre.

—¿Qué haces? —me pregunta Leo. Creo. El pulso me rebota con tanta fuerza en los oídos que los demás sonidos me llegan amortiguados.

—Mierda, esta no es —bufo al abrir la caja y comprobar que solo contiene joyas.

—Malena. —Se coloca frente a mí y suspira—. Tienes razón, no puedo saber lo horrible que es. Pero tampoco puedo ayudarte si no me hablas.

—Ágata tenía toda su vida inmortalizada en fotos. —Aparto la caja a un lado y me centro en la siguiente—. Necesito sus álbumes.

Entre los dos los localizamos. A continuación, nos sentamos en el suelo y nos los repartimos. Le pido a Leo que busque la fiesta de Navidad de 1988. Recuerdo que mi tía contrató a un fotógrafo para esa noche.

Echo un vistazo rápido al álbum de sus años en Hollywood y a otros tres dedicados a sus giras. También hay muchas fotos de su vida en México, en rodajes, en cenas con amigos y con Tom. Por muy espontáneos que parezcan los momentos, Ágata posa en casi todos. A veces insinúa una ligera sonrisa y otras ríe descarada con su confianza desbordante. Y sus ojos de gata son siempre un misterio inalcanzable para la cámara.

Ninguna de esas fotos es capaz de reflejar cómo se sentía por dentro. Ahora estoy más segura que nunca.

—Creo que son estas —me distrae Leo y me tiende un álbum.

Comienzo a pasar las páginas y veo este mismo salón vestido de luces blancas y con un árbol de Navidad altísimo junto a la chimenea. Los invitados visten trajes de noche y las fotos captan el movimiento y la energía de la fiesta. Hay risas, brindis y miradas cómplices. Ágata y Miguel aparecen en muchas fotos. Mi madre solo en una, y su sonrisa es demasiado débil para ser convincente. Habría jurado que parecía feliz aquella noche. Supongo que estaba equivocada en muchas cosas.

—¿Qué buscas exactamente? —quiere saber Leo.

—A mi padre. —Paso las páginas cada vez más rápido—. Necesito ver a mi padre.

Ya ni siquiera estoy segura de recordar su cara.

Lo encuentro por fin. Conmigo. Yo aparezco de espaldas a la cámara con mi vestido de fiesta color borgoña. Su mano izquierda

sostiene mi mano derecha y su otra mano descansa en mi espalda.

Mi padre me está mirando y sonríe.

«Germán miraba a su hija como ningún padre debería hacerlo jamás».

Las palabras de Ágata me golpean de lleno.

Aun así, no tengo manera de saber qué vio exactamente en sus ojos. La foto muestra dos puntos rojos por el reflejo de la luz del flash.

«Cuando los bajas a la realidad, los malos no aparecen como monstruos de ojos rojos. Son gente normal. Atractivos, cultos incluso, y elegantes».

Resulta que mi padre sí parece un monstruo de ojos rojos. Uno atractivo y elegante. Y si Ágata tenía razón, el único recuerdo agradable que conservo de él no lo es. No lo es en absoluto.

Desde pequeña supe que no era muy fiable. Engañaba a mi madre con otras mujeres, nos prometía casas y viajes que nunca llegaban y después desaparecía. Era un cuentista y un estafador, pero jamás se me pasó por la cabeza que pudiera…

¿Cómo iba a vivir con un monstruo sin darme cuenta? ¿Cómo podía soportarlo mi madre?

Y entonces, todo. Los recuerdos aterrizan de golpe. Se estrellan contra mí, explotan, arden. Los gritos de mi padre dentro del dormitorio, los sollozos de mi madre, su cuerpo en la bañera, Miguel yéndose de casa, mis peleas con Ágata, su aliento a alcohol, encontrármela medio inconsciente en su habitación y el pánico a que un día no despertara. Las escenas se desarrollan en mi cabeza como una película rota y me quedo atrapada entre el pasado y el presente, sin saber salir.

Cierro el álbum con un golpe seco y lo lanzo al suelo.

—Se acabó. —Muevo los brazos casi por instinto y los cruzo bajo el pecho hasta hundir los dedos en los costados—. No quiero saber más. No quiero más cintas. No quiero —jadeo—. No puedo.

Estoy temblando. Tengo frío. Me tiembla todo el cuerpo.

Enseguida noto otros brazos a mi alrededor.

—Vale, ya está —susurra Leo contra mi oído—. No hay más cintas, nos olvidamos de las cintas. Nos olvidamos de todo.

Se me escapa una risa ridícula y estridente contra su cuello, como si mi mente rechazara la gravedad del momento. Y estoy tentada de pedirle que me pegue un tiro en la sien, porque es la única forma en la que podría olvidarme de todo esto.

Leo me sujeta la nuca con una mano y con la otra empieza a acariciarme la espalda con delicadeza, con cariño. Una persona normal, una que no estuviera tan jodida de la cabeza como yo, encontraría consuelo en ese gesto. Pero yo me tenso. No lo soporto.

No soporto que sea así de bueno conmigo y me aparto.

—Puedes, mmm… ¿Te importa dejarme sola?

—No, no me voy.

—Por favor, Leo.

—He dicho que no.

—Te juro que no me quedan fuerzas para tu intensidad ahora mismo.

Suspira con pesadez.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? Por no contártelo.

—No, esto no es por ti.

—Entonces no hagas lo que haces siempre. No me apartes.

—Y tú no me presiones. Te he dicho que quiero estar sola.

Su mirada triste y decepcionada me confirma que no lo entiende y probablemente nunca lo hará. Porque Leo es todo lo contrario a mí. Porque él es el sol y yo, la falta de luz.

—Te llamaré, te lo prometo. Pero vete, por favor —le suplico con un hilo de voz.

Sale del salón y agradezco que por una vez camine rápido. En cuanto lo oigo cerrar la puerta de casa, me doblo sobre mí misma y me rompo.

Me despierta un toc toc en la puerta de mi habitación. Abro los ojos y gimo en cuanto la luz del sol me fríe los ojos. Me incorporo despacio sobre el colchón y me paso las manos por la cara para despejarme. Siento los ojos hinchados y la pesadez de mi propia cara. Mi reloj dice que son las 16.20, así que he dormido unas cinco horas. No está mal teniendo en cuenta que me pasé llorando las cinco anteriores.

Leo vuelve a llamar a la puerta y un pinchazo me atraviesa las sienes. Genial, es como tener una resaca sin haber bebido una gota de alcohol. Debo de tener una pinta horrible, pero sé que eso no va a mantenerlo alejado.

—Pasa —le digo con voz de ultratumba.

Pero no es él quien abre la puerta, sino Mery.

—Dios, tienes una pinta horrible.

—Pero ¿tú qué haces aquí?

—Leo me llamó. Dijo que necesitabas a tu familia.

La garganta me quema de repente y los labios me empiezan a temblar. No puedo evitarlo, es como si hubiera abierto un grifo. Peor

aún, como si hubiera golpeado una tubería con un palo hasta reventarla. Y me echo a llorar otra vez.

Mery se acerca con rapidez, se sube a la cama y me rodea con un brazo. Apoyo la cabeza en su hombro. No se da prisa en hablar porque me conoce demasiado bien. Espera a que me calme lo suficiente y dice:

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Levanto la cabeza extrañada y la miro.

—¿No te lo ha contado Leo?

—No. Fue a buscarme al aeropuerto, me trajo hasta aquí y me dio las llaves. Le pregunté como cien veces qué había pasado, pero me dijo que tú eras la única que tenía derecho a contarlo. —Arruga la frente—. Espera, ¿estás así por su culpa? Porque admito que el chico me parece encantador, y hasta juraría que su pelo me ha hipnotizado, pero si tengo que odiarlo, lo haré. Y también le rayaré ese cochazo que tiene.

—Él no ha hecho nada malo. Todo lo contrario. El problema soy yo. Y toda mi maldita familia —añado.

Mientras le explico lo que Ágata contó en la séptima cinta, mi amiga solo es capaz de abrir los ojos y repetir «madre de Dios» como si fuera un mantra.

—No sé ni qué decirte, Mal —confiesa cuando acabo—. Este es un nivel de drama familiar que se me escapa. Parece el guion de una película.

—Sí, yo también dije eso. Hasta pensé que Ágata se lo había inventado.

—¿La crees capaz?

—Era fantasiosa y le encantaba adornar las historias, pero no. Solo era yo en estado de negación. Sé que dijo la verdad.

—¿Y cómo te sientes?

Sonrío con tristeza.

—Como si volviera a tener trece años.

Por la noche, Mery decide que vamos a salir a cenar. Y digo que lo decide ella porque mis ganas de quedarme en la cama no cuentan para nada.

—Llevas todo el día encerrada en casa, tiene que darte un poco el aire y punto —declara con ese tono que solo dominan las hermanas mayores.

Mientras ella se da una ducha, llamo a Roma. Tras hacerle un breve resumen de la séptima cinta le comento que no tengo intención de recoger la octava.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

—¿No vas a intentar convencerme para que la vea?

—¿Quieres que lo intente?

—No.

—Malena, tu tía quería contarte la verdad, pero eres tú quien decide hasta qué punto quiere saber. Entiendo que todo lo referente a tu padre es terrible para ti.

«Peor fue para Ágata», me susurra una voz interior.

—No sé, Roma… Quizá en un tiempo te llame.

Dejo una puerta abierta, porque una parte de mí quiere acabar lo que empezó. Darle un cierre.

—Por supuesto que vas a llamarme, y yo te llamaré a ti. Espero que hablemos a menudo de ahora en adelante.

Sonrío.

—Me parece bien.

—De todas formas, cuando estés preparada para ver la última cinta, no es a mí a quién debes llamar —me advierte—. Yo no la tengo.

—¿Cómo que no la tienes? ¿Quién la tiene?

—Miguel.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tu tía así lo decidió. ¿Acaso Leo no te dio el contrato?

—Pues sí, pero en aquel momento estaba ocupada insultándolo y me daba igual el documental.

Y después me dediqué a besarlo y todo se complicó aún más.

—Tú tienes derecho a hacer lo que quieras con las siete cintas que ya has visto, pero la octava le pertenece a Miguel. Necesitas su permiso para verla y también para editarla si quieres que forme parte del documental de Leo, en el caso de que finalmente decidas hacerlo.

Resoplo.

—¿Es que nada puede ser sencillo con Ágata?

Una carcajada fuerte suena al otro lado del teléfono.

—Parece mentira, niña.

—No entiendo tanto secretismo. ¿Qué fue lo que pasó con Miguel?

—Bueno, cariño… —Suspira—. Eso tienes que preguntárselo a él.

31

Dos semanas muy largas

Ayer tenía clarísimo que había terminado con las cintas de Ágata, y esta mañana me encuentro en el ascensor de la casa de Miguel para recoger la última. Mi determinación es tan fiable como un reloj estropeado. Si bien me sirve como pretexto para verlo, porque no puedo no hacerlo. Tampoco es que vaya a presentarme por sorpresa en su puerta; le he llamado por teléfono y me ha dicho que podíamos vernos cuando yo quisiera. Así que aquí estoy, cuarenta y cinco minutos más tarde, con una coleta mal hecha y un nudo en el estómago.

La cabina pega un ligero salto cuando llego al quinto piso y no puedo evitar acordarme de que así fue cómo mi tía y él se conocieron. Un encuentro accidentado en un ascensor. Parece el inicio de una comedia romántica. Aunque su historia terminó casi como *La guerra de los Rose*.

Miguel me está esperando en la puerta.

—Hola, Malena. Me alegro de verte —dice con voz firme y cálida a la vez.

—Hola —musito.

La voz se me encoge ante este hombre, y el corazón también. No sé si saludarlo con dos besos, porque lo que me apetece (aunque

resulte extraño viniendo de mí) es abrazarlo. Pero él parece tener la misma duda, por lo que ambos nos quedamos congelados y solo conseguimos alargar el momento hasta la incomodidad. Finalmente, él se aparta un poco de la puerta y estira el brazo hacia el interior de la casa.

—Entra, por favor.

Nuestros pasos hacen crujir el parquet a lo largo del interminable pasillo hasta llegar a un pequeño salón pintado de blanco. El sofá es beis con cojines en tonos neutros y la mesa de centro, de madera y metal, descansa sobre una alfombra en tono gris piedra. Los muebles son minimalistas y de estilo nórdico y las láminas abstractas de la pared, muy sobrias. Parecen esos manchurrones de tinta que enseñan los psiquiatras para deducir, en función de la forma que veas, si eres un psicópata o algo así.

—¿Te gustan? —me pregunta Miguel al darse cuenta de que miro una de las láminas con demasiada atención.

—Eh, pues… No entiendo nada de arte, la verdad.

—Ya. —Sonríe—. A mí tampoco me gustan.

De hecho, no pegan mucho con el estilo de Miguel. Al menos, con el Miguel que conocí, pero qué sabré yo a estas alturas.

El único espacio cálido del salón es el rincón donde se encuentra una estantería de madera natural plagada de libros de todos los colores y un butacón tapizado con cuadros verdes y rojos, muy *British.* Clásico y atemporal, como él.

—¿Te puedo ofrecer algo de beber?

—No, gracias. He tomado un café antes de salir.

Y casi me lo tiro encima por los nervios, así que prefiero no tentar a la suerte.

—Estás muy mayor. —Menea la cabeza y chasquea la lengua al mismo tiempo—. Quiero decir que has crecido. Y estás muy guapa.

Reprimo la tentación de pasarme la mano por mi coleta. Es amable hasta mintiendo.

—Gracias.

Sonríe y puedo ver de cerca las arrugas de expresión alrededor de sus ojos. Son más pronunciadas de lo que pude intuir en el homenaje de Ágata, aunque sigue siendo un hombre guapo y conserva el porte elegante. Hay cosas que no se pueden comprar ni tampoco perder; son innatas.

—Perdona, estoy un poco nervioso. Ha pasado muchísimo tiempo.

—Casi veinte años, sí.

Silencio. Lo cual es ridículo entre nosotros porque quiero preguntarle muchas cosas. Las dos más importantes y no necesariamente en ese orden: ¿Por qué se rompió su matrimonio? ¿Por qué nunca volvió a verme?

—¿Cómo estás? —intento empezar con algo más fácil.

—Bien —asiente y se lleva una mano al bolsillo de su pantalón azul marino—. En septiembre estreno obra en el teatro Lara. Trabajar a mi edad es casi un lujo, así que no me puedo quejar. ¿Y a ti qué tal te va todo?

—Muy bien.

Sí, claro.

—Quise acercarme a hablar contigo en el homenaje de tu tía, pero te fuiste muy rápido, y después Roma me contó lo de las cintas. Sabía que al final vendrías. Aunque han sido dos semanas muy largas.

—Ya, dímelo a mí.

Otro silencio. Joder, ahora me arrepiento muchísimo de rechazar la oferta de Mery. Ya que acordamos volver juntas a casa pasado mañana, se ofreció a acompañarme hasta aquí como apoyo moral unas cinco veces, pero le aseguré que no hacía falta. Supongo que es tarde para llamarla, decirle que salga de la piscina y venga pitando. Ella es mi chaleco salvavidas social, la amiga extrovertida a la que te pegas en un bar y cuyo encanto te hace parecer a ti un poco menos inadaptada, mientras que yo soy incapaz de mantener una conversación con un hombre al que quise muchísimo y que se portó conmigo como un padre.

Al menos, como el que me habría gustado tener. Pero casi mejor dejemos el tema padres.

—Debería traer la cinta —comenta tras aclararse la garganta.

—La has visto, supongo.

—No.

—¿Por qué no? —Frunzo el ceño—. ¿No tienes curiosidad por saber lo que Ágata dijo de ti?

—Imagino lo que dijo de mí, y dudo que sea bonito —comenta con una sonrisa triste—. La verdad es que esperaba poder verla contigo.

Mi boca se abre, pero de ella solo sale un «ah» seguido de algo muy parecido a un «eeeh».

—Luego podremos hablar de todo lo que tú quieras —me promete.

—Vale.

—Enseguida vuelvo.

Me deja sola en el salón y aprovecho esos segundos para tratar de mentalizarme. Veamos lo que veamos, no puede ser peor que las

confesiones de la séptima cinta. Nada puede serlo. A menos que Miguel también actuara al margen de la ley y se aliara con Ágata para atracar bancos tipo Bonnie y Clyde mientras yo dormía. Cualquier cosa me parece ya posible.

Miguel regresa con la cinta y una cámara y me pide que me ponga cómoda. Me siento en el sofá mientras él trastea con los cables y apenas un minuto después ya está a mi lado. Un poco más pálido de lo normal.

—¿Lista?

—No estoy muy segura.

—Ya, yo tampoco.

Aun así, Ágata aparece en la pantalla a los pocos segundos.

Está guapa e impecable con su esmoquin blanco de Yves Saint Laurent y unos pendientes largos dorados, aunque, de reojo, veo cómo Miguel se lleva la mano a la boca. Por el impacto que le provoca su aspecto, deduzco que de él tampoco se despidió.

—Esta es la octava cinta, Ágata. La última que vamos a grabar —señala Leo fuera de cámara y su voz me cosquillea por la columna vertebral—. Antes de acabar me gustaría hacerle dos preguntas.

Ágata asiente despacio con la cabeza.

—¿Cuál es su mayor arrepentimiento?

—Ya dije que no soy amiga de los arrepentimientos —advierte con un levantamiento de ceja—, pero, si tengo que decir algo, me arrepiento de haberme puesto a dieta hasta el último momento. Pasar hambre voluntariamente es una auténtica estupidez.

No puedo evitar sonreír. Miguel también lo hace.

—¿Cuál es la segunda pregunta?

—Después de todo lo que ha vivido como Ágata Belmonte, ¿mereció la pena ser ella?

—Es una buena pregunta… pero, si no te importa, voy a guardarme la respuesta. Siempre hay que mantener un poco el misterio. Además, ya te he dado suficiente material sobre mi vida como para hacerte famoso a ti también.

—Vale, me parece justo. —Intuyo la sonrisa de Leo en su voz—. ¿De qué quiere hablar para terminar?

—Del amor, claro. Es el sentimiento más rebelde que hay. Se va cuando no quieres que lo haga y se queda cuando lo echas a patadas… Dicen que las mejores cosas de la vida son gratis. Menudo cuento. —Se ríe con desdén—. Nada es gratis. Todo lo importante conlleva un coste. Sobre todo emocional. Querer cuesta, y duele.

—¿Se refiere a su exmarido Miguel? Él fue el gran al amor de su vida.

—No te confundas —alza la barbilla—, el gran amor de mi vida he sido yo. He pasado setenta y dos años de alegrías y penurias conmigo misma. Es lo justo —declara convencida, aunque su tono se suaviza al añadir—: Pero a Miguel lo quise muchísimo. Tanto que estaba ciega… O quizá no quise verlo. Porque una siempre sabe cuándo empiezan a romperse las historias. En el caso de Tom fue al decirme que soñaba con tener una niña con mis ojos. Ahí supe que nunca podríamos hacernos felices del todo el uno al otro. Con Eduardo fue la primera vez que me llamó «buscona»… Pero con Miguel… —Deja salir un suspiro hondo—. Con Miguel no lo vi venir.

32

OCTAVA CINTA

«El futuro nunca va a ser tal y como lo imaginamos, así que pensar en él no sirve de mucho. Prefiero dejar que me sorprenda».

Esa fue mi respuesta diplomática a la última pregunta de una entrevista que iba a centrarse en mi gloriosa carrera como actriz y terminó derivando en todo lo contrario. Por lo visto, España necesitaba saber si me preocupaba que el teléfono dejara de sonar, cómo me sentía al interpretar personajes de madre y abuela, si opinaba que los papeles para mujeres de mi edad eran más limitados y cuáles eran mis trucos de belleza para competir con actrices jóvenes.

Estábamos a principios de 1990, yo tenía cincuenta y dos años y, como iba hasta arriba de lorazepam en ese momento, aquel reporterucho impertinente de suplemento dominical se libró de un buen bofetón.

Por supuesto, mentí. No quería sorpresas en mi futuro. Por primera vez, fantaseaba con una vida normal y sin sobresaltos. Una en la que no tuviera que lidiar en secreto con el hecho de haber asesinado a mi cuñado, con la culpa de no haber podido proteger a mi hermana y hasta con la mala sangre que, según parecía, corría por mis venas. Para la prensa rosa, las trágicas y repentinas muertes

de Germán e Isabel solo podían obedecer a «La maldición familiar de Ágata Belmonte».

Al menos contaba con el apoyo de mi marido. Miguel no solo era cariñoso y paciente, también tenía una conexión especial con Malena. Sabía cuándo ponerse serio con ella y cuándo gastarle una broma, la ayudaba con los deberes, jugaban al ajedrez, compartían libros, veían películas y, de vez en cuando, se compinchaban para hacerme rabiar. Aunque fingía molestarme, su vínculo era un verdadero alivio. Malena lo necesitaba.

Mi sobrina estaba demasiado habituada a enterrar sus sentimientos y era muy reservada . Habían pasado nueve meses desde la muerte de Isabel y no había mencionado ni una palabra al respecto. Pero el dolor encuentra la forma de salir a la superficie y aflora como la mala hierba. Ella lo manifestaba en forma de pesadillas espantosas en las que llamaba a gritos a su madre hasta quedarse sin voz. Yo entraba en su habitación, la abrazaba a oscuras y le cantaba hasta que el sueño la vencía.

Por desgracia, esa era nuestra conexión.

Aun así, a mí no me importaba pasar la mitad de la noche en vela con ella. Sufría insomnio desde hacía meses. Cuando cerraba los ojos me veía en aquel hotel con Germán mientras agonizaba hasta la muerte. Y si no era él, se trataba de mi hermana desangrada en los brazos de su hija. Mi mente repetía sin descanso las peores secuencias de una película de terror. Recurrir a los ansiolíticos no fue un acto de debilidad, sino un modo de supervivencia.

Las reservas de Macallan de mi bodega también habían notado que algo no andaba bien. Empezaba a beber más temprano y Miguel, a levantar la ceja cada vez que me veía con un vaso. Yo me

reía, hacía un aspaviento con la mano y soltaba estupideces como «son cosas del oficio». Una de las ventajas de ser actriz es que los demás dan por hecho que eres una montaña rusa emocional y no se dedican a indagar en la razón.

Así y todo, sentía la necesidad de desahogarme con él. Las palabras me ardían por dentro y estuve a punto de confesárselo todo mil veces; desde el chantaje de Germán pidiéndome más dinero hasta llegar a la conclusión de que matarlo era la única forma de frenarlo. Miguel jamás habría estado de acuerdo con lo que hice, pero comprendería los motivos. Intentaba proteger a mi familia. Sin embargo, en el último momento se imponía la duda. Prefería su preocupación y su cariño a horrorizarlo con la verdad y que nunca volviera a mirarme del mismo modo.

Con semejante panorama cuesta creer que saliéramos adelante. Pero lo hicimos, a nuestra manera. Como no podíamos reparar lo que se había roto, construimos algo nuevo entre los tres. No éramos una familia corriente, pero, durante un tiempo, nos amoldamos y gozamos de cierta normalidad. Hasta nos fuimos de vacaciones a Los Ángeles aprovechando que iban a concederme mi merecida estrella en el Paseo de la Fama.

Nos bañamos en el mar, visitamos todos mis lugares favoritos e incluso le sugerí a mi sobrina la idea de subir a las colinas para colarnos en el cartel de Hollywood. Miguel nos lo impidió, ya no solo porque «podrías matarte con esos tacones, Gata», sino porque a él se le daba mejor manejar las responsabilidades adultas. Aunque Malena se partía de risa conmigo y sonreía en las fotos. Pensé que, tal vez, yo tampoco lo estaba haciendo tan mal.

Era la calma antes de la tempestad, y la disfrutamos durante casi dos años. Hasta un día gris de noviembre de 1991. Luis me llamó por teléfono y me pidió vernos antes de comer. Para las buenas noticias quedábamos en algún restaurante; para las malas, tocaba reunión en su despacho.

Llovía a cántaros y le di largas, pero me aseguró que era importante. Y tampoco es que yo estuviera muy ocupada, sola en casa. Era día de colegio para Malena y Miguel estaba fuera, embarcado en una pequeña gira con una de sus obras. Además, estaba esperando esa llamada. El día anterior nos habían informado de que mi serie se cancelaba. Pretendían darle un cierre apresurado, lo cual era casi peor que dejar el final en el aire.

El despacho de Luis siempre olía a tabaco negro, y su mesa, permanentemente desordenada, a papel y tinta. Una vez sentada en la silla frente a él, las opciones de mi mánager para impulsar mi carrera (una gira larguísima por América, aceptar papeles menores a los que ya me había negado y, básicamente, decir «sí» a todo lo que me propusieran) me hicieron poner los ojos en blanco.

Lo rechacé todo, como ya había hecho otras tantas veces por teléfono, y empezamos a discutir. Ya no sabíamos hacer otra cosa. Éramos peor que un matrimonio mal avenido. Éramos un matrimonio cansado.

—Una gira sería lo mejor —insistió por quinta vez—. En México te siguen adorando.

—No puedo irme tantos meses —suspiré—. Me agota repetir siempre lo mismo.

—Llévate a Malena contigo.

—Tiene que ir al colegio.

—Tiene dieciséis años y tiempo de sobra en la vida para estudiar. Pregúntale. ¿A qué cría de su edad no le encantaría recorrer mundo?

—Necesita estabilidad.

Hasta yo sabía eso. Y a mí también me venía bien. Si salía de gira, lo haría sola. Estaría lejos de Miguel, bebería sin medida y pasaría la mayor parte del tiempo colocada. Mi propio equilibrio pendía de un hilo muy fino.

Luis se echó hacia atrás en su silla y resopló molesto, también por quinta vez.

—Pues tendrás que dar una entrevista.

—Ya doy entrevistas.

—Me refiero a otro tipo de entrevista… Un reportaje. Abrir las puertas de tu casa y hablar sobre tu vida personal. Incluidos tu cuñado y tu hermana.

—¿Cómo dices?

—Tu vida ha sido un drama durante los dos últimos años, y eso vende. —Parpadeé estupefacta y él hizo una mueca—. No me mires así, sabes cómo funciona. Y te pagarán bien.

—¿Y qué ha sido de lo que siempre me decías? «Dale a tu público algo que desear, pero nunca se lo entregues del todo». Lo veo incompatible con meter a los periodistas en mi salón.

—Las cosas han cambiado.

—Y tanto. Me estás pidiendo que me arroje a los leones, que venda mi vida privada.

—Y tal vez una portada sugerente para *Enigma* —sopesó—. Me lo llevan pidiendo años, aunque no sé si a estas alturas mantendrán la oferta económica o la rebajarán.

No daba crédito. *Enigma* era una revista que destacaba por sus artículos sensacionalistas, pero, sobre todo, por pagar cifras astronómicas a las famosas para posar semidesnudas en su portada.

—¿Tú estás empezando a chochear o qué?

—Puede que sí, puede que ya sea mayor para esto. —Suspiró—. Puede que lo mejor sea dejarlo.

El corazón me dio tal salto que me impulsé un poco hacia delante.

—No lo dices en serio.

—Estoy cansado y tú te has quedado sin opciones… No tienes dinero, Ágata.

—¿Qué? —La risa se me escapó por la nariz—. ¿Cómo que no tengo dinero?

Esperé unos segundos eternos a que se riera él, pero no ocurrió. No era broma. Luis no tenía sentido del humor cuando se trataba de dinero. De hecho, carecía de él por completo.

—Es imposible. He ganado millones. Millones, Luis —recalqué elevando la voz—. ¿Se puede saber dónde están?

—¿Dónde están? —Abrió mucho los ojos—. En tu mansión, por ejemplo. En viajes, en fiestas, en vestidos y joyas, en ediciones limitadas de whisky de primera clase, en aquel musical que se te antojó hacer y fue un completo desastre, en las deudas de tu cuñado y todo lo que vino detrás… He intentado advertírtelo muchas veces, pero no me escuchas. Hace años que no me escuchas.

—No, tantísimo dinero no se pierde de un día para otro. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Se pasó la mano por la cara, agobiado. Me fijé en que tenía más ojeras que de costumbre y estaba más delgado. No me había

llamado la atención hasta ese momento porque Luis no solía preocuparse demasiado por su aspecto.

—Dejaste todo en mis manos y tuve que tomar decisiones para que pudieras seguir manteniendo tu estilo de vida. Hice algunas inversiones y no salieron bien. Intenté arreglarlo, pero eso ha supuesto un problema para Hacienda.

—¿Me estás diciendo que estoy arruinada y que además me persigue Hacienda?

—No he dicho que estés en la indigencia. Tienes una casa enorme que no necesitas. Puedes venderla y, con una parte de lo que saques, cubrir la deuda de Hacienda.

—No pienso vender mi casa. ¡Ni lo sueñes!

—Entonces no sé qué más decirte, Ágata. —Se encogió de hombros, casi indiferente—. Trabaja en lo que puedas. Acepta lo que te den.

«Acepta lo que te den». O lo que es lo mismo: mendiga.

—Soy la artista más importante de este país.

—Eras —corrigió.

—¡Pues haz que vuelva a serlo! —Di un manotazo a la mesa—. ¡Es tu puto trabajo!

—Te dije muchas veces que debías salir de gira y te negaste —comentó en un tono contenido que me enervó más aún—. Te ofrecí papeles y los rechazaste, uno detrás de otro.

—Porque no eran lo bastante buenos.

—Quizá ahora piensan eso mismo de ti. Que no eres lo bastante buena. Te acomodaste y has vivido de las rentas durante años. Es un lujo que la mayoría no puede permitirse. Tú tampoco. Ya no.

Una oleada de ira me arrasó y me levanté de la silla.

—Eres un cabrón.

—Soy realista. ¿Crees que esto me hace feliz? Durante treinta y cinco años no he hecho otra cosa que mi puto trabajo. Te lo he dado todo, Ágata. He sido tu esclavo.

—Oh, por favor —bufé—. ¿Y dónde has llorado más siendo mi esclavo? ¿En tu piso de Serrano o en tu chalé de Marbella?

—Esto es ridículo.

—No, lo ridículo es lo mucho que confié en ti. ¿Cuánto has trincado, Luis? ¿Cuánto te has llevado sin que yo lo supiera?

Negó con la cabeza, pero evitó mirarme a los ojos cuando soltó:

—Si es lo que piensas de mí, creo no tenemos nada más de qué hablar.

Aquella conversación no podía estar ocurriendo de verdad. No con Luis.

—Te he considerado parte de mi familia. No me creo que estés haciendo esto.

—No es así como quería que terminaran las cosas entre tú y yo. Te lo aseguro.

Tal vez no, había una nota de dolor en su voz, pero, dada la contundencia de sus palabras, era evidente que se había estado preparando para ese final. Durante meses. Tal vez años.

En aquel momento me di cuenta de que no había nada glamuroso en ser una estrella. Te marcaban como si fueras ganado, te ordeñaban hasta que consideraban que no servías para nada más y después te enviaban al matadero.

Cogí mi bolso y levanté la barbilla.

—Y yo te aseguro a ti que las cosas no van a terminar aquí. Voy a hablar con mi abogado, y ya te voy avisando de que vas a tener que

justificar en qué has gastado hasta mi última peseta.

—No te aconsejo meterte en una guerra conmigo, Ágata.

Entonces sí me miró a los ojos y en los suyos puede leer una advertencia: «Si yo caigo, tu caes». Y debía tomármela en serio. No tenía ni idea de lo que había hecho Luis durante años. Le había confiado mi carrera, mi dinero y mi vida entera sin dudar. Menuda imbécil.

—Hay una cosa más.

Cogió papel y boli y se inclinó sobre la mesa para escribir una dirección.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando me tendió el trozo de papel.

—Ve a comprobarlo. Seguir protegiéndote ya no es cosa mía.

Cogí un taxi nada más salir de su despacho, a pesar de que ya no sabía si podía permitírmelo, y tardé veinte minutos en llegar a un típico barrio obrero de Madrid que no recordaba haber pisado nunca. Me bajé del taxi en la dirección que Luis me había dado y me quedé parada delante de un edificio modesto de cuatro plantas con una fachada de ladrillo rojo. Llovía, pero no era capaz de moverme para llamar al timbre.

¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿Y a quién?

Tomé como una señal del destino que un vecino saliera del portal y aproveché ese momento para colarme dentro. Subí las escaleras hasta el cuarto piso con el corazón martilleándome al ritmo acelerado de mis botas, espoleada por las últimas palabras de Luis: «Seguir protegiéndote ya no es cosa mía».

No me molesté en arreglarme el pelo mojado: me temblaban los dedos, aunque no sabía por qué. Llamé al timbre y esperé. A los pocos segundos oí el sonido de unos pasos aproximándose hacia mí.

Tragué saliva cuando un hombre moreno y bajito abrió la puerta. Dijo «hola» con tono de interrogación mientras se limpiaba las manos en el mandil. Un instante después, al fijarse bien en mí, abrió los ojos de golpe.

—Dios mío —farfulló atónito.

Podría decirse que solía causar ese efecto en el género masculino, pero aquel hombre era diferente. No había ni rastro de admiración en su gesto de sorpresa.

Abrí la boca con intención de preguntarle quién era, aun siendo yo la intrusa, pero no tuve tiempo.

—¿Quién es? —dijo una voz al fondo del pasillo. Una voz que conocía demasiado bien.

Miré a los ojos al hombre que tenía delante y hablamos sin necesidad de intercambiar una palabra. En apenas dos segundos nos medimos el uno al otro y supe que estaba en clara posición de desventaja, porque él conocía mi existencia y yo no tenía ni idea de la suya. Pasé delante de él (no se molestó en impedírmelo), dejó salir el aire por la boca como si llevara años reteniéndolo y me siguió mientras avanzaba por el largo pasillo. Al llegar al salón encontré a mi marido, quien supuestamente estaba de viaje, levantándose del sillón con un libro en la mano. Su reacción al verme solo podría describirse como de puro pánico. Jamás me había mirado así.

—Ágata —pronunció con un hilo de voz.

La lluvia repiqueteaba tranquila en la ventana, ajena a la tormenta que se formaba en mi pecho. No había pillado in fraganti a mi marido con otra en la cama. Era «otro», para empezar, y tampoco tenía una vulgar aventura. Era más. Mucho más. El aroma de un

pescado al horno con patatas inundaba el salón. Jamás olvidaría ese olor. Olía a casa. A hogar.

Al salir del despacho de Luis creí que nunca me sentiría más traicionada ni estúpida que en aquel momento. Me equivocaba.

—Un escenario muy conseguido para la obra que representáis aquí. Un matrimonio feliz, ¿no? —los señalé a ambos y entonces me dirigí a Miguel—. Espera, no. Eso debe de ser lo que haces conmigo.

—Mejor os dejo solos —dijo aquel desconocido cuyo rostro tampoco olvidé. No es que fuera gran cosa, pero no pude evitar compararme con él durante años delante del espejo. Y yo siempre salía perdiendo.

—Sí, ve a vigilar la comida —comenté—. No vaya a ser que se queme y eso os arruine la tarde.

Apretó la mandíbula, se tragó su respuesta y desapareció por el pasillo. Miguel seguía lívido.

—¿Qué? ¿No piensas defenderte ni soltar alguna excusa barata? Al menos esfuérzate un poco y dime «esto no es lo que parece» o «te juro que puedo explicártelo».

—Puedo explicártelo, pero sí es lo que parece. Quien te ha abierto la puerta es Fernando. —Cerró los ojos unos segundos, como si le doliera por anticipado decir—: Es mi pareja.

No necesité más. Di media vuelta y me largué de aquella casa. Miguel no me siguió al momento; no sé si quería concederme un poco de margen a mí o a él mismo, pero nos ahorramos una persecución por las escaleras y una pelea bajo la lluvia. No fue tan dramático como en una película y, aun así, yo me sentía morir.

Cuando mi todavía marido llegó a casa, yo llevaba quince minutos en nuestro dormitorio, y unos cinco recogiendo sus cosas.

—Ágata —susurró desolado en el umbral de la puerta al ver su maleta abierta sobre la cama.

—Tendrás que plancharte las camisas después —le advertí lanzándole unas cuantas dentro de la maleta sin ningún cuidado—. O puede hacerlo Fernando. Tiene pinta de que se le dan bien las labores domésticas.

—Gata, por favor.

Se acercó hasta mí y me alejé levantando las manos.

—No me llames Gata. Ni siquiera te dirijas a mí. Has perdido ese derecho.

—Vamos a hablar, por favor.

—No hace falta. Tengo claro lo que eres, y lo que soy yo. Me has utilizado como tapadera.

—No es así. —Lo fulminé con la mirada—. Sé que he hecho muy mal las cosas, pero nuestro matrimonio no es mentira. Te quiero. Te quiero muchísimo.

—¿Desde cuándo estás con él? Es lo único que quiero saber.

Tomó aire antes de responder:

—Desde antes de conocerte. Desde mucho antes.

—Vete de mi casa.

—Te juro que lo último que deseo en esta vida es hacerte daño.

Y dolió aún más porque lo decía en serio.

Es curioso, pero aquellos que no te hacen daño a propósito son los más peligrosos. Al menos, de quienes quieren verte sufrir sabes qué esperar y cómo protegerte. Son predecibles.

Miguel fue la sorpresa de mi vida.

—Llegas diez años tarde.

Se dejó caer de rodillas frente a mí.

—Gata, por favor…

—No te atrevas a mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras proteger lo que tú mismo has roto.

Bajó la cabeza, ahogó un quejido y se echó a llorar.

Me obligué a dar un paso atrás para evitar hundir la mano en su pelo.

—Vete. No quiero verte nunca más —declaré con una frialdad bien interpretada—. Como se te ocurra volver a aparecer por aquí le contaré a todo el mundo lo que me has hecho.

Levantó la cabeza de golpe y el miedo encendió sus ojos más aún que las lágrimas. Menos de cinco minutos después estaba saliendo del dormitorio (y de mi vida) con una maleta.

Ya no solo me sentía morir; quería morirme. Me eché a llorar, despojada de toda dignidad, pero apenas pude dejar correr las lágrimas, porque oí a Malena discutir con él en la planta baja y gritarle sin parar: «No puedes irte».

Bajé las escaleras y los encontré abrazados en la entrada. Ambos lloraban y ella le suplicaba: «Llévame contigo, por favor». Agarré a mi sobrina con fuerza del brazo y los separé. No tenía culpa de quererlo más a él, pero me sentí traicionada. La rabia me abrasó bajo la piel, me burbujeaba en la sangre. Le chillé a Miguel que se largara de mi casa y, mientras lo hacía, le lancé un jarrón que por muy poco se estrelló en la puerta y no en su cabeza.

En cuanto nos quedamos solas, Malena me gritó «te odio» y se fue corriendo a encerrarse en su habitación.

Fue el peor día de toda mi vida, y eso que tenía el listón alto en cuanto a días malos. Solo quería meterme en la cama y desaparecer

del mundo, pero no podía. Al día siguiente tuve que hablar con mi abogado sobre los tejemanejes de Luis y la deuda con Hacienda. La conclusión fue clara: debía ponerme a trabajar sin descanso si pretendía conservar mi casa. Me aterrorizaba la idea de perderla, de volver a ser pobre. Y como la desesperación es la peor consejera del mundo, hice un reportaje vendiendo buena parte de mi vida personal y posé medio desnuda para la portada de *Enigma*. Con eso cubrí la deuda de Hacienda y me tiré a los pies de los caballos de la prensa rosa.

Miguel respetó mis deseos y no volví a verlo ni para firmar los papeles del divorcio. De Luis supe que se había ido a vivir a México. Nunca lo denuncié. Si lo acorralaba, era capaz de vender a mi exmarido a cualquier revista, y en los años noventa ser homosexual era para un hombre igual de difícil que para una mujer el hecho de… Bueno, de ser mujer y punto. Además, sospechaba de mí respecto a Germán, así que lo dejé estar. Decidí que no necesitaba ningún mánager y me hice cargo de mí misma. Eso sí, acepté su último consejo, y con él, todos los papeles que me ofrecían. Llegué a detestar la profesión que tanto había amado. También me vi obligada a vender parte de mis joyas y unos cuantos objetos de decoración que había comprado cuando no me preocupaba el precio de las cosas.

Todos nos vestimos cada mañana con una armadura. Nos disfrazamos con encanto, con sarcasmo, con indiferencia… Todos nos protegemos de alguna forma, y eso fue lo que hice de cara a mis compañeros actores, a los directores y a la prensa. El alcohol y las pastillas eran los únicos que me sostenían. En los rodajes era capaz de recitar mis líneas y cuando salía a un escenario a cantar

conseguía mantenerme en pie. Sin embargo, al llegar a casa me fallaban las fuerzas para seguir fingiendo. Al final del día estaba sola con mis pensamientos, y podían ser devastadores.

La prensa se volvió más agresiva; las críticas hacia mi trabajo también. El mundo era cruel conmigo fuera y yo lo era de puertas para dentro. Mi sobrina pagó las consecuencias. Con ella fue con quien peor lo hice. Ni siquiera le di explicaciones respecto a Miguel. Lo arranqué de su vida y no le permití tener ningún contacto con él.

Con el paso de los meses, Malena y yo nos distanciábamos cada vez más. Ella me odiaba a mí y yo no soportaba la vida en general. Apenas nos dirigíamos la palabra y cuando lo hacíamos resultaba aún peor. Una tarde pegó a un paparazzi de los que acampaban en nuestra entrada y tuvimos una bronca monumental. Hasta en su diecisiete cumpleaños nos peleamos. Me gasté casi lo que no tenía en montarle una fiesta. Fue la única forma que se me ocurrió para demostrarle un poco de cariño y ella se pasó la tarde enfurruñada en su habitación.

Lo de manejar a una adolescente se le daba mucho mejor a Miguel, y cada vez que me acordaba de él, todo dolía un poco más. Siempre que cantaba «La gata bajo la lluvia» sobre un escenario se la dedicaba en secreto. Seguía echándolo muchísimo de menos y me sentía idiota por ello. La idiotez me conducía en línea recta y sin frenos hacia la rabia, y la rabia me llevaba a beber un poco más. Había semanas enteras que se esfumaban sin que me diera cuenta, como si estuviera fuera de la realidad, y algunas mañanas me despertaba con un camisón limpio y sin saber cómo había llegado a la cama.

El día que Malena cumplió dieciocho años no hubo ninguna fiesta. Entró en el salón mientras yo estaba durmiendo la mona en el sofá. Me despertó para informarme de que se iba de casa. Llevaba una mochila a la espalda y la mirada cargada de miedo, aunque se esforzaba en disimularlo. La vi dudar cuando me dijo que no pensaba volver. Una parte de ella estaba esperando que yo le dijera que se quedara y me comportara por fin como la madre que no sabía ser.

No voy a intentar justificarme. Pude buscar ayuda para superar mis adicciones, es solo que las historias parecen mucho más sencillas cuando ya están escritas. Antes hay que pasar por ellas, y yo vivía por aquel entonces en mi propia versión del infierno.

—¿Estás esperando a que te dé un aplauso? —Alcé la ceja—. Yo me fui de casa antes que tú.

—No espero nada de ti. Seguro que hasta te hago un favor largándome. Así puedes beber tranquila hasta matarte.

—Bueno, querida… —respondí con la lengua todavía medio dormida y me puse en pie tambaleándome—. Si es así, tendrás suerte. Heredarás esta casa y podrás volver.

—No me extraña que todo el mundo te abandone. Eres patética.

Levanté la mano sin pensar y le crucé la cara de un bofetón.

—Y tú eres una niñata impertinente y consentida. Largo de mi casa.

Lo vi en sus ojos. Algo se rompió dentro de ella en ese momento.

También nuestra conexión.

Malena se fue y ya no hubo vuelta atrás para nosotras.

33

Miguel

Encorvado hacia delante, Miguel apoya los codos en las rodillas y se sujeta la cabeza con las manos, sobrepasado por lo que acaba de ver y escuchar. Dudo, pero al final poso la mano sobre su hombro y lo aprieto un poco. La sensación es familiar a pesar de la distancia impuesta por los años.

—No sé… —Levanta la cabeza y me mira con ojos vidriosos—. No sé qué decir.

—No pasa nada. El pasado lo revuelve todo y, tratándose de Ágata, es como intentar buscar las palabras dentro de un huracán.

Aunque yo llevo ventaja después de ocho cintas. De hecho, con la última empiezo a comprenderlo todo mejor y a encajar las piezas. Mi tía cargaba con un peso enorme y al mismo tiempo caminaba por un suelo muy frágil. Ser traicionada por las dos únicas personas en las que confiaba terminó por romperlo. Con todo lo que sé ahora sobre ella, hasta me parece raro que la matara el tabaco y no su propia vida. Pero no gano nada compartiendo mi pesimismo con Miguel, que se gira en el sofá hacia mí liberando un suspiro pesado.

—Tu tía nunca me permitió pedirle perdón ni explicarle nada, aunque ensayé esa conversación con ella muchas veces en mi cabeza. Al menos me ha dado la oportunidad de decírtelo a ti. Lo

siento, Malena. —Arrastra hasta lo más hondo cada sílaba de su disculpa—. Siento haberme ido así y siento haberme desentendido de ti. Siento todo lo que pasó después de que me fuera. Y respecto a tu padre, yo no sabía que Ágata… —Parpadea con incredulidad y se pasa la mano por la cara—. Dios santo bendito.

—Entiendo que nunca sospechaste de ella.

—No —responde enseguida—. Cuando le dio el dinero a Germán para que se fuera supuse que él no tardaría en volver pidiendo más, pero cuando murió a los pocos días todos creímos que había sido un accidente, por así decirlo. Te mentiría si no dijera que fue un alivio. Lo siento por ti, pero tu padre era…

—Sí, un monstruo. Empiezo a darme cuenta. —Empiezo a darme cuenta de todo—. En el fondo siempre te he considerado a ti más padre que a él.

Su cara se contrae y refleja un gesto de dolor, aunque mi intención no es hacerle sufrir.

—Malena, de verdad que lo siento con toda mi alma.

—Nunca entendí por qué no volviste a verme ni una vez. Fue porque tenías miedo. Tenías miedo de que Ágata lo contara.

—Me daba pánico. Vengo de una familia muy tradicional. A mi padre ya le parecía bastante mal que su hijo fuera actor, pero ¿maricón? —pronuncia con desdén y una voz exageradamente grave, como si lo estuviera imitando—. Eso sí que no lo iba a tolerar el coronel. Y el resto del mundo no era mucho mejor.

—Ágata amenazó con delatarte, pero no lo habría hecho nunca. Eso deberías haberlo sabido, Miguel. Incluso te dejó a ti la cinta. Te sigue protegiendo.

Asiente con la cabeza.

—Tienes razón.

—Y creo que te seguía queriendo cuando murió.

—Le hice mucho daño. La engañé durante años y es cierto que la utilicé como tapadera, pero nunca mentía cuando le decía que la quería. Me enamoré de ella. Muchísimo.

—Espera, entonces… —Arrugo la frente—. ¿Eres bisexual?

—Me considero más un gay que se enamoró de una sola mujer. Si había alguien capaz de conseguir eso era Ágata. Nunca me ha pasado con ninguna otra. Y tampoco lo busqué con ella, te lo juro. Conocí a tu tía por casualidad, y fui tan idiota en aquel momento que ni la reconocí.

—Sí, eso fue lo que más le gustó.

—Yo ya llevaba años con Fernando. Nos enamoramos poco después de morir mi primera mujer, con la que me casé, ya sabes —se encoge de hombros—, por contentar a mi familia y mantener las apariencias. Fer y yo teníamos una relación extremadamente privada y cuando Ágata y yo nos hicimos amigos trabajando en una película, la prensa enseguida empezó a hablar. Dieron por hecho el romance y a mí me venía bien. Durante la dictadura, la homosexualidad había sido delito y después, en los ochenta y los noventa, tampoco se aceptaba socialmente. Por aquella época tenía algunos amigos muriendo de sida y otros a los que les pegaban palizas porque sí. Mi representante consideró que debíamos ocultar mi condición de cara al público para que no me señalaran y así no perder oportunidades. No fui ni el primero ni el último… A pesar de todo, me enamoré de Ágata. Porque era imposible no hacerlo. No te dejaba otra opción —sonríe—. Me casé con ella porque la quería, aunque se muriera pensando lo contrario.

—¿Y Fernando?

La sonrisa se le apaga de golpe.

—Siempre lo entendió. O, al menos, lo aceptó y vivió con ello como pudo. Nunca le oculté nada. Los quería a los dos y sabía que eso no podía ser. Pero no era capaz de elegir, así que encontré la forma más egoísta y cobarde de tenerlos a ambos.

—¿Y qué pasó con él?

—Ahora mismo está nadando en la piscina y… —echa un vistazo a su reloj— en veinte minutos ha quedado para jugar un partido de pádel. Es incapaz de quedarse quieto.

—Oh, ¿seguís juntos?

—Ya —chasquea la lengua—, entiendo que te cueste creerlo.

—No, no, perdona, no he debido presuponer nada… Es solo que pareces triste al hablar de él.

—Llevamos cuarenta y dos años juntos y me ha perdonado lo imperdonable. Por eso no me quejo cuando cuelga esos cuadros espantosos en la pared. No tengo derecho. Y por eso solo considero mío en esta casa ese pequeño rincón de ahí. —Señala la estantería con libros y el sillón de cuadros—. Supongo que es mi manera de seguir castigándome.

—Tengo tus libros y tus discos, puedo mandártelos si quieres.

—¿En serio? —Alza las cejas—. Di por hecho que Ágata habría hecho una hoguera con ellos en el jardín.

—No, dejó todas tus cosas en su sitio. Como si quisiera conservar la esperanza de que fueras a entrar por la puerta en cualquier momento. Creo que la hacía sentirse menos sola.

—Si sirve de algo, me sigo odiando por hacerle daño a tu tía. Y también a Fernando. Aunque a él se lo sigo haciendo. —Aprieta un

poco la mandíbula y tensa los labios—. Ni siquiera ahora me atrevo a darle la mano en público. Es ridículo, ¿verdad? Cuarenta y dos años juntos y sigue dándome miedo lo que piensen los demás y el qué dirán.

No voy a juzgarlo, yo llevo dos décadas enfadada con el pasado.

—¿Te acuerdas de cuando tenía que leer aquella redacción en clase y me daba mucha vergüenza?

—Estabas muy nerviosa. Me preguntaste cómo hacía yo para salir al escenario y no desmayarme.

—Me dijiste que cuando sales a escena en el teatro y miras al público no ves sus caras, no ves personas. Solo puntos, indistinguibles unos de otros. Y que, en cuanto te dedicas a lo tuyo, te olvidas de ellos.

—A mí siempre me ha ayudado.

—Y a mí me sirvió para leer aquella redacción frente a toda mi clase. Quizá sea bueno aplicarlo a la vida en general y a lo que opinen de ti un puñado de desconocidos. No son más que puntos y puedes olvidarte de ellos. No le debes explicaciones a nadie, Miguel. Al menos, a nadie que no sea tu pareja desde hace cuarenta y dos años. A lo mejor así dejas de castigarte.

Me mira fijamente unos segundos para terminar sonriendo.

—Dios, sí que has crecido. Ahora me das tú los consejos a mí.

—Ya, bueno, tampoco me hagas mucho caso. Soy un desastre.

Hablamos un buen rato, sobre Ágata y sobre las cintas, sobre el pasado, pero también sobre el presente. Nos reímos a pesar de todo el drama y, al despedirnos en la puerta, una sensación cálida y familiar me acompaña. Hay gente que parece quedarse congelada

en un momento de tu vida, hasta que volvéis a reuniros y todo vuelve a ser como antes.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto —me dice cuando salgo al rellano—, pero ¿crees que podríamos vernos de vez en cuando?

—Vuelvo a casa mañana.

—Ah, sí, claro.

Se aclara la garganta y me ofrece un amago de sonrisa para intentar disimular que no acaba de llevarse un chasco.

—Pero podemos llamarnos —sugiero—. Y si vas a Londres, me encantaría que me visitaras. También me gustaría conocer a Fernando. Bueno, si él quiere y tú también. Puede que sea un poco raro dadas las circunstancias, pero en nuestra familia todo lo es.

El rostro se le ilumina.

—Eso sería maravilloso.

34

La despedida

Ayer me despedí de Miguel y hoy lo hago de Roma. Quedamos en su casa por la tarde. Es otra de las paradas obligatorias en mi ruta de peregrinación por el pasado de Ágata. Aunque, dicho así, suena fatal. Visitar a Roma no es ninguna imposición, le he cogido cariño en muy poco tiempo. Esta vez me acompaña Mery. Se muere de ganas por conocer a semejante leyenda del cine. No ha visto ni una de sus películas, pero tiene debilidad por las mujeres triunfadoras.

Una vez me obligó a perseguir a Geri Halliwell por todo Piccadilly Circus para pedirle un autógrafo. Resultó ser una pelirroja más de Londres, pero comenzaron a hablar en medio de la confusión y aquella mujer nos contó que había fundado su propia empresa de comida saludable. Era dueña de cinco restaurantes y cobraba doce libras por un bol de ensalada, así que, tras hacer mentalmente las cuentas, mi amiga terminó pidiéndole un autógrafo de todas formas.

En cuanto nos sentamos en el sofá de Roma, Mery empieza a cotorrear con ella sin parar. No tardan ni dos minutos en reírse a carcajadas. En cinco, ya parecen conocerse de toda la vida. En diez, se les ocurre que sería una idea fantástica preparar margaritas, así que nos trasladamos a la cocina. Mientras yo decoro el borde de las copas con sal (es todo lo que se me permite hacer), Mery se

encarga del cóctel y Roma nos cuenta chismes del mundo del cine. Veinte minutos es lo que tarda mi amiga en suplicarle que la adopte. Argumenta que a sus padres no les importará, puesto que siempre han sido bastante desapegados desde un punto de vista emocional. En cuanto salimos a la terraza, me advierte que vaya haciéndome a la idea de que vamos a ampliar la familia con un loro y va a llamarse Patrick Dempsey.

Bebemos margaritas bajo una sombrilla, sentadas en sillas de ratán con cojines de estampado tropical. Cuando Mery coge la jarra vacía y anuncia que va a por más, yo aún no me he terminado el primer cóctel. Menudo saque tienen estas dos. Mi tolerancia al alcohol es mucho menor, así que le pido que traiga un poco de agua.

—A veces, tenemos la suerte de encontrar un sitio especial, un sitio en el que encajamos —comenta Roma, sentada frente a mí, en cuanto Mery desaparece—. Y si tenemos mucha suerte, ese sitio es una persona. Entiendo que sea tu mejor amiga. Os equilibráis la una a la otra.

—Me parece que esta noche el equilibrio solo lo voy a poner yo. Dudo que camine en línea recta cuando nos vayamos —me río—. Pero sí, hacemos un buen equipo en todos los sentidos. No sé qué habría sido de mí sin ella.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo —reflexiona con una sonrisa triste y sé que está pensando en su mejor amiga, pero cambia el gesto enseguida—. En fin, tengo una última cosa para ti.

—Si me regalas más ropa, voy a tener que comprarme otra maleta antes de ir mañana al aeropuerto.

—No, lo que voy a darte no ocupa mucho. Al menos en la maleta —puntualiza—. Es la última cinta de Ágata.

Me incorporo en la silla de golpe.

—No.

—Sí.

—No, Roma. Se suponía que la de Miguel era la última. Leo dijo que habían grabado ocho cintas. —Mi cuerpo se tensa, se pone de golpe en estado de alerta, como si alguien hubiera hecho saltar una alarma de incendios—. No puedo ver más, lo digo en serio.

Las manos me empiezan a temblar y Roma las cubre con las suyas.

—Malena, tranquila. No es una cinta para ningún documental. Leo no sabe ni que existe. La grabó tu tía porque quería despedirse de ti. Solo eso.

—¿Solo eso? —repito con un tono mucho más exagerado.

—No pasa nada, si no quieres verla…

—Sí —respondo rápido—, sí que quiero.

Lo de mis repentinos cambios de ánimo es para mirárselo, aunque Roma se limita a sonreír.

—Puedes ir a la salita, la he dejado allí.

—Mal —dice Mery parada en el umbral de la puerta que separa la terraza del salón. Lleva en la mano la jarra llena y una botella de agua, pero no hay rastro de su felicidad etílica—. ¿Necesitas que vaya contigo?

—No, tranquila, estoy bien.

Tuerce la boca poco convencida y entrecierra los ojos mientras caminamos la una hacia la otra. Parece un duelo del viejo Oeste, con la diferencia de que mi amiga intenta protegerme en lugar de tirotearme.

—No intento hacerme la fuerte y te lo contaré todo después, pero Ágata grabó esa cinta solo para mí, y lo justo es verla a solas.

—Vale, pero si me necesitas silba —dice parándose delante de mí —. Aunque con el casoplón que tiene aquí mi amiga no te voy a oír, así que mejor pégame una voz.

Sonrío y asiento antes de dejar la terraza para dirigirme a la salita. O lo que Roma considera como tal. Una estancia de treinta metros cuadrados llena de muebles que podrían decorar Versalles y una pared con muchísimas fotos suyas junto a personajes famosos. Al lado de la tele hay un reproductor y sobre él una funda trasparente con un DVD en su interior que no deja lugar a dudas. En la cara visible puede leerse «Para Malena».

Lo enciendo y meto con torpeza el DVD en el reproductor. Ya casi no recuerdo los días en los que no me temblaban las manos. Me siento en un sillón y enciendo la tele con el mando a distancia. Ágata aparece en la pantalla, vestida de andar por casa. Y con eso me refiero a que podría protagonizar una sesión de fotos para *Vogue*. Lleva una bata japonesa de satén en color mostaza y azul y un pantalón fino a juego. Está tan delgada que parece que vaya a desvanecerse en el aire de un momento a otro. Y así fue, supongo. Debió de grabar esa cita poco antes de morir.

Se esfuerza por mantener una postura firme en la silla, pero sus manos la delatan. Le tiemblan casi tanto como a mí.

«Hola, Malena —dice con voz cansada—. Espero que estés viendo esta cinta, eso significará que has llegado hasta el final. No habrá sido fácil, pero tú no eres de las que dejan las cosas a medias. Yo tampoco, y por eso quiero despedirme. Sabes que siempre debo tener la última palabra. Acéptalo, soy mayor, cabezota y muy

egocéntrica —señala y parece recuperar su tono y su confianza habitual al hablar—. Además, nuestra despedida no fue muy agradable… Siento haberte abofeteado. No lo merecías. Nunca fuiste una consentida. —Menea la cabeza pensativa—. Un poco impertinente, sí. Y hay qué ver qué carácter tienes, pero, bueno…, —arquea la ceja con diversión—, dicen que la manzana nunca cae lejos del árbol.

»He contado muchas cosas en las cintas, algunas horribles y difíciles de asimilar. A mí me costó años de terapia y parte de mi vida. Estoy segura de que aún te preguntas por qué nunca fui a buscarte después de que te fueras. Las familias no solo se alejan por motivos egoístas, algunos lo hacemos cuando estamos seguros de que las personas que queremos estarán mejor sin nosotros.

»Eso sí, me mantengo informada sobre ti y he sabido dónde estabas en todo momento. Al principio trabajabas sirviendo copas y bailabas enseñándole el canalillo a los alemanes, cosa que no pienso juzgar. —Levanta las manos en alto—. Yo le enseñé las tetas a todo el país… También he seguido tus pasos como diseñadora. No voy a decir que seas excepcional, porque todavía eres joven para eso. Pero ya llegará. De momento, eres muy buena. Y me atribuyo parte del mérito —añade, levantando la barbilla con elegancia y ese punto suyo de soberbia.

»Leo me hizo dos preguntas importantes cuando estábamos terminando. Cuál es mi mayor arrepentimiento y si ha merecido la pena ser Ágata Belmonte. A la segunda no respondí y a la primera mentí. Mi mayor arrepentimiento en esta vida no ha sido la dieta, aunque… —pone los ojos en blanco—, aunque siempre me llevó por la calle de la amargura.

»Mi mayor arrepentimiento eres tú, Malena. —Deja salir un suspiro—. Te traje a mi casa y no conseguí hacerte sentir segura en ella. Era una alcohólica, adicta a las pastillas y me convertí en un monstruo casi tan malo para ti como aquel del que intenté protegerte.

»Siento que nos peleáramos tanto. Siento las cosas que te dije. Aún siento más las cosas que te dije y no recuerdo, porque seguro que fueron horribles. Necesitabas a alguien que te prometiera que la vida puede ser espantosa algunas veces, pero que todo mejora, y que, mientras lo hacía, estuviera a tu lado. Yo no fui capaz y he vivido con ello desde que te fuiste. Has sido un dolor sordo y crónico. Parecido al que siento por tu madre. —Niega despacio con la cabeza—. Hay una parte de mí que sigue culpándose por ella, pero con el tiempo y con ayuda me he dado cuenta de que no puedes vivir ni respirar por otra persona, por mucho que la quieras. No trato de aliviar mi conciencia, solo te lo digo por si en algún momento piensas que pudiste haber evitado lo que pasó. No podías. Nadie podía —sentencia y se toma unos segundos antes de continuar.

»Respecto a si ha merecido la pena ser Ágata Belmonte, no respondí a Leo porque no lo sé, ni siquiera después de tantos años. Ser la mejor en algo es una sensación maravillosa, pero no dura eternamente. Tarde o temprano llega otra más joven y guapa que tú… —Tuerce el gesto—. Bueno, más guapa lo dudo mucho, pero más joven sí. Y eso basta para destronarte. Cuando ocurre, es mejor estar bien rodeada para afrontar el golpe.

»Yo me metí en millones de casas mientras la mía se quedaba vacía. ¿Mereció la pena? Algunos días sí y otros no tanto. Es la única

respuesta que tengo. Pero si te sirve el consejo de esta vieja gloria, no tengas miedo al fracaso ni al éxito. Habrá un poco de los dos en tu vida. Y tampoco dejes que el trabajo lo ocupe todo. No permitas que tu casa se quede vacía, Malena.

»Cuando veas esto, ya no estaré por aquí, pero de alguna manera dejo mi futuro en tus manos. Mi legado y la forma en la que el mundo me recordará. Como actriz y cantante, pero también como mujer, hija, hermana, tía, y sí, como asesina también, si decides seguir adelante con el documental. Muchos me entenderán y algunos se llevarán las manos a la cabeza y dirán que estaba loca.

»En cualquier caso, si sacas las cintas a la luz, lo más probable es que hagas mi leyenda más grande aún. Decidas lo que decidas, estará bien. Y tanto si me perdonas como si no, también estará bien. Solo te pido que, si no eres capaz de hacerlo, me olvides y me dejes atrás. No permitas que yo te frene ni te duela nunca más.

»Y, pase lo que pase, querida, espero que…».

Se aclara la garganta y, con la poquita voz que le queda, canta:

Somewhere over the rainbow, skies are blue
And the dreams that you dare to dream,
Really do come true.

Me recuerda que, en algún lugar sobre el arcoíris, los cielos son azules y los sueños que te atreves a soñar se hacen realidad.

«Adiós, Malena. Adiós, *toxino*».

Se levanta haciendo un gran esfuerzo y se acerca a la cámara para detener la grabación. Antes de que lo haga, veo sus ojos brillando por la emoción.

La pantalla se queda en negro y yo estoy llorando.
Lloro por mí y lloro por ella.
Lloro porque ahora sí se ha ido de verdad.

35

Te está pasando todo

Doy un último paseo por la casa. Soy todo lo que queda en ella. Esta mañana han terminado de llevarse los muebles y la han dejado vacía. Vacía de recuerdos, buenos y malos. Vacía de vida. De la vida de Ágata.

Termino el recorrido en su dormitorio y enciendo las luces. Noto una presión molesta en la boca del estómago al comprobar, por última vez, que el vestidor ya no se parece al de una diva del cine. Toda su ropa está guardada en un trastero alquilado, bien ordenada en percheros y protegida en fundas de algodón transpirable. Aún no he decidido qué hacer con ella. Por otro lado, el agente inmobiliario me ha llamado hace un rato para decirme que mañana mismo pasará por aquí para sacar fotos de la vivienda y así ponerla a la venta lo más pronto posible.

«No es lo que ella querría», parecen susurrarme las paredes del dormitorio. Probablemente se trate de una alucinación acústica provocada por la privación de sueño. Es miércoles, lo que significa que llevo cuatro noches sin dormir en condiciones. Las pesadillas me han acompañado y en ellas he conseguido lo imposible: reunir a toda la familia. Ya no solo se trata de mi madre desangrándose en el baño; también Ágata y mi padre están presentes. Discuten en

aquella habitación de hotel donde él murió. Nunca estuve, pero mi mente es muy imaginativa recreando los peores momentos. Por eso ya no puedo (ni quiero) dormir.

—¿Estás lista? —me pregunta Mery en el marco de la puerta, observándome como si fuera un jarrón de cristal al borde de una repisa—. Ha llegado el taxi.

—Sí, vámonos.

Arrastro los pies hasta la salida; es la mejor forma de describirlo. Creí que me sentiría mejor al dejar todo esto atrás, pero no. El sonido de la puerta principal al cerrarse me retumba en las sienes y duele. El taxista nos ayuda a guardar el equipaje en el maletero y Mery se dedica a hablar con él desde el primer momento, así yo no tengo ni que esforzarme en abrir la boca. Solo lo hago una vez, para darle una dirección. Necesito hacer una parada antes de ir al aeropuerto.

Cuando el taxi se detiene, veinticinco minutos después, el estómago ya me está estrangulando por la ansiedad. Eso o tengo una hernia.

No quiero bajarme del taxi, no quiero decirle adiós. Mi versión de hace solo quince días se habría ido sin más, pero mi versión de hace quince días no tenía ni idea de lo que significaba empezar a enamorarse.

«Querer cuesta —lo dijo Ágata—. Y duele». Duele como si estuvieran escarbándote las entrañas, podría haber añadido.

—No tardo —le prometo a Mery.

—No hay prisa, Alfredo y yo estamos aquí tan a gusto. Y vamos con tiempo de sobra —me asegura antes de que abra la puerta y

Alfredo me sonría por el retrovisor. A él tampoco le molesta que el taxímetro siga corriendo un rato.

Me acerco hasta el portal de Leo y llamo al timbre. La puerta se abre enseguida. Esta mañana le envié un mensaje preguntándole si podía pasar por su casa. Una parte de mí esperaba una respuesta negativa, mientras que otra parte rezaba para que accediera. Ahora mismo me siento como si me hubieran partido en dos mitades que no se soportan la una a la otra.

Leo me espera en la entrada de su piso, con una mano apoyada en el canto de la puerta. Viste ropa cómoda: un pantalón gris tipo jogger y una camiseta blanca sencilla. No me dedica una sonrisa plena de las suyas, pero levanta una comisura al verme y no puedo evitar fijarme en su pelo. Está despeinado, como si unas manos (mis manos) le hubieran desordenado algunos mechones durante un beso. No uno normal; uno de los que te revuelven cuerpo y alma.

«Céntrate, Malena, no es a lo que has venido».

—Hola —rompe él el silencio, ya que se le da mejor que a mí dar el primer paso.

—Hola.

Se hace un lado para dejarme pasar y, nada más entrar, me dirijo al salón. Son las seis de la tarde y la luz veraniega inunda la estancia. En la mesa de centro hay un portátil encendido, varios libros desperdigados y papeles con anotaciones hechas a boli. Debe de estar trabajando en algo. Aunque quiero preguntar, me freno en el último momento.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias, no tengo tiempo. Mery me está esperando en un taxi, nos vamos ya al aeropuerto.

—Va a ser una despedida rápida entonces. —Asiente con la cabeza y se mete las manos en los bolsillos—. Quitarse la tirita de golpe, ¿no?

Aprieto los labios con gesto culpable.

—¿Cómo estás? —quiere saber—. Y ya que no vas a darnos mucho tiempo, ahórrate el «bien» y cuéntame la verdad. Podrían verte las ojeras desde el espacio.

Tuerzo el gesto.

—Me gustabas más cuando me hacías cumplidos.

—A mí me gustas de todas las maneras.

Vale, me lo he buscado yo solita, y él tampoco tiene intención de ponérmelo fácil.

—He terminado con las cintas y creo que ya no estoy enfadada con Ágata —confieso.

—Eso es bueno.

—No sé yo, la rabia es un buen combustible. Y sin ella, solo me siento culpable.

Arruga la frente.

—¿Culpable?

—Siempre supo dónde estaba y me ayudó, a su manera. Yo solo me preocupé por borrarla de mi vida. Hasta evitaba buscarla en internet… Yo era su familia, Leo. Y se quedó sola.

La dejé sola.

—Eso no fue culpa tuya. Y ni siquiera lo veo de ese modo. Pasé con tu tía los últimos seis meses de su vida. No estaba sola. Tenía a su mejor amiga, para empezar. Roma la visitaba cada día y entre las dos me contaban sus batallitas entre risas e insultos —recuerda con una leve sonrisa—. Salomé estaba a su lado, y no solo por ser su

asistente personal. Apreciaba a tu tía. Alejandro Miralles también se acercaba a verla de vez en cuando, y más amigos. Créeme, yo mismo he hablado con varios. Las cintas que has visto hacen un recorrido por los peores momentos de la vida de Ágata, pero tuvo otros muy buenos. Me habló de sus giras y de sus viajes por el mundo. Me contó anécdotas de sus películas, eso le encantaba y le hacía sentirse orgullosa. Además, hizo todo esto por ti, Malena, y tú ya no estás enfadada con ella. Encontró la manera de hacer las paces contigo. Es lo que quería.

Todo lo que ha acaba de decir tiene sentido, pero, en vez de interiorizarlo y sentirme mejor, es como si las palabras me rebotaran en el cráneo.

—Envidio tu capacidad para ver el vaso medio lleno, pero yo soy… —me encojo de hombros— yo. Más espinas que rosas.

—A riesgo de repetirme, ya que no parece calarte, lo quiero todo.

«¿Por qué?», estoy a punto de preguntar. Le he rechazado un montón de veces, le he insultado, he sido borde, desconfiada y una inestable en general. ¿Por qué motivo iba a gustarle a Leo? Si ni siquiera sé querer. Me aterroriza enamorarme, depender emocionalmente de alguien, como le pasó a mi madre con mi padre. Y sí, sé que las diferencias entre nosotros son abismales, pero incluso Ágata sufrió algo similar con Miguel. Nunca se recuperó de su divorcio, y es la mujer más fuerte que he conocido. Mucho más que yo.

Mi historia con Leo no saldría bien. Merece ser feliz con alguien menos complicado que yo, menos retorcido y oscuro. Alguien que no termine apagándolo.

—Me voy a casa —sentencio—. Y tú tienes trabajo que hacer. Tienes un documental que montar.

—¿Qué?

Parpadea aturdido mientras saco del bolso el contrato que me dio el día que nos conocimos.

—Lo he firmado. —Se lo entrego y pasa las hojas con rapidez hasta llegar a la última página—. Tienes vía libre, incluso con la cinta de Miguel.

Ni siquiera se lo pedí; él mismo ha decido superar sus traumas de golpe. Cree que, de otra manera, nunca se atrevería.

—¿Va en serio?

A pesar de la evidencia física, sigue parpadeando sin poder creérselo.

—En el fondo, a ella le encantaría. Además, expone públicamente a gentuza como Julio Belmonte. Solo por eso merecerá la pena.

De repente sus dudas se esfuman y sus ojos se encienden con emoción.

—¡Podemos trabajar juntos en él! Que tu nombre figure junto al mío. Es lo justo.

—Confío plenamente en tu capacidad como director para sacarlo adelante. Yo ya he terminado con todo esto… No tengo fuerzas para más —añado en un susurro y la mirada de Leo cambia.

—¿Tampoco las tienes para nosotros?

—Te doy el documental. Es lo que viniste a buscar.

—Ya… —Vuelve a mirar el contrato y después a mí—. Y ¿por qué me parece que salgo perdiendo?

—Ahora no lo crees, pero estarás mejor sin mí.

—No sé si me mientes a mí o te mientes a ti. Espero que sea la primera opción. Con eso puedo trabajar.

Doy un paso hacia delante y me acerco a él. Su olor me envuelve como un abrazo y siento un pinchazo en la garganta cuando mis labios se posan en su mejilla. Esa mejilla suave que jamás conocerá la barba. Y juro que no sé de dónde saco la voz para decir:

—Adiós, Leo.

—Nos vemos, Malena.

Un par de lágrimas se me escapan en el ascensor y me las limpio frente al espejo antes de volver al taxi con la intención de mantener la compostura. No sirve de mucho, ya que unas cuantas más deciden hacer acto de presencia en el avión. Y al llegar a casa por la noche y sentarme en mi cama, ya han organizado sin consultarme una carrera por mis mejillas.

Al día siguiente, ni siquiera me apetece levantarme de la cama. Solo por eso, me obligo a deshacerme de las sábanas más rápido que de costumbre. Hasta cuando caigo enferma evito quedarme en la cama. Además, tengo una montaña de trabajo atrasado.

Camino hacia la oficina bajo un manto grisáceo a modo de cielo y con la humedad pegándose a mi piel como una capa más. Mucha gente echa pestes del clima londinense, pero, al menos, su tristeza es predecible. Hago mi parada en la panadería para comprar el desayuno habitual y, en cuanto le doy dos bocados al bollo, mi estómago se cierra en banda. Lo intento con el té y me entran náuseas, así que me resigno a tirar a la papelera seis libras con cincuenta y me voy a trabajar.

Me distraigo en la oficina hasta casi las nueve de la noche y no hago descanso para comer, así evito el dolor de estómago y darle

vueltas a la cabeza. Sin embargo, al llegar a casa, todo regresa de golpe; es como abrir la puerta a un tsunami y los pensamientos que he conseguido bloquear la mayor parte del día me arrollan.

Mi padre se ha convertido en mi nueva obsesión. Finjo ver la tele con Mery y me dedico a repasar todo lo que recuerdo sobre él, esforzándome por analizar los detalles más insignificantes a los que no presté atención. No dejo de preguntarme si lo que Ágata vio en sus ojos en aquella fiesta fue real o producto de sus propios traumas, de los abusos que sufrió cuando era una cría. En cualquier caso, no cambia el hecho de que tenía razón. Mi padre era un verdadero monstruo.

No consigo dormir, y ya van seis noches seguidas. Ya ni le doy oportunidad a mis pesadillas, porque cada vez que el cansancio me arrastra hacia el sueño, un espasmo muscular me sacude medio cuerpo. Un tirón en el brazo o un estremecimiento repentino en la pierna. A las tres de la madrugada me rindo y me muevo hasta el salón. Me siento en el sofá y veo la cinta de despedida de Ágata una y otra vez.

Así sobrevivo hasta el miércoles siguiente. Hasta que mi mente corre demasiado y mi cuerpo se paraliza. Estoy arrodillada en el suelo de la oficina luchando por respirar cuando oigo la cerradura, seguida del sonido metálico de unas llaves estrellándose contra algo sólido y los pasos acelerados de Mery. En dos segundos se encuentra arrodillada a mi lado y me frota la espalda con tal delicadeza que me echaría a llorar si no estuviera demasiado ocupada tratando de no morirme. En realidad, mi vida no corre peligro. Intento recordármelo mientras trato de devolver el aire a

mis pulmones, calmar el ritmo frenético de mis latidos y controlar la sensación de pánico.

—Respira. Poco a poco. Tómate tu tiempo.

—No sé… no… no sé qué me pasa —balbuceo.

—Ay, Mal, pues todo —resume ella—. Te está pasando todo.

Veinte minutos más tarde, mi mejor amiga me sienta en una silla y tenemos una charla. Más bien habla ella, yo me limito a agachar la cabeza como una niña avergonzada. Cree que debería buscar ayuda psicológica para gestionar el caos que se ha mudado a mi cabeza. Leo también me lo aconsejó en su momento y, aunque el orgullo es uno de mis peores defectos, también soy lo bastante razonable como para saber que no puedo normalizar mi estado de ansiedad. Debería estar preocupándome por vivir, no por sobrevivir.

Esa misma tarde pido cita con una psicóloga que me recomienda Mery, puesto que trata a un par de amigas suyas y están muy contentas con el resultado. No me siento mejor de inmediato por pedir ayuda, ni mucho menos, pero es un paso. Un paso inimaginable para mí hace solo unas semanas.

El sábado, diez días después de volver a casa, llaman al timbre a la hora de comer. Estoy en la cocina cortando los tomates cherry más caros de Occidente para preparar una ensalada, así que Mery se encarga de abrir la puerta.

—Mal, traen algo para ti —me avisa a los pocos segundos y me asomo a la entrada.

Mi amiga sostiene una planta entre las manos. Brotan de ella flores amarillas pequeñitas y me fijo también en los tallos, gruesos y cubiertos de espinas.

—Viene con una nota —comenta mi amiga.

—Seguro que sí…

Me da un sobre con mi nombre escrito en él. Lo abro, saco el papel y lo leo:

Aunque no pueda responderte, deberías hablar con ella de vez en cuando. Que no te engañen sus espinas, es mucho más sensible de lo que aparenta.

Cuídala y cuídate, Malena. Tengo intención de ser feliz con las dos.

LEO

P. D. ¿De verdad pensabas que ibas a librarte de mí?

Vale, nada más escribir esa frase me he dado cuenta de que puede sonar inquietante, pero mis intenciones contigo son honestas, lo juro. Exceptuando cuando vuelva a tenerte sobre una cama, porque ahí puedo ser todo lo deshonesto que tú quieras.

Mis labios se curvan sin que pueda evitarlo y, por primera vez en diez días, vuelvo a sonreír.

36

No toda la verdad

Salgo de trabajar y voy andando por la calle a paso acelerado. Debería estar trabajando al mismo tiempo la atención plena y consciente que me ha recomendado Lauren, mi psicóloga, para manejar la ansiedad. Ya sabes, eso de estar presente y ser consciente del momento, experimentar lo que me rodea y dejarme llevar por las sensaciones. Prestar atención a los colores y a los movimientos a mi alrededor, observar detalles que normalmente pasaría por alto, como las sombras que proyectan los edificios, el crujido de las hojas en el suelo, el olor del pavimento mojado o el aroma metálico que desprende del aire viciado del metro.

Lo pongo en práctica cada día, de verdad que sí, y no es que no quiera sentir cómo la típica llovizna de noviembre me encrespa el pelo al estilo de un videoclip de los ochenta, pero hoy tengo prisa por llegar a casa. No es la ansiedad la que me mueve, sino la impaciencia y la ilusión. Leo me ha escrito un mensaje para decirme que me ha enviado algo importante y ya debería haber llegado.

Cuando abro la puerta de casa no espero a sacar la llave de la cerradura para preguntarle a Mery si ha llegado algún paquete para mí. Puede oírme, ya que nuestro recibidor (por llamar de alguna madera al cuadrado de espacio donde cabe un zapatero vertical y un

perchero) conecta directamente con la cocina y el salón, ambos abiertos.

—Mmm… no —responde desde el sofá sin apartar la vista de su reality favorito, sentada con las piernas a lo indio y comiendo chips de remolacha deshidratada de un bol. —¿Qué tiene que llegar? —dice con un sonoro crujido al masticar. Imagino que así debió de sonar el choque del Titanic contra aquel iceberg. Gracias a mi psicóloga, ahora soy plenamente consciente de ese sonido también.

—Leo me ha enviado algo. —Me dejo caer a su lado en el sofá con la gabardina húmeda—. Se supone que debería haber llegado.

Lo primero que recibí fue una planta, hace cuatro meses. La coloqué junto a la ventana y, por algún misterio de la naturaleza que no logro comprender, no solo sigue viva, sino que ha crecido y está preciosa. Desde entonces, me ha enviado algo casi cada semana, ya sea físico (una tarta de queso porque leyó en un artículo de *Traveler* que es la mejor de todo Londres) o virtual, como tropecientos links a canciones que le recuerdan a mí.

—¿Y por eso tienes esa cara de shar pei tristón?

—Estoy bien. No tiene mayor importancia.

Mi amiga se inclina para posar el bol en la mesa de centro y, de paso, fulminarme con la mirada.

—No, no estás bien, y sí tiene importancia. Te enteraste de cosas horribles que pasaron en tu familia y antes de eso tú misma pasaste por otras que también lo fueron. Estás mejorando, vas a terapia y me parece genial, pero sigues empeñada en negarte lo mucho que echas de menos a Leo. Esperas que se rinda contigo. —Levanta el dedo índice y me apunta con él—. Y no me lo niegues.

Hincho el estómago de aire y lo dejo salir despacio, como si fuera un globo deshinchándose poco a poco.

—No te lo niego, es verdad —confieso y otro ladrillo se cae de mi muro imaginario—. Estoy esperando que se canse de mí.

—Pero eso no es lo que quieres. Si estás deseando que te mande cualquier cosa para así tener una excusa para llamarlo. La semana pasada estuviste hablando por teléfono con él hasta las tantas de la madrugada. Te oí reír a carcajadas, y es el sonido más bonito del mundo. Mira, entiendo tu miedo a que salga mal, pero…

—Mi miedo es que salga demasiado bien, porque sé que con Leo va a ser así. Me da miedo enamorarme y después perderlo.

No quiero pensar en ello ni ponerme en lo peor, pero mi cabeza no para. Nunca para.

—Te da miedo enamorarte, pero es que ya lo estás. Si no haces algo al respecto, lo vas a perder igualmente. Y te asusta tener una relación con él, pero es que ya la tienes. A mil kilómetros de distancia.

Nada que objetar a su razonamiento.

—Siempre hago lo mismo… Incluso contigo —admito—. Durante años creí que acabaríamos distanciándonos, y eso casi me paralizaba. Pero cada día me demostrabas lo contrario.

Yo era una habitación vacía cuando conocí a Mery, y ella me ha ayudado a llenarla durante los últimos dieciséis años. Con trastos de mercadillo, sobre todo, pero no cambiaría a mi mejor amiga ni por todo el oro del mundo. No nos cambiaría por nada.

—Lo sé, Mal. Tardaste cinco años en decirme «te quiero».

No es una acusación, sino un hecho.

—Quise hacerlo antes, pero se me quedaba atascado en la garganta.

—Pues no dejes que Leo se quede ahí. No se lo merece. Ni tú tampoco.

Alarga el brazo, coge el sobre blanco que hay sobre la mesa y me lo da.

—¿Qué es?

—Lo que te ha mandado. Llegó hace un par de horas.

—¡Serás mamona! Pero si has dicho…

—Sí, sí, ya sé lo que he dicho. Y tú también has dicho que no tenía importancia. Hemos mentido las dos.

Mis dedos vuelan abriendo el sobre, del que saco un DVD y la nota que me ha escrito Leo.

> Te parecerá raro, pero lo nuestro comenzó para mí meses antes de conocernos. Ágata me habló mucho de ti fuera de cámara. No puedo negar que tu tía me fascinó, Malena, pero contigo conecté de una forma que no sabía explicar, al menos hasta que te vi. Siento compasión por la niña que fuiste, pero me he enamorado de la mujer en la que te has convertido: inteligente, preciosa, creativa, desafiante y sarcástica. Llegué buscando a Ágata, pero quiero quedarme por ti.
>
> LEO
>
> P. D. Te envío el montaje final del documental y espero verte en el preestreno dentro de dos semanas

Con el corazón martilleándome el pecho le paso la nota a Mery, que, tras leerla, me mira y arquea la ceja.

—Oye, guapa, si no lo quieres, hazte a un lado porque me lo quedo yo —me advierte—. Y ahora vamos a ver ese documental.

Me pongo en pie y eso que las piernas casi no me sostienen.

—Puedes verlo tú, yo ya sé de qué va.

—Malena, con todo mi amor y todo el cariño de mi corazón… —Me agarra del brazo, tira de él hacia abajo y vuelve a sentarme de golpe —. Deja el puto culo en el sofá. Vamos a verlo juntas.

Joder, sí que se ha puesto seria.

Domino mis ganas de salir corriendo y me quedo donde estoy. No voy a descubrir nada nuevo, pero es que hasta la confirmación de lo que ya sabes puede doler. Eso sí, al menos ahora dispongo de herramientas para lidiar con ello. Creo.

Mery pone el documental en la tele y lo ve con los ojos muy abiertos, mientras que yo empiezo a fruncir el ceño a medida que avanza.

Cuando termina, casi dos horas más tarde, no me siento triste como esperaba, sino confusa. No es que sea un mal trabajo por parte de Leo, es que…

—No está bien.

—¿Qué no está bien? —quiere saber mi amiga.

—No habla en ningún momento de mi madre ni de mi padre. Ni siquiera me menciona a mí.

—Bueno, tú odias a la prensa y siempre has hecho todo lo posible por alejarla. Hasta cambiarte de país. Está claro que Leo te está protegiendo.

—Lo sé, y lo quiero todavía más por ello —admito por fin—, pero no debe ser así. Leo dice que, cuando una persona se coloca delante de una cámara para contar su historia, no hay versiones, solo su

verdad. Lo que hemos visto no es la verdad de Ágata. Al menos, no toda. Estaba cansada de las mentiras y esa versión descafeinada de la realidad no expone a todos los que le hicieron daño. No expone a mi padre y desde luego no es el documental que quiere hacer Leo. No debería sacrificarlo por mí. No es justo.

—Pero ya está hecho.

—Aún no, el prestreno es dentro de dos semanas.

Mi mente se pone a funcionar a toda velocidad y se me ocurre una idea. Una idea malísima, puede que desastrosa, y nada propia de mí.

—Mery, ¿tenemos una cámara por ahí?

—Pues no, pero puedo conseguirte una. ¿Qué vas a hacer?

Dejo salir un fuerte resoplido.

—Tengo que grabar una cinta.

37

Unas cuantas cosas

El panteón familiar es como cualquier otro, supongo. Solemne, sombrío y desprende un aroma terroso y húmedo que se te mete hasta el tuétano. El revestimiento de mármol en las paredes, combinado con el granito oscuro de los nichos y la estatua de piedra de la Virgen del Carmen coronando el altar, no resulta precisamente cálido, pero al menos cuenta con una pequeña entrada de luz natural por el techo.

Me acerco hasta el altar, decorado con rosas rojas frescas (cortesía de Roma, seguro) y coloco a su lado el ramo que he traído: lirios anaranjados, hortensias azules, gardenias blancas y gerberas fucsias. A continuación, me dirijo a las cuatro tumbas. Están apiladas verticalmente, el acabado es negro brillante y las letras resaltan en dorado. De arriba abajo leo los nombres de mi abuelo, mi abuela, mi madre y mi tía.

Me arrodillo en el suelo hasta quedarme a la altura de la tumba de Ágata. O debería decir María Asunción.

—Hace cinco meses ni siquiera quería estar en el mismo huso horario que tú y ahora… Me he quedado con ganas de decirte unas cuantas cosas. Tú te despediste a tu manera y yo no tuve la oportunidad, así que aquí estoy. Necesito decirte que estoy bien, o,

al menos, voy mejorando. No es rápido ni fácil, pero ya he aprendido unas cuantas cosas sobre cómo gestionarme a mí misma y también estoy desaprendiendo otras… Ya no me pesan ni el rencor ni la rabia. De hecho, me siento cada vez más vacía. —Tuerzo la boca—. Sé que suena fatal, pero es algo bueno. Y por eso no tengo intención de olvidarte ni de dejarte atrás. Además, aún me quedan cosas de ti. Mi buen gusto para la ropa y la técnica perfecta al pintarme los labios. También me enseñaste a caminar con la barbilla alta y a no dejarme amedrentar por nadie. Nuestras broncas sirvieron en ese sentido… Y tienes que saber que lo de mamá no fue culpa tuya. Perdió la vida mucho antes de quitársela. Tú siempre la protegiste. Cuidabas a las personas a las que querías. A tu manera, aunque fuera poco convencional… Y quiero decirte que no hace falta que te preocupes más por mí. Soy consciente de que hay una pequeña parte que no voy a poder curar, la parte de mí que sigue siendo una niña. Pero no pasa nada, porque pienso cuidar siempre de ella… Y supongo que eso es todo. —Me encojo de hombros, me quedo unos segundos mirando fijamente la tumba y llego a una conclusión—. Es una auténtica putada que estés muerta. Se acerca la Navidad y me encantaría poder celebrarla contigo. Aunque para ello tuviéramos que esconder primero los tenedores y los cuchillos. —Solo pensarlo me obliga a sonreír un poco. Menuda familia de tarados—. Hoy te necesito más que nunca, ¿sabes? Seguro que tú no estarías nerviosa. O sí, pero sabrías disimularlo bien. —Dejo salir un pequeño suspiro—. En fin, deséame mucha suerte. O mucha mierda, lo que sea… Ojalá estés viéndome desde alguna parte, con un buen asiento en primera fila. Porque esta noche es tuya.

Me llevo los dedos a los labios en un beso silencioso antes de posarlos sobre la lápida. Repito el gesto con la tumba de mi madre y salgo del panteón.

Miro el reloj y apresuro el paso. Debo prepararme. Esta noche tengo un evento importante.

38

Todas las verdades

Echo los hombros hacia atrás ante el eco de voces que resuena dentro del cine. Me llevo una mano al pendiente de lágrima de mi tía y juego con él entre los dedos. Es una tontería, pero ese pequeño gesto me ayuda a rebajar un poco las pulsaciones mientras espero cerca de la alfombra roja que marca el inicio del photocall, donde los asistentes van posando por turnos frente a los periodistas.

Esta noche se celebra el preestreno del documental de mi tía. Prueba de ello es el panel decorativo que cubre una pared del vestíbulo, dominado por una fotografía que captura sus impresionantes ojos de gata.

Por lo que me explicó Leo por teléfono, habrá un pase especial del documental para la prensa, amigos de la artista, mundo de la farándula en general y unos cuantos espectadores anónimos con buenos contactos. Está previsto que mañana se emita en televisión, aunque los periodistas llevan días cebándolo y especulando con su posible contenido.

Ni se lo imaginan.

Paseo la mirada por la alfombra y enseguida reconozco su cabellera oscura, a juego con su traje negro. Por el corte ajustado y el entallado diría que viste un Dolce & Gabbana. Se ha cortado un

poco el pelo, pero las capas se le siguen ondulando a la altura de las orejas, tipo príncipe encantador. Como es lógico, el director del documental es el centro de atención y un buen número de reporteros se apiñan frente a él para bombardearle con preguntas. Leo se pasa el pulgar por la ceja un par de veces mientras responde, aunque mantiene la sonrisa. Se le da bien disimular los nervios.

Es su momento de protagonismo y no tengo intención de interrumpirlo. Además, a partir de mañana me tocará enfrentar mi propia ración de acoso por parte de los medios. Mientras avanzo en la cola, me entretengo analizando los outfits de actores, cantantes y famosos. En realidad, supongo que lo son. De momento, solo he reconocido a un par de actrices muy famosas y a Alejandro Miralles. El resto no parece tener el mismo problema que yo. La mayoría se saludan e intercambian besos y abrazos efusivos.

El tiempo para posar es limitado y un par de mujeres vestidas de negro se mueven de un lado a otro dando órdenes. Es evidente que hay un protocolo a pesar del ambiente bullicioso. Una mezcla de orden y caos, de glamour y tensión.

—¿Malena Aguilar?

Hablando de tensión, se me encoge el estómago. La voz que me reclama procede de la marea de periodistas y no me apetece mirar en esa dirección, pero resulta difícil ignorar al tipo que sujeta una cámara de fotos con una mano y agita la otra en el aire para llamar mi atención, como si yo fuera un helicóptero y él un náufrago en mitad de una isla desierta.

Reconozco esa calva y la mirada engañosamente amable. Es el paparazzi que encontré fisgoneando frente a la casa de mi tía y consiguió tomarnos fotos a Leo y a mí.

—¡¡Eh, Malena!! —me llama a gritos—. ¡¡Malena!! ¡¡Aquí!!

Leo gira la cabeza de golpe y me busca entre la gente. Se le iluminan los ojos cuando me ve y al momento deja salir el aire del pecho con alivio. Como si por fin pudiera respirar. A mí me pasa lo contrario, la entrada de aire se me corta cuando abandona a los periodistas y se aproxima hacia mí con una sonrisa decidida.

Así que esto es lo que sientes cuando te enamoras. Una especie de sobrecarga sensorial. Una mezcla de calor, ilusión, ganas, fragilidad y miedo. Mucho miedo. Un miedo con el que debo aprender a entenderme, porque la alternativa supone no tener a este hombre en mi vida.

Leo me agarra de la mano y tira de mí para alejarnos de la multitud todo lo posible. Nos abrimos hueco serpenteando y nos colocamos en un rincón cerca de la entrada para disponer de un momento en privado.

—Dios, Malena, estás… —Deja salir un suspiro entrecortado—. Joder, estás preciosa.

Llevo un vestido blanco de noche de diseño propio, con mangas *bishop*, un profundo escote en uve que culmina en una cintura con apliques en plata y una abertura en la falda que deja entrever unos stilettos negros de Louboutin cubiertos con cristales Swarovski. Me he pintado los labios de rojo y llevo el pelo suelto con los rizos muy marcados y la raya en un lateral.

En fin, soy muy consciente de que será imposible pasar desapercibida esta noche, así que, si voy a salir en todas las fotos, mejor que sea dejando huella.

—Tú también estás muy guapo.

—Yo lo que estoy es de los nervios —confiesa en voz baja—. Llevo cinco cafés encima y me tiembla todo.

Es lógico. Ha pasado casi dos semanas sin pegar ojo para volver a montar el documental con las partes que le pedí que incluyera. Sin censura. A los productores casi les da un infarto porque han llegado a la entrega por los pelos, pero accedieron a los cambios sin dudar. El contenido ahora es, según ellos, «muchísimo más jugoso».

—Ha merecido la pena, Leo. Has hecho un trabajo increíble.

No es mera adulación, lo afirmo con conocimiento. Ayer recibí el montaje definitivo y, por duro que resulte, es muy bueno.

—Ha sido gracias a ti. Tú eres la increíble. Y valiente.

—Supongo que yo también debería darte las gracias por la primera versión que me enviaste. Por haber intentado ocultar los detalles más íntimos y escabrosos de mi familia.

—No me las des, tenía una motivación de lo más egoísta.

—Ah sí, ¿cuál?

—No soporto hacerte sufrir.

Mi pobre corazón no está seguro de poder sobrevivir a esa frase.

—Eso no es egoísta, Leo. Es todo lo contrario.

—Es egoísta porque si tú sufres, yo sufro. Si sufro, mi piel se resiente y mi cara bonita también.

Se pasa la mano suavemente por la mandíbula y me echo a reír.

—Ya no disimulas que te hago gracia.

—No, ya no. He dejado de mentirme a mí misma.

—Así que… —se aclara la garganta con unos nervios adorables— algo ha cambiado, ¿no?

—Algunas cosas, sí. Aunque debo advertirte por tu propio bien que nunca voy a ser la persona más optimista del mundo.

—No necesito que lo seas, Malena. Lo único que me importa es que estés segura de querer estar aquí, conmigo.

—Estoy segura.

—¿Y de darnos una oportunidad? Porque nos haremos daño. Porque eso pasa a veces.

Tal vez un cine abarrotado de periodistas no sea el lugar indicado para mantener una charla íntima sobre los miedos e inseguridades relativas a nuestra incipiente relación, pero se supone que el amor va de eso, ¿no? De quedarte donde siempre puedas ser tú, donde te sientas lo bastante segura para contar lo que te angustia, sin temor a que el otro se canse de escucharte o de que no sea el momento adecuado.

—Sí, quiero darnos una oportunidad. Por mucho que siga dándome miedo estropearlo y que te canses de mí.

Leo se inclina un poco hacia mí con un movimiento aparentemente casual y, con un gesto sutil, sus dedos buscan los míos, rozándolos sin que nadie se dé cuenta. Mi estómago responde con un aleteo.

—No puedo prometerte que estaremos juntos para siempre. Me encantaría, pero no puedo. Lo que sí te prometo es que, si terminamos estropeándolo de cualquier forma, no saldré corriendo de tu vida.

—¿Me lo firmarías en una servilleta? Por lo visto es un contrato válido.

—Por supuesto. —Me guiña un ojo—. El borrador podría decir algo como: Yo, Leo Peretti, prometo a Malena Aguilar…

—Castro —lo interrumpo—. Ahora soy Malena Castro. Me he quitado el apellido de mi padre y llevo el de mi madre y mi tía.

Asiente con aprobación.

—Me gusta.

—Tiene carácter.

—Mucho. Eso también me gusta —asegura con una sonrisa burlona—. Pues corrijo entonces: Yo, Leo Peretti, prometo a Malena Castro no desaparecer de su vida, pase lo que pase entre nosotros. No me iré de su lado y seré muy pesado. Incluso un pelín acosador, dentro de los límites de la legalidad. Ya sabes que se me da bien —remata sintiéndose orgulloso.

—¿De verdad estás prometiendo acosarme? —Me río—. ¿Cómo puede parecerte eso una declaración de amor?

—Bueno, a lo mejor es un poco turbia, pero es la que tú necesitas y yo quiero dártela, porque estoy enamorado de ti tan fuerte y tan profundamente que ni me molesto en luchar contra ello, como bien predije hace unos meses —me recuerda, encantado de tener razón —. Por cierto, hablando de amor y esas cosas… ¿Cómo está mi planta?

—Bien, está muy bien. Creo que es porque hablo bastante con ella. Y hasta me contesta.

—¿Ah, sí? No sabía que era esa clase de planta.

—Pues sí. Y ella opina que estoy enamorada de ti tan fuerte y tan profundamente que no debería molestarme en luchar contra ello. —Aprieta los labios en una sonrisa contenida y yo arqueo una ceja—. Así entre tú y yo, es un poco ingenua.

Los ojos le brillan cuando niega con la cabeza.

—Me muero por besarte.

—Hazlo.

—¿Aquí?

—Sí.

Parpadea fuerte y echa un vistazo rápido a nuestro alrededor.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Delante de toda la prensa?

Poco importa, mañana seremos el plato fuerte de los programas del corazón y la comidilla de internet. Si van a hablar de nosotros, que sea por una buena razón. Además, me muero por besar a Leo desde hace meses. Me pican los dedos por la necesidad de tocarlo.

—¿Estás segura? —insiste y antes de darme tiempo a responder, frunce el ceño desconcertado—. Espera, ¿qué coño estoy haciendo? ¿Por qué intento convencerte de que es mala idea besarnos?

—Te lo tengo dicho, Leo Peretti. Hablas mucho, pero haces po…

Me agarra del cuello con una mano y cubre la escasa distancia que nos separa sin darme tiempo a terminar la frase. Estampa sus labios contra los míos con decisión y cuando su lengua roza la mía ahogo un gemido. Me aferro a sus hombros con fuerza para terminar subiendo por su nuca y deslizando los dedos por su pelo. Porque mis manos ya no quieren estar en otro sitio.

Leo me agarra de la cintura para apretarme contra su cuerpo y el mío parece deshacerse contra su solidez. Mi mente desacelera, deja de luchar y se rinde ante la evidencia de lo que mi piel sabe desde hace tiempo. Que es aquí o donde sea, pero con él.

Podría jurar que el tiempo deja de correr entre nosotros, que me olvido de dónde estamos y hasta de cómo me llamo, pero me lo recuerdan demasiado rápido.

—¡¡Malena!! ¡¡Malena!! ¡¡Leo!! ¡¡Leo!!

Nos separamos a regañadientes y lo primero que hago es pasar el pulgar por la boca de Leo para limpiarle los restos de la mía. Los

medios se vuelven aún más locos con el gesto y nos gritan:

—Con esto hacéis oficial la relación, ¿verdad?

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—¿Cómo empezó lo vuestro?

—¿Tenéis planes de boda?

Por suerte, hay otra voz que sobresale por encima del resto. Se proyecta de forma mucho más pausada y elegante desde el centro de la alfombra roja.

—Pero, bueno, ¿qué está pasando aquí? —pregunta la gran Roma Dávalos con un toque de indignación, colocando los brazos en jarra sobre su impresionante vestido de noche—. ¿Es que nadie piensa prestarme atención o qué?

Los periodistas se rinden a la autoridad y se centran en ella. Yo sonrío cuando Roma me mira un segundo y me guiña un ojo antes de dedicarse a atender a los medios.

—¿En serio nos han preguntado si vamos a casarnos?

—Olvídalo —me recomienda Leo—. Les encanta soltar esas chorradas y además cobran por ello.

Entonces miro de arriba abajo su traje negro y a continuación agacho la cabeza para echar un vistazo a mi vestido.

—¿Qué pasa? —quiere saber.

—Que parecemos dos muñecos en lo alto de una tarta nupcial —digo horrorizada—. A partir de ahora, cuando tengamos un evento, tú y yo vamos a coordinarnos para vestir.

—Suena a planes. Me gusta la idea —asegura con una sonrisa, pero al momento se le acerca una mujer y le susurra algo al oído.

Leo asiente y se pone serio de golpe. La mujer desaparece cual ninja.

—Va a empezar —me informa—. Deberíamos ir entrando.

—Vale, vamos.

—Sí, vamos…

Pero no se mueve. Ni pestañea siquiera.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo dame un segundo.

Se ha puesto rígido y contine el aire en el pecho. Aunque lo más llamativo es la vulnerabilidad que asoma en sus ojos.

—Leo, ¿qué necesitas?

Se pasa el pulgar por la ceja y suelta una risa nerviosa.

—No haberla jodido, que la gente no empiece a cuchichear en la sala porque mi trabajo sea un desastre, que la crítica no me destroce y merecerme la confianza que tu tía depositó en mí.

Y en este instante entiendo por qué él se empeñaba tanto en proteger mis sentimientos cuando veíamos las cintas de Ágata. Yo también quiero protegerlo.

—Eh, haremos como en las pelis de acción —sugiero y me mira sin entender—. Ya sabes, cuando hay dos protas que intentan salvar la vida y uno le dice al otro «cúbreme», justo antes de salir corriendo y que los malos empiecen a tirotearlo. Yo te cubro esta noche. Te lo prometo.

Su rostro se relaja visiblemente.

—Me parece perfecto.

Lo agarro de la mano, esquivamos a los periodistas y nos dirigimos hacia la sala de cine donde va a proyectarse el documental. El preestreno está pensado para público exclusivo, es decir, unas doscientas personas, y las butacas empiezan a llenarse. Todos han venido aquí por ella.

—Algún día estaremos muertos —reflexiono mientras avanzamos por el estrecho y concurrido pasillo.

—Esa eres tú no siendo optimista, ¿verdad?

—No, no es eso… Quiero decir que dentro de muchos años las personas de esta sala ya no estaremos aquí, pero alguien que aún no ha nacido estará en su casa viendo una de las películas de Ágata Belmonte y pensará que es preciosa, cautivadora y que tiene muchísimo talento. Nosotros ya no estaremos, pero ella sí… Merece que la recuerden. Se lo ganó.

—Sí que lo hizo —coincide un hombre en el pasillo de la primera fila, apuntándome con unos ojos azules hipnóticos.

—Malena, te presento a mi abuelo.

Tom sonríe con una mezcla perfecta de encanto y calidez. Lleva un traje parecido al de su nieto y parece una auténtica estrella de cine clásico.

—Hola, Malena —me estrecha la mano—, me alegro mucho de conocerte por fin.

—Ho… Hola, Tom. —Me quedo tan atontada ante su presencia que Leo me da un codazo para devolverme a la realidad.

—¿En serio? ¿No te da vergüenza serme infiel tan pronto?

—Solo de pensamiento. —Me encojo de hombros—. ¿Qué culpa tengo yo de que tu abuelo sea el hombre más guapo del mundo?

Él se echa a reír.

—Desde luego, eres familia de Ágata.

Esa frase me calienta un poco el pecho.

Detrás de Tom aparece una mujer con el pelo azabache, ojos oscuros muy vivos, figura menuda y sonrisa gigante. Sofia, la abuela

de Leo, me da dos besos muy sonoros, me mira con aprobación y le dice a su nieto:

—*Hai proprio buon gusto, caro mio… si vede che hai preso da tuo nonno!*

Leo sonríe.

—Dice que tengo buen gusto, que salgo a mi abuelo.

Pierdo la ocasión de darle las gracias porque somos engullidos por el resto de la familia. Las hermanas de Leo me saludan con abrazos enormes y todo tipo de piropos sobre lo guapos que estamos todos. Graciela me guiña un ojo y me susurra que sabía que volveríamos a vernos y, en un momento dado, Leo se ve en la obligación de advertirle a sus hermanas que dejen de acosar a un tal Miguel Ángel Silvestre. Son una familia apasionada y ruidosa, pero estoy segura de que voy a enamorarme también de ellos.

Tomo asiento al lado de Leo y cuando la sala termina de llenarse tengo que respirar y recordarme a mí misma que estoy aquí por voluntad propia, que yo he decidido sacarlo todo a la luz.

Me pongo aún más tensa cuando la sala se queda a oscuras. El murmullo desaparece y se hace el silencio. Solo soy consciente del sonido de mi propia respiración agitada.

Leo se inclina hacia mí.

—¿Pensando en huir? —me susurra al oído.

Niego con la cabeza, aunque lo hago sin mucha convicción.

—Si vas a correr, Malena, que sea hacia mí.

Se lleva una mano al pecho con gesto dramático y ahogo una carcajada.

—Eres un moñas —murmuro con disimulo.

—Pero te encanta.

El documental arranca con la voz de mi tía interpretando «Eterna como el fuego», una de sus canciones más conocidas. Sobre el fondo negro de la pantalla aparece su mirada y pocos segundos después el título de su historia: *Todas las verdades de Ágata Belmonte.*

Sé lo que viene a continuación: yo.

Joder, con lo poquito que me gusta ser el centro de atención y solo se me ocurre grabar una cinta para abrir el documental con la feliz idea de darle autoridad.

La pierna izquierda me empieza a temblar y mi corazón lucha a muerte por largarse de mi pecho. Leo cubre mi mano con la suya, entrelazando nuestros dedos, y posa ambas sobre mi rodilla inquieta.

—Yo también te cubro a ti —me promete.

Y me parece perfecto.

LA CINTA DE MALENA

A mi tía se le daba muy bien mentir, quizá por eso tenía tanto talento para la actuación. Tuvo que hacerlo desde pequeña para encontrar un hueco en un mundo hostil en el que las mujeres solo podían aspirar a ser compañeras de los hombres, meros complementos. Pero ella consiguió brillar y hacerse con el protagonismo.

Le gustaba decir que no hay historias malas sino historias mal contadas, y ¿quién mejor que ella para contar la suya? Esta es la historia de la actriz y cantante más famosa de este país, de la diva española que conquistó Hollywood antes que ninguna otra, pero también es la historia de una niña que tuvo que crecer demasiado rápido y la de una mujer a la que la vida no siempre trató con el respeto y el amor que merecía.

Era conocida como Ágata Belmonte. Como la Gata. Aunque ella era más una leona que protegía con fiereza a las personas que quería. No siempre nos entendimos, hasta la odié durante años. Siempre pensé que nada le afectaba, pero, como he dicho, se le daba bien mentir.

Esta es la historia de Ágata Belmonte, de la mujer a la que quiero, admiro y de la que estoy profundamente orgullosa. Y estas son todas sus verdades.

Epílogo

CONTUNDENTE. ESCANDALOSO. INOLVIDABLE.
El documental de Ágata Belmonte sacude la industria del cine

DURO. HIRIENTE. CONMOVEDOR.
Las verdades de Ágata Belmonte golpean como un martillo

EL LADO OSCURO DEL GLAMOUR: REVELACIONES EXPLOSIVAS SOBRE LA ACTRIZ QUE CONQUISTÓ HOLLYWOOD

UNA HISTORIA QUE MUESTRA LAS SOMBRAS DEL ESTRELLATO

UN RELATO TAN PODEROSO QUE DARÁ QUE HABLAR DURANTE AÑOS

JULIO BELMONTE NIEGA ROTUNDAMENTE LAS ACUSACIONES DE ABUSO DE SU «PROTEGIDA»

LUIS BELTRÁN HUYE DE LA PRENSA EN CUIDAD DE MÉXICO

El exmánager de Ágata Belmonte se esconde de la prensa y evita hacer declaraciones sobre las acusaciones de estafa que presentó la actriz en su contra antes de su muerte.

SE INAUGURA EL MUSEO DE ÁGATA BELMONTE

Dirigido por su sobrina, Malena Castro, y la socia de esta, Mery Flores, el espacio se sitúa en la mansión de la artista y contará con una exposición permanente de su vestuario, así como joyas y objetos personales de la gran diva del cine y la canción.

OTRAS DOS ACTRICES ACUSAN A JULIO BELMONTE DE ACOSO Y ABUSO SEXUAL

MALENA & CO ABRE SU PRIMERA TIENDA EN LONDRES MIGUEL ESCUDERO SE CASA CON FERNANDO MARÍN, EL AMOR DE TODA SU VIDA

La pareja, tras más de cuatro décadas de relación secreta, finalmente dijo «sí» en una ceremonia íntima en Madrid, a la que asistieron algunos rostros conocidos como la diseñadora Malena Castro y su pareja, el director de documentales Leo Peretti.

ASTRID VARGAS SE ESTRENA COMO PRESENTADORA EN LA CAJA ROSA, EL NUEVO PROGRAMA DEL CORAZÓN QUE PONDRÁ EN APRIETOS A LOS FAMOSOS

LEO PERETTI PREPARA NUEVO DOCUMENTAL

¡Que tiemble el mundo del cine! Roma Dávalos tiene mucho que contar.

MALENA CASTRO Y LEO PERETTI HAN SIDO PADRES DE UNA NIÑA

La pequeña ha llegado al mundo a las 2.47 de la madrugada, sana y con un peso de 3,2 kilos. Sus padres la han llamado Ágata Isabela en honor a su abuela y a su tía. ¿Quién sabe? Quizá haya nacido una estrella.

Agradecimientos

Ojalá tuviera la seguridad de Ágata, pero no la tengo, ni de lejos. Por suerte para mí, hay gente que me acompaña día a día y me ayuda a sostener mi sueño.

En primer lugar, te doy las gracias a ti por haberme dado una oportunidad (ya sea la primera o la octava) y elegirme entre un océano de libros.

A mis lectoras cero, las más taradas, intensas y divertidas que se puede tener.

A Laia (@librosdelai), por ser capaz de leer capítulos a las siete de la mañana (y hacerlo por gusto) y por querer a mis protagonistas tanto como yo. Es necesario que vayamos en busca de ese ascensor, y lo sabes.

A María (@librosdemery), por sacar tiempo de donde no hay para leer esta historia, llorar y mandarme los audios más emotivos del mundo. Aunque también me quedo con su versión macarra, la que amenaza a la gente en Instagram para que se lea mis novelas.

A Marisa (@marisasefra), por su sinceridad, por las risas y por aguantar mis interminables chapas en forma de audio. Si no has leído ninguna de sus historias, es muy fácil corregir ese error buscando su nombre en Amazon.

A Carmen (@abookinmybag), porque amenaza con quemar sitios por mí, y eso es perturbador a la vez que bonito.

A Bianca (@biri.biankis), por querer fuerte a mis chicos y por compartir musos conmigo. «Qué buen gusto tenemos, amiga».

A Lara (@lara_blanc_escritora), por leerse esta historia en menos de veinticuatro horas, lo cual ayudó mucho a despejarme la duda de si era capaz de enganchar o no.

A Miriam (@tengolibrospendientes), mi medio limón, por enviarme siempre material importante, y hasta describírmelo cuando estoy visualmente impedida.

A Merce, mi consultora sanitaria. Esta vez, por suerte para ella, la he dejado bastante tranquila. En parte porque se dedica a salvar vidas y me dio un poco de reparo consultarle cómo acabar con una.

A Clara, mi editora. Gracias a ella el final de esta novela es mucho más valiente de lo que yo tenía pensado.

A las editoras y correctoras, al equipo de diseño y a Ediciones B por confiar en esta historia.

A mis mejores amigas. A Sara, por ofrecerse a emplear sus siete minutos libres al día en hablar con quien sea necesario para hacerme promoción. A Mge, por ser mi compañera de piso en el infierno y mi Paquita Salas sin recibir un euro a cambio. «Se acerca la presentación, así que calienta, que sales». Nunca creí decir esto, pero prometo compensarte con un roll de pistacho.

A mi cuñado, al que solo llamo (egoísta de mí) para pedirle que me mire los resultados de una resonancia y para revisar frases en italiano.

A mi hermana, que siempre se encarga de hacerme la terapia telefónica.

A Juan, por apoyarme como nadie y por trabajar horas extra no remuneradas por mi culpa. Su paciencia conmigo merece que le

dedique todas mis novelas de aquí al fin de los tiempos.

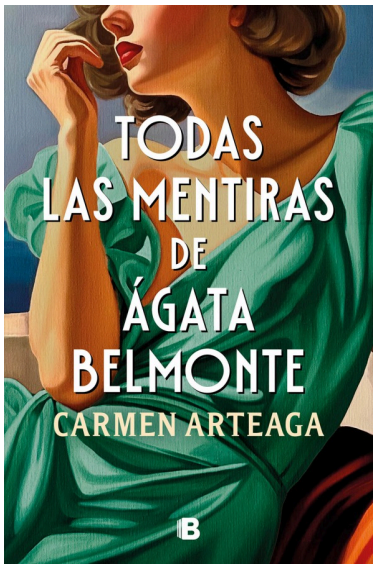
A Dani, que quiere saber cuándo voy a terminar de escribir todos mis libros para así dedicarme exclusivamente a jugar con él.

A mi madre, que es capaz de llenar una sala cuando presento un libro, y a mis suegros, por leerme, escriba lo que escriba.

A mi hermano, que no se va a leer este libro, pero lo va a recomendar como si fuera lo más.

A todas las *bookstagrammer* y autoras autopublicadas que me apoyan siempre, a quienes me escriben por privado para contarme lo mucho que se han reído o llorado con mis novelas y a quienes se toman el tiempo y la molestia de escribir una reseña en Instagram, Amazon, Goodreads o de recomendarme como autora. MILLONES DE GRACIAS.

Una gran estrella amada por el público.
Una mujer odiada por su única familia.
El secreto que solo puede salir a la luz después de la muerte.



Ágata Belmonte, la mayor diva del cine español, ha muerto. Mientras el país llora su pérdida, su sobrina Malena, que llevaba dieciséis años sin dirigirle la palabra, se ve obligada a regresar a Madrid y hacer frente al recuerdo de alguien a quien nunca ha podido perdonar.

A ojos del público, Ágata fue un icono. Para Malena, en cambio, fue una mujer egocéntrica y cruel, obsesionada con su imagen y su carrera. Por eso, en cuanto tuvo la oportunidad, huyó de su lado. Y quizá por eso le resulta tan desconcertante que su tía le haya legado lo más valioso que poseía: el relato de su vida. Y con él, una

sospecha inquietante: probablemente lo más doloroso de Ágata no fueran sus mentiras, sino todo lo que eligió callar.

En ocho cintas de vídeo, grabadas por un joven -e irresistible- documentalista, la actriz lo confiesa todo. A través de ellas, Malena podrá reconstruir no solo el pasado de su tía, sino el suyo propio. Una traición imperdonable, un secreto devastador y un amor más grande que cualquier estrella. Incluso que Ágata Belmonte.

Carmen Arteaga (León, 1984) es licenciada en Comunicación audiovisual por la Universidad CEU San Pablo, tiene un máster en Guion por Globomedia y la Universidad Rey Juan Carlos y un máster en Marketing digital por la Universidad Camilo José Cela. Ha trabajado como guionista de entretenimiento y redactora jefa en una empresa de contenido digital.

En 2020 se autopublicó en Amazon su primera novela, *La banda sonora de Vera*. Desde entonces convive en su cabeza con muchos personajes que le cuentan sus movidas. A veces discuten, pero se llevan bastante bien. Como resultado, puedes leer la bilogía de Aura, compuesta por *La isla de Aura* y *Nuestra isla*, *Cuando el mundo sea más grande*, *Todas las veces que se te acelera el corazón* (novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2023), *Nosotros, en mayúsculas y subrayado* y *Mientras el viento susurre tu nombre*.

Todas las mentiras de Ágata Belmonte (Ediciones B, 2025) es su última novela.



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Carmen Arteaga
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Irina Biatturi

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-8108-7

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice de contenido

Todas las mentiras de Ágata Belmonte
Prólogo
1. El efecto Ágata
2. Los recuerdos enterrados
3. El toy boy
4. Muerta para mí
5. La casa del terror
6. La idiota manipulable
7. Delante de la cámara
8. Primera cinta
9. Cerrar un capítulo
10. El turno de Roma
11. Segunda cinta
12. Hagamos que sea legal
13. Lo que viví yo
14. La matrioska
15. Un montón de posibilidades
16. Tercera cinta
17. Cuando te atrevas a alcanzarme
18. Un pantalón que no te encaja
19. Cuarta cinta
20. Dejarlo salir
21. Una explicación lo bastante convincente
22. Quinta cinta
23. Desdibujar los límites
24. Ser un sí
25. Ella estaría orgullosa
26. Sexta cinta
27. Todo lo que quieres decirme
28. No es una pesadilla

29. Séptima cinta
30. Nada puede ser sencillo con Ágata
31. Dos semanas muy largas
32. Octava cinta
33. Miguel
34. La despedida
35. Te está pasando todo
36. No toda la verdad
37. Unas cuantas cosas
38. Todas las verdades
La cinta de malena
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Carmen Arteaga
Créditos